

KRISTEN CALLIHAN

Miranda Ellis es una belleza pelirroja, dinámica e inteligente, que esconde un terrible secreto. Marcada desde la cuna por un don poderoso e indomable, está convencida de haber causado la ruina de su familia. Para sobrevivir, decide hacerse pasar por un pilluelo más de los muchos que merodean por las callejuelas del Londres victoriano. Pero todo cambia cuando la obligan a contraer matrimonio con el misterioso lord Benjamin Archer, un hombre muy temido que oculta su rostro tras una máscara.

Aunque Archer debería protegerla del maleficio que pesa sobre él, es incapaz de resistirse a la chispa que se prende cuando la conoce. En contra de todo lo esperado, Miranda sucumbirá a la intensa atracción que comparten y, poco a poco, descubrirá la ternura que su esposo alberga en su interior. Pero cuando Archer se convierte en el principal sospechoso de una serie de muertes, Miranda se verá tentada de indagar en su pasado para salvarlo y tendrá que adentrarse en un mundo de magia tenebrosa, donde ella podría ser la siguiente víctima.

«Evocadora y profundamente romántica.» Nalini Singh

«Callihan demuestra tener un gran talento para crear tensión sexual y tramas inesperadas. Al final, ambas cosas se mezclan de forma brillante.» Diana Gabaldon

«*La Bella y la Bestia* mezclada con *El fantasma de la ópera* (con toques de *Carrie* y mucha mitología egipcia) en esta apasionante y contagiosa historia, cocinada a fuego lento, de una sensualidad incendiaria y con una heroína que lo arriesga todo para salvar al hombre que ama.» *Library Journal*

*A mi marido, Juan. Tu fe inquebrantable me ha
dado alas. Sin ti, esto no habría sido.*

*A Rachel. Tú ya sabes lo que has hecho. No
podría tener una amiga mejor.*

Y a Maya y Alex. Siempre.

Prólogo

*Fue la máscara lo que cautivó tu pensamiento,
Y después hizo latir tu corazón.*

W. B. YEATS

Londres, noviembre de 1878

La certeza de que Archer, en breve, pondría fin a la vida de un semejante rasgaba su alma con cada paso que daba. El malhechor en cuestión era, como mínimo, un mentiroso y un ladrón. Que la exigua fortuna de aquel hombre descansara ahora en el fondo del Atlántico no le inspiraba compasión alguna. Más bien lo enfurecía. Una bruma roja le nublabla la visión cuando pensaba en lo que había perdido. La salvación casi había sido suya. Pero se había esfumado cuando los piratas de Hector Ellis habían asaltado su barco, le habían robado lo único que podía curarlo y lo habían escondido en su condenado clíper.

La niebla, densa y baja, se resistía a disolverse pese a la fría brisa nocturna. Nunca terminaba de disiparse; siempre estaba presente en Londres, como la muerte, los impuestos y la monarquía. Las puntas de la capa le azotaban las piernas y levantaban hasta su boca remolinos del hediondo vapor amarillo con el sabor a carbón, suciedad y putrefacción característico de la ciudad.

Volvió la esquina y, apartándose de las farolas, se sumergió entre las sombras. Sus recios pasos se oían por las desiertas calles adoquinadas. Lejos, en el Támesis, una tétrica sirena alertaba a los barcos de la niebla. Pero, en el centro, todo estaba tranquilo. El constante traqueteo de los carruajes y el berrido ocasional del sereno cantando las horas se habían extinguido. La oscuridad engullía su figura, como de costumbre, algo que lo reconfortaba y, a la vez, le recordaba en qué se había convertido.

El barrio en el que se hallaba era antiguo pero refinado. Como en todos los lugares donde se alojaban los afortunados, las calles estaban desiertas y desoladas, pues hacía rato que todos ellos se habían refugiado en sus emperifolladas camas.

La casa de Ellis estaba cerca. Archer había recorrido las calles de Londres lo suficiente como para moverse sin titubear por su perversa red de tortuosos callejones e interminables avenidas. La proximidad del momento le dejó un sabor frío y metálico en la lengua. Poner fin a una vida, ver cómo la luz incandescente de un alma escapaba de su cobijo... ansiaba aquel instante, lo anhelaba de verdad. El horror de ese anhelo le removió las entrañas y le hizo vacilar. «Nunca infligir

ningún daño.» Era el credo de cualquier médico, el suyo. Antes de que renunciara a su propia vida. Archer tomó una bocanada de aire purificadora y se centró en la ira.

En el horizonte, un jardín, grande y amurallado, que reservaba sus placeres a quienes tuvieran la llave. Ante él se alzaban imponentes dos metros de piedra. O quizá solo fuera uno. Saltó el muro sin dificultad, y aterrizó en la tupida hierba del otro lado sin hacer apenas ruido.

Andaba irguiéndose, resuelto a cumplir su misión, cuando el clamor de metal contra metal lo detuvo. Qué extraño. La lucha a espada hacía tiempo que había pasado de moda. Los petimetres de Londres resolvían ahora sus asuntos por la ley y en los tribunales. Añoraba los días de su juventud en que todo agravio se arreglaba arrojando un guante y con la muerte de uno de los afectados. Miró al fondo del oscuro jardín y divisó a los espadachines danzando bajo el tenue halo de luz de las lámparas de gas que ocupaban las esquinas del patio central.

—¡Vamos! —provocó el rubio al otro—. ¿No sabes hacerlo mejor?

Eran unos chiquillos. Archer se refugió en las sombras tenebrosas del muro para observarlos, y sus ojos sobrenaturales lo vieron todo como en primera fila. El rubio no tendría más de dieciocho años. Un hombre a medio hacer, con la delgadez de extremidades propia de la juventud, aunque bastante alto y de voz grave. Llevaba sin duda la voz cantante, pues iba instruyendo al otro chico por el cuadrilátero marcado con pizarra en el centro del jardín.

—No bajes el brazo —decía atacando de nuevo a su oponente.

El otro muchacho, aunque más joven, era casi tan alto como su compañero, pero de complexión en general delicada. Las piernas, que asomaban de una levita que le venía grande, eran como palillos. Llevaba en la cabeza una ridícula gorra abombada, tan calada que, mientras luchaba *ala mazza* con el otro, Archer apenas pudo vislumbrar de su rostro una barbilla blanca.

Archer se apoyó en el muro. En su vida había visto un combate más revelador. El mayor de los dos chicos era bueno. Muy bueno. Había aprendido de un maestro. Pero el pequeño sería mejor. Aun con la desventaja de ser más ligero y bajito, cuando el rubio intentó un *botta-in-tempo* aprovechando que lo tenía acorralado, el pequeño retrocedió de un salto con tal agilidad que Archer se inclinó emocionado, disfrutando como no lo había hecho en años. Tras una breve pausa, reanudaron la lucha.

—Tendrás que esforzarte más, Martin.

El chiquillo rió, y los destellos de su espada, como rayos de luna, iluminaron la noche púrpura.

—No seas tan engreído conmigo, Pan —repuso Martin con un brillo de orgullo y determinación en los ojos.

Martin atacó una vez, luego cortó. El joven, Pan, se cruzó a la derecha. Para

deleite de Archer, el muchacho saltó a la fina barandilla de hierro forjado que rodeaba el patio y, con cierto despliegue de osadía, se deslizó por ella un trecho para aterrizar justo detrás de Martin. Le dio un toque rápido en la espalda al mayor y se alejó bailando.

—Soy el dios Pan —canturreó con voz de niña—. Y, o te andas con cuidado, o te ensartaré la flauta por ese hermoso trasero... ah...

Al retroceder, el muy bobo tropezó con un seto de boj que, en su regocijo, había pasado por alto. Archer sonrió divertido.

Las carcajadas de Martin resonaron por todo el jardín. El muchacho, doblado de risa, soltó su pequeña espada para agarrarse el vientre. El joven Pan se esforzaba por incorporarse, sujetándose la absurda gorra al tiempo que protestaba por lo bajo de los setos ingleses.

Martin se compadeció de él y lo ayudó a levantarse.

—¿Te rindes, entonces?

Le tendió la mano una vez más, en señal de paz.

El pequeño gruñó un poco, pero aceptó la ayuda que le ofrecían.

—Supongo que no me queda otra. Coge la espada, ¿quieres? Mi padre estuvo a punto de encontrársela el otro día.

—Y eso no puede ocurrir, ¿eh? —dijo Martin, pellizcándole la nariz al otro.

Partieron los dos, hacia puertas opuestas del jardín.

—Buenas noches, Martin.

—¡Buenas noches, Pan!

Sonriente, el joven rubio observó cómo salía del jardín su pequeño amigo; luego se fue.

Archer se movió entre las sombras, dirigiéndose a la puerta por la que había salido Pan. La inquietud le produjo un cosquilleo en la piel. Aunque supiera luchar, el muchacho era demasiado frágil para andar solo y desarmado en plena noche. Después de un breve esparcimiento, merecía sin duda volver a casa sano y salvo.

Lo siguió con facilidad, oculto entre las sombras, manteniéndose a distancia. El chiquillo avanzaba sin miedo y, con paso decidido, casi arrogante, dejó atrás la vereda y se internó en una callejuela.

Por eso su chillido sonó aún más fuerte cuando dos chicos sucios, mayores que él, surgieron de entre las sombras y le cortaron el paso.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Era un bruto, gordo y bajito. De los que siempre andaban buscando pelea, pensó Archer con tristeza, porque no estaba de humor para estrangular niños.

—Hola —dijo Pan, retrocediendo un poco—. Por mí no os preocupéis. Solo he salido a dar un paseo.

El más alto rió, y reveló un gran hueco entre los dientes.

—«Solo he salido a dar un paseo» —lo remedó—. ¿Quién te crees que eres?
¿El príncipe Bertie?

Pan reaccionó de inmediato.

—¿Qué, es que no puede uno usar el inglés de la reina de cuando en cuando? —protestó, cambiando enseguida de registro—. ¿Y más si les gusta a mis primos?

El joven Pan los rodeó despacio, desplazándose artero hacia la parte trasera de una casa grande. Allí se hallaba su refugio, observó Archer. Era la casa del muchacho. La casa de Ellis, cayó en la cuenta algo conmovido. ¿Quién era aquel chico?

—Los señorones saben apreciar una palabra bien dicha —prosiguió.

Archer tuvo que admirar el don del chiquillo con la lengua del pueblo; apenas entendía una palabra. Pero estaba exagerando. Y los jóvenes matones lo sabían.

—¿Te crees que nos chupamos el dedo? —espetó uno de ellos.

Al ver que los chicos mayores lo rodeaban, el chaval retrocedió.

—Tampoco hay para tanto...

—Te la estás buscando, ¿eh?

El más alto de los matones le dio un golpecito en la cabeza. Al chiquillo se le cayó la gorra, y a Archer se le paró el corazón. Una sedosa masa de fuego brotó como oro fundido de la cabeza a la cintura del chico. Archer respiró con dificultad. Era chica, no chico. Y tendría unos dieciocho, no trece. Una jovencita.

Se quedó embobado contemplando aquella melena cobriza. Jamás había visto un pelo tan exquisito y fabuloso. Un pelo Tiziano, lo llamarían algunos. De ese color inefable entre dorado y rojo que cautivaba a artistas y poetas por igual.

—¡Apartad!

El timbre agudo de una voz sacó a Archer de su ensoñación. Su golfillo adoptó una pose defensiva mientras sus atacantes se aproximaban con interés. La sorpresa había asaltado también a los dos matones, pero estos se habían recuperado enseguida y ahora buscaban una nueva oportunidad.

—Ah, venga, cielo. No hagas rabietas. No sabíamos que eras una muñequita, ¿verdad?

Se acercaron más, y a Archer se le erizó el vello de la nuca. Un gruñido bulló en su garganta. Dio un paso, luego otro. No podrían oírlo aún; era demasiado sigiloso y la oscuridad envolvía su figura.

—Enséñanos los pechos, ¿eh? —dijo el más bajito, y sin duda el que primero probaría el puño decidido de Archer.

Asombrosamente, la joven no parecía tan asustada como debía. Se mostraba desafiante, con los puños en alto y los ojos fijos en los chiquillos. Resultaba irrisorio.

—Largaos —los instó con frialdad en su voz femenina.

Los pillos rieron, soltaron una desagradable carcajada desdeñosa.

—Ah, sí, que nos larguemos, dice.

—Escucha, zorrita, si te portas bien, no te haremos daño.

Unos ojos verdes centellearon bajo aquellas cejas cobrizas, que se enarcaron como las alas de un ángel.

Porque eran verdes, ¿no? Archer frunció los suyos, anómalos, para aprovechar la escasa luz. Sí, de verde cristalino rematado de esmeralda, como el corte transversal de una uva Chardonnay. Aun así, juraría que había visto en ellos un destello de fuego.

—Marchaos —ordenó, impasible—, u os fundiré como queso en una tostada.

Archer no pudo contener la carcajada que le nació de dentro, y se echó a reír. El sonido retumbó en las casas de piedra y en las callejuelas guarnecidas de ladrillo. Los chiquillos se volvieron de pronto. El miedo se reflejaba claramente en sus rostros. No estaban preparados para enfrentarse a un adulto, sobre todo a uno que anduviera por las calles a esas horas. Archer conocía a los de su casta: cobardes que hacían presa de los débiles y huían al menor indicio de verdadero peligro. Se acercó lo justo para que vieran tan solo su silueta y la puntera de sus botas militares, pues prefería permanecer en las sombras mientras pudiera.

—¡Largo! Esto es asunto nuestro —dijo el más alto con fingida seguridad.

—Si permanecéis un instante más en esta calle, vuestros días en este mundo pronto verán su fin —les advirtió Archer. Lo dijo con una voz que no era la suya. Áspera tras su último combate, se había visto truncada por heridas que bien podrían haberlo privado del habla. Pero sanaría. Enseguida.

Los chiquillos percibieron su sobrenaturalidad, los pícaros siempre lo hacían, y lo miraron pasmados, como peces muertos.

Archer se chascó los nudillos.

—O quizá no tan pronto. Me gusta jugar con mis presas.

Los muchachos echaron a correr; el rápido tamborileo de sus pasos a la carrera resonó en los adoquines de la calle de detrás.

Se habían ido, pero la joven no. Seguía allí, petrificada, por lo visto, en su absurda pose defensiva.

Los huesos que se dibujaban bajo su nívea piel eran exquisitos; sus pómulos, prominentes; su mandíbula, elegante; su nariz, recta y delicada. Miguel Ángel podría haberla esculpido. Y el puño de un hombre destrozar aquella belleza en un instante.

—Vete a casa —le dijo.

La joven se estremeció, pero no se movió; solo se balanceó un poco, como si estuviera mareada.

Él suspiró.

—Vete, antes de que decida darte una lección.

Aquello pareció sacarla de su embeleso. Miró el muro que tenía a su espalda, donde yacía la seguridad de su hogar, luego el callejón que había a un lado. No quería que él supiera que estaba en casa, pero tampoco salir corriendo por aquella callejuela. ¿Sería una criada? No, no tenía manos de criada. Ni Ellis podía permitirse una criada. Pero tenía hijas. Tres, que Archer supiera, y solo una que siguiera en casa. Miranda. Repitió mentalmente el nombre, saboreándolo como el vino.

—Márchese —le gritó ella—. Y me iré a casa.

Archer contuvo una sonrisa. ¿Desde cuándo era la rebeldía tan fascinante? ¿La juventud tan seductora? La joven tenía edad para casarse. Parpadeó y borró de su mente aquella idea descabellada. Era una muchacha inocente. No la veía seductora. Aunque lo sería... un día. ¿Se volvería aquella boca aún más exuberante? ¿Se tornaría más delicada la leve suavidad de sus mejillas?

La observó, momentáneamente extasiado por los mechones cobrizos que bordeaban, enroscados como llamas, su rostro anguloso.

—¿Quién es usted? —espetó ella.

Aquella pregunta tan directa lo espabiló. Hizo una reverencia cortés.

—Un súbdito de la Corona preocupado.

Ella carraspeó, pero no bajó los puños. Asombrosamente, se acercó más. Archer quiso refugiarse en la oscuridad y, al retroceder, topó con el muro del callejón. La capa de gran capucha ocultaba su rostro enmascarado. Aun así, no quería asustarla. Una idea ridícula, teniendo en cuenta que ella lo seguía como un halcón, acercándose, percibiendo su reticencia y sirviéndose de esa debilidad. Eso lo llenó de admiración.

—Quítese la capucha. Permítame verle el rostro.

Debía marcharse. Dejarla en paz.

—No.

Envolvía a la joven una energía candente, casi palpable en el aire frío. La furia la hacía preciosa, poderosa.

—Podría obligarle a hacerlo.

Oculto entre las sombras, sonrió. No se explicaba tan absoluta seguridad en sí misma, pero lo... entusiasmaba.

—Una idea fascinante. Quizá deberías intentarlo.

De haber sido un hombre normal, los movimientos de ella le habrían parecido un borrón. Aun así, lo asombró lo rápido que se echó sobre él y le empujó con firmeza contra las costillas el cuchillo que llevaba en la mano. Debía enseñarle una lección sobre cómo atacar a un desconocido grande de noche, pero el olor dulce y herboso de su cuerpo lo distrajo, y sintió curiosidad por ver lo que haría.

—Vuélvase —le ordenó con voz gélida—. Las manos al muro.

Al ver que él permanecía inmóvil, divertido, ella se azoró.

—No me importa quién sea mientras se vaya. Pero, antes de despacharlo, quiero comprobar si va armado.

Incauta. Ciertamente debía ponerla en su sitio.

—Desde luego —respondió él.

La humedad del ladrillo le caló los guantes mientras ella le pasaba las manos por delante para palparle el pecho. En cuanto lo tocó, los sentidos de él despertaron. Un leve escalofrío lo recorrió. Lo contuvo, pensó en la reina, en angulas en escabeche... en que hacía mucho que no tenía tan cerca a una mujer. Por un instante, sintió que se mareaba.

—Ropa de calidad. Con olor a mar. A mar y a...

Se interrumpió y profirió un ruidito que le hizo preguntarse qué detectaba. ¿Olería a algo su sobrenaturalidad?

—Ha venido a hostigar a mi padre.

Él levantó de golpe la cabeza y ella chasqueó la lengua, molesta.

—No es usted el primero que surge de este callejón en plena noche, ni será el último. —Le pasó la mano por el vientre—. Supongo que le debe dinero. Pues ya no hay. No queda nada. No se puede sangrar una piedra, y no permitiré que se cobre con su vida.

Lo afligió el tono de su voz, el que tuviera que pagar por los actos de su padre. No cambiaba nada, salvo el que quisiera mantenerla alejada de la irremediable muerte de aquel. Se debatió entre la ternura y la rabia tensa que lo acompañaba siempre.

—¿Qué debo responder? —inquirió—. Si lo niego, me acusarás de mentiroso. Si lo admito, me cortarás el pescuezo.

Hundió un poco más la punta del cuchillo mientras su suave voz le resonaba en el oído.

—Quizá opte por ambas.

Archer no pudo contener la risa.

—Será un honor. Llevabas ese cuchillo de monte escondido en la bota y te lo has reservado para mí.

—No he tenido ocasión de emplearme con esos bobos porque usted se ha interpuesto en mi camino. Pero no se equivoque: lo habría hecho.

Ella le palpaba los costados con golpes bruscos. Los toques eran impersonales, pero lo enloquecían de todos modos. La carne se le tensaba antes de cada golpe, esperaba el contacto con tensa impaciencia.

—Si hubieras sacado el cuchillo desde el principio, habrías podido hundírselo fácilmente en el corazón.

Notó que negaba con la cabeza.

—A esos dos, no. —El tono profesional de su voz ocultaba una sonrisa—. Habrían aprovechado la coyuntura. Buscaban pelea.

Archer tuvo que coincidir con ella.

—Además —dijo con rotundidad mientras le pasaba una mano por el brazo extendido antes de agacharse a palparle las botas—, no soy partidaria de la violencia.

—Yo diría que la bordas —repuso él, burlón.

Sintió su cálido aliento en los muslos, y los cuádriceps se le tensaron.

—Los halagos no lo salvarán.

Él fingió un suspiro.

—Mi castigo por proteger a una chiquilla.

—Chiquilla —bufó ella—. Tengo diecinueve años. Soy mayor que muchas de las debutantes de Mayfair que se ponen en venta ahora. No soy ninguna chiquilla.

Sí, ¿y él no lo sabía ya?

Con cautela, le palpó la pierna derecha, y pasó a la izquierda. Curiosamente no le hurgó en los bolsillos. Le dejó tranquila la bolsa del dinero.

—Perdón, señora. —Bajó la cabeza y le vio el codo meciéndose como un globo de cobre a la altura de la ingle. La imagen le provocó pensamientos indecorosos. Procuró mantener un tono desenfadado—. Salvo que, cuando uno ha vivido tanto como yo, diecinueve años es poco más que un destello en el tiempo.

—Es usted un viejo libidinoso, ¿verdad? —dijo ella, al parecer, divertida.

Archer se planteó la posibilidad de serlo. Si ella desplazara la mano unos centímetros a la izquierda... Se aclaró la garganta.

—Lo bastante viejo.

Ella hizo un ruidito por lo bajo.

—Mentiroso. —Le palpaba la cadera izquierda ahora—. Su figura no es la de un anciano en absoluto. —«Si ella supiera», pensó él—. Su musculatura es muy...

Notó el instante preciso en que todo cambió: el sutil aumento de la tensión de su mano, la súbita vacilación de sus decididos movimientos, el paso de su respiración fuerte y firme a ligera y agitada. Su reacción fue inmediata: una dolorosa excitación. Por un momento, Archer no pudo pensar. Hacía tanto tiempo que nadie reparaba en él como hombre que apenas albergaba en su mente el eco de semejantes recuerdos. Pero su cuerpo... su cuerpo recordaba perfectamente el placer de las caricias.

Despacio, su mano fina se deslizó por la turgencia de sus glúteos, recreándose en ellos. Una risa de asombro le brotó en la garganta, ahogada por el gruñido contenido que sus sensuales caricias le provocaron. La descarada ladronzuela se estaba ganando una buena sorpresa. Se vio tentado de volverse y

dársela. Qué locura.

La respiración de ella era atropellada, audible y tan similar a la de una mujer copulando que él se mareó un poco; toda la sangre se le bajó al dolorido miembro. Dejó caer de golpe la frente contra el muro de ladrillo. Trocitos de argamasa llovieron como polvo en sus muñecas mientras se aferraba a aquella tapia como a una boya.

Los dedos inquisitivos de ella le exploraron la cara interna del muslo, poniendo a prueba su erección, y seguramente percibiendo la convulsión de la zona. Su miembro se inflamó, calentándose y tensándose hasta el punto de estremecerse. «Cielo santo.» Esta vez Archer no pudo contener el grave gemido que lo inundó. Rompió el hechizo bajo el que ella se encontraba. A la joven se le cortó visiblemente la respiración y retiró las manos de inmediato, como si se hubiera quemado.

Él se volvió a regañadientes, agradeciendo la protección de su capa. Ella lo miraba espantada, como si no alcanzara a comprender lo sucedido. Un hermoso rubor teñía sus mejillas; el frío viento agitaba su pelo cobrizo. Ya empezaba a apartarse, volviendo de nuevo al abrigo de la luz de la luna. El ardor de Archer fue apagándose, y le dejó bajo el pecho un vacío que le era familiar. La garganta se le cerró.

—No hay armas —susurró ella.

—No. —Él apretó los puños para evitar alargar las manos.

—Bien, gracias pues. —Retrocedió un paso más—. Por su franqueza. Innecesaria, pero digna de agradecer.

—Espera.

Ella se detuvo.

La miró embobado un momento, sin saber qué hacer. Cuando le pareció que ella iba a moverse, se hurgó en los bolsillos. «Dale algo. Que se quede.»

—Toma. —La moneda que le ofrecía brilló a la escasa luz—. Cógela.

La joven no titubeó. Archer tenía la moneda entre los dedos y, de pronto, no. Vio cómo la observaba, frunciendo sus finas cejas pelirrojas.

—¿West Moon Club?

—No es dinero de verdad —le aclaró él, al ver que fruncía aún más el ceño—. Solo una fruslería hecha por hombres que no tienen nada mejor en que entretenerse. Yo ya no voy a utilizarla.

No, porque lo habían echado del club. El vacío que sentía en su interior se hizo doloroso. Odiaba la moneda y todo lo que significaba. De todas las cosas que podía haberse sacado del bolsillo con tanta premura, ¿por qué había tenido que ser aquella?

Ella alzó la vista y, enarcando una ceja, lo miró pensativa.

—Es oro puro —balbució Archer como una doncella. Lo inundó la

irritación. La contuvo—. Fúndela y véndela si lo precisas. —La idea le produjo cierto regocijo.

La joven cerró la mano donde sostenía la moneda.

—¿Me cree demasiado orgullosa para aceptarla?

Él esbozó una sonrisa.

—Al contrario. Te creo lo bastante práctica como para hacer buen uso de ella.

No le ofreció el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo. Un regalo era una cosa y la caridad otra muy distinta.

Lo miró con sus ojos verdes.

—Endiablado pico de oro. Se equivoca. No acepto obsequios de desconocidos.

Se disponía a protestar cuando ella hizo un movimiento rapidísimo de muñeca. El cuchillo que llevaba en la mano surcó el aire y se hundió con estrépito en el muro que Archer tenía al lado.

—Un trueque, en cambio, sí.

Ay, le encantaba aquella mujer. Sin dejar de mirarla, desenterró el cuchillo. La empuñadura, delgada y esmaltada en negro, aún guardaba el calor de su mano. Que le hubiera confiado su cuchillo le indujo a albergar extrañas esperanzas, como si, por una vez, pudiera apetecerle ver amanecer.

—Un trueque es un trueque —dijo él con voz ronca.

—Váyase, entonces —le pidió ella—. No me marcharé hasta que se haya ido.

Deliciosamente autoritaria. Se le tensó el vientre, y le ardió.

«Vente conmigo.» Se la llevaría a una taberna, la invitaría a cerveza y a pan, la provocaría solo por oírla hablar, para poder observarla toda la noche y deleitarse con el modo en que daba órdenes a todos los que orbitaban a su alrededor. Salvo que entonces ella lo vería. Y saldría corriendo. La angustia le oprimió el pecho con fuerza.

—Como desee milady.

Ella dio un respingo. En realidad, no pensaba que fuera a obedecerla, y eso le hizo reír. Dios, hacía años que no sonreía tanto. Los músculos del pecho le dolían de la carcajada reciente. ¿Cuándo había reído por última vez? No lo recordaba.

Sintió de nuevo un anhelo desesperado, porque, en la mirada resuelta de ella, en su ausencia de vacilación al hablar con él, vio el reflejo de su propia salvación. Vio un hombre que ya no se ocultaba entre las sombras, al que se veía. Si había un regalo mayor en este mundo, él no lo conocía. Y no sería tan tonto de darle la espalda.

La hija de Hector Ellis. Tendría que perdonarle la vida. Archer ideó

mentalmente un nuevo plan. Uno al que sabía que Ellis accedería, porque un hombre como él accedería a lo que fuera por salvar su propio pellejo. Un poco de tiempo era lo único que Archer necesitaba.

Inspiró hondo y se obligó a decir lo que debía:

—Buenas noches, bella Pan.

Tres años después. Londres, septiembre de 1881

—No, más abajo... sí, esa... ¡la de ahí! —Asomó a su boca una sonrisa satisfecha—. Ay, qué bonita.

El tendero se sonrojó de gozo. Su mirada descendió a los labios de la joven y se recreó en ellos más de lo conveniente.

—La más bonita que he visto, señorita.

El pequeño atrevimiento sonrojó de nuevo la piel clara del dependiente. Miranda se inclinó aún más hacia delante. La cubierta de cristal del mostrador en el que tenía apoyados los codos crujió un poco y el dependiente tragó saliva, paseando sus ojos entre la boca de Miranda y los senos que le asomaban por encima del canesú. Apretó con fuerza la gargantilla de rubíes que sostenía en la mano.

Qué fácil era seducir a un hombre con el simple acto de curvar la espalda. Cualquier mujer se habría sentido satisfecha de comprobarlo. Miranda, sin embargo, se sintió como siempre: sucia, mala, vacía.

—Póngala aquí —susurró ella, y se aclaró la garganta con delicadeza—. Déjeme verla a la luz.

Con cuidado, él depositó la joya entre las otras, decenas de collares y gargantillas esparcidos por el pequeño mostrador. Más mercancía expuesta de la que era prudente o apropiado. Tan a mano. Un error que solo un dependiente embobado cometería.

Miranda se apoyó en el mostrador, descansando la barbilla en la mano. Al hacerlo, se empujó un pecho con el brazo y lo hizo sobresalir un poco más. El dependiente reprimió un gemido, clavando la mirada en el súbito incremento de carne al descubierto. A ella se le erizó la piel. No se estremeció; se limitó a mirarlo con una sonrisa cómplice. «Usted y yo conocemos ese deseo secreto que hay entre los dos», le insinuaba con los ojos. Con la suavidad de una pluma, posó la mano libre en el collar de perlas que tenía junto a las costillas.

—Cualquiera de estas joyas le haría justicia, señorita.

Enganchó con el dedo las perlas. «Despacio. Despacio.» Lo había hecho en incontables ocasiones, pero siempre era como la primera. Siempre la llenaba de terror. «Que no se me note.»

Hizo un mohín, fingiéndose ofendida.

—¿Me harían justicia, señor?

Ruborizado, se apresuró a explicarse con su boca de labios finos.

—No me he expresado bien. Las joyas palidecen al lado de su belleza. Si yo fuera un rubí, desesperaría por destacar en su presencia.

Una sonrisa genuina se dibujó en los labios de ella. Aunque tímido y simplón, el joven era romántico y apuntaba maneras de poeta. Habían sido su semblante pálido y sus constantes rubores lo que la había llevado a elegir aquella tienda en los límites de la respetabilidad. La tiendecita estaba especializada en joyas exquisitas empeñadas por aristócratas cuya riqueza iba mermando. Un lugar donde los nuevos ricos compraban caprichos a sus queridas de la ciudad. Donde una joven sola podía fingir que deseaba adquirir algo que no se encontraba a su alcance para poder coquetear así con el joven dependiente al que le había echado el ojo.

Era el papel que representaba. Dejaba que la viera pasar delante del escaparate una vez a la semana. Establecía contacto visual, luego apartaba la mirada, ruborizada. Después, armándose de valor, entraba por fin. Bajaba la cabeza y se sonrojaba.

—Es usted muy amable, señor —susurró ella.

El joven casi resplandecía de gozo, y Miranda sintió una punzada en el pecho. Un muchacho demasiado bueno para echarse a perder. Porque se echaría a perder cuando el dueño descubriera lo que había permitido que pasara allí. Pero ella no podía volver con las manos vacías. Había pasado demasiado tiempo. «Mi vida es así, y la detesto. La detesto», se gritó para sus adentros. Le devolvió la sonrisa.

Sonó la campanilla de la puerta y él se sobresaltó como si lo hubieran sorprendido con la mano en el frasco de las galletas. Entraron dos señoras rechonchas, que lo saludaron con un leve movimiento de la cabeza. Al igual que el de Miranda, sus vestidos estaban algo pasados de moda y bastante remendados, pero, al contrario que con ella, el dependiente no se dispuso a atenderlas de inmediato.

Miranda se pasó un dedo enguantado por el cuello.

—¿Q... querría probarse alguno? —le preguntó él.

Ella se humedeció el labio inferior con la punta de su lengua rosada y lo cautivó de nuevo.

—No debería. —No le costó lograr que le temblaran los labios. De hecho, sentía ganas de echarse a llorar.

—¡Cielo santo!

El aspaviento de las señoras hizo que se volvieran los dos. La mayor de ellas se llevó una mano al pecho y, con la otra, se agarró a su acompañante.

—¡Ay, Jane, mira quién es!

Su amiga palideció e intentó secundarla.

—¿Quién, Margaret?

—¡El temido lord Archer! ¡Su coche sube la calle!

—¡No!

Las dos mujeres alargaron sus cuellos arrugados para asomarse por encima de las letras doradas del escaparate. Miranda procuró no mostrarse muy sorprendida. «Vaya par.» Los dedos de Miranda, a punto de apropiarse de su recompensa, se tensaron, pero ella se mantuvo firme. «Despacio. Despacio.» Si se precipitaba, la víctima siempre se daba cuenta. Era instintivo.

—Lo he visto —susurró nerviosa Margaret—. Una noche a última hora, cuando volvía del teatro. Iba por Piccadilly como si cualquier cosa. ¡Juro que casi me desmayo de pánico!

—Pobre. ¿Adónde hemos ido a parar? ¿Cómo se puede permitir que un hombre como él ande suelto por las calles?

Miranda jamás había oído tantas tonterías juntas.

—Es aristócrata, querida —le replicó Margaret—, y tan rico como Crespo. ¿Quién iba a cuestionarlo? He oído decir que ha mandado al menos a cuatro hombres al hospital solo por mirarlo de forma inadecuada.

El vehículo llegó a la altura del escaparate. Miranda vislumbró el sombrero y la capa negra del cochero, en un carruaje negro con un escudo blanco en la portezuela.

—Cielos, me ha mirado... —Jane se estremeció y, tras soltar un gemido, puso los ojos en blanco.

—¡Jane! —Su amiga, al ver que se desplomaba, intentó agarrarla.

—¡Vaya! ¡Vaya! —El dependiente salió disparado a coger a la descerebrada.

Despreciaba a las mujeres frívolas. Miranda actuó, y se guardó la gargantilla en el bolsillo de la falda a la vez que se apresuraba a ayudar, tirando accidentalmente varias gargantillas al suelo en su precipitación.

—¡Oh, cielos! —exclamó, intentando recoger, nerviosa, las joyas, y logrando revolverlas todas. En el suelo, un revoltijo de cadenas de oro y piedras preciosas.

El dependiente no sabía si ayudarla a ella o a la señora que tenía en el suelo. «Perfecto.»

—¡Qué lío he organizado! —Se llevó una mano temblorosa a la frente—. Cuánto lo lamento. ¡Como si no tuviera usted bastante ahora mismo!

Se acercó a la puerta, con el corazón alborotado. Siempre se le alborotaba. Siempre.

—¡Espere, señorita! —El dependiente se volvió, estirando la mano como si quisiera recuperarla.

Aferrada al pomo de la puerta, Miranda le dedicó una mirada compasiva.

—Adiós. Lo siento mucho.

La campanilla de la puerta ahogó sus palabras.

Fuera, el carruaje en cuestión ya había desaparecido, engullido por el tráfico

de la calle y la densa niebla. Solo entonces se pusieron de nuevo en marcha los peatones boquiabiertos. Las calles se inundaron de susurros inquietos, hasta que los ahogó el estrépito habitual de coches de alquiler, omnibuses y carruajes que traqueteaban por las calzadas adoquinadas. Miranda decidió que no quería saber qué aspecto tenía el desdichado lord Archer. Ya había experimentado bastantes horrores en su corta vida.

De camino a casa, el leve peso de la joya que llevaba en el bolsillo se le hizo inmenso. Sus pasos se detuvieron de pronto al ver la berlina negra e impoluta de doble tiro aparcada como un ataúd delante de la puerta principal de la casa. Gruesas espirales de niebla vespertina amarillo verdosa se levantaban desde la vereda adoquinada, envolvían fantasmales las grandes ruedas del coche y se enroscaban como serpientes en las patas larguiruchas de los friones, también negros, que esperaban plácidamente allí.

El miedo le encogió las entrañas. Lejos quedaban los días en que la entrada de su casa se llenaba de filas interminables de landós, calesas y faetones cuando nobles y burgueses por igual visitaban a su padre para adquirir sus mercancías.

Con un tirón de aparejos y un refinado ruido de cascotes, el coche dio la vuelta y el blasón de la portezuela brilló a la luz menguante del atardecer. Sobre un escudo blanco partido por una pesada cruz negra, se leía «Sola bona quae honesta». Cuatro puntas de flecha bien afiladas se clavaban en las zonas blancas del escudo. Se le erizó el vello de los brazos, y enseguida supo la razón de su desasosiego. El temido lord Archer.

El coche se acercó y una figura, apenas la silueta negra de unos hombros, apareció tras la ventanilla de cristal. Cuando el vehículo pasó de largo, un fuerte escalofrío le recorrió la columna, porque alguien le devolvía la mirada.

—¡No lo haré!

El grito de Miranda retumbó en las paredes de piedra desnudas de la oscura y estrecha cocina. Fino y agudo, muy distinto de su voz normal. Procuró recomponerse.

Su padre rodeó la maltrecha mesa de madera que se interponía entre los dos. Sus pequeños ojos pardos brillaron.

—¡Claro que lo harás! —Dio un puñetazo en la mesa—. ¡Aquí mando yo!

—Bobadas. —Golpeó rotunda la mesa con su cuchara de madera, salpicando de estofado de cordero el pudín—. Tu dominio sobre mí acabó el día en que vendiste a Daisy al mejor postor.

El rostro arrugado de su padre se puso blanco como el lino irlandés.

—¡Ni te atrevas! —Levantó la mano para pegarle, pero la dejó en el aire, temblona, al ver que ella no se inmutaba.

—Inténtalo, por favor —le dijo ella, serena. Sostuvo la mirada de su padre

mientras, a su alrededor, el aire empezó a caldearse, a arder y vibrar con una agitación casi expectante—. Te lo suplico.

La mano de su padre se estremeció, luego descendió despacio.

—No lo dudo, hija mía. —La saliva le bañaba las comisuras de sus labios trémulos—. Sé que deseas verme arder y consumirme.

Miranda se revolvió, nerviosa; en sus entrañas, una mezcla de calor y dolor buscaba una vía de escape.

—Siempre recurres al fuego para protegerte. —Su padre se acercó un paso, atravesándola con la mirada—. Sea cual sea el precio.

Como una llama en la corriente, el calor se apagó, y con ello pareció aumentar la confianza de su padre.

—Lo peor de todo es que lo hago por ti —quiso convencerla, inclinándose—. Tú ya no eres una niña. Desde hace años. ¿Acaso piensas quedarte a vivir conmigo para siempre?

—No, yo... —Cerró la boca de golpe.

No había pensado mucho en el futuro; se limitaba a vivir el día a día. A sobrevivir. ¿Para qué cambiar el infierno conocido por un infierno por conocer?

—Eso debes de pensar, pues has espantado a todos los jóvenes que han venido a pretenderte desde que aquel necio de Martín... —Se tragó sus palabras, consciente, por una vez, de que quizá también él había ido demasiado lejos. Pero se recuperó enseguida, y sus pobladas cejas canosas formaron una V—. Te habrás percatado de que esta es la cena más deliciosa de que hemos disfrutado en meses. —Su mano añosa repasó en el aire el exiguo estofado de cordero y el sencillo pudín de pan negro que Miranda preparaba—. ¿Quién crees que nos ha proporcionado el dinero necesario para comprarla?

—Pensé que quizá habías vendido la lana...

La cruda carcajada de su padre cortó el aire.

—Con lo bajo que está el precio de la lana, y las deudas que tengo, habríamos tenido suerte de poder cenar caldo de cabezas de pescado. Mis acreedores se quedarán la casa antes de que termine el año —dijo en voz baja—. Y tú te quedarás sin hogar.

¿Sin hogar? Casi se echó a reír. Hacía años que no tenía un verdadero hogar. Desde que se habían ido sus hermanas.

—No es difícil imaginar la clase de oficio que una belleza como tú encontrará —prosiguió él—. Pero ¿qué ocurrirá cuando esa belleza se marchite? No quiero ni pensar qué será de ti.

—¡Ay, basta ya! —espetó ella—. Me pintas un panorama desolador. El mismo que se cierne sobre mí desde hace años.

—¡Maldita sea! —El pudín se estrelló en el suelo formando un revoltijo de crema marrón y fragmentos de loza—. ¡Me lo debes, Miranda! —le gritó,

apuntándole con el dedo, con el rostro encendido de rabia—. ¡De no ser por ese fuego, yo aún tendría la mitad de mi fortuna! ¡Por Dios, destruiste mi condenado almacén!

—¡Llevo años cumpliendo condena por mi error! —gritó ella—. Y no basta. Pues se acabó. —Cortó el aire con la mano como si así zanjara la conversación—. ¡No puedes obligarme a hacer esto!

Su padre esbozó una sonrisa burlona.

—Cierto, no puedo —coincidió con repentina calma—. El contrato establece que debes ir por tu propia voluntad; de lo contrario, será nulo. —Se acercó otro paso, apoyándose con fuerza en la mesa de madera, y la amenazó con un dedo temblón—. Pero una cosa te digo: si te niegas, ya no vivirás aquí.

A Miranda se le hizo un nudo en la garganta, fruto de una intensa angustia. Una cosa era quedarse sin hogar, otra muy distinta no disponer siquiera de un techo bajo el que cobijarse.

—¿No lo dirás en serio...? —Tragó saliva.

El blanco amarillento de los ojos de su padre brilló a la luz de la lámpara.

—He terminado contigo. No te habría tenido aquí tanto tiempo de no haber estado esperando este momento. Que tuviste un desengaño amoroso con Martin... ¡me alegro! Ni siquiera debería haberlo considerado. Ciertas promesas resultan demasiado peligrosas... —Tragó saliva ruidosamente—. Te vas de todas formas.

De modo que así estaban las cosas. A Miranda le tembló el labio inferior, que después se mordió con fuerza. Quedaba poco afecto entre ellos, pero él era su padre y estaba dispuesto a arrojarla a los lobos. La pena que le irradió del pecho le caló hondo en los huesos.

Su padre la miraba sin alterarse. Impávido. Conocía esa mirada. La decisión estaba ya tomada. Aun así, debía intentarlo.

—Me cuesta creer que...

—¡Te casarás con lord Archer! —gritó él; su temple se quebró como cristal—. Por todos los diablos, ese tipo es uno de los nobles más ricos del reino. No entiendo cómo puedes rechazarlo. De todas las jóvenes condenadamente testarudas...

—Pero ¿por qué?

Un sollozo desgarrador se le escapó antes de que pudiera contenerlo. Detestaba mostrarse débil delante de su padre.

Él se detuvo en seco y la miró extrañado.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué yo? —Se limpió la boca con la mano—. No soy nadie. No había oído hablar de él hasta hoy. ¿De qué me conoce?

La expresión de su padre se congeló durante un instante interminable, después se resolvió en una carcajada de incredulidad.

—Puede que yo sea un hombre arruinado, Miranda Rose, pero aún me queda una joya en mis cofres.

Rodeó la mesa, con gesto casi afable. Ella se apartó de él, tropezando con la mesa de trabajo. Su padre se detuvo, pero su sonrisa de satisfacción no desapareció.

—Lord Archer tiene riquezas, poder, tierras. Un hombre así no precisa buscar esposa entre nobles. La sobrealimentación ha convertido a las de su casta en globos de ojos pequeños y sin barbilla. Tú, querida mía, eres un diamante en un océano de vidrio tallado. —Un brillo familiar iluminó los ojos de su padre, el de una transacción bien hecha—. La pluma más exquisita del sombrero de ese caballero.

Por un instante, ella se puso muy furiosa.

—Me iré a casa de Poppy, o de Daisy.

Se hizo un silencio terrible entre los dos, y la expresión confiada de su padre desapareció. Se puso blanco como el papel.

—No te aceptarán. Nunca lo han hecho.

—Me lo han ofrecido en otras ocasiones.

En realidad, sus hermanas se lo habían suplicado, pero ella no había accedido por un desafortunado sentido del deber para con su padre. Del sacrificio, pues ella lo había llevado a la ruina. Qué grato saber que había alcanzado al fin el límite de su culpabilidad. Pero no quería la compasión de sus hermanas, ni deseaba ser una carga para ellas. La sola idea le revolvía las entrañas.

—Ha pagado por ti generosamente. —Su padre levantó las manos, asqueado—. Si piensas incumplir el contrato, tendré que marcharme. —Se estiró el raído chaleco y se repeinó el pelo alborotado—. Te sugiero que hagas lo mismo. A ese tal lord Archer no le sienta muy bien que lo engañen, créeme.

—Oh, te creo.

Tenía la sensación de que el motivo por el que ella se veía en aquel lío era que su padre ya había intentado engañarlo alguna vez.

Se miraron durante un instante interminable, ella tamborileando con el dedo al azar en la encimera mientras su padre esperaba en completo silencio. Debería despreciar a ese tal lord Archer por comprarla como si fuese una mercancía, solo que había hecho lo mismo que casi todos los caballeros de Inglaterra. El matrimonio era un negocio. Cualquiera joven sensata lo sabía. Solo cuando habían descendido de categoría social había empezado a albergar la esperanza de casarse por amor.

El guiso, que hervía en el puchero que tenía al lado, empezó a espesar y a oscurecerse, e hizo que le rugieran las tripas. Echaba de menos las comidas regulares, la vida sin robos ni remordimientos. Sintió una súbita vergüenza y suspiró afligida. Lord Archer había firmado de buena fe, solo para convertirse en

otro de los hombres a los que su padre engañaba, y ella formaría parte del engaño.

Nunca más. No sería como su padre. Podía llevar una vida honrada y caminar con la cabeza bien alta a partir de entonces.

Ante la disyuntiva de vivir en las calles o hacer lo correcto, no le costó decidir. Por desgracia, eso no evitó que el estómago le diera un vuelco cuando se vio obligada a pronunciar aquellas palabras.

—De acuerdo. —Le vino a la cabeza la imagen de la señora boba de la tienda desmayándose al ver a lord Archer y, por un instante, fue presa de un pánico absoluto. Tragó saliva con fuerza—. De acuerdo. Lo haré.

Él la miró boquiabierto, incrédulo. Al ver que no rechistaba, asomó a sus labios una sonrisa.

—Muy bien. —Contento, cogió una gruesa rebanada de pan de la encimera—. Por la mañana, entonces.

Ella giró de pronto la cabeza.

—¡Qué!

Él se volvió a medias.

—Insiste en casarse contigo mañana —le dijo, con la boca llena—. Ya está todo dispuesto. Lord Archer ha solicitado una licencia especial para que no haya impedimentos ni necesidad de esperar.

El fuego de los hornillos se avivó un instante. Su vida había sido objeto de compraventa y se habían hecho todos los preparativos. «Condenados hombres.»

Su padre arrancó con los dientes otro bocado de pan y se dispuso a salir.

—¡Espera! —Miranda se llevó la mano al bolsillo y sacó el botín—. ¡Toma! —El collar de perlas golpeó la mesa—. Guárdalo bien, porque es lo último que pienso robar para ti. Estamos en paz, padre. Con esto, hemos terminado.

Casarse era un bonito sueño que Miranda había acariciado durante su infancia y que había abandonado su pensamiento en cuanto se había hecho mayor. Conocía muy bien el rostro que veía en el espejo todas las mañanas. No era tan estúpida como para fingir que no se sabía hermosa. Quizá la vanidad fuera pecado, pero también la mentira. Poseía una rostro y una figura bonitos, pero conocía a muchas jóvenes más bellas.

No obstante, siendo una mujer sin fortuna ni título, recibía pocas ofertas de matrimonio. La mayoría le llegaba a modo de gritos obscenos de los tenderos del mercado cuando iba a Covent Garden los sábados por la mañana. ¿Cómo había llegado entonces a aquello?, se preguntó mientras Daisy le prendía unas rosas blancas del pelo a la mañana siguiente.

Tal vez fuera solo un sueño. La mujer del espejo no se parecía en nada a ella. Estaba demasiado pálida. Su vestido rosa, uno de los muchos que habían comprado con el dinero de lord Archer, se abultaba e hinchaba a su alrededor como un merengue. Se apartó del espejo desdeñosa. Esa era la imagen de una virgen, de una doncella. No era ninguna de las dos cosas. Y aun así, él la había elegido. ¿Por qué?

No creía la bobada de su padre de que ese hombre la quería por su belleza. Había muchas hijas bonitas de nobles completamente arruinados y, por tanto, desesperados entre las que podía escoger un hombre rico. ¿Qué quería entonces? «¿Adónde hemos ido a parar? ¿Cómo se puede permitir que un hombre como él ande suelto por las calles?» Comenzó a sudarle el labio superior. Aun así, lord Archer no sabía bien lo que se llevaba al tomar a Miranda por esposa, ¿verdad?

Generar fuego con el pensamiento parecía cosa imposible, un mito. Ella había descubierto su talento de forma completamente accidental. Y había provocado más de un desastre. Sus padres les habían prohibido hablar de ello, más aún, habían prohibido a Miranda que volviera a servirse de su don. Poppy se había encerrado en la biblioteca en busca de una explicación; jamás la había hallado. Solo a Daisy le había impactado, si bien la había decepcionado no poseer ella también un talento sobrenatural similar. Respecto a ella, aún se hacía la misma pregunta: ¿era un monstruo? Bella y bestia fundidas en una única fuerza inestable. Pese a su deseo de saber, anteponía el temor todavía mayor de plantearle la cuestión a cualquiera y ver cómo huían, igual que había hecho Martin. De modo que lo guardaba para sí. No se lo contaría a su marido. Aunque la tranquilizaba saber que no le faltaban defensas.

La indiferencia que tanto Poppy como Daisy sentían por su padre las

mantuvo a distancia cuando este agarró a Miranda por el codo para evitar que intentase escapar. Su parloteo no era más que ruido, la mano de su padre en su brazo un fantasma mientras se dirigían a la pequeña capilla familiar junto al río.

El reverendo Spradling se reunió con ellos en la puerta. Las profundas arrugas que le enmarcaban la boca carnosa se pronunciaron cuando sus ojos pasaron de Miranda a su padre.

—Lord Archer está... —Inclinó la cabeza y tiró de la sotana que le abrazaba el cuello regordete—. Espera en la sacristía.

—Estupendo —dijo el padre de Miranda con una sonrisa fatua.

—Desea hablar con la señorita Ellis en privado —lo interrumpió el reverendo cuando se disponía a pasar por la puerta—. Le he dicho que no es decoroso, pero ha insistido mucho.

Los dos hombres se volvieron hacia Miranda. Ahora sí importaba su opinión, ¿no? Se habría echado a reír, solo que temió que su risa sonara a sollozo.

—Muy bien. —Se recogió las faldas. Los dedos ya se le habían agarrotado hacía rato, y el tejido le resbalaba de las manos. Lo agarró con más fuerza todavía—. No tardaré ni un segundo.

Despacio, se dirigió a la puerta de la sacristía que se alzaba inmensa ante ella. Por fin se hallaría cara a cara frente al hombre que iba a ser su esposo, el hombre que mandaba a los brutos al hospital y hacía que las mujeres se desmayaran de terror.

Estaba, erguido como un soldado, al fondo de la pequeña estancia de piedra. Algunas mujeres, se dijo, recorriéndolo con la mirada, podían ser de lo más ridículo.

Cerró la puerta y esperó a que él hablara.

—Ha venido —dijo lord Archer, sin lograr ocultar un dejo de sorpresa en su voz grave.

—Sí.

Era alto y grande, aunque no podía discernirse ni un gramo de grasa sobrante en toda su figura. Su apariencia de hombre corpulento se debía al ancho de su espalda, a la musculatura que su traje matinal de color gris carbón, por exquisitamente cortado que estuviera, no podía ocultar del todo, y a la longitud de sus piernas fuertes, enfundadas en pantalones de lana grises. El suyo no era el cuerpo esbelto y elegante de un hombre refinado, sino la forma tosca y fuerte de un estibador. En resumen, lord Archer poseía la clase de cuerpo viril que llamaría la atención de más de una mujer... de no ser por un hecho ineludible.

Ella alzó la vista a su rostro, o donde debía estar. Allí se topó con una máscara negra de material duro como las que se usan en los carnavales, y que llevaba esculpida en los labios una sonrisa de Mona Lisa. Debajo de la máscara, una media tupida de seda negra le cubría la cabeza y no dejaba a la vista un ápice

de piel. La perversidad de su atuendo inquietaba, pero Miranda no estaba dispuesta a desmayarse.

—Me ha parecido preferible —dijo él después de dejarla que lo estudiara— que aceptara esta unión con pleno conocimiento de las circunstancias. —Sus dedos enfundados en guantes negros recorrieron el puño de plata del bastón que sostenía—. Dado que será mi esposa, sería estúpido por mi parte pretender ocultarle mi aspecto.

Hablaba con tal serenidad que ella no podía más que contemplarlo asombrada. Un recuerdo apareció ante sus ojos como llama agitada por la corriente, una visión de un hombre distinto, en un lugar distinto. Uno que también se ocultaba en las sombras, cuyo cuerpo extraordinariamente fuerte la había perseguido en sueños durante meses, le había hecho desear cosas para las que entonces aún no tenía nombre, cosas que hacían que le ardiera la piel en más de una noche fría. La había avergonzado el modo en que había codiciado a ese extraño siniestro. Pero no podía haber sido lord Archer. El desconocido tenía una voz sombría, ronca y débil, no atronadora, grave y potente como la de lord Archer.

—¡Preste atención, señorita Ellis! —El bastón retumbó en el suelo de piedra y ella dio un respingo—. ¿Aún quiere seguir adelante? —le preguntó con más calma.

Ella se acercó un poco y el hombre se puso rígido.

—¿Quién es usted? ¿Un actor de alguna clase? —Su temperamento se inflamó como el fuego al contacto con el aire—. ¿Se trata de alguna broma que mi padre ha ideado para enfurecerme? Porque le advierto que...

—Soy lord Benjamin Archer —le dijo, con tal acritud que ella se calló. Sus ojos brillaron tras la máscara—. Y esto no es ninguna broma. —Se tensó la mano con la que sujetaba el bastón—. Aunque hay días en que desearía que lo fuera.

—¿Por qué lleva esa máscara?

—Me lo pregunta la mujer cuya belleza bien podría ser una.

—¿Cómo dice?

Solo halló en él la impasible máscara negra, flotando como una terrible efigie sobre sus hombros anchos.

—¿Qué son belleza o fealdad sino una fachada que incita a un hombre a hacer conjeturas en lugar de ahondar más? Mírese —señaló con la mano su rostro—. Ni un defecto o marca que estropee esa belleza absoluta. He visto su rostro antes, señorita Ellis. Miguel Ángel lo esculpió en frío mármol hace trescientos años, y creó con sus manos divinas lo que todos los hombres adorarían. —Se acercó más—. Dígame, señorita, ¿no usa usted esa belleza como escudo para mantener a raya al mundo y que nadie conozca su verdadera naturaleza?

—Malnacido —espetó al recobrar la voz.

Le habían pegado una o dos veces, obligado a robar y a mentir, pero nadie

la había desnudado nunca de ese modo.

—También soy eso. Más vale que lo sepa ya.

Quiso recogerse la cola del vestido, pero tamaña cantidad de resbaladizo tejido se le escapaba de las manos.

—He venido aquí por voluntad propia, pero no toleraré observaciones crueles sobre mi persona —dijo Miranda, recomponiéndose al fin—. Adiós, lord Archer.

Él se movió, pero se detuvo, como si tuviera miedo de acercarse demasiado. Un pequeño gorjeo quedó atrapado en su garganta.

—¿Qué sería necesario?

La urgencia estrictamente controlada de su voz la hizo retroceder.

—Si tanto le desagrada mi carácter y mi aspecto —repuso ella entre dientes—, ¿por qué ha pedido mi mano?

Meneó apenas su oscura cabeza.

—Soy el último de mi linaje —dijo, menos seguro—. Aunque amo a mi reina y a mi país, no deseo ver cómo la Corona se apodera de las tierras de mis ancestros. Necesito una esposa.

La idea de que tendría que procrear con aquel hombre no se le había pasado por la cabeza. Le parecía inimaginable.

—¿Por qué no corteja a alguna de sus nobles? —le preguntó con la boca seca.

Él alzó un poco la barbilla.

—No son muchos los progenitores dispuestos a entregar a sus hijas casaderas a un hombre como yo.

Le fastidió que aquellas palabras le produjeran una punzada de remordimiento en el pecho.

Lord Archer ladeó la cabeza y la examinó con la misma ternura con que se inspecciona un caballo antes de comprarlo.

—Por poco que yo estime su aspecto, cuando llegue el momento de presentar en sociedad a mi heredero, su imponente apariencia le será de gran ayuda a él.

Desde luego, su plan no carecía de lógica. Aun así...

—¿Por qué lleva esa máscara? —volvió a preguntar ella.

Él se limitó a mirarla.

—¿Está enfermo? ¿Acaso su piel es sensible a la luz solar? —inquirió.

—Sensible a la luz solar —repitió él, y luego soltó una carcajada burlona—. Soy un hombre deforme. —Miranda observó que la confesión le hería el orgullo—. Por un accidente. Hace mucho tiempo.

Ella asintió como una boba.

—Soy consciente de que mi aspecto no es precisamente ideal para una joven

dama atractiva en busca de marido. Sin embargo, a cambio puedo ofrecer una vida de lujo y riquezas... —Se interrumpió, como si le doliera su discurso, y desplazó el peso de su cuerpo sobre la pierna contraria—. Y bien, señorita Ellis, ¿qué dice? Ahora esto queda entre nosotros. Decida lo que decida, su padre puede guardar los pocos fondos que haya conseguido no despilfarrar sin miedo alguno a represalias por mi parte.

—¿Y si digo que no? ¿Qué hará? ¿Hay alguna otra a la que pueda pedírselo? —En realidad, no debería preocuparla, pero su curiosidad innata no tenía límite.

Lord Archer se estremeció, un levísimo movimiento que en él fue tan obvio como si le hubieran dado un puñetazo.

—No. Debe ser usted. —Inspiró con fuerza y se enderezó como un soldado—. En pocas palabras, no me queda otra opción. Respecto a lo que haré si dice que no, seguiré viviendo solo. Es decir, la necesito. Su ayuda, quiero decir. Si me la otorga, señorita Ellis, no le faltará de nada.

El hombre de la máscara negra parecía solo, apartado de todo. Miranda sabía reconocer la soledad. Le vino a la cabeza otro recuerdo, uno que se había esforzado por enterrar. El de ella en un rincón de esa misma sacristía, viendo cómo Martin rompía su compromiso y se marchaba. Y le había dolido. Dios si le había dolido. Tanto que la sola idea de hacérselo a otra persona le asqueaba.

Lord Archer había revelado sus flaquezas, le había dado la oportunidad de romper su acuerdo. Le había proporcionado poder sobre él. El hombre era, sin duda, lo bastante inteligente para haberlo hecho a propósito. La oportunidad de igualdad resultaba inesperada.

No obstante, nada de eso podía haber importado. Insensata era la mujer que renunciaba a su libertad por compasión. No, no fue compasión ni la ilusión del poder lo que le hizo tomar aquella decisión; sentía algo en presencia de aquel desconocido, un cosquilleo en el vientre, la sensación de avanzar muy rápido aunque su cuerpo estuviera inmóvil. Era una sensación que llevaba dormitando en ella mucho tiempo, una que había nacido de recorrer los callejones oscuros, espada en ristre, cuando todas las chicas decentes dormían ya. La de aventura. Lord Archer, con su semblante oscuro y su voz grave, le producía una sensación de aventura, de desafío. No podía hacer más que recoger el guante o lamentarlo el resto de su vida. Quizá así, podría ayudarlo a él y ayudarse a sí misma. La idea de ayudar en lugar de destruir la llenó de alegría.

Se recogió las abundantes faldas del vestido con las que corría el peligro de tropezar y se irguió.

—Ya hemos hecho esperar bastante a mi padre y a mis hermanas, lord Archer. —Se detuvo a la puerta para esperarlo—. ¿Vamos?

Había sido una ceremonia breve, sin emoción. Se habían dicho unas palabras y Miranda Rose Ellis había desaparecido. Se miró el anillo de boda, una piedra de luna brillante y redonda sobre una fina banda de oro. Ahora que era lady Miranda Archer, viajaba en un distinguido coche de caballos urbano, sentada enfrente de su marido. Una furibunda tronada estalló sobre sus cabezas y, con ella, un destello de luz azul. La máscara negra de lord Archer se iluminó un instante y, en la penumbra, resaltaron sus prominentes pómulos y los orificios oculares. A ella le dio un brinco el corazón.

Trazos plateados de lluvia resbalaron por la ventanilla, ocultando la vista mientras pasaban una pequeña hondonada. Se acercó más y solo logró que el vaho de su aliento empañara la ventanilla. Lo limpió con la mano, sin importarle que pudieran estropearse sus guantes de piel de cabrito, y se vio compensada con la panorámica de su nuevo hogar según enfilaban el largo sendero de entrada.

El edificio, que se alzaba cuatro plantas, brotaba de la suave loma como riscos en la cima de una montaña. Los rayos destellaban por encima del tejado de pizarra empapado por la lluvia, resaltando el perfil de las tejas y las múltiples chimeneas sobre el cielo tormentoso.

Pegó la palma de la mano a la ventanilla helada. La mansión de estilo gótico era casi tan ancha como alta. Dominaba el terreno, lo acechaba como una gran bestia. Inmensas ventanas en voladizo resplandecían como pálidas joyas de una corona, pero no revelaban luz ni vida interior. Solo una lucecita solitaria en el pórtico de entrada indicaba el camino hacia la casa.

El coche se detuvo bruscamente y remitió el constante repiqueteo de la lluvia en el techo. Lord Archer salió de inmediato del vehículo y la agarró del codo. Ella se mordió el carrillo y subió erguida los fríos escalones de mármol. «No voy a llorar.»

Aullaba el viento en el pórtico y la lámpara de bronce que colgaba en lo alto se mecía. A su espalda, los cuatro caballos negros esperaban plácidamente, dejando que la lluvia empapara sus crines revueltas y soltando vaho por los orificios nasales mientras el lacayo descargaba el equipaje de Miranda.

La fuerza con que le asía el brazo la hizo volverse. No, ya no podía regresar y refugiarse en el coche. Una enorme puerta de doble hoja se alzó imponente ante ella, luego se abrió y reveló la figura de un anciano recortada en la tenue luz de la lámpara. Más lobreguez.

Pasaron las puertas y entraron a... la luz. Y el calor. Se abrió delante de ellos un amplio vestíbulo que la hizo titubear. Aquella estancia, quizá de las

dimensiones de su antiguo hogar, no estaba repleta de telarañas y madera húmeda como ella había imaginado, sino de luz y de belleza. Los suelos de mármol blanco y negro dispuestos a modo de tablero de ajedrez resplandecían bajo sus tacones. El artesonado estaba pintado de un blanco luminoso y las paredes lacadas en negro. Un color así podría haberlas vuelto sombrías, pero brillaban como el azabache bajo la luz de las lámparas murales de cristal y una elegante lámpara de araña hecha de cristal tallado y filigrana de oro. Rusa, se dijo ella, contemplándola; una pieza tan hermosamente armada solo podía ser rusa.

Lord Archer observó su aprecio.

— ¿Esperaba algo distinto?

— Sí... —reconoció—. La casa parecía muy funesta desde la vereda de entrada.

— Hemos llegado en plena tormenta. —Un repentino aullido del viento del otro lado de la puerta reforzó su afirmación—. En esas condiciones, pocas casas parecen acogedoras, sobre todo si uno no las conoce.

— Eso es cierto.

— Aun así, esperaba otra cosa —dijo estudiándola como si fuera un microbio al microscopio.

Ignoraba cómo sabía él la verdad. Bastante antes de que estallara la tormenta, su viva imaginación la había llevado a ver largos pasillos oscuros, estancias lóbregas y vestíbulos polvorientos sembrados de telarañas.

La mirada penetrante de él no tenía fin.

— Mi hogar es mi refugio, ¿por qué no había de hacerlo comfortable?

— Naturalmente.

Desesperada, miró al anciano caballero, que se encontraba, tieso como un mástil, a poco más de medio metro. Cuando habían entrado, le había cogido el abrigo y el sombrero a lord Archer, y con tan sigilosa elegancia que dudaba que él se hubiera dado cuenta siquiera.

Lord Archer reparó en la dirección de su mirada y se agarrotó.

— Hola, Gilroy. No te había visto. ¿Lo tienes todo preparado?

— Buenas noches, milord. Sí, milord.

En medio de una maraña de arrugas, brillaron los ojos bondadosos de Gilroy, de un castaño oscuro. Miranda saludó con un gesto de la cabeza mientras lord Archer le retiraba la capa de los hombros.

— Esta es lady Archer —dijo, entregándole la capa—. Gilroy es nuestro mayordomo, criado principal o como se quiera llamarlo —añadió, como si lo irritara la idea de etiquetarlo.

— Un honor, milady. —Hizo una pequeña reverencia—. El resto del personal y yo estamos a su servicio.

— Estoy segura de ello —contestó procurando igualar su serena dignidad.

La idea de disponer de servicio casi habría bastado para hacerla salir corriendo de allí. Solo que lord Archer, sin la menor duda, la habría traído de vuelta.

La agarró del codo una vez más y juntos recorrieron el vasto vestíbulo, pasando por delante de obras de arte de motivos pastorales y retratos de damas y caballeros empelucados.

—¿Tiene usted ayuda de cámara? —preguntó volviéndose hacia lord Archer mientras dejaban atrás una salita decorada en amarillo limón y blanco y amueblada con delicadas piezas clásicas de estilo griego.

—No, soy un hombre adulto, perfectamente capaz de vestirme y afeitarme. Gilroy solo se encarga de los imprevistos —aclaró con un gesto distraído de la mano.

«Pobre Gilroy.»

La atravesó con la mirada como si hubiera podido oír sus pensamientos.

—No tengo encajes y peinados de los que preocuparme —repuso.

Le vinieron a la cabeza los sermones maternos de su infancia. «Uno jamás debe hablar de su aseo personal. Un caballero nunca debe mencionar el tocador de una dama.» Claro que a Miranda las lecciones de su madre siempre le habían parecido algo agobiantes.

—Reconozco que me sorprende —dijo ella mientras vislumbraba una biblioteca repleta de sofás de terciopelo azul e inmensos sillones orejeros de piel—. Siempre he pensado que los nobles consideraban a su ayuda de cámara un sello de distinción. Padre solía decir que los de su clase, si podían, tenían a alguien que les limpiara el... —Se interrumpió, azorada.

Lord Archer la miró de soslayo.

—Continúe, por favor, lady Archer.

Ella se alejó para asomarse a una estancia grande de azul pálido, casi deseando que el suelo se abriera y la engullera por completo. ¿Qué la habría inducido a hablar de forma tan vulgar? Había intentado deliberadamente provocar a lord Archer.

—El salón de las damas —susurró él mientras ella contemplaba el techo pintado como si fuera un cielo de verano, con sus nubes corridas y sus rayos de sol.

La decoración de la casa era anticuada. Carecía de elementos suficientes para llamar la atención de un observador moderno: no había papeles pintados con estampados, tampoco pañitos decorativos, ni bordados, ni fruslerías con que llenar huecos vacíos. Dinteles blancos y frontones griegos sobre las puertas, con molduras de dentellones forradas de pan de oro. Adornaban las sencillas repisas de chimenea bustos de mármol y espejos convexos. Arquitectura gótica, interiores georgianos, decoración del período de regencia... Era como sumergirse poco a

poco en un pasado lejano.

—Mañana se lo enseñaré con tranquilidad. —Se dirigió a una colosal escalera de mármol blanco—. Ahora necesita descansar.

Miranda podía pasarse el día entero recorriendo una mansión como aquella, pero se dejó conducir y, al llegar a la segunda planta, hundió silenciosamente los pies en la alfombra.

Las paredes eran de color carmesí. Las lámparas murales y los tiestos alegraban los pasillos, pero la ausencia de sirvientes resultaba extraña.

—¿Dónde están los demás criados? —le susurró ella.

Debía de hacer falta un regimiento de ellos para mantener una casa así.

—Cuento con un servicio modesto. Me preocupa mucho más mi privacidad. Mañana los conocerá a casi todos.

Sintiéndose perdida, Miranda alargó la mano y le tocó el brazo. Él se apartó enseguida, profiriendo un gruñido furioso, y a ella se le encendió el rostro.

—Lo siento. —Se reprendió por tocarlo, por sentir la necesidad de hacerlo.

Lord Archer inspiró hondo.

—No, lo siento yo —maldijo irritado—. El accidente... el lado derecho. No me gusta que me toquen el lado derecho. —Se serenó y levantó el brazo izquierdo, ofreciéndoselo—. La he ofendido, y la sola idea me avergüenza. Acepte el izquierdo. Este no sufrió daños. Por favor —añadió al verla titubear.

Lord Archer tenía los ojos grises, de un auténtico gris marengo, enmarcados por gruesas pestañas negras que bien podían competir con las de cualquier dama. Quizá fuera algo extraño en lo que fijarse, pero no lograba apartar la mirada de ellos. El corazón le latía como un metrónomo; la evidencia de la fuerza de voluntad de él y de su fortaleza física casi la abrumaban. Con cautela, posó la mano en su brazo, y notó lo fuerte que era y cómo se tensaban sus músculos bajo su mano.

Su esposo asintió satisfecho, luego tiró de ella. Se detuvo ante unas puertas donde esperaba una anciana.

—Esta es Eula, nuestra ama de llaves —dijo a modo de presentación—. Tendrá que organizar con ella la administración de la casa, me imagino.

Por la forma en que la anciana la miraba, Miranda albergaba serias dudas de que fueran a hacer nada juntas.

—Bien, la veré en la cena —dijo él, tieso entre las dos.

Le hizo una reverencia algo artificial a Miranda y la dejó a solas con la ceñuda anciana.

La mujer menuda, que apenas le llegaba a los hombros, tiesa como un palo, posó en ella sus ojos de lince. Miranda le devolvió la mirada y el vello de la nuca se le erizó. El moño revuelto de la anciana era de color marfil añejo. Las arrugas de la cara eran profundas y marcadas, pero los huesos que se ocultaban bajo su piel eran fuertes. Algo que vio en Miranda debió de merecer su aprobación, porque alzó

apenas una de las comisuras de su boca falta de color.

—Bien, no es usted ninguna ratita. Gracias a Dios. Una ratita no tiene nada que hacer en la jaula del león. —Sus cejas grises se arquearon al ver que Miranda se limitaba a sostenerle la mirada—. Venga conmigo entonces. Su excelencia me ha ordenado que le prepare un almuerzo. Supongo que a un pajarillo esquelético como usted le apetecerá comer algo.

Por encima del hombro de Eula, Miranda divisó una sopera y una montaña de panecillos dorados que rebosaba de una cesta de cerámica. Le rugió el estómago.

Eula se volvió para entrar en las habitaciones de Miranda, dejando a su paso un fuerte olor a alcanfor y sábanas viejas.

—Él mismo vendrá a recogerla a la hora de la cena —le dijo por encima del hombro—. Y no se le ocurra salir de estas habitaciones usted sola.

—¿Y por qué no?

Miranda no tenía intención alguna de vagar por la casa esa noche, pero la actitud despótica de Eula la sulfuraba.

—En esta casa, se esconde toda clase de pecados en la oscuridad. Sabe Dios con qué horrores podría toparse en algunos rincones sombríos.

El disonante chasquido de lengua de Eula mientras desaparecía por el pasillo ofendió a Miranda. Con el corazón desbocado, se dejó caer en un lujoso sofá. Aquello no era un error. La malvada anciana solo pretendía asustarla. Mirando fijamente hacia el umbral vacío de la puerta, se mordió el labio, porque un pensamiento la atormentaba más que ningún otro: ojalá lord Archer volviera.

Archer casi salió corriendo por el pasillo como un chiquillo aterrado. ¿Qué condenado mal lo habría impulsado a comportarse como un imbécil en el peor de los momentos? Debía de sufrir alguno, porque había estado a punto de perderla antes de haberla tenido siquiera. Maldijo y abrió de un empujón la puerta del servicio. Una doncella que subía las escaleras chilló y del susto casi tiró la pila de sábanas que llevaba. Sally, ¿no era así? Nueva. Ya aprendería.

Subió por las estrechas escaleras. El lacayo que había en el siguiente rellano se hizo a un lado, sin extrañarse de ver a su señor en la escalera de servicio. Archer subió los peldaños de dos en dos, y se aflojó la corbata cuando llegó arriba.

Abrió bruscamente la puerta del último piso y la cerró de golpe a su espalda, haciendo temblar con ello los paneles de cristal del techo. Solo al fin. Empezó a notar que disminuía su inquietud.

Su invernadero. Una joyita de cristal oculta en el tejado de la casa. La lluvia golpeteaba con fuerza el vidrio, formando regueros y charquitos, ocultando de su vista el mundo entero. Aquello era más agradable, más cálido y húmedo. Repleto de árboles frutales en tiestos, de un aroma fresco denso como el aire.

La máscara primero. Se la arrancó de la cara, luego la media de debajo, e inspiró al fin la primera bocanada de aire fresco en muchas horas. El aire húmedo chocó con su piel empapada en sudor, y los nervios se le crisparon. Se pasó con violencia los dedos por el pelo aplastado, arañándose el cuero cabelludo solo para poder notar que la sangre corría bajo la superficie. De inmediato se desprendió del resto de la ropa. Luego se acercó al grifo del agua, en la pared, a buena altura, y lo abrió.

Dios, qué fría. Bien. Mejor así. Verse atrapado con ella en el condenado coche había sido suficiente tortura. Cerró los ojos y dejó que el agua le cayera por la cabeza y descendiera por su torso acalorado. Y, de pronto, le vino a la cabeza la imagen de aquel maldito reverendo mirándolo en la iglesia, esperando a que besara a Miranda, precisamente. ¿Tenía una idea ese hombre de lo mucho que Archer deseaba hacerlo?

Y esa voz femenina. Ya no tenía el timbre agudo de una niña, sino que era cálida y suave, como miel al sol. Se estremeció. Esa voz que lo había perseguido durante tres años. Inspiró con dificultad, cerró el grifo y cogió una toalla.

La lluvia se redujo a un leve chispeo mientras él se dirigía a un largo catre que había junto a una de las paredes de cristal. Se recostó en él con un suspiro y levantó la mirada, atónito, a un grupo de hojas de melocotonero en plena y audaz floración. No era así como había imaginado enfrentarse a ella, aún atrapado en la

máscara, hablándole como un auténtico necio arrogante, solo porque, por primera vez en años, se había sentido verdaderamente avergonzado de su aspecto. ¿Qué pensaría ella de él?

Se tapó los ojos con el antebrazo. Ay, Dios, y esa tontería de que la quería únicamente por su heredero. ¡Seguro! Si ni siquiera podía mostrarle quién era. Lo que era. Se le había quedado la mente en blanco cuando Miranda le había pedido una explicación. La verdad era absurda, y el colmo del egoísmo. Porque la deseaba, pese a toda lógica, a toda prudencia. Aunque nunca podría estar del todo con ella, necesitaba tenerla cerca. ¿Y ahora? Estar cerca de ella no era suficiente en absoluto.

¿Cómo iba a ocultarle indefinidamente lo que era? Su carcajada desolada sonó como la de un extraño. Imposible. Lo que pretendía era imposible.

«Imposible, no. Solo optimista.»

Archer esbozó una sonrisa tensa al oír la voz de su conciencia.

—Ay, Elizabeth, ojalá estuvieras aquí.

Un juego al que jugaba consigo mismo, a hablarle como si ella estuviera ahí. En ocasiones, se preguntaba si hablar con un recuerdo sería el paso previo a la locura o lo único que lo mantenía cuerdo.

«Mereces ser feliz, Benjamin.»

Era lo que quería oír. Pero ¿era cierto?

Una gota de rocío rodó por el canto aterciopelado de una rosa. Permaneció inmóvil un instante, brillando como un diamante, para luego caer en su sien y esparcirse por su frente como la caricia de un dedo. No recordaba la última vez que unas manos humanas lo habían tocado voluntariamente.

No, no era cierto. Miranda lo había hecho. Lo había tocado como si fuera solo un hombre. Había vivido de esos instantes desde entonces, los había tenido presentes cuando la soledad amenazaba con atraparlo y ahogarlo. No era su intención estar lejos de ella tanto tiempo. Lo que debía haber sido un año se había convertido en tres.

Inspiró hondo. El aire que lo rodeaba aún era húmedo y denso. Tras la dulzura de las rosas, llegó el aroma embriagador de las exóticas orquídeas, plantas extrañas adquiridas en sus viajes por el Amazonas. Todos en busca de una cura. Su mirada se deslizó al racimo de flores de color rosa fuego que parecían un plumero. Esa le había vuelto roja la orina durante una semana. Las semillas púrpura de una oscura pepita hallada en Brasil, que habrían matado a un hombre normal, lo habían tenido doblado de dolor durante veinticuatro infernales horas. Cuántos experimentos. Viajes a lugares dejados de la mano de Dios. Extraños mejunjes preparados por curanderos tribales. Todos ellos un fracaso. Pero había estado cerca.

Daoud, su ayuda de cámara, su aliado de confianza, había encontrado la cura. Su caligrafía clara ardía con fuerza en el recuerdo de Archer.

«Milord, nuestras sospechas han resultado ser ciertas. Alejandría era la clave. He encontrado la respuesta. Se la haré llegar de la forma convenida.»

Y así quedaron encerradas su esperanza y su salvación en una caja lacrada y enviada en el buque más rápido, *The Karina*, para que los piratas de Hector Ellis lo abordaran y la caja se perdiera en el mar. Dos días después, encontraron el cadáver de Daoud, con el cuello cortado, silenciado para siempre. El viaje de Archer a Egipto para averiguar lo que Daoud podía haber descubierto no dio fruto.

La frustración lo desquiciaba.

—Maldita sea —susurró furioso.

La voz de Elizabeth llenó su pensamiento. «Ya la tienes. Todo irá bien.»

—¿Quién está siendo optimista ahora? —replicó él contemplando con tristeza el tejado de cristal.

Pero había esperanza. Sus informadores le decían que quizá la caja no hubiera caído al fondo del mar, que podría haber llegado a Inglaterra. Por eso había vuelto, y había sido incapaz de esperar para pedir la mano de Miranda.

El sol se abrió paso entre las nubes grises. Los rayos llegaron al invernadero y lo inundaron. Y, cuando lo alcanzaron a él, un cosquilleo que le era familiar hizo que se estremeciera su piel. Inspiró con fuerza, sintiendo de inmediato la oleada, el calor, y el amargo fracaso, por no ser capaz de mantenerse lejos de la luz. Bulló su cuerpo, la luz caló en él. Que Dios lo asistiera, porque era débil. Pensó en Miranda, y apretó con fuerza el puño. Debía ser más fuerte. Por ella.

«Pues baja a acompañarla, cobarde.»

Por un momento, le pareció oír una risa suave. Luego se hizo el silencio.

Sir Percival Andrew, segundo baronet de Doddington, pese a su avanzada edad, mantenía ciertos rituales previos a su siesta vespertina. Primero, un beso de su esposa, Beatrice, que entonces corría las recias cortinas de brocado y lo ayudaba a ponerse un camión para luego retirarse a sus habitaciones a dormir también la siesta. Su ayuda de cámara, Marks, podía haberlo asistido, pero, como solía bromear Bea, los besos de aquel no eran ni la mitad de tiernos.

Segundo, una copa de oporto que poder saborear sentado en su sillón favorito delante del fuego. Ese día no era distinto de los demás. Se instaló en él con un suspiro de bienestar, sus viejos huesos doloridos aunque reconfortados por el calor del hogar, y tomó la edición matinal del *Times*. El fuego crepitaba y, en la quietud de la estancia, crujían las páginas del diario. Un grito de pura incredulidad estalló en sus labios e hizo añicos aquel instante de paz al leer la noticia de la boda de lord Benjamin Aldo Fitzwilliam Wallace Archer, quinto barón de Archer of Umberslade, con la señorita Miranda Rose Ellis.

—¡Hijo de mala madre!

Soltó de golpe el periódico en un raro despliegue de cólera. Ese malnacido. Regresar a Inglaterra después de prometer que se mantendría lejos de allí. Con todo lo que Percival había hecho por encubrirlo, las múltiples veces en que había ocultado sus huellas, por el bien de la reputación de todos. Reputación que Archer había puesto en peligro por un capricho de su entropierna. Menuda panda de impertinentes, los Archer. Todos y cada uno de ellos. Por Dios que no iba a tolerarlo. Tendría que hablar con ese granuja desvergonzado, y muy seriamente.

Una ráfaga de aire le tocó la espalda, la caricia gélida de una ventana abierta. Apenas pudo registrar semejante rareza cuando un brazo le cruzó el pecho, clavándolo a la silla. Con el corazón en la boca, pudo ver, por el rabillo del ojo, una máscara negra.

—¿Archer? —atinó a decir con voz ronca.

La sangre le tronaba en los oídos. Se le había desatado la vejiga y el olor denso y salobre de la orina inundó el aire mientras su calor le empapaba la piel.

—Perdóname —le dijo una voz familiar que le hizo retorcerse en la silla—, pero debo enviar un mensaje.

El acero produjo un destello blanco a la tenue luz del dormitorio. Percival notó una fuerte quemazón en la garganta. Ahogándose, se salpicó las manos de sangre, manchó la repisa de mármol blanco de la chimenea y el desvaído daguerrotipo de Bea en su cuadragésimo cumpleaños. Inspiró entrecortadamente, y la lengua le supo a sal y a sangre. «Bea.»

—¿Se ha instalado a su gusto?

Lord Archer condujo a Miranda a una mesa lo bastante grande para sentar en ella a veinte comensales, con candelabros de plata dispuestos por todo su largo centro. En la mesa de paneles de vidrio, había comida suficiente para una fiesta. La dejó perpleja tan ingente cantidad de bandejas de plata con tapa, dado que la mesa estaba puesta para una persona. Un solo sitio solitario junto a la cabecera de la mesa.

Él retiró la silla de delante del servicio y le pidió que tomara asiento.

—Sí, gracias. —Miranda observó la comida con asombro mientras él mismo levantaba las tapas. Oleadas de vapor se alzaron de las bandejas y, con ellas, el aroma a deliciosa comida caliente, demasiada para distinguir ningún ingrediente en especial; más bien una amalgama de exquisitez que le hizo la boca agua—. ¿Usted no come?

—Lo lamento, pero no puedo cenar con usted —contestó con cierta aspereza, porque la razón era obvia—. Ya he cenado antes.

Ella apartó la mirada de la máscara, preguntándose afligida si alguna vez cenarían juntos.

—Entonces ¿todo este banquete es para mí?

—Según tengo entendido, lleva algún tiempo sin disfrutar del placer de ingerir esta comida. —Cogió el cuenco soper—. ¿Crema de ostras o caldo de pollo?

—Crema de ostras, por favor. —Una sonrisa de felicidad asomó a sus labios. Hacía años que no tomaba crema de ostras.

Lord Archer le sirvió la fragante crema en el cuenco y se lo puso delante.

—Aunque, por fortuna, disfruto de abundantes viandas, no tengo con quién compartirlas —concluyó pasándole un pequeño recipiente de plata lleno de galletitas de ostras.

—Pero yo no podría comerme todo esto.

—Ciertamente confío en que intente al menos comer un poco. He planificado con mucho esmero esta comida —dijo como si nada—. Me entristecería mucho que se desperdiciara por falta de esfuerzo.

—Quería obsequiarme, ¿verdad?

—Ajá. —Aquellos ojos grises estudiaron su figura—. ¿Cómo era el cuento? —Apoyó un codo en el brazo de la silla—. Ah, sí, la he traído a mi succulenta casa de caramelo y pan de jengibre para tentarla con dulces delicias. Y, cuando esté bonita y regordeta, la engulliré entera.

Un rubor de tangible azoramiento batió la piel de Miranda como una ola. Archer lo había dicho en tono festivo, pero la fuerza de su mirada la hizo encogerse. Con el vientre alborotado, procuró parecer seria.

—Supongo que habrá olvidado que, al final, Gretel fue más lista que la bruja y la asó viva.

Él rió, el hondo rugido del trueno antes de la tormenta.

—Qué espanto.

—Sí, así es —coincidió ella, y sonrió. Vaya, era encantador. Sorprendente, pero, sí, lo era—. Muy bien, yo cumpliré con mi parte. Pero ¿y el resto?

—Se lo comerá el servicio. —La miró divertido—. ¿Le complace?

—Me complace.

La crema, sembrada de enormes ostras y dorados charcos de mantequilla, sabía a cucharadas de gloria. Casi gimió de placer y tuvo que obligarse a comer despacio, consciente de que lord Archer la observaba embelesado.

—¿Vino? —Le sirvió con la pericia de un criado experimentado.

—¿Es así como cenaremos normalmente?

Jamás había visto servicio mejor. Aunque parecía una comida familiar servida *à la française*, nadie retiraba los platos. Todo estaba en la mesa, incluida una enorme bandeja de fruta, rebosante de higos aterciopelados, peras resplandecientes y manzanas crujientes, abiertas y saturadas de intensos colores.

—No. —Un toque de humor alzó la voz de lord Archer mientras continuaba explorando las viandas con la vista—. Considérelo... —señaló la mesa— una especie de capricho mío. Quería ofrecerle algo así como un banquete de bodas.

Ella bajó la copa de vino, sus miradas se encontraron, y una extraña sensación de anhelo la recorrió. Quizá también él la sintiera, porque apartó la mirada y empezó a jugar con un salero de plata entre sus largos dedos enguantados. Un lacayo entró como por arte de magia, se llevó el cuenco de la sopa y salió, mientras lord Archer levantaba más tapas.

—No es necesario que nos andemos con ceremonias —dijo él—. Nunca he entendido por qué se ha de tomar la sopa, luego el pescado, después la caza o la carne.

Ella tuvo que reír.

—O comida que no esté demasiado especiada. Al menos para las damas.

Él rió también.

—Ciertamente. Y todo muy correctamente servido. ¿Por qué no comer lo que a uno le apetezca cuando le apetezca? —Le cogió el plato—. Aunque, ahora que he echado un vistazo, ¿puedo sugerirle el lenguado? Mi cocinera tiene mucho talento, debo decir.

—Sí, por favor.

—La comida es lo único que no eché de menos durante el tiempo que estuve fuera de Inglaterra. —Le pasó el plato, se sentó—. Creo que me vería muy atribulado si tuviera que tomar parte en una comida inglesa correcta en breve.

—¿Tan mala es nuestra cocina?

—Cuando se ha probado lo que el resto del mundo tiene que ofrecer, sí. Aunque desayunamos extraordinariamente bien.

Miranda contempló a su marido. La piel de una persona, comprendió entonces, era una pista indispensable sobre su verdadera edad. Dado que el atuendo de lord Archer no revelaba nada de él, solo podía hacer conjeturas. Su voz no ayudaba: grave y potente, podía ser la de un hombre de entre veinticinco y sesenta. Sus ojos pasearon por el cuerpo esbelto y musculoso de un hombre en la flor de la vida. Con un físico así, no podía ser mayor de cuarenta y cinco. Sin embargo, la agilidad con que se movía daba la impresión de juventud. ¿Treinta y tantos, quizá? Debía de ser así, porque era demasiado dueño de sí mismo para ser un hombre de veintitantos.

—¿Ha estado fuera todo este tiempo, lord Archer?

Él se recostó en el asiento y descansó un brazo en la silla.

—He vivido fuera muchos años. Regresé por un período corto hace tres, luego me dispuse a viajar de nuevo por todo el mundo.

—Suenas agotador.

—A veces lo es. Aunque sí estuve instalado en América diez años, antes de volver a vagar por el mundo.

Iluminó sus ojos un brillo que Miranda reconoció.

—Le gustaba aquello, ¿verdad?

—Me gusta más esto —respondió él en voz baja, y a Miranda se le tensó y calentó la piel. Se miraron durante un instante infinito, luego él se aclaró la garganta y habló en un tono más fresco—. Me gustan los americanos. No piensan como nosotros. Un hombre se hace a sí mismo y, si consigue darse a conocer, el viaje que lo lleva hasta su fortuna es muy admirado por ellos. Elogian los logros, no el pasado. Esa idea me llegó al alma.

Ella lo miró especulativa.

—¿Se convirtió usted en un hombre de industria?

—De petróleo y acero —respondió él.

Olvidando la comida, ella se inclinó hacia delante, casi temerosa de preguntar, pero decidida.

—¿A cuánto asciende su fortuna?

Los ojos de él se volvieron a mirarla.

—Según los últimos registros contables, cincuenta y dos millones de dólares. —Soltó una risita—. Diez años en América y ya pienso irremediabilmente en dólares. Mmm... no estoy al tanto de mis ingresos en Inglaterra. Así que quizá sean más bien unos setenta millones... —La miró alarmado al ver que hacía un gesto de ahogo—. ¿Se encuentra bien?

—Cielo santo —logró decir al fin. La estancia le dio vueltas por un instante. Se llevó una mano a la mejilla caliente—. Sí... me encuentro bien. —Lo miró—.

¿Setenta millones? Me cuesta hasta imaginarlo.

—Resulta amedrentador. —Le sirvió un poco de vino antes de retirarse—. Aunque le aseguro que nuestra riqueza ni siquiera se aproxima a la de mis asociados. El señor Rockefeller y el señor Carnegie, por poner un ejemplo, son aún más voraces en su búsqueda de capital.

Que intentara restar importancia a sus logros le hizo sonreír.

—En todo caso, he decidido abandonar mi actividad en América. —Vaciló—. Eso aumentará un poco nuestros haberes cuando lo venda todo —dijo burlón.

Ella rió como una loca.

—Un poco, ¿eh? Ciertamente podría ser Creso. —Lo miró fijamente—. ¿Nuestros haberes?

—Nuestros, por supuesto. Es usted mi esposa. —Hizo un leve movimiento de cortesía con la cabeza—. Lo que es mío es suyo. —Su pose desenfadada en la silla se volvió de pronto rígida—. Está haciendo una mueca —observó él.

Ella volvió a tocarse la mejilla.

—¿Sí?

—¿La idea de que estemos tan vinculados no le agrada?

Miranda agitó la cabeza para aclararse las ideas.

—Si le confieso la verdad, encuentro la idea un tanto mercenaria por mi parte. No veo justo que yo tenga acceso a su fortuna por el solo hecho de haber pronunciado unos votos en una iglesia. —Dio un sorbo al vino acre—. Me parece que se lleva usted la peor parte en esta empresa.

Él rió, echando la cabeza hacia atrás.

—A mí me parece que es usted la primera mujer de la historia que piensa eso. —Volvió a reír—. Y se equivoca de principio a fin.

Sus ojos se encontraron de nuevo, y aquella chispa de algo ardiente e intenso volvió a recorrerla. Consciencia. Le costó verlo, pero era eso. Ahora era perfectamente consciente de su existencia. De la amplitud de sus espaldas, de su respiración honda y regular, de la fuerza de su mirada. Pero, por todos los demonios, la acuciaba el deseo de tocarlo, de probar la fortaleza de aquella espalda.

—Si resulta usted en adelante la mitad de entretenida que esta noche —le dijo con voz cálida y pastosa—, seré yo quien se haya llevado la mejor parte en este trato.

Tremendamente azorada, desvió su atención al cordero.

—Creo que está usted chiflado, pero piense lo que quiera, lord Archer.

—Quisiera que dejase de llamarme así. —Su voz aún era suave, pero escondía cierta irritación.

Al alzar la vista, lo vio mirando furioso al espacio vacío que tenía delante.

—¿Qué? ¿Lord Archer? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. —Él quiso tocarse la frente, pero al toparse con la máscara, bajó el brazo de golpe—. Es demasiado formal. Es usted mi esposa, no una conocida. Los esposos son compañeros de vivencias, ¿no es cierto? Esa persona en la que buscar apoyo cuando toda esperanza parece perdida. —Parpadeó de pronto, como si no hubiera pretendido decir esas cosas en voz alta, luego se irguió—. O eso es lo que dicen.

La emoción le anudó la garganta. «Compañeros.» Siempre había estado sola. Algo tierno y precioso se formó en el pecho de Miranda, y tuvo que reprimir la necesidad de llevarse la mano allí para aferrarse a aquel sentimiento.

—Bien, en ese caso —dijo cuando pudo volver a hablar—, tendré que pensar en algo más apropiado. —Se mordió el labio, pensativa. Debería llamarlo Benjamin. Pero eso era demasiado íntimo, demasiado suave—. ¿Milord? —se aventuró, solo medio en serio.

—Cielo santo, no.

Ella contuvo una sonrisa.

—¿Esposo? —Tomó un sorbo de vino.

—¿Nos vamos a hacer cuáqueros? —gruñó él.

Miranda dejó la copa enseguida, a punto de atragantarse. Él frunció los ojos, signo inequívoco de que sonreía. Miranda se recostó en el asiento.

—Archer, entonces.

Una extraña sensación la recorrió entera. Se había abierto alguna puerta, como si el uso de su nombre hubiera desatado algo salvaje en su interior. Quería decirlo otra vez. Aunque solo fuera para saborear los saltitos que le daba el corazón.

Él guardó silencio un instante.

—Archer suena bien en sus labios.

Con premura, Miranda ingirió un bocado de cordero al curry. Quizá había bebido demasiado vino.

Detrás de él crepitó el fuego, que calentaba los brazos desnudos de Miranda. Debía de estar decididamente acalorado, sentado tan cerca, aunque no lo parecía. Archer se estiró hacia el hogar, como un gato que disfrutara del calor del sol.

El fuego, su principal consuelo y causante de su mayor vergüenza. De pronto, el leño grande del centro se partió por la mitad, y el fuego ardió con más fuerza durante un instante. Al momento, él profirió un suspiro casi inaudible y sus hombros rígidos se relajaron un poco. Sí, gozaba con el calor del fuego. Miranda experimentó una extraña sensación de afinidad.

Ciertamente, por primera vez que ella recordara, se sintió... no a gusto (él le afectaba demasiado para que pudiese alcanzar ese estado de relajación) sino segura. Sintió que podía decir lo que quisiera y no la avergonzarían por manifestar su opinión, ni se vería obligada a justificar su existencia o su utilidad. Aquella

sensación fue como una ráfaga de aire limpio en medio de la más densa de las nieblas londinenses.

—¿Lo entretiene verme comer? —susurró ella al notarse observada.

—Sí. Lo hace con tal abandono —se caldeó su mirada— que resulta apasionante. Quizá debería pedirle que prescinda de los cubiertos, aunque solo fuera por verla usar las manos.

Se le escapó una carcajada entrecortada.

—Yo creo que disfruta desconcertándome.

Algo que, muy a su pesar, Miranda debía reconocer que se le daba de maravilla.

Archer frunció los ojos.

—Quiero saber cómo piensa. La mejor forma es comprometer sus defensas.

El hombre tenía descaro, desde luego. Si ella sucumbía a semejante audacia, no tardaría en metérsela en el bolsillo. El tenedor de Miranda resonó en la porcelana cuando lo soltó.

—Tendré presente esa táctica.

Sosteniéndole la mirada, alargó el brazo para coger un pedazo grueso de pera. Sus dedos se hundieron en la fruta tierna, que llegó fresca y jugosa a sus labios. Archer se revolvió en el asiento y ella dio un mordisco. La fruta estalló en su boca, dulce y sabrosa. Con un leve gemido de placer, se la tragó; luego, despacio, se lamió los labios para atrapar un poco de jugo que se le había escapado.

Con la rapidez de un gato que salta sobre su presa, él se inclinó hacia delante y la agarró por la muñeca.

—Ándese con cuidado, Miranda Bella. —Sintió en el pulgar su pulso alborotado mientras ella lo miraba atónita, con el corazón desbocado en el pecho—. No conviene tentar al diablo, ¿sabe? —Bajó la vista a la mano de Miranda, aún atrapada en la suya, los dedos lustrosos por el jugo de la pera. La voz grave de Archer se volvió pastosa—. Si no llevara puesta esta máscara, no dudaría un instante en lamerle los dedos yo mismo.

Cielo santo, ¿qué había hecho? Miranda se maldijo por su arrogante estupidez cuando Archer anunció bruscamente que la cena había concluido y se la llevó del comedor. Lo había incitado a verla como una mujer. Y en su noche de bodas, además. ¿En qué demonios estaba pensando?

Sabía lo que debía ocurrir en la noche de bodas, solo que el deleite de faltar con Archer le había hecho olvidar todo eso. Hasta ahora. El deseo de salir corriendo en la dirección contraria era fuerte. Se atrevió a mirarlo de reojo, y vislumbró uno de sus grandes hombros y la vasta extensión de su pecho. Había coqueteado con él, concluyó con desazón. Más que coqueteado; de hecho, le había arrojado el guante. ¿Por qué había hecho eso? Atracción. Avanzó con paso inseguro hasta que logró recuperar el control de sí misma.

Daisy le había advertido que la atracción física no atendía a ninguna lógica. Una podía sentirse inexplicablemente arrastrada por un hombre bajito y calvo de ciento treinta kilos de peso y no ser capaz de ignorarlo. Esas cosas apelaban al animal que cada uno lleva dentro, y no a la mente. Miranda había reído y le había preguntado a Daisy en compañía de quién andaba.

Maldición, ahora ya no reía. Ciertamente, su cuerpo era atractivo, y él era agradable, pero estaba esa máscara. ¿Qué había tras ella? ¿Importaba?

No, no importaba, porque estaban ante su puerta y no le quedaba otro remedio que aceptar su destino.

Él la miró parpadeando un instante, como si estuviera tan indeciso como ella.

—He olvidado preguntarle —dijo él, rompiendo el insoportable silencio—, ¿son de su agrado sus habitaciones?

La tensión de los hombros de Miranda disminuyó un poco.

—Son absolutamente preciosas. —Sus espaciosas habitaciones comprendían una zona de esparcimiento junto al fuego, un enorme vestidor y un moderno baño. Elegantes, palaciegas pero acogedoras, parecían de ensueño—. Gracias, Archer.

Él asintió despacio.

—¿Y el color?

Sonrió, pensando en las paredes empapeladas de damasco dorado, los muebles vestidos de seda marfil y las cortinas de cachemir también de color marfil para contener el frío.

—Oro y marfil. —Lo miró, y encontró inescrutable su mirada—. Siempre he ansiado una habitación decorada así. ¿Cómo lo ha sabido?

—Suerte, quizá. —Bajó la voz—. O quizá tuve una visión en la que aparecía

dormida en una cama de color crema y dorado... —Sus ojos acariciaron su cuerpo—. Me encantaría verla así.

A ella se le secó la boca y él se acercó. Miranda agarró el pomo de la puerta con fuerza suficiente para notar cómo la piel de los nudillos se le estiraba. Él envolvió con su mano la de ella, pesada y cálida, aun a través de sus gruesos guantes masculinos. Mirándola fijamente, él giró despacio el pomo y la cerradura se abrió al instante.

Se acercó un poco más y a ella le temblaron las rodillas. Permanecieron allí de pie, inmóviles, un instante; el aire que había entre los dos era casi palpable, vibrante y ardiente. Ella contempló los pliegues de su corbata negra; toda la sangre de su cuerpo le rugía en los oídos. El cuerpo de Archer no entró en contacto con el suyo, pero ella sentía su musculosa figura como si las terminaciones nerviosas de su piel estuvieran directamente unidas a las de él por ganchitos clavados con dulce tormento.

Su ancho pecho se alzó con una exhalación y ella, a su vez, inspiró hondo. Cielos, qué grande era, y qué bien olía. Era un inefable aroma a limpio, pero la consumía, se le hacía la boca agua y le daba vueltas la cabeza. Volvió a inspirar entrecortadamente, y un estallido de calor recorrió su piel y se instaló entre sus piernas. Tensó los dedos con que asía el pomo. Su sentido común empezaba a derrumbarse como un edificio en ruinas. Por Dios, estaba enloqueciendo.

Él soltó un gemido desconsolado y se acercó un poco más. La cara interna de los muslos de Miranda se contrajo. A unos centímetros de distancia, él se detuvo, con el cuerpo visiblemente agarrotado. Ella cerró los ojos con fuerza y se balanceó. Esperó.

—Buenas noches, Miranda Bella —resonó la voz grave de él en su oído.

Ella abrió los ojos de golpe. Él ya estaba a medio camino de sus aposentos.

Las llamas rojas y ardientes se retorcían y giraban dentro de la chimenea, onduladas y sinuosas sobre los leños cenicientos, diminutas bailarinas incitándolo a acercarse. Archer estaba sentado delante del hogar. «Respira —se ordenó una vez más—. Dentro. Fuera. Solo respira. No pienses en ella.»

Despacio, con una lentitud agónica, su ritmo cardíaco volvió a la normalidad. Ella había coqueteado con él. «¿No había sido así?» Se enjugó la frente sudorosa. Estaba demasiado ebrio de deseo para pensar con claridad. Se había sentido demasiado tentado de abrir aquella puerta prohibida, de entrar allí y hacerla suya como era su deber conyugal. Ay, Dios.

Apartó la vista de la puerta que comunicaba sus habitaciones. Al hacerlo, reparó en la bandeja de plata que había en la mesa, junto a su mano temblorosa. Gilroy le había dejado la correspondencia del día. Descansando tentadora sobre los diversos informes y cartas, había una cajita de cartón envuelta en un lazo plateado.

La inocua cajita hizo que le diera un vuelco el corazón y, de inmediato, sufriera palpitaciones. El diablo había tocado aquel paquete.

La silla crujió bajo su cuerpo al inclinarse un poco. El paquete apenas pesaba, pero aquel peso leve, la sensación descompensada que le producía en la mano, le heló la sangre. El hedor dulzón de la muerte se desprendió de sus bordes cuando retiró, poco a poco, el lazo. Un grueso sobre de papel vitela de color crema. Y algo debajo. Lo notaba, rodando por la base de la caja. Levantó la tarjeta, los dedos le temblaban, y vio lo que había allí. Brillante, a pesar de su superficie amarillenta, oblongo y adornado con un lazo rojo, podría haberse confundido con un huevo duro podrido, siempre que se pasara por alto la sangre de las venas que irradiaban de un extremo. Archer tragó saliva, los dedos se le congelaron pese a la rabia ardiente que le latía en las sienes. Habiendo presenciado más de una autopsia, sabía exactamente lo que era aquel horrendo obsequio. Un ojo. Un ojo humano.

Rasgó el sobre de vitela con sus dedos entumecidos, y el temor y la cólera crecieron por igual en su interior mientras leía la nota elaborada con letras de imprenta recortadas de diversos periódicos como si se tratara de un trabajo escolar: «No deberías haberlo hecho».

Solo entonces vio el pequeño recorte de periódico que había caído de la tarjeta a su regazo. Empapado en sangre medio coagulada y casi ilegible, había un anuncio de la boda de lord Benjamin Aldo Fitzwilliam Wallace Archer, quinto barón de Archer of Umberslade, con la señorita Miranda Rose Ellis.

Una luz blanca y pura coloreó su mundo, gélida y de un brillo deslumbrante, como el centro de una ventisca. Recorrió pulsátil sus extremidades agarrotadas, pujante y firme, inundándolo de tal fuerza y potencia que supo con certeza en lo que estaba a punto de convertirse. Por un instante odioso, lo satisfizo. Arrugó con el puño la tarjeta de filos cortantes. Luego lo arrojó todo al fuego. Lo vio arder. Que Dios asistiera al malnacido que se lo había enviado.

Mientras su cerebro procesaba aquel pensamiento, un escalofrío de pánico le recorrió el espinazo y le encogió el corazón. Se dejó caer, derrotado, en la silla. ¿Quién lo habría enviado? ¿Y de quién sería ese ojo?

«Ojo por ojo.» La frase lo sacudió como el clamor de una baliza. Era una de las frases favoritas de Rossberry. Un hombre al que el cruel beso de fuego había llevado al borde de la demencia. Tragó saliva; el calor del hogar bastó para calentarle las piernas estiradas. Pero a Rossberry lo habían encerrado, hacía años. Se habían asegurado de eso. Un leve bufido se le escapó de los labios: también a él lo habían desterrado y, sin embargo, allí estaba.

Dio un tremendo respingo cuando alguien llamó discretamente a la puerta. Se pasó una mano por el pelo.

— ¿Sí?

Gilroy abrió la puerta solo lo justo.

—Disculpe la intrusión, milord, pero hay un caballero aquí que desea verlo.

—Caray, Gilroy, es plena noche. ¿Por qué demonios no te has deshecho de él? —Mientras decía esto, cayó en la cuenta de que Gilroy llevaba en el servicio lo bastante como para dejar pasar a alguien a horas intempestivas—. ¿Quién es, Gilroy? —inquirió con creciente temor.

El hombre, tieso como un palo, respondió:

—El inspector Winston Lane, del departamento de Investigación Criminal.

La mano de Miranda se deslizó por los tapones de cristal. La luz del fuego se reflejaba en los prismas, desperdigando pequeños arcoíris por su piel y por las botellas. Una copa le calmaría los nervios, así quizá podría dormir sin pensar en hombres enmascarados, o en cierta voz tan tentadora como el cacao. Se detuvo finalmente en el decantador más sencillo, un recipiente elegante en forma de lágrima. Alrededor del cuello llevaba una placa de plata con la palabra «bourbon» grabada en ella. Whisky americano. Recordaba vagamente que su padre había mencionado haberlo probado en una ocasión hacía mucho tiempo.

De todos los decantadores, a aquel era al que menos licor le quedaba. El favorito de Archer, debía suponer. El tapón salió con un armonioso sonido metálico y liberó las notas dulzanas del licor.

Se sirvió un poquito, relajándose con el suave chapoteo del líquido al caer y el chisporroteo del fuego —no de carbón— en la chimenea que tenía a la espalda. No le extrañaba que los hombres codiciaran el sencillo ritual de tomar una copa y excluyeron a las mujeres de algo así. Para el vencedor era siempre el botín.

De caramelo, humo, calor, el bourbon le quemó deliciosa y lentamente la garganta. Miranda cerró los ojos de placer. Y entonces se sobresaltó al oír la voz de Archer junto con la de otro hombre en el pasillo. Sonaron pasos, que se dirigían hacia ella, y se tensó.

Le dio un vuelco el estómago ante la idea de tener que hacer frente a Archer tan pronto.

—Hablemos aquí, inspector.

«¿Inspector?»

—Como desee, milord.

Del susto, se le erizó el vello de la nuca. Conocía aquella voz. Era Winston Lane, el recién nombrado inspector del departamento de Investigación Criminal de Inglaterra. Winston Lane, queridísimo esposo de su hermana mayor, Poppy, y queridísimo cuñado de Miranda. Nada deseaba menos que toparse con Winston y Archer con el pelo suelto y vestida con aquel camisón viejo y andrajoso, ni tener que explicar por qué había sentido la necesidad de saborear una bebida de hombres en plena noche.

Mirando desesperada a su alrededor, consideró sus opciones. Giró el pomo de la puerta y Miranda tomó su decisión. No la más acertada, reconoció mientras poco menos que se lanzaba tras el gran biombo chino del rincón. Ahora estaba atrapada como un ratón. Por las ranuras de entre los paneles, pudo ver fragmentos del rostro de su cuñado: pálido y delgado, con un largo bigote color paja sobre el

labio superior. Llevaba el pelo, del mismo color, cuidadosamente peinado hacia atrás. No se había quitado el abrigo de mezclilla, pero sostenía el bombín en la mano. Una vez dentro de la estancia, depositó el sombrero en la mesita que había junto a uno de los sillones. Algo descarado por parte de Winston, pues constituía un signo evidente de que aquella visita llevaría su tiempo.

Miranda se tensó y se desplazó algo más hacia el rincón mientras Winston examinaba despacio la habitación. Hizo lo mismo que había hecho ella, inspeccionar su contenido, buscar pistas de lo que podía esconderse en la cabeza del infame lord Archer.

Entonces apareció el propio lord Archer. Aunque Winstonladeaba la cabeza hacia él, Archer miraba al bar, observó ella aterrada. Casi sentía sus ojos en el vaso que ella acababa de dejar, aún medio lleno.

—Inspector Lane —dijo al fin volviéndose de forma que solo podía verle el brazo desde su escondite—, ¿qué desafortunadas noticias tiene para mí?

—Lord Archer, lamento importunarlo a estas horas. No obstante, he creído preferible venir cuando lo he hecho. Temo que mi presencia aquí por la mañana resultara aún más inconveniente.

Porque todo el mundo la constataría, y se hablaría de ello.

—¿A quién debo agradecer tal cortesía? —preguntó Archer con sequedad.

Winston se acercó un paso a Archer.

—Perdóneme, aún no lo he felicitado por su matrimonio con mi querida cuñada Miranda.

A Archer le tembló el brazo.

—¿Miranda es su cuñada?

—Es hermana de mi esposa, Poppy. Yo le tengo mucho aprecio a Miranda. Me complació saber que había encontrado un esposo que puede procurarle bienestar.

Miranda se ruborizó. Sabía lo que ocultaban aquellas palabras correctísimas. Lo complacía que por fin hubiera abandonado a su padre. Por un instante, se preguntó si Winston habría oído hablar de las actividades no del todo lícitas que desempeñaba para él.

—De no haber estado en viaje de negocios esta mañana, habría acompañado a mi esposa a la ceremonia.

¿De verdad lo habría hecho? Miranda no estaba tan segura. Obviamente no estaba del todo satisfecho con su elección de esposo; de lo contrario, lo habría dicho.

—Dado que somos familia —la voz de Archer se tensó al pronunciar la palabra—, hablemos claro. ¿Qué desea?

Winston asintió con la cabeza.

—Poco después de la una de esta tarde, se ha encontrado a sir Percival

Andrew, quinto baronet de Doddington, asesinado en sus aposentos.

Miranda parpadeó extrañada cuando aquellas palabras inundaron la estancia.

—Cuánto lo lamento —señaló Archer con voz queda.

—Entonces admite que conocía a sir Percival.

—Por supuesto. Lo conozco de casi toda la vida. Aunque hace años que no lo veo.

Al oír esto, Winston se sacó una libreta del bolsillo para consultarla. Miranda sabía por Poppy que era puro teatro. Winston memorizaba cada dato que recababa.

—Ocho años, ¿correcto?

—Correcto, inspector —dijo Archer con risueña sequedad—. Desde la semana en que envié al prometido de su nieta, un tal lord Jonathan Marvel, al hospital después de tener un altercado con él, dato que estoy seguro de que recuerda también.

Winston cerró de golpe la libreta.

—Un chismorreó persistente que no acaba de extinguirse —añadió Archer.

—Se dice que, como consecuencia del altercado, lord Marvel rompió su compromiso con la nieta de sir Percival, lo que causó gran tensión y desazón entre las dos familias.

—Los compromisos rotos a menudo provocan disputas familiares.

—Tengo entendido que sir Percival y algunos otros lo consideraron a usted responsable del contratiempo.

—También yo.

—Su relación con sir Percival no era buena la última vez que se vieron.

—Mi relación con lord Marvel no era buena. Sir Percival y yo éramos de la misma opinión sobre ese asunto.

—¿Y qué opinión era esa?

—Lord Marvel es, y era, un mocoso malcriado, y yo tengo muy mal carácter.

Los labios de Winston se curvaron, pero su mirada se mantuvo sagaz.

—Sí, se habla mucho de ese temperamento violento, milord.

—Una persona sensata podría deducir que un hombre de temperamento volátil saltaría cuando lo ofendieran y no esperaría con frialdad a hacerlo ocho años después.

—Querría pensar que soy una persona sensata —repuso Winston.

—Lo que significa que dispone de algo más que de meras conjeturas.

—Tras interrogar a los criados de la casa, han salido a la luz algunos detalles perturbadores. James Marks, ayuda de cámara de sir Percival, descansaba en su habitación, junto a la de sir Percival. Jura que oyó a su señor pronunciar el nombre de «Archer», como sorprendido. Al poco, sir Percival hizo un ruido extraño y

Marks fue a investigar. —Winston miraba fijamente a Archer—. A sir Percival le habían cortado el cuello, y luego lo habían eviscerado.

A Miranda, oculta detrás del biombo, se le vino la bilis a la boca, y tuvo que agarrarse las rodillas. Deseó que no hubiera sido él. Archer le había gustado, casi instantáneamente. Y a ella nunca le gustaba nadie de ese modo.

—¿Es eso todo lo que le han hecho? —La serena pregunta de Archer devolvió de golpe la sensatez a Miranda.

Winston alzó una ceja rubia.

—Extraña pregunta, milord. ¿Acaso supone que su cuerpo pudo ser objeto de mayores injurias?

—Usted está aquí porque soy sospechoso. Si se me va a acusar, exijo saberlo todo, inspector. Dígame, ¿qué le han hecho?

—A sir Percival le han rebanado el rostro, le han saltado el ojo derecho, que ha desaparecido, y le han arrancado el corazón.

El fuego crepitó en la chimenea y Miranda dio un respingo. Cielo santo, ¿se habría casado con un demente? «Por Dios, que no sea así.» Ahora que albergaba al fin un ápice de esperanza, no quería volver a un mundo habitado por la negrura y el oprobio.

Archer se asió con fuerza al respaldo de una silla.

—Lo lamento —volvió a decir, en voz más baja esta vez.

—Eso no es todo, milord.

—Nunca lo es.

Algo se agitó en el interior de Miranda, el malestar que le sobrevenía a uno justo antes de que el peligro lo atrapara y arrastrase su alma.

—Una de las doncellas, la señorita Jennifer Child, asegura haber visto a un hombre con una máscara negra corriendo por el patio de los establos poco después.

Miranda se apretó con fuerza las rodillas contra el pecho como si aquello fuera a apaciguarle el corazón desbocado. Por un instante, valoró la posibilidad de levantarse de un salto y salir corriendo hacia Winston. Él se la llevaría de allí. A nadie le extrañaría que pidiera la nulidad. Aquel pensamiento le produjo una gran sensación de alivio. Podía hacer eso. Podía huir.

En cambio, permaneció inmóvil. Su corazón le impidió moverse. No podía haber sido Archer. No podía haber sido el hombre con el que había cenado esa noche. Él le había mostrado respeto y afecto; había procurado no herir sus sentimientos. Pero ¿qué sabía de él en realidad?

—Todos ellos testimonios absolutamente irrefutables —dijo Archer, poniendo pausa a los pensamientos de ella.

—Eso parece, milord.

El pobre Winston se enfrentaba a una ardua tarea. No se cuestionaba a un

noble; sin embargo, allí estaba él. Desde luego, no se acusaba de asesinato a un noble. Miranda casi podía notar la tensión de Winston. No le pediría a Archer una coartada. Pero ansiaba desesperadamente que le proporcionara una. El malestar de Miranda se hizo aún mayor.

—Inspector Lane, puede interrogar a mis criados cuanto desee. Descubrirá que, tras enseñarle a mi esposa su nuevo hogar, he estado ausente entre las doce del mediodía y cerca de las nueve de la noche. Nadie más que yo podrá dar testimonio de mi paradero.

Miranda agachó la cabeza, derrotada. Confiaba en que Archer se defendiera, pero el hombre ni siquiera proclamaba su inocencia. ¿No lo haría así un inocente? Se le agarrotaron los dedos, clavados en el tejido de seda de su camisón. Debía irse. Quedarse era una absoluta locura. Quizá la asesinara a ella también. Tal vez le cortara el cuello en la oscuridad de la noche. Entonces ¿por qué no podía moverse? Se maldijo en silencio por ser tan estúpida.

—Es una verdadera lástima, milord.

—Sí.

—No obstante, usted sí puede dar testimonio de su paradero. —Winston se esforzó por no plantearlo como una pregunta.

—Naturalmente. Pero no voy a hacerlo. Solo puedo decir que he estado solo. Lo estoy a menudo.

¡Testarudo! Miranda se clavó las uñas en las rodillas.

—¿Tiene usted alguna teoría sobre quién ha podido hacer esto, milord?

—Un cobarde al que le gusta jugar.

—Los asesinos acostumbran a ser cobardes —señaló Winston—. Tengo una pregunta más, milord.

—¿Solo una? Me cuesta creerlo. Seguramente tendrá decenas de ellas con las que bombardearme.

Miranda, con el rostro enterrado en las rodillas, sonrió. Testarudo y encantador. Encandilada por un posible asesino. Terminaría en Bedlam.

—Unas preguntas llevan a otras. —Winston se desplazó para sacarse algo del bolsillo y, al hacerlo, desapareció del campo de visión directo de ella—. ¿Sabe lo que es esto, milord?

Deseaba con todas sus fuerzas poder asomarse entre los paneles, pero Archer sin duda detectaría el movimiento. Se apretó las rodillas con los dedos para resistir la tentación de moverse.

—Es una moneda —respondió Archer con naturalidad.

No conseguiría doblegarlo tan fácilmente.

—¿La reconoce? —añadió Winston con voz risueña.

Miranda se esforzó por respirar con normalidad. ¿Una moneda? Se le paró el corazón un instante, luego se le aceleró de pronto.

—Deduzco que espera que así sea.

—Se ha encontrado en la cuenca del ojo de sir Percival.

—Un ritual, quizá. —Archer no se movió de su posición junto a la silla. Miranda solo le veía el contorno del brazo y, a juzgar por su rigidez, bien podía haber sido de basalto—. En pago a Caronte para poder cruzar el río Estigia.

—Quizá. —Miranda alcanzó a ver entonces la mano de Winston, pero no la moneda, solo un breve destello de oro—. El ayuda de cámara de sir Percival dice que la moneda era de su señor. Sir Percival la tenía desde 1814, más o menos. La llamaba «su guía», pero el criado ignora por qué.

—Extraña forma de describir una moneda —dijo Archer despreocupado.

—Coincido con usted. Pero se trata de una pieza peculiar, ¿no es así? No es moneda de curso legal, ni aquí ni en ningún otro país. —El pelo rubio de Winston brilló a la luz cuando se inclinó a inspeccionar la moneda. Desde su escondite, Miranda solo pudo verlo fruncir aún más el ceño—. Y la inscripción: «West Moon Club». Le aseguro que jamás he oído hablar de semejante club.

Aquellas palabras cayeron sobre Miranda como un mazazo. West Moon Club. Creyó que el corazón se le salía del pecho. Aunque la sala parecía darle vueltas, procuró no moverse, guardar silencio. Ya no le hacía falta ver la moneda. Sabía perfectamente cómo era.

Ay, Archer. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Respiraba con dificultad. ¿Cuántas noches había pensado en su siniestro salvador? El hombre de voz sepulcral que se resistía a revelar su rostro. ¿Habría querido casarse con ella desde el principio? Si era así, ¿por qué no había pedido su mano entonces?

La voz grave de Archer, tan distinta de como la había oído por primera vez, retumbó por toda la estancia.

—¿Tiene el criado alguna teoría sobre la naturaleza de la moneda?

—No, ninguna.

—Sin embargo, ¿usted considera que yo poseo un conocimiento más íntimo de las pertenencias de sir Percival que su propio ayuda de cámara?

Miranda, por cuyas venas corría desordenada la sangre, oía con variable intensidad las palabras de Winston y Archer. ¿Tendría aún el cuchillo de ella? ¿Lo habría escondido en algún sitio como había escondido la moneda? Recordó la pieza, con una luna llena grabada en la cara, guardada en su joyero. Nunca había sido capaz de empeñarla. Era su amuleto de buena suerte.

—¿Desea corroborar las afirmaciones de un hombre que lo ha nombrado principal sospechoso de este crimen, milord?

—El ayuda de cámara de sir Percival le ha ofrecido hechos. Oyó a sir Percival decir mi nombre. Una doncella vio a un hombre enmascarado huir por los establos. Simples hechos. Es usted, inspector Lane, quien convierte esos hechos en acusación contra mí.

—Le ruego que me disculpe, milord. Me he excedido cuando solo pretendía interrogarlo.

—¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacerme?

Miranda detectó el tono jocoso de Archer.

También Winston, que inclinó la cabeza con una sonrisa socarrona.

—Nada más por el momento.

Ambos se dispusieron a salir.

—Conviene que sepa —dijo Winston— que un crimen de naturaleza tan violenta no quedará impune. Independientemente de quién lo haya cometido.

—En eso confío, inspector.

—Le pediría que saludase de mi parte a Miranda. Sin embargo, no quisiera que mi visita la alarme innecesariamente.

Por primera vez en toda la conversación, Archer le pareció verdaderamente sorprendido.

—Me preguntaba si querría verla. Aunque solo fuera para advertirla. El que no quiera hacerlo revela que es usted muy confiado como cuñado, inspector. ¿No teme dejar al cordero en la jaula del león, por así decirlo?

Como salían ya al pasillo, Miranda no pudo oír la respuesta de Winston. Permaneció inmóvil en su escondite. La aterraba la idea de que Archer volviera a la biblioteca y, apartando de un manotazo el biombo, la encontrara. En el pasillo, oyó que Winston se marchaba y Archer le pedía a Gilroy que le preparara el caballo. Las extremidades rígidas como hierros de Miranda se relajaron un poco, pero no respiró tranquila hasta que tuvo la certeza de que Archer había salido de la casa.

Mientras se dirigía con sigilo a su habitación, su cabeza era un auténtico torbellino de pensamientos. ¿Se habría casado con un asesino? Le costaba creerlo. Miranda prácticamente era una desconocida para Archer la noche en que él había arriesgado su propia seguridad por protegerla. Esa noche había percibido una bondad sustancial en su alma. Seguía percibiéndola ahora. Pero no se podía sobrevivir solo de intuiciones. Hacían falta hechos.

La luna menguaba y unas nubes negras amenazaban con estallar en cualquier momento, por lo que la oscuridad era extraordinaria. De tan intensa, casi palpable. Una mansión se alzaba imponente ante él, silenciosa en plena noche. Archer avanzó despacio para evitar ser descubierto, trepando por el suave ladrillo de piedra caliza como una araña. Los dedos de sus manos y pies se clavaban en la argamasa como en mantequilla.

Colgado por los pies del alféizar de una ventana, se buscó en el abrigo el *Chatellerault*. El tacto de la empuñadura de esmalte negro le era ya muy familiar. Asomó a sus labios una sonrisa. El cuchillo de ella. Desde que se lo diera no había pasado un día en que no lo hubiera cogido y acariciado pensando en ella.

Lo clavó entre la ventana y el marco. Con un leve empujón, logró que cediera y pudo deslizar los dedos por debajo para subirla.

Cuando se introdujo dentro poco a poco, no oyó nada. Dominaba la estancia una cama grande, con las cortinas completamente corridas. Muy raro. Las describió, sosteniendo aún el cuchillo. El hombre que había detrás había encogido con la edad. El peso y la musculatura de su cuerpo antaño poderoso se reducían ahora a una mezcla fibrosa de dureza y flacidez. Una piel suave le colgaba del cuello y la barbilla. Pese a todo, Maurus Lea, conde de Leland, aún lucía cierto aire de dignidad y fortaleza. Archer apenas soportaba verlo.

Inclinándose hacia delante, quedó suspendido a escasos centímetros de la figura durmiente de Leland. La nariz grande y rugosa del hombre silbaba mientras este dormía, y agitaba el bigote cano que flotaba sobre la comisura de sus labios entreabiertos. Desprendía un fuerte olor a alcanfor y a terciopelo viejo. Archer apretó las aletas nasales para no olerlo, pero de pronto se encontró sonriendo.

—Dime, Lilly, ¿dónde demonios están mis botas?

Leland se incorporó como un resorte al oír el grito de Archer, buscando a tientas el batín mientras brotaban de su boca las disculpas. Archer se guardó el cuchillo y dio un paso atrás, sonriendo bajo la máscara al ver despertar a Leland. Este maldijo con vehemencia y buscó palpando el manojito de cerillas atado cerca de su cama.

—Permíteme —dijo Archer cogiendo con cuidado las cerillas y encendiendo la lámpara.

—Que el demonio te lleve, Archer —espetó Leland cuando se hizo la luz. Parpadeó con fuerza y sacó los pies de la cama para sentarse en ella—. Me has dado un susto de muerte... —Lo miró, y su cara larga se suavizó—. Cielo santo, eres tú.

Archer dejó la lámpara en la mesa y se retiró a un sillón junto al frío hogar.

—Así es.

—Oí decir que habías vuelto. —Leland se echó un batín de seda por los hombros huesudos y se puso de pie—. Diría que ha sido tu perverso sentido del humor lo que te ha hecho esperar hasta ahora para venir a atormentarme, pero eres demasiado metódico.

Leland se acercó a un pequeño bar y se sirvió un poco de brandy. Archer lo observó sin comentar nada. La mano le temblaba muchísimo cuando levantó el vaso para beber.

—¿A qué se debe, entonces, tu visita? —Leland dejó el vaso de golpe—. ¿Para qué has vuelto?

Lo invadió la cólera. Archer no debía haber vuelto. Las preguntas que había querido hacerle se amontonaron y le anudaron la garganta. «¿Por qué me diste la espalda? ¿Tan desagradable era mi destino?»

—Inglaterra es mi hogar —contestó Archer desde la comodidad de su sitio.

—Bobadas. Teníamos un acuerdo. —Leland estudió el vaso que tenía delante.

—Tú albergabas una esperanza —replicó Archer—. Y, si me creías un problema del que uno se puede librar y olvidar fácilmente, es que eres un majadero. —Respiró hondo para calmar los ánimos—. La cuestión es: ¿eres lo bastante necio para desafiarme ahora que he vuelto?

Leland enarcó sus cejas canas.

—¿Y, si lo fuera, qué? —inquirió sereno—. ¿Tendría un amargo final? ¿Sería mi cuerpo uno de los muchos que pudren el Támesis?

—Tal vez sí —respondió Archer con idéntica serenidad.

La respiración sibilante del anciano inundó la oscuridad, luego dijo socarrón:

—Mira cómo tiemblo. —Dejó el vaso en la mesa con desmedido estrépito—. ¿A qué has venido? Supongo que no habrás entrado furtivamente en mi casa solamente para agriarme el carácter.

—Me he casado.

El rostro de Leland palideció, sus labios finos se volvieron flácidos.

—¿Te has vuelto loco? —logró decir al fin.

Archer limpió de un golpecito una pizca de pedernal del terciopelo de la silla.

—Tal vez sí.

—¿Con qué fin? —chilló Leland, acercándose agitado—. ¿Y a santo de qué?

Archer apartó la vista de los intensos ojos azules de Leland. Odiaba aquellos ojos. No se les escapaba nada.

—Mis razones son solo más.

—¿De quién se trata?

—De Miranda Ellis... Archer —rectificó.

La novedad de oír su apellido unido al nombre de ella le burbujeaba en las venas como champán caliente.

Leland frunció sus ojos sagaces.

—La más joven de las hijas de Hector Ellis, ¿no es así?

Archer asintió con la cabeza, sintiéndose de pronto vulnerable en la estancia en penumbra.

—Entiendo.

—Mmm, eso me temo. —Por lo visto, hasta los nobles decrepitos habían oído hablar de la belleza de Miranda.

Leland suspiró.

—Es una locura, Archer. No hay dama que pueda haberte hecho tanto daño como para merecer tal castigo. Comprendo tu necesidad, pero... —Se interrumpió bruscamente cuando sus ojos se cruzaron con los de Archer.

—Confío en que no estés acariciando la idea de ofrecerme consejos paternales —dijo Archer, hincando los dedos en los brazos de la silla—, porque lo encontraría extraordinariamente irrisorio.

—No, no... —Leland tragó saliva y retrocedió un poco.

Más le valía. Archer se sentía capaz de casi cualquier cosa en ese instante. No pasó por alto las fotografías que plagaban la repisa de la chimenea de Leland. Una esposa, hijos, nietos. De todo. Era el venerado patriarca de aquella gran familia. Tal vez no le hablara de la muerte de Percival después de todo. Archer se puso en pie.

Leland lo miró desde debajo de sus pobladas cejas canas.

—¿Es esa la verdadera razón por la que estás en Londres?

—¿Quieres decir que si me mueve otra cosa que no sea la pura lujuria?

Rió al ver que el anciano fruncía el ceño.

—Sabes que no descansaré hasta que encuentre un modo de... —Inspiró hondo y, al hablar, percibió la acritud de su propia voz—. Especialmente ahora.

—En eso no te puedo ayudar. —Lo dijo con tanta pena que Archer se estremeció.

—No creía que pudieras. Me basta con que no te interpongas en mi camino.

Archer se volvió hacia la puerta. Ya no necesitaba la ventana. Le fastidió haberla usado antes. Se había estado ocultando en las sombras demasiado tiempo.

—Mi esposa va a necesitar una presentación en sociedad. —He ahí una razón tan buena como cualquier otra para su visita—. No toleraré que se la margine. Soy consciente de que la temporada social ha terminado. No obstante, aún hay eventos. Espero recibir invitaciones, Leland. Házselo saber a los demás.

Leland torció la boca.

—¿No pensarás en serio presentarte en sociedad?

—Diles a todos que soy un excéntrico. Los nuestros siempre han sabido apreciar una buena extravagancia en la que husmear. En cualquier caso, nadie me mirará a mí cuando lady Archer esté en la sala. Sé bien que puedes dar fe de eso.

El anciano espurreó irritado, pero no podía negarse... tampoco los demás. Todos ellos lo sabían. El resultado de su atrevido experimento se había ocultado tanto tiempo como cualquiera de ellos había podido esperar. Si alguno creía que podía espantarlo, el muy necio cometía un tremendo error.

—Archer...

Archer se detuvo, pero tardó en volverse.

—Ha ocurrido algo —le dijo Leland, ceñudo.

—Nada de importancia.

Pero aquellos ojos veían demasiado.

—Si a alguien puede molestarle tu regreso, ese es Rossberry. —Leland ladeó la cabeza, repasando con la mirada la figura de Archer—. Algo que ya deberías saber. Me pregunto por qué no has acudido directamente a él.

Un escalofrío trepó al cuello de Archer.

—¿Rossberry ha salido?

Leland frunció la boca.

—Hace muy poco. Supongo que no podían tenerlo encerrado indefinidamente.

Archer lo miró ceñudo. Y aún pensaban todos que él debía seguir escondido para siempre.

Leland comprendió su silencio y tuvo la delicadeza de mostrarse abatido.

—Si quieres mi ayuda, solo tienes que pedírmela.

Jamás volvería a pedirle ayuda a Leland. Había sido el primero que había propuesto su destierro de Londres.

—¿Y qué ayuda podría proporcionarme un anciano? —Archer se lamentó internamente tan pronto como las palabras salieron de sus labios, pero no fue capaz de disculparse—. Percival ha muerto —dijo con crueldad.

El anciano palideció.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Esta tarde. Asesinado. Sin duda será el escándalo de mañana. Soy el principal sospechoso. Un sirviente oyó a Percival gritar mi nombre. Una criada creyó verme en la escena del crimen.

Leland asintió con la cabeza.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

Dios, cómo había echado de menos a su amigo.

—No. —Se aclaró la garganta—. Pero me propongo averiguarlo.

—Explícame otra vez por qué vamos a esta fiesta.

En los días posteriores a la muerte de sir Percival Andrew, horribles relatos de lo sucedido brotaron de los labios de reporteros y fruteros por igual. Todos estaban cautivados. Porque todos sabían exactamente quién era el asesino: lord Benjamin Archer.

Que viviera a un paso de ellos y aún no hubiera sido puesto a disposición de la justicia no hacía más que incrementar su atractivo. El chismorreó era un enemigo taimado. Nacidos de la boca del servicio, los detalles del sangriento asesinato de sir Percival se propagaban como la niebla por todo Londres.

A Miranda le dolían con especial intensidad las punzadas del cotilleo. Recordaba cuando la opinión pública se había cebado con su familia después de que su padre se hubiera arruinado. Las lenguas maliciosas habían catalogado cada mueble y cada obra de arte que su padre había vendido para evitar que cayeran en sus manos.

Archer, por su parte, no dijo una sola palabra sobre el asesinato. Como perro que protege su hueso, no se apartaba de su lado. Aunque no le prohibía salir ex profeso, la mantenía hábilmente ocupada en casa. ¿No le apetecía dar un paseo por el jardín? Quizá quisiera hacer uso de la vasta biblioteca. El lunes mandó llamar a monsieur Falle, un modisto menudo y avisado, que la inundó de preciosos rollos de tejidos que admirar. Todas las noches disfrutaba de deliciosas comidas mientras él la bombardeaba con diversas preguntas al azar. ¿Creía que la sociedad utópica de Platón podría funcionar en la realidad? ¿Qué pensaba del realismo en el arte; debía representarse al individuo como era o idealizarlo? ¿Qué opinaba de la democracia? ¿Debían todos los hombres, cualquiera que fuese su cuna, tener derecho a sacar el mayor provecho posible a su vida?

Ella saboreaba sus conversaciones distendidas. Era como si se conocieran de toda la vida. Huy, discutían, por supuesto, solo que aquello no hacía más que encender la curiosidad de ella y su necesidad de seguir conversando con él.

¿Cómo podía un hombre así matar a otro? ¿Acaso estaba ciega a la realidad? ¿O tal vez fuera signo de su propia depravación el que se identificara tan fácilmente con él? Hubiera lo que hubiese bajo aquella máscara, ella se sentía segura con él. Y no era solo una cuestión de soledad. Ya había estado sola antes; no le había afectado de ese modo, no se había sentido invadida de una necesidad imperiosa de estar con él. Cuando estaban juntos, se sentía muy a gusto consigo misma. Encontraba seductora la novedad de aquella sensación.

Y así siguieron. Miranda esperaba el momento en que él diera media vuelta

para poder salir y encontrar respuestas, y Archer la vigilaba como si esperara que fuese a escaparse.

Por eso sorprendió a Miranda que Archer entrara en el salón esa noche y anunciara en su habitual tono imperioso que iban a salir. De modo que se había enfundado la armadura, un vestido de satén plateado que le apretaba el cuerpo como si fuera de hierro y había sido diseñado con gran decoro. Eso no impidió que se sintiera enfermar ante la perspectiva de enfrentarse a la crema de la sociedad londinense. Mientras contemplaba la mansión palaciega que se alzaba ante ella, la inquietud comenzó a oprimirle el pecho.

Archer la miró y la asió aún más fuerte, como si temiera que fuera a huir. Hombre sabio, pensó ella. Conducida por él, subió las escaleras de entrada a la casa de lord Cheltenham.

—¿Has encontrado algún fallo en mi razonamiento original?

Ella frunció los labios.

—«Porque nos lo han pedido» es una evasiva en el mejor de los casos, y tú lo sabes bien.

Él rió, y eso aumentó la cólera de ella. Miranda fue deteniendo sus pasos y un lacayo boquiabierto se dispuso a abrirles la puerta principal.

—Maldita sea, Archer —susurró ella furiosa—, ¿por qué darles motivo para que se espanten?

No quería eso para él y sintió un súbito afán protector tan fiero como aterrador.

Archer se inclinó hasta acariciarle el cuello con su suave aliento.

—Porque, querida mía, me niego a seguir escondiéndome. —Un leve roce del pulgar de él en la muñeca enguantada le produjo un escalofrío—. Coraje, Miranda Bella. Jamás les tiendas la mano, porque te tomarán el brazo.

El salón de baile de lord Cheltenham no era tan grande como el de Archer House, pero era elegante, y estaba lleno de estatuas, macetas y arcadas profusamente adornadas. Grupos de hombres y mujeres se congregaban en rincones silenciosos para verlos pasar a Archer y a ella. Después venían las miradas de compasión y los murmullos. ¿Sería ella la siguiente? ¿Leerían sobre ella en los diarios de la mañana? ¿Devorarían detalles escabrosos de la joven esposa de lord Archer mientras se bebían el té y negaban con la cabeza espantados por su necesidad?

La irritación, cada vez mayor, le hizo llevar la cabeza bien alta.

Archer avanzaba sereno, como si estuvieran solos. Delante de ellos, se toparon con un pequeño grupo de hombres, a los pies de la escalera. Se encontraban apiñados, como una bandada de cuervos, todos encorvados, con sus amplios faldones negros. El paso de los años los había marchitado, adhiriéndoles la

piel a los huesos, exagerando la prominencia de sus narices y sus pómulos. Sus ojos incisivos los miraban, brillaban a la escasa luz, pestañeando al unísono.

—¿Los conoces? —preguntó ella, deseando que la respuesta fuera no. Los hombres casi se estremecían de asombro y hostilidad.

Archer la asió un poco más fuerte.

—Sí.

—Ven, vayamos por otro lado, entonces.

Miranda se disponía a cambiar de rumbo, pero Archer la detuvo.

—¿Y actuar como si les tuviera miedo? Me temo que no.

La llevó directamente hacia ellos.

Se adelantó el más alto, un hombre con un bigote blanco que le colgaba como un ceño fruncido sobre el labio.

—Archer —dijo en el tono seco que solían utilizar los hombres de clase alta cuando estaban molestos—. Me sorprende verte por ahí.

Archer inclinó apenas la cabeza.

—Al parecer, los rumores que corren son falsos, Leland. Resulta que puedo abandonar mi trono en llamas y caminar entre los cristianos honrados.

El contorno de los intensos ojos azules del hombre se tensó.

—Eso me ha gustado —replicó el anciano con desenfado.

—Genio y figura —dijo otro. Parecía amable, a pesar de su pose imponente. La miró a ella con tiernos ojos pardos y una dulce sonrisa—. Por lo visto, debemos darte la enhorabuena, Archer.

Archer presentó a Miranda a su anfitrión, el sonriente lord Cheltenham, luego al ceñudo lord Leland, y después a lord Merryweather, el último en acercarse. Merryweather le tomó la mano a Miranda mientras se hacían las presentaciones. Sus ojos oscuros la miraron con picardía y le sostuvo la mano más tiempo del debido. El viejo diablo.

—Encantado, lady Archer. Absolutamente encantado.

Cheltenham se volvió hacia Archer.

—Hoy mismo hemos concluido una reunión de la Sociedad Botánica, Archer. Tengo entendido que has adquirido un extenso conocimiento sobre los rasgos hereditarios de... las rosas, ¿no es así?

En los ojos del hombre brilló una emoción que Miranda no fue capaz de descifrar, pero que pareció poner en alerta a todo el grupo. Al mirar a Archer, habría jurado que sonreía. Aunque la rigidez de sus hombros no revelaba un ánimo festivo.

—He adquirido muchos conocimientos —respondió Archer sin inmutarse—, pero no he obtenido ningún logro digno de mención.

Aumentó la tensión en el grupo. Más de un par de ojos se posó en ella para apartarse de inmediato.

—¿Querías unirme a nosotros el próximo fin de semana y exponernos tus hallazgos? —preguntó Leland antes de dedicar a Miranda una sonrisa de cortesía—. Una materia árida, milady, pero nos entusiasma el proceso de hibridación en plantas porque nos permite crear especies completamente nuevas.

Archer lo miró furioso, pero Leland no le prestó atención.

—Por ejemplo, lo que antes era una rosa débil, de rápido marchitar y de color ordinario podría convertirse en un modelo de fortaleza, belleza y longevidad. —Se alzó su grueso bigote—. La flor perfecta.

—Qué hermoso —dijo ella por cortesía mientras le daba vueltas a una idea: ¿Archer, botánico?

Archer se inclinó hacia ella.

—Somos todos novatos jugando con cosas que no alcanzamos a comprender.

Ella se disponía a replicar, pero resonó un gruñido descontento en el salón.

—Ignoraba que la sociedad celebrara un baile de disfraces —se oyó en un airado acento escocés por detrás de Cheltenham.

Los hombres se volvieron y a Miranda se le cortó la respiración. Unos ojos azules, rasgados y sin pestañas, los del mismo diablo, miraron furiosos a Archer. Un mapa de cicatrices en relieve, blanco platino y rojo furioso, distorsionaba los rasgos del hombre hasta convertirlos en algo apenas reconocible como humano. Ella apretó el brazo de Archer de forma instintiva.

—Rossberry —dijo Archer, tenso, mientras el hombre se acercaba dando fuertes pisotones seguido de otro más joven—. Qué alegría volver a verte.

Una boca pequeña, oculta tras una barba castaña despeluchada, se retorció con un gruñido.

—De haber sabido que vendrías, también yo habría ocultado mi vergüenza detrás de una máscara de necio.

—Ah, pero ¿qué máscara podría ocultar tu dulce voz? —replicó Archer con desenfado—. Salvo que fuera provista de bozal.

—Máscara, bozal... lo verdaderamente triste es que mi hermoso rostro produce menos terror que lo que tú escondes.

Los dedos de Miranda se clavaron en la chaqueta de Archer, pero este no reaccionó.

—De veras, padre —intervino el joven que iba con él—. Está usted casi suplicando un duelo con lord Archer.

Su habla culta no se asemejaba en nada al acento escocés de su padre, aunque había cierto parecido físico entre ellos, desde el brillo de su pelo castaño rojizo a la intensidad del azul de sus ojos.

—Habiendo sido testigo de la cruel eficacia de Archer, dudo que salieras bien parado de la empresa. —Le tendió la mano a Archer—. Hola, Archer. —Sus

dientes lobunos destellaron mientras estudiaba con descaro la máscara de Archer—. No has envejecido nada.

Archer estrechó apenas la mano del joven.

—Me agrada que lo hayas notado, Mckinnon.

Mckinnon rió discretamente. El hombre se movía con una elegante ligereza que denotaba fortaleza y seguridad. Se volvió entonces hacia Miranda, y Archer masculló la presentación rápida de Alasdair Ranulf, conde de Rossberry, e Ian Ranulf, su primogénito y aparente heredero, que ostentaba el título de cortesía de vizconde de Mckinnon.

—Encantado, señora —dijo lord Mckinnon, inclinándose sobre su mano.

Su pulgar enguantado le acarició la mano mientras la retiraba, y ella se estremeció. Él le dedicó una sonrisa de complicidad. Mckinnon rezumaba algo del todo animal que le producía recelo. A juzgar por su mirada, él lo sospechaba y disfrutaba del efecto que tenía en ella.

Apenas la había soltado cuando lord Rossberry reanudó su ataque a Archer.

—Con qué descaro te presentas aquí, Archer, después de lo que le hiciste a Marvel. Mantente alejado de mí, y de mi hijo, o me cenaré tu corazón espetado.

A Miranda, que giraba de nuevo por la pista con otra pareja, le dolían los pies. La fila de hombres que esperaban para bailar con ella parecía interminable. La excepción era su esposo, que había desaparecido. Rogó que la dejaran retirarse cuando el último joven le pisó los dedos de los pies. Este se sonrojó visiblemente y se disculpó con profusión.

Cojeando desde el salón de baile hasta el vestíbulo principal, buscó a Archer, justo a tiempo para ver su ancha espalda pasar por delante de lord Leland camino del despacho privado de Cheltenham. Leland la miró un instante, lacónico y preocupado, antes de cerrar la puerta y dejarla fuera, y a Archer dentro. Ella miró furiosa la puerta cerrada. «Condenado individuo.»

—Los hombres a veces son muy fastidiosos, ¿no le parece?

Al volverse, Miranda descubrió a su lado a una mujer de pelo oscuro. La mujer sonrió, y reveló unos dientes blanquísimos tras unos labios pintados.

—No he podido evitar detectar su gesto ceñudo. Nada más que un hombre puede producir una expresión así.

Miranda tuvo que reír, tanto por la asombrosa franqueza de la mujer como por la veracidad del comentario.

—Ciertamente —dijo riendo un poco más.

La mujer sonrió, y se le hicieron hoyuelos.

—Usted es lady Archer, ¿no es así?

—Sí, Miranda Archer, la esposa de lord Archer.

Miranda la estudió de nuevo. No cabía duda de que la mujer era hermosa, bendecida con un rostro en forma de corazón y grandes ojos grises. Su edad exacta era otro asunto muy distinto. Quizá sufriera alguna dolencia cutánea, porque Miranda no veía motivo para que una mujer tan atractiva se cubriera de tal cantidad de polvos de arroz. La aplicación casi teatral de maquillaje resaltaba las pequeñas arrugas de su rostro y le daba el aspecto de una mujer mucho mayor, de cuarenta y tantos, quizá. Sin embargo, la firmeza de sus carnes desmentía tal suposición, como lo hacía su esbelta figura. Podía haber tenido veinte años, o veinte años más. Era imposible de adivinar.

También su estilo era el de una mujer más joven. Llevaba los oscuros tirabuzones negros y algo rojizos recogidos en un moño del que le caían profusamente por el cuello. Un flequillo muy estiloso le cubría la frente, una moda que Miranda admiraba pero que aún no se había atrevido a probar. El vestido verde lima que llevaba lucía una falda estrecha hasta el suelo, que luego se expandía por detrás en un montón de volantes de color fucsia.

Notó que Miranda la observaba y no pareció ofenderla sino más bien complacerla.

—Discúlpeme —dijo—. Aún no me he presentado. Soy pariente suya, aunque usted todavía no lo sabe. —Inclinó la cabeza para saludar, y en sus labios oscuros se dibujó una sonrisa—. La señorita Victoria Archer —añadió, dejando a Miranda boquiabierta—. Soy prima tercera de Archer.

Eran los ojos, se dijo Miranda, con los suyos clavados en ella. Del mismo gris plateado. Despacio, le hizo también una reverencia.

—Perdóneme —dijo, saliendo de su ensimismamiento—. No pretendía quedarme mirándola. No sabía que Archer tuviera parientes vivos. —Trató de sonreír—. Cuánto me alegro de conocerla.

La señorita Archer rió, una risa melancólica tan clara como el cristal de Waterford.

—No se apure. Me confieso culpable de un pequeño engaño. La he visto con Archer y he esperado a que él no estuviera. —Miró de reojo al salón de baile—. Debería haberle pedido a Benjamin que nos presentara, pero admito que quería divertirme un poco. —Se alzaron los rabillos de sus ojos grises—. Mi primo a veces es algo quisquilloso con su vida privada, ¿verdad?

Miranda tuvo que asentir. Solo que ella se consideraba parte de su vida privada. La miró fijamente, incapaz de contenerse. ¿Tendría Archer esa misma barbilla picuda? ¿O la frente ancha? ¿Las orejas algo despegadas, como las de la señorita Archer? No se lo había imaginado así, pero ¿podría ser? Ansiaba interrogarla sobre la vida anterior de su esposo, pero sabía que, de algún modo, sería una traición.

—¿Acaba de llegar a la ciudad? —le preguntó en su lugar.

—Ajá... —La señorita Archer observaba con interés a los bailarines. Tenía una fuerte nariz gala, aguileña aunque proporcionada con respecto a sus facciones. Hablaba con cierto acento francés. Miranda siempre había pensado que Archer era más bien de ascendencia italiana—. Acabo de llegar.

Detrás de sus abanicos de pedrería de colores, las damas de la aristocracia británica zumbaban como abejas, lanzando miradas cautelosas, si no del todo hostiles, hacia ellas.

Apareció lord Cheltenham, que, deslizándose entre las filas de matronas a la defensiva, se situó delante de ellas. Hizo una breve reverencia.

—Lady Archer. ¿Señorita...? —Su rostro angosto se sonrojó por lo incómodo de la situación.

—Victoria —ofreció ella, ladeando coqueta la cabeza.

Cheltenham se puso colorado, sin duda horrorizado por tanta familiaridad.

—Bien... señorita... —su enorme nuez se movía por debajo del cuello de la camisa— Victoria, me preguntaba si querría usted bailar.

No parecía el caso, dado que se hallaba rígido y pálido delante de ella. Pero Victoria sonrió recatadamente, si una podía parecer recatada con los ojos pintados de gris humo, y dejó que se la llevara.

Quizá fuera una cortesana, pensó Miranda, mientras los veía dar vueltas. No habiendo conocido ninguna, no podía saberlo con certeza. Salvo por la indiscreta aplicación de cosméticos, no tenía aspecto de serlo. Su vestido llevaba las mangas hasta las muñecas y el cuello hasta la barbilla, si bien lo que no mostraba en carnes lo compensaba con creces apretándolas.

Victoria y Cheltenham fueron apartándose de su vista mientras ella meditaba. Había decidido seguirlos cuando una figura familiar apareció a su lado, oscura, alta, ceñuda.

—Ah, estás aquí —dijo ella, mirándolo molesta—. Me vas a marear con tanto entrar y salir toda la noche.

Él la cogió por el codo, dispuesto a sacarla del salón de baile.

—Entonces quizá debería llevarte a casa para que puedas descansar —susurró él, mirando alrededor, algo distraído.

—Preferiría que habláramos. —Esquivaron a una pareja que daba vueltas bastante escandalosamente—. Además, acabo de conocer a un familiar tuyo, la señorita Victoria Archer...

Él se detuvo en seco.

—No es familiar mío, ni se apellida Archer. ¿Cómo has podido pensar eso?

Miranda lo miró extrañada.

—Porque eso es lo que me ha dicho ella.

Archer gruñó asqueado.

Miranda frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a decirme otra cosa?

—¿Para divertirse? —respondió él con sequedad, apartándola una vez más de la multitud—. ¿Porque es una mentirosa patológica? Quién sabe.

Llegaron a un lado de la sala y ella, molesta con el modo en que la agarraba, se detuvo y se zafó de él.

—Deja de arrastrarme por el salón. Me estás haciendo daño. —Se frotó el brazo dolorido y lo miró enfadada—. A mí me ha parecido muy agradable. —Archer bufó y ella alzó la voz—. Ha sido más sincera y cariñosa que cualquiera de las otras mujeres que he conocido aquí esta noche.

Archer paseó la vista por la sala y miró a su espalda como si temiera que Victoria pudiera aparecer en cualquier momento entre las hordas de bailarines.

—Es muy buena actriz. —Se acercó un poco más y su colosal figura la aisló del ruido del salón—. Mira, perdóname por haber sido tan seco contigo —dijo sacando el máximo partido posible de la sensualidad de su voz grave y persuasiva—. Tú no podías saberlo.

Miró por encima de su hombro y nuevamente a Miranda, y a ella la maravilló el efecto que Victoria parecía tener en él. Hasta entonces, había creído que no le temía a nadie.

—Pero ahora ya lo sabes —prosiguió él, con ojos tiernos y suplicantes— y te estaría inmensamente agradecido si no volvieras a hablar con ella.

«Bonita forma de disfrazar una orden directa.» La chispa de la indignación creció en su pecho.

—Hay algo que no me estás contando.

Como esperaba, los rabillos de sus ojos se fruncieron un poco.

—¿Como qué...? —le dijo con suavidad.

—Como por qué te perturba tanto. Como por qué ha decidido usar tu apellido. —Lo acorraló para que no huyera—. Como por qué tenéis exactamente el mismo color de ojos, poco corriente, pero no estáis emparentados en modo alguno.

Archer arrugó el semblante, su pecho se infló apenas... ambos indicios de que el estallido de ira era inminente. Le importaba un comino.

—¿Acaso necesitas que te lo deletree? —le susurró furioso.

—Sí.

Pensó que le gritaría, pero se inclinó sobre ella cual oscuro ángel vengador.

—Vive en la ignominia y su reputación es tan lamentable que Cheltenham le está pidiendo ahora mismo que se marche. Asociándote con ella no lograrías más que dañar tu prestigio social.

Miranda se quedó pasmada.

—Quisiera pensar que precisamente a ti no te preocupa el prestigio social y la pésima reputación.

Él se estremeció como si lo hubiera abofeteado. Le sostuvo la mirada durante un instante interminable.

—Mantente alejado de ella, Miranda —dijo rotundo.

Luego se marchó airado, y la dejó sola en un rincón.

—Maldición.

Archer no estaba en el pasillo, ni en el balcón. Su rápido recorrido por el comedor, el salón y de nuevo la sala de baile resultó fútil. ¿Cómo podía un hombre tan grande desaparecer en menos de cinco minutos?

Miranda tomó un pasillo oscuro y subió a un pequeño descansillo que conducía al lateral de la casa donde se encontraban los aposentos de la familia. Quizá Archer había decidido prescindir del protocolo y había buscado refugio en las estancias privadas de los Cheltenham; o eso o la había dejado sola en la fiesta, una idea que le encogía el pecho de pena. Avanzó con mayor sigilo, temerosa de ser descubierta; no deseaba toparse con nadie que no fuera Archer.

Al fondo del pasillo, vio una puerta de doble hoja abierta. Una luz amarilla

se derramaba por el umbral y formaba rectángulos en las alfombras de color carmesí. Del interior procedían voces, poco más que un murmullo indefinido. Aminoró el paso, porque reconoció una en particular.

En consonancia con el estilo recargado de lady Cheltenham, adornaban la puerta unas colgaduras de recio brocado, y unas estatuas negras de tamaño real de Hades y Perséfone guardaban la entrada. La mano negra de Hades se hallaba tendida hacia el rostro vuelto de Perséfone y su boca se abría a modo de súplica. Miranda apoyó la mano en el pie frío de mármol de Perséfone y se inclinó hacia delante.

Se alzó de pronto una voz melodiosa de mujer.

—Por fin has salido de tu escondite, Benji.

—No me llames así —repuso Archer en voz muy baja, casi inaudible, pero llena de rabia bruta—. Has perdido el derecho a llamarme nada.

La curiosidad le pedía a gritos que se quedara, pero debía respetar la intimidad de su esposo.

La risa ligera de la mujer tintió como el cristal.

—Antes no te oponías a que te llamara Benji, querido.

«¿Querido?» Al demonio con la intimidad; no iba a ir a ninguna parte. Miranda se arriesgó a mirar. Los dos estaban solos delante de una ventana de gruesas cortinas. Victoria lo rodeaba despacio, paseando su mano enguantada por sus hombros mientras lo inspeccionaba. Archer estaba tieso como un madero y su cabeza oscura miraba al frente.

—De hecho —la cola de su vestido verde lima se le enroscó en los tobillos—, recuerdo que te agradaba mucho que te llamara así entre gemidos...

Él la agarró por la muñeca y le sacudió el brazo con fuerza.

—Lo que recuerdas es tu propia vanidad. —Se inclinó sobre ella—. Si tuvieras ojos para el mundo que te rodea, verías que es mejor olvidar lo que fuimos.

—¡Desgraciado! —Quiso pegarle, pero él le atrapó la mano sin esfuerzo.

—Téplate —le advirtió con suavidad, aunque no estaba de buen humor. La soltó bruscamente y ella retrocedió un paso tambaleándose.

Victoria frunció mucho los ojos.

—Lo mismo te digo. No querrás que se te caiga la máscara en una refriega. La gente podría ver lo que hay debajo. —Le dio un golpecito con el dedo en la barbilla y sonó la máscara dura.

La fría crueldad de aquel gesto le llegó muy hondo a Miranda, que se mordió el labio con fuerza.

—No querrás que tu tierna esposa salga corriendo, ¿verdad? —Al ver que no respondía, Victoria prosiguió. Chasqueó la lengua con tristeza—. Debería haber dicho esposa virgen. Dudo mucho que te hayas acostado con ella. —Rió a

carcajadas, y su risa sonó masculina por lo descarnada—. Imagino lo rápido que te abandonaría si tuviera ocasión de contemplar tu horror.

Archer levantó la mano y su esfuerzo por controlarla la hizo temblar.

—Si no fueras mujer... —susurró él con violencia.

—Ah, sí, lo harías de todos modos, Archer. —Lo miró furiosa, sin miedo—. Los dos sabemos que ya lo has hecho, eso y cosas peores. Deberías haber seguido escondido en la oscuridad, que es tu sitio. Me asombra que hayas decidido someter a nadie a tu presencia.

El dolor irradiaba de él en oleadas palpables, e hizo sufrir a Miranda. Archer bajó la mano.

—No has respondido a mi pregunta —dijo en voz baja—. ¿A qué has venido?

Victoria se volvió y la larga cola de su vestido emitió un elegante murmullo. Miranda percibió un soplo de su empalagoso perfume, dulzón como el de los claveles y las rosas, pero acre al final por el abuso del limón. La boca grande de Victoria hizo un puchero.

—Me aburría. —Ladeó apenas la cabeza, sesgando los ojos—. Tu bonita esposa es bastante estimulante, ¿no? —Sus labios esbozaron una falsa sonrisa—. Será esa la razón por la que te has casado con ella: su seductora conversación.

Archer podía haber sido un bloque de basalto esculpido.

—Ah, pero la tienes bien guardada. —Su voz melodiosa empezó a serlo menos.

—Contesta a la pregunta.

Victoria inclinó la cabeza hacia la puerta, apenas un centímetro, pero lo suficiente para que a Miranda se le congelara el aliento. Volvió a ocultarse tras la estatua.

Victoria alzó la voz en exceso, para los oídos de Miranda.

—¿De verdad quieres que responda habiendo moros en la costa?

Más que verlo, Miranda sintió que Archer se volvía hacia la puerta, porque, para entonces, ya se había esfumado, con el corazón alborotado, moviendo los pies tan rápido como podía sin hacer ruido.

—¡Zorra! —Archer se esforzó por no levantarle la mano. Pegarle sería inútil—. Todo esto ha sido por ella, ¿no es así?

Victoria rió a carcajadas, satisfecha.

—Por supuesto —contestó y, volviéndose de golpe hacia él, le lanzó una mirada envenenada—. Tu pichoncita, como dicen algunos, es todo un entretenimiento. Y ahora —se acercó y le rodeó el cuello con los brazos—, besémonos y hagamos las paces.

Archer la empujó, con tanta fuerza que la hizo retroceder un paso. Que Dios

lo asistiera, pues no debería haberlo hecho. Pero su debilidad ya había quedado expuesta y eso le aceleraba el corazón.

El buen humor de ella murió con un graznido.

—Teníamos un acuerdo.

—Basado en mentiras.

Él pasó por su lado, dejándola atrás, y ella atacó como el rayo, asiéndolo por el brazo y haciéndole retroceder bruscamente. La densa miasma de su perfume floral le llenó los orificios nasales e hizo que le estallaran las sienes.

—Te amo, Archer.

Por un instante, pudo haberla creído capaz de una emoción semejante, de no haber sido por el aire frío y despiadado de su mirada.

—Qué extraño —replicó él—. La última vez que hablamos me dijiste que me odiabas, que no querías volver a verme jamás.

Ella forzó una sonrisa.

—No sabes nada de mujeres, entonces. —Le clavó los dedos en el brazo—. Quédate con tu juguete si eso te place —le espetó con visible reticencia—, pero no volverás a apartarme de ti. Solo yo sé lo que eres de verdad. Estamos hechos el uno para el otro, y ya es hora de que lo recuerdes.

La atrajo hacia sí, apenas consciente de que brotaba en su pecho un grave rugido. Pondría fin a todo aquello. Había ignorado demasiado tiempo la enfermiza obsesión de ella por él. Victoria abrió mucho los ojos, observándolo, esperando a ver qué hacía. Una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios rojos. Lo subestimaba; siempre lo había subestimado.

—Por aquí, cielo... —dijo una voz a su espalda—. Oh, vaya...

Al volverse, Archer vio al joven señor Hendren en el umbral de la puerta con su última querida colgada del brazo. La pareja lo miró con una mezcla de repugnancia y cautela.

—¿Interrumpimos algo? —Hendren no supo ocultar el tono de mofa.

Archer estuvo a punto de contestar que sí, que se largaran, pero Victoria se zafó de él y salió de la estancia. Él apretó los dientes, rabioso. Ya nunca la atraparía; lo sabía por experiencia. Mirando furioso a Hendren, paso de largo junto a la pareja y salió a controlar el daño causado.

Localizó a Miranda por instinto, dejando que la atracción que ejercía sobre él lo fuera guiando por la casa. Libre de la distracción de Victoria, se dejó inundar los sentidos por su esposa, su aroma, y el sonido desesperado de su respiración llegó a él entre el parloteo de los asistentes a la fiesta y los acordes disonantes de un vals.

Fuera, el aire era limpio y fresco, y un aroma a marga y a tierra se desprendía de los lechos de flores bien cuidadas que salpicaban el jardín trasero. Los caracoles crujían aplastados bajo sus pies mientras avanzaba a grandes

zancadas por el sendero central, alertándola de su presencia. Ella se volvió desde su posición bajo el sauce, y su espléndido cabello brilló con intensidad a la luz de la luna.

—Miranda. —Alargó el brazo, desesperado por abrazarla, por tranquilizarla, y quizá lograr algún consuelo para sí mismo.

Aquella caricia la detuvo en seco, la dejó pasmada.

—Lo siento —dijo ella—. No pretendía...

Se mordió el labio y apartó la mirada, avergonzada. A él le dio un vuelco el corazón. El culpable era él. La había arrastrado a un mundo de muerte y depravación. La necesidad de protegerla le vibraba en los brazos, pero titubeó. ¿Qué derecho tenía a abrazar a Miranda cuando todo lo que había dicho Victoria era verdad?

Cambió el viento y le alborotó varios mechones de sedoso pelo cobrizo. Archer no pudo resistir la tentación de apartárselos de la cara, saboreando el contacto de su piel, pero algo en aquella brisa le hizo vacilar. Se detuvo e inspiró hondo. El hedor a entresijos, que lo inundó como el de las aguas residuales, le anudó la garganta. Miranda hizo una mueca de dolor cuando la mano de él le apretó convulsa el antebrazo.

Las nubes pasaron a toda prisa por delante de la luna y se esfumaron. Justo detrás de su esposa lo vio, el contorno distorsionado de un hombre tendido en el suelo, inmóvil como las hojas secas esparcidas sobre él. Miranda supo interpretar a Archer perfectamente y se volvió hacia la escena como si esta la llamara. Un grito brotó de su interior y murió en cuanto vio lo mismo que él: zapatillas de ópera resplandecientes ladeadas de forma extraña en el sendero, piernas delgadas enfundadas en exquisitos pantalones, una mancha negra extendida como petróleo por un chaleco blanco y la garganta de lord Marcus Cheltenham abierta a la noche. Archer apretó a Miranda con fuerza contra su pecho, escondiendo su cabeza en su hombro al tiempo que cerraba los ojos. Pero nada podría borrar la visión del rostro huesudo y macilento de su amigo, con la sangre brotándole de la boca, y el brillo dorado de una moneda del West Moon Club que descansaba suavemente sobre uno de sus ojos.

La librería estaba, como decía el cartel, cerrada a la hora de la comida. Miranda llamó de todas formas, tocando con los nudillos bastante fuerte en la rugosa puerta verde. Finalmente Archer había tenido que salir a visitar a su administrador. Miranda había actuado y había huido en el carruaje en cuanto Archer había desaparecido de su vista. No había sido una medida muy valiente, pero sí necesaria. Sus dedos se tensaron alrededor de la moneda que llevaba en el bolsillo. Debía comprender aquello. Y temía preguntarle a Archer.

Poppy respondió a la tercera llamada, y su mirada intrigada pasó de Miranda al carruaje urbano que la esperaba en la calzada, a su espalda.

—Bueno, has conseguido llegar a la hora de la comida —dijo Poppy, enarcando unas cejas de intenso color cobrizo—. Supongo que no querrás compartir la comida de la gente corriente.

—Ay, calla, Poppy —contuvo una sonrisa—, o me veré obligada a mencionar tu debilidad secreta por la ropa interior de satén azul.

Un rubor de un rosa intenso entró en conflicto con el pelo cobrizo de Poppy.

—Daisy y tú, y vuestra botella de oporto robada. Estuve enferma una semana. —Su gesto serio se deshizo y le dedicó a Miranda una rara sonrisa—. Pasa, Jezebel.

—Yo también me alegro de verte. —Miranda besó la mejilla que le brindaba.

No subieron al piso de Poppy; entraron en la librería, su verdadero hogar. Poppy, que era ocho años mayor que Miranda, se había casado joven, cuando su padre andaba bien de dinero y era más dado a la generosidad. De modo que había recibido una buena dote al casarse con su pobre pero astuto amor, Winston Lane. Lo primero que habían hecho los recién casados había sido comprar la librería. Cuando Winston había comenzado a trabajar como policía, Poppy había asumido el mando de la tienda, que pronto se había convertido en su devoradora pasión.

Se adentraron en aquel lugar oscuro y frío, dejando atrás hileras de estanterías de caoba repletas de libros. El olor a moho se mezclaba con el agradable aroma a cera de abejas y aceite de naranja. Al fondo de la tienda, había un largo mostrador también de caoba cubierto de cristal, lo bastante cerca de las ventanas para disponer de luz suficiente. Encima había un pequeño almuerzo sobre papel de estraza.

—Siéntate —le ordenó Poppy señalando un taburete.

Rodeó el mostrador y sacó dos tazas blancas decoradas con flores azules. Después, platillos y platos a juego. Mientras se disponía a cortar unas rebanadas de pan negro, Miranda alzó su taza para inspeccionarla. Royal Copenhagen. La vajilla

de su madre. O lo que quedaba de ella. Albergaba el vago recuerdo de que Poppy había salido furtivamente de la casa un día de verano cargada con una caja de contenido indeterminado, no mucho después de que su padre hubiera empezado a vender los enseres domésticos. La reconfortó volver a ver aquel juego.

—Tengo algunas más —dijo Poppy mientras ponía en un plato unas rodajas de carne en gelatina y unos huevos cocidos. —Levantó sus ojos pardos—. Puedes quedarte con un juego si quieres. Aún no te he hecho un regalo de boda.

—No. —Miranda dejó su taza en el mostrador para que Poppy pudiera llenarla de té—. Me alegro de que las tengas.

Una punzada de nostalgia le oprimió el pecho mientras, encorvada sobre el mostrador, sorbía té corriente de una de las tazas de porcelana de su madre. Había echado de menos a Poppy, más de lo que había querido reconocer. De hecho, también había echado de menos a Daisy.

En ese instante, como por arte de magia, tintineó la campanilla de la puerta. Las dos alzaron la cabeza simultáneamente al oír la voz familiar de Daisy.

—¡Has olvidado cerrar la puerta con llave, cielo!

—Qué le vamos a hacer —murmuró Poppy mientras Daisy entraba tranquila, resplandeciente de satén rosa y lazos carmesí.

—¡Miranda Panda! ¡No puedes ser tú! —Daisy cruzó con gracia la estancia para abrazar a Miranda, levantando los rabillos de sus ojos de color azul cielo.

Sus suaves mejillas acariciaron las de Miranda, y su habitual perfume de romero mezclado con jazmín la envolvió como un abrazo. Daisy retrocedió un paso y le levantó los brazos a Miranda para inspeccionar el elegante vestido de día de tafetán ruso azul que llevaba.

—Desde luego esta no es la joven corriente a la que yo conocía, ni la peonía destartada de la que papá se deshizo hace unas semanas.

—Ay, para ya —dijo Miranda riendo, y se zafó de ella.

—¿Has venido a comer? —preguntó Poppy, arqueando las cejas amenazadora.

Daisy le dio un besito en la mejilla antes de echar una ojeada a las viandas que había sobre el mostrador.

—Eh, no. —Arrugó la naricilla—. Debo cuidar mi figura, cielo. —Apartó la cola ondulante de su vestido y se dejó caer en uno de los taburetes con un pequeño plaf—. Ya sabéis lo que dicen: cuando un hombre disfruta del banquete, los excesos pueden hacerle perder el apetito. —Pasó la mano por la amplia protuberancia de su pecho—. Prefiero a un hombre que tenga apetito cuando come.

Poppy gruñó, pero Miranda rió.

—Echaba de menos esa lengua sucia tuya —dijo.

Daisy sacó la lengua y Poppy esbozó una sonrisita.

—¿A qué has venido, querida? No es que no disfrute de tu compañía — torció la boca —, pero confieso que me asombra la coincidencia.

Daisy se quitó los guantes de seda.

—Vaya, me has descubierto; te estoy espiando. —Puso los ojos en blanco—. Pasaba por aquí y he visto el coche de Miranda. Precioso vehículo, por cierto, cielo. Me siento inmensamente celosa. Así que le he pedido al cochero que se detuviera. Además, así no tengo que volver con Craggy, ¿no os parece?

El marido de Daisy, Cyril Craigmores, además de triplicarle la edad a Daisy, era aburridísimo y tenía la cara como una ladera escarpada, de ahí lo de «Craggy». Que a Daisy le repugnara el tipo no había importado nada a su padre cuando había ido a pedirle su mano. Como su padre acababa de arruinarse, la riqueza de Craigmores se había revelado de particular relevancia; su escaño en la Cámara de los Comunes tampoco había hecho daño. Solo cuando Craigmores se había negado en redondo a pasarle un solo penique a él había cambiado su padre de opinión respecto a su yerno.

—Bueno —dijo Daisy apartándose un rizo suelto de la frente—, ¿qué hay de tu lord y esposo? ¿Cómo sienta estar casada con el Sanguinario Barón, con el temido lord Archer? Por lo menos, no te ha asesinado mientras dormías.

El tono jocoso de Daisy remitió cuando esta vio los ojos de Miranda.

—Ay, cielo, solo bromeaba. —Se inclinó hacia delante y le tocó la rodilla—. Por supuesto que no es un asesino. Eso lo he sabido desde el principio.

Poppy no lo tenía tan claro, pero se guardó mucho de decir nada.

Miranda apartó su taza.

—¿Y cómo puedes estar tan segura? —dijo con voz pastosa, a punto de echarse a llorar.

Daisy ladeó la cabeza y estudió a Miranda.

—Porque no has salido corriendo en plena noche, ni lo has reducido a cenizas. —El rictus que le caía por la frente se mostró rebelde. Le cayó esta vez por la mejilla, y ella se esforzó por apartárselo—. Si hay algo que no eres es sumisa, ángel mío.

Miranda soltó un bufido poco femenino.

—Bien podría haberme matado brutalmente la primera noche mientras dormía y ahora mi pobre cuerpo flotaría a la deriva por el Támesis.

La risueña respuesta de Daisy sonó como un tintineo de campanas.

—En cualquier caso, habríamos sabido qué se proponía, ¿no es así?

Miranda tuvo que reír.

—No seas bruta.

—Para tu tranquilidad, siempre puedes hacerle una demostración de lo capaz que eres de defenderte sola —propuso Daisy sin mirarla.

—¡No! —El grito de Miranda resonó en la quietud de la tienda. Inspiró

hondo—. De eso jamás se enterará. Ni lo utilizaré nunca contra él. Quizá lo hubiera considerado antes, pero ya no.

—No, por supuesto que no —murmuró Daisy—. No debería haberlo mencionado.

Miranda se sintió acalorada y notó que le sudaban las palmas de las manos. Sus hermanas decidieron estudiar sus tazas de té mientras ella procuraba dominar la fuerte sensación de pánico que crecía en su interior. La vida de todas ellas había cambiado por la rareza de Miranda, y no para mejor. Enterró las manos en las faldas de su vestido como si escondiera un arma letal. Apenas si había aprendido a mantener el fuego bajo control. No volvería a escapársele. No podía. «No puedo perjudicar a Archer de ese modo.»

Supo que lo había dicho en voz alta al ver que Poppy la miraba pensativa.

—Entonces ¿se porta bien contigo?

Miranda se obligó a abrir las manos, pensó en cosas agradables, relajantes.

—No tengo queja en ese aspecto.

Daisy se inclinó hacia delante.

—Olvidemos los lúgubres pensamientos de muerte y violencia. —Sus ojos azules se volvieron gatunos—. Vayamos al fondo del asunto. ¿Tienes alguna queja en cuestiones de alcoba?

Poppy bufó asqueada y Miranda se humedeció los labios, deseando que aún quedara té en su taza.

Daisy sonrió picarona.

—Ni que decir tiene que la máscara resulta... perturbadora, pero debo señalar que su cuerpo es del todo... —su fina voz se transformó en un grave ronroneo— excitante. Con esa espalda tan ancha y esa cintura tan fina. —Meneó un poco sus curvas voluptuosas en el asiento—. Además, es lo bastante alto para dominar a una mujer con facilidad.

—Daisy —la reprendió Poppy.

Daisy prosiguió con sonrisa de oreja a oreja.

—Reconócelo: lord Archer posee una figura deliciosa. Yo haría la vista gorda a la máscara por poder montar un cuerpo así. Qué gran perversión, la de encamarse con un hombre enmascarado.

—¡Por todos los santos, Daisy Margaret!

Daisy ignoró a Poppy.

—¿Acaso me equivoco?

Miranda se alisó un pliegue del volante. A monsieur Falle se le daban de maravilla los volantes. Quizá le pidiese algunos más en el próximo vestido.

—Miranda... —Daisy la miraba fijamente.

—Déjala tranquila. No a todas nos interesan las relaciones íntimas.

—Eso no te lo crees ni tú, cielo.

Poppy se sonrojó y contempló a Miranda. El ruidoso tráfico de Oxford Street se colaba en la tienda y el descaro de las miradas expectantes de sus hermanas hizo transpirar a Miranda.

—Nuestro arreglo no es de esa clase —admitió al fin Miranda.

Daisy la miró delicadamente boquiabierta.

—¿No es de esa clase? —la imitó—. Perdóname, querida hermana, pero, cuando un hombre indecentemente rico, y además barón, se casa con una muchacha sin posición ni fortuna, la única clase de arreglo que podría desear es una cópula nocturna con su joven y bella esposa.

Por una vez, Poppy pareció estar de acuerdo con Daisy.

—Yo le leo —mintió Miranda desesperada, con las mejillas más encendidas que un pan recién salido del horno.

—¿Le lees? —se mofó Daisy—. Menuda idea. ¿No ha ido a verte a tu cama? —inquirió como si hiciera una broma.

—No —espetó Miranda bastante alto. No había previsto que la verdad pudiera resultar tan humillante—. Me deposita a la puerta de mi dormitorio todas las noches y luego se va al suyo. Quizá satisfaga sus necesidades en otro sitio. No sabría decirlo.

—Eso, querida mía, es un matrimonio aristócrata —le dijo Daisy—. Agradécelo.

No, eso era soledad, se dijo Miranda abatida.

Guardaron silencio un instante, después Poppy abordó de nuevo su almuerzo. Como si esperaran la señal, Daisy y Miranda hicieron lo propio: Daisy sorbiendo su té con finura y Miranda obligándose a tragar un sándwich que su estómago ya no quería.

—¿Winston viene a comer a casa? —preguntó por llenar el incómodo silencio.

—Hoy, no. —Poppy dio un buen mordisco a su sándwich y lo masticó con entusiasmo—. El departamento entero está centrado en... —Un rubor tiñó sus blancas mejillas.

El ascenso de Winston al departamento de Investigación Criminal había sido un logro supremo para él y una fuente de orgullo para Poppy. Sin duda, el que Winston dirigiera una investigación importante constituía otro triunfo.

Miranda dejó el sándwich.

—¿Por eso no querías que viniera? ¿Pensabas que, si los vecinos veían el coche del temido lord Archer a la puerta, informarían a Winston?

Las cejas cobrizas de Poppy se juntaron y formaron una línea recta.

—Si piensas que tengo miedo de mi marido, entonces es que no me conoces en absoluto. —La paralizó con la mirada, un truco de su madre que Miranda había detestado toda su infancia.

Miranda miró a otro lado.

—Lo siento, Pop. No sé por qué... Estoy tan... Archer es... No puede ser el asesino. Pero está implicado. —Sacó la moneda del bolsillo y se la enseñó—. Necesito tu ayuda.

Por desgracia, lo que Miranda logró averiguar no era lo que esperaba. El West Moon Club no figuraba en ningún registro oficial de clubes. No aparecía en ningún artículo de diarios antiguos, ni en libros de historia de Londres, ni en ninguna otra de las obras que Poppy fue sacando de las estanterías. Ni existía un West Club o un Club Moon, en realidad. Tampoco sirvió de nada buscar artículos o relatos antiguos relacionados con las dos víctimas. Ambos habían llevado vidas muy sobrias a ojos de la sociedad. Casi al final del día, lo único que había generado su esfuerzo eran montañas de libros y papeles que se balanceaban precariamente por todo el mostrador de Poppy.

—¡Estoy agotada! —exclamó por fin Daisy frunciendo apenas el ceño.

Poppy se recostó en la silla, su estrecha espalda prieta y resuelta bajo la blusa de algodón.

—Tendré que meditar todo esto un poco más. —Contempló con ojos vidriosos los libros que tenía delante.

—Sinceramente creo que es necesaria una investigación externa —dijo Miranda.

Los ojos de Poppy volvieron a posarse de inmediato en ella.

—Ni hablar.

—Soy perfectamente capaz...

—Oh, sí —la interrumpió Poppy—, lady Archer, la novedad de la aristocracia. Te reconocerían de inmediato.

—¡Me puedo disfrazar!

Poppy la miró fijamente, luego enarcó una de sus cejas cobrizas.

—Inténtalo de nuevo.

Su hermana solo pudo dirigirle una mirada torva.

A la que Poppy era inmune.

—Si te reconocieran, solo conseguirías añadir el escándalo y la sospecha a las espaldas ya sobrecargadas de lord Archer.

—Eso es cierto, cielo —asintió Daisy—. Solo echarías leña al fuego.

Miranda apretó los dientes. No se arriesgaría a someter el nombre de Archer a un mayor escándalo, no. Pero confiaba más en su capacidad para disfrazarse de lo que lo hacían Poppy y Daisy.

Poppy sonrió y le dio una enérgica palmadita en la rodilla.

—Estupendo. Ahora que hemos resuelto ese asunto, deberías marcharte. Ya es la hora de la cena, o del té, para vosotros los aristócratas, supongo.

Miraron por la ventana. La luz de fuera se había tornado de un gris oscuro y había salido el farolero, con el largo chuzo botándole en el hombro mientras iba de farol en farol. Se detuvo delante de su ventana y un halo silencioso de luz iluminó los cristales.

—Demonios —masculló Miranda, ordenando la pila de papeles—, tengo que irme antes de que Archer empiece a inquietarse.

Poppy torció la boca.

—Se preocupa por ti, ¿no es así?

Ella continuó ordenando los papeles.

—No sé si se preocupa...

—Debería. Eres incorregible.

—Desde luego que lo es—dijo Daisy, alisándose las faldas—. Le he enseñado todo lo que sé.

—Confío en que no todo. Dejad los papeles, queridas. Los ordenaré más tarde.

Como de costumbre, Poppy les besó las mejillas cuando salían por la puerta.

—Tened cuidado.

Algo ardía en el interior de Miranda: irritación, miedo... Ya no lo sabía.

—Él no puede ser un asesino.

—Eso ya lo has dicho —masculló Poppy—. ¿Es lo que crees o lo que esperas?

Miranda, que no había practicado más espionaje que escuchar detrás de las puertas o esconderse en sitios pequeños, no estaba segura de si resultaría fácil seguir a Archer cuando saliera a la ciudad al día siguiente. En realidad, fue bastante fácil.

Un hombre de estatura y envergadura poco corrientes con una máscara negra de carnaval en la cara a lomos de un caballo castrado de color gris no era algo que pasara fácilmente desapercibido. John Coachman, que participó porque no le quedó otro remedio pero puso cara de muy mal humor cuando Miranda le contó su plan, solamente debía seguir el rastro de los curiosos atónitos como las proverbiales migas de pan en el bosque. Pronto estuvieron a solo cuatro coches de él. Impaciente, Miranda estiró el cuello y sacó la cabeza por la ventanilla tanto como se atrevió. Archer mantenía la cabeza alta y miraba al frente, relajado y cómodo en su montura. Fue abriéndose paso por el tráfico, aparentemente ajeno a la conmoción que causaba. A Miranda se le encogía el corazón de mirarlo. Archer era lo bastante perspicaz para no ver a los groseros asustadizos que no tenían la decencia de dejarlo pasar en paz.

Por desgracia, el tráfico los derrotó en Piccadilly y la aglomeración de omnibuses, carros y carruajes pronto lo engulló por completo.

—Demonios. —Dio un puñetazo en el asiento y se recostó resoplando mientras el coche se detenía con un chirrido.

Por la ventana, oyó el balido lastimero de un rebaño de ovejas que pasaba, dejando tras de sí un hedor acre a orina y lanolina. Masculló de nuevo, esperando que una vaca asomara su morro húmedo por la ventanilla en cualquier momento.

John Coachman abrió la portezuela del coche e introdujo la cabeza en él.

—No se preocupe, milady. Ha entrado en el Museo Británico, estoy seguro.

Miranda se irguió.

—¿Cómo puedes estar seguro?

El cochero frunció sus ojos pardos.

—Porque eso es lo que ha venido haciendo todos los miércoles desde que está en Londres.

—Todos... —Apretó los dientes para no gritar—. ¿Y por qué no lo has dicho cuando te he encomendado que siguieras a lord Archer?

—Pero, milady, me ha pedido que siguiera a lord Archer, no que le comentara sus costumbres —le replicó con genuina seriedad. El tráfico que los rodeaba comenzó a disolverse y John alzó de pronto la cabeza—. Vamos allá, entonces —dijo de prisa, y después cerró la portezuela de la cabina. El vehículo dio

un tirón y arrancó a buen paso.

La rabia de Miranda se esfumó cuando se detuvieron a la puerta del museo. Pidió a John que esperara y entró a la fría quietud del imponente edificio neoclásico. Un guía le recogió el manto y la informó de que en las galerías uno y dos podría ver en esos momentos exposiciones extraordinarias. Ella, que nunca había estado dentro, no era consciente del colosal tamaño de aquel lugar. Perdió la esperanza de encontrar a Archer. Por desgracia, sus discretas pesquisas con el robusto guía no le reportaron más que el arqueamiento de una ceja poblada y canosa.

—La privacidad de nuestros mecenas es sacrosanta, señora. Estoy convencido de que descuidaría mi deber si no lo considerara así. —Su gesto severo se deshizo apenas un instante—. No obstante, quizá le apetezca ver las pinturas prerrafaelitas de nuestro Salón Rojo. Le aseguro que las encontrará de lo más instructivo.

Dio con Archer en el centro del Salón Rojo, por lo demás vacío.

Miranda no entró, se quedó en el pasillo, oculta detrás del umbral de la puerta. Archer pasó unos minutos interminables contemplando un retrato colgado de la pared. No se atrevió a acercarse más para ver lo que era, pero percibió algo de anhelo y soledad en el modo en que Archer ladeaba la cabeza y encogía los hombros.

—Aunque es precioso, ese vestido es demasiado llamativo.

Miranda inspiró atropelladamente; las súbitas palabras de Archer hicieron que se le parara el corazón y volviera a latirle alborotado. Se maldijo por haberse dejado seducir por un raso duquesa del color de la mantequilla fresca y cuello alto de organdí almidonado de color bronce.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —dijo mientras entraba en la galería para situarse a su lado.

Archer rió un poco, pero no apartó la mirada de la pintura que tenía delante: una joven voluptuosa con una rosa amarilla detrás de una oreja. Sus labios pequeños y redondeados eran tiernos y flexibles, sus ojos soñadores contemplaban el horizonte. Su cabello rojo como el fuego, con la raya en medio, le corría como alas derretidas por los hombros.

—*La Bocca Baciata*. —La voz grave y sensual de Archer acarició el italiano como una ola. Pronunciación perfecta.

Miranda pensó en su segundo nombre: Aldo. Tenía ascendientes italianos, desde luego.

Archer se desplazó hasta situarse justo detrás del hombro derecho de Miranda, alzándose con su gran estatura por encima de ella.

—Tendrías que haber pedido un coche de alquiler —le dijo—. Haberte tapado ese pelo tan luminoso con un sombrero más grande y menos llamativo,

haber usado un perfume fuerte para ocultar tu aroma natural...

—Sí, muy bien. Ya has recalcado bastante mi impericia como espía, gracias.

—Frunció los labios, sin apartar la vista de la pintura.

Él dejó escapar una especie de risita, pero no dijo nada más. Miranda lo miró de reojo. La melancolía lo envolvía como un manto.

—¿Por qué vienes aquí todos los miércoles, Archer?

Por un momento, pensó que no había oído su leve interrogante, pero entonces él levantó los hombros con un suspiro silencioso.

—Solía venir aquí con mi madre. De niño. —Sus ojos grises se volvieron hacia los de ella—. El arte le proporcionaba paz. —Siguió estudiando los retratos—. Y ahora me la proporciona a mí.

Guardaron silencio un instante, después él la cogió por el codo y se la llevó de la galería. Aunque, por sus maneras, parecía sereno, el brío de sus pasos contradecía su actitud. Una vez más, Miranda deseó poder verle el rostro y sintió un odio atroz por la máscara dura que llevaba. Archer era mucho más de lo que quería aparentar. Demonios, si Victoria había visto lo que había debajo, ¿por qué ella no?

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Yo diría que es obvio.

Ella lo miró inquieta y él hizo un pequeño gesto de aquiescencia.

—Como evidentemente te estás aburriendo sobremanera, debo procurar tenerte entretenida.

Miranda abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato al ver que una pareja muy elegante que pasaba junto a ellos apartaba la mirada de Archer.

Él la llevó por otro pasillo hasta donde se hallaban las colecciones zoológicas.

—No me has preguntado por qué te seguía —dijo ella cuando estuvieron solos de nuevo.

Se detuvieron junto a una vitrina llena de escarabajos.

—Si te lo preguntase, daría a entender que ignoro la respuesta. —La miró—. Es porque eres la criatura más terca, impetuosa y curiosa que he conocido.

A ella se le escapó una grosería y él frunció los labios. Ella le dio la espalda y estudió una pared en la que había pinchadas mariposas.

El suspiro de resignación de Archer rompió el silencio entre los dos.

—Muy bien, jugaré a tu juego. ¿Por qué me sigues? —Aunque fingía bromear, la irritación afilaba su voz.

—Por los asesinatos de los dos aristócratas —contestó ella sin pensarlo.

Antes de conocerlo, no había creído explosiva la quietud. La máscara negra se volvió hacia ella, los ojos que cubría la miraron fríos como el latón y su pecho grande se endureció como el mortero. A ella se le encogió el corazón de angustia.

¿Por qué habría iniciado aquella conversación? La curiosidad acabaría con ella.

—Piensas que he tenido algo que ver —le dijo él en un tono seco y horrible.

—¡No! —Asió con fuerza el mango de su parasol—. No. Pero todo el mundo ha hecho suposiciones por tu aspecto, y me irrita su lógica sesgada. La culpabilidad o la inocencia deberían establecerse con pruebas, no por rumores.

Archer le rozó el brazo con el suyo al pasar por su lado.

—Así pues, tu infinita curiosidad te insta a demostrar mi inocencia —le dijo él por encima del hombro—. ¿O es una prueba de culpabilidad lo que buscas?

Miranda apretó el paso para darle alcance.

—Quisiera creer que eres inocente.

—¿Por qué? ¿Por miedo a perder la tranquilidad de mis ingresos?

—Nuestros ingresos.

A él se le escapó un bufido.

—Entonces, mejor consigue que me cuelguen y te quedas con todo, querida.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó ella, golpeando el suelo con el parasol para mayor énfasis—. No puedo creer que fueras tú.

—¿Por qué?

—Tengo mis motivos.

Él se detuvo bruscamente y sus ojos la inmovilizaron por completo.

—¿Que son?

Ella le sostuvo la mirada.

—Eso tendría que preguntarte yo. ¿A qué se debe tanto secretismo, Archer?

¿O acaso te divierte inducirme a la locura?

Archer sacó la barbilla con cierto aire beligerante.

—No debería tener que darle explicaciones a mi esposa.

—Y yo no debería tener que pedírtelas. Pero ahí estamos.

Resonó la carcajada detrás de su máscara.

—En menudo quilombo nos hemos metido.

—¿Quilombo? ¿Un americanismo?

—Sí. Después de diez años allí, me he contagiado de su modo de hablar.

Miranda bajó la cabeza, procurando no sonreír. Volvieron una esquina y salieron a la luminosa escalera principal. Al alzar la vista, descubrió que la miraba.

—Te lo preguntaré una vez, Archer. Contestes lo que contestes, te creeré.

Él aminoró la marcha hasta detenerse y le preguntó:

—¿Por qué? —Su voz sonó fantasmal en medio de aquel silencio—. ¿Por qué me otorgas tu confianza aun sabiendo lo fácil que es traicionarla?

—Quizá si te la otorgo fácilmente te resulte más difícil traicionarla.

Archer hizo un ruidito de incredulidad.

—Mentir es muy fácil, Miranda Bella. Te lo aseguro.

—Gracioso. Pero no te creo capaz de eso. —Miranda se volvió para mirarlo

y, como consecuencia, por desgracia, quedó a escasos centímetros de su sólida figura. No podía apartarse sin llamar la atención, así que decidió continuar como si nada—. Ocultas muchas cosas, Archer, pero no mientes. Al menos, no cuando se te pregunta directamente.

Su pecho inmenso rozó el de ella cuando se inclinó hacia delante.

—Vas recogiendo piezas de mí, ¿no es cierto? —Su voz se volvió melosa como el caramelo caliente, y rodó por la piel de ella, caldeándola—. Una pieza aquí. Otra pieza allí. Pronto me pondrás en la mesa e intentarás montarme como un puzle.

Ignorando las mariposas que le revoloteaban en el estómago, se fingió serena.

—Solo tengo las esquinas. Pero es un comienzo.

Un cálido aliento acarició su cuello.

—Creo que también tienes la pieza central.

Antes de que Miranda pudiera replicar, Archer intervino de nuevo.

—No. No los he matado yo.

El alivio rebajó la tensión de sus hombros. No se atrevió a sonreír. Aún no.

—Si supieras quién lo ha hecho, ¿me lo dirías?

Esta vez Archer sí rió, de pronto y con ganas.

—No, si puedo evitarlo. —Miranda notaba cómo crecía la rabia en su interior cuando, de repente, él alargó la mano y le dio un suave tironcito a uno de los tirabuzones que le caían por el cuello—. Percibo en ti cierta propensión a las complicaciones que no tengo intención de fomentar.

Miranda se propuso olvidar los desagradables asesinatos. Quería disfrutar con Archer, si no por su propio bien, al menos por el de él. Y, sorprendentemente, lo pasaron bien ese día. El museo era enorme, inmensa su colección de maravillas.

Cuando empezó a hacerse tarde y casi todos los mecenas se fueron a sus casas, Archer le entregó al guardia una cantidad indecente de dinero para que les permitiera recorrer las plantas superiores sin interrupción. Miranda se alegró de ello. Después de pasar un día entero en público con su marido, era perfectamente consciente de cómo debía de ser su vida. El corazón se le llenó de ternura al caer en la cuenta del coste que un día así tenía para él.

Se detuvieron a estudiar las esculturas griegas de una de las galerías superiores y ella se volvió hacia él con la intención de mostrarle su gratitud.

—¿Por qué no me has abandonado? —irrumpió Archer, desbaratando del todo sus pensamientos.

—¿A qué te refieres? —Pero lo sabía. Se le secó dolorosamente la garganta. ¿Cómo iba a decírselo cuando ni ella misma no lo había reconocido aún?

Estaban solos en un pequeño rincón, de cara a un antiguo friso.

—Todos piensan que soy un asesino —dijo señalando a las escaleras por las que se perdía el sonido de los mecenas que abandonaban el museo.

Paseó un dedo por la balaustrada que tenía al lado y observó el movimiento.

—Una fascinación morbosa incita a la sociedad a tolerarme. Pero en tu caso... —Levantó la cabeza, sin atreverse aún a mirarla—. ¿Por qué no te has marchado? ¿Por qué me defiendes? No... no logro comprenderlo.

—¿No logras comprender que alguien salga en tu defensa cuando lo necesitas?

—No. Nunca.

Su serena convicción le dolió.

—Ya te he dicho, Archer, que no pienso condenarte solo por tu apariencia. Su quietud parecía afectar al aire que lo rodeaba, sosegar el mundo de los dos.

—Por el amor de Dios, Miranda. Ya oíste lo que dijo el inspector Lane.

Miranda, que estaba conteniendo la respiración, soltó el aire de un soplido, pero Archer prosiguió.

—Sir Percival dijo mi nombre instantes antes de ser asesinado. Una criada vio a alguien vestido como yo salir de la finca. Todas pruebas irrefutables. ¿Por qué no te marchaste entonces?

A Miranda el corazón le latía con fuerza en los oídos.

—¿Cómo has sabido que estaba ahí?

Él hizo un ruidito, quizá fuera una risa, y guardó silencio. Así que no pensaba responder hasta que respondiera ella. Muy bien. Lo haría.

—Fuiste tú. Aquella noche. Tú fuiste el hombre que me salvó en el callejón.

La quietud lo consumía, como si se hubiera congelado.

—Sí.

Ella soltó un leve suspiro.

—¿Por qué estabas tú allí?

La estudió en silencio, esperando cauteloso a ver qué derroteros tomaba.

—Para lo que tú supusiste hace ya tantos años: matar a tu padre.

Lo sabía, pero le sorprendió que lo reconociera.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te había hecho?

—Daño más que suficiente.

Miranda se mordió el labio por dentro para no maldecir su reticencia.

El silencio entre los dos se prolongó hasta que Archer habló, en voz baja y controlada, y algo estupefacto.

—Reconozco que quise matar a un hombre, a tu padre, y aun así ¿no me crees capaz de matar a otros?

Ella lo miró sin titubear.

—Capaz, sí. Pero no lo hiciste. Del mismo modo que no mataste a mi padre cuando tuviste la oportunidad.

Archer parpadeó. ¿Sorpresa? ¿O remordimiento? Esperó un instante interminable.

—Me has dado tu palabra, Archer, y te creo. —Fue una respuesta sincera. Pero no toda la verdad—. No huiré de ti.

La lana de su levita susurró al rozar el mármol cuando se volvió para mirarla cara a cara. Ella le devolvió la mirada, indefensa por un doloroso instante. El afecto inundó los ojos de él. Lo comprendió. Inspiró rápido y bajó la voz.

—No te imaginas el efecto que tienes en mí.

Aquellas palabras le produjeron una punzada en el vientre. Cerró los ojos y tragó saliva.

—Si con ese efecto te refieres a sentir que te hallas en aguas inexploradas y sin saber muy bien si vienes o vas... —le miró la camisa, y vio cómo se entrecortaba su respiración— me temo que tú tienes el mismo efecto en mí, milord.

Los rodeó una paz absoluta que realzó el suave murmullo de sus respiraciones. Lenta como un domingo, la mano de Archer se alzó, y Miranda notó que se acaloraba. Pero esa mano se desplazó a la máscara dura que llevaba en la cara. Se desprendió con un pequeño chasquido y un soplido de Archer. La luz iluminó sus rasgos, y Miranda se quedó petrificada.

—¿Se me ha vuelto el rostro azul? —inquirió él en voz baja al verla allí de

pie con la boca abierta como un besugo.

Su propia broma le hizo esbozar una sonrisa.

Los labios. Los miraba fijamente, atónita. Le veía los labios. Bajo la máscara de carnaval, llevaba otra especie de media máscara de seda. Se amoldaba a su rostro como una segunda piel y revelaba las líneas de una frente ancha, una nariz fuerte y una mandíbula prominente. La máscara le cubría casi todo el lado derecho, descendía por la mandíbula y le envolvía del todo el cuello. Pero el lado izquierdo... La punta de la nariz, la mejilla izquierda, la mandíbula, la barbilla y los labios quedaban completamente al descubierto.

La conmoción de ver el rostro de Archer cubierto de una piel tan humana dejó a Miranda casi inconsciente. Su tez era aceitunada, lo que revelaba cierto origen mediterráneo en sus ancestros. Cómo podía estar bronceado era un misterio para ella. Debía de haberse afeitado antes de salir, porque tenía el cutis muy terso. Acicalarse para un mundo que jamás lo vería. Una lástima.

Una pequeña hendidura la partía la barbilla cuadrada. Pero sus labios captaron la atención de Miranda una vez más. Firmemente esculpidos; un robusto labio inferior que casi rogaba que lo mordieran. El superior era más ancho y se curvaba suavemente como en un gesto de perpetuo buen humor. Labios romanos. No había caído...

—Como no cierres la boca, se te va a llenar de moscas.

Contemplaba fascinada cómo se movían los labios, asombrada de oír de ellos aquella voz sensual que ya conocía bien. Esbozó una sonrisa.

—¿Vas a pasarte el día mirándome? ¿Quieres que me haga un autorretrato para que puedas contemplarlo?

Ella lo miró a los ojos, de párpados grandes y hundidos, aunque cubiertos de alguna clase de cosmético negro, kohl, quizá. Alrededor de ellos, no se veía un ápice del verdadero color de su piel. Aun así, había bondad en esa profunda mirada gris, atractiva y misteriosa.

—Sí —dijo ella.

Archer torció la mandíbula.

—¿Sí vas a seguir mirándome? ¿O sí quieres un retrato?

Aunque bromeaba, estaba completamente inmóvil, como si ella mordiera.

—Sí, voy a seguir mirándote —contestó ella sucintamente.

—¿Por qué estás tan enfadada? Dijiste que no te gustaban mis otras máscaras. Te ofrezco una vista diferente.

—Ibas por ahí con esas horribles máscaras, llenándome la cabeza de toda clase de espantosas visiones cuando... cuando todo este tiempo podías haber llevado esto. —Agitó la mano nerviosa delante de su cara.

Él apretó los labios, pero no pudo unirlos completamente.

—¿Qué te hace pensar que no se oculta un horror tras esta otra máscara?

—No es el horror —replicó ella—, sino el subterfugio. —Las cejas de Archer se enarcaron bajo la media—. Esas máscaras de carnaval no deben de ser cómodas en absoluto. ¡Demonios, ni siquiera puedes comer o beber cuando las llevas!

Archer se cruzó de brazos y miró a otro lado.

—¿Por qué, Archer? ¿Por qué te cierras al mundo?

Por un instante, pensó que no le contestaría.

—No quiero compasión. —Contempló furioso la grave faz del centauro griego que tenían delante—. Prefiero que me teman.

Su voz era la de un fantasma, atormentado y solo.

Miranda apretó los puños para evitar tocarlo. Pero lo entendía. En el fondo, también ella prefería que el mundo viera su belleza y pasara por alto su pena. Le había dolido que él le dijera que presentaba una falsa fachada, porque era verdad.

—¿Y yo, Archer? —le susurró—. ¿También prefieres que yo te tema?

—¡No! —Se interrumpió, de pronto agarrotado—. Prefiero que imagines todo tipo de horrores a que contemples mi rostro creyendo que existe la posibilidad de que un hombre normal se oculte detrás de él.

Miranda se sonrojó intensamente. Era justo lo que había empezado a imaginar.

La luz de la titilante lámpara de gas acarició la afilada mandíbula de Archer, sus mejillas angulosas, cuando alzó la barbilla.

—Porque no la hay. No soy tan retorcido como para llevar esto si estuviera entero e ileso.

Miró la escalera como si nada deseara más que salir corriendo.

—Quizá deberíamos irnos. Se está haciendo tarde.

Se disponía a colocarse la máscara de nuevo, pero ella lo agarró del brazo.

—No —le dijo con ternura.

Los músculos de su mano se volvieron duros como el granito, pero él no se apartó. Se alzaba imponente sobre ella, sus rasgos recién desvelados inescrutables, más aún porque ella todavía no conocía sus sutilezas. Sin el cálido rumor de su voz, por un instante, casi le pareció un extraño, salvo por su aroma y el contorno familiar de su figura.

—Me sobresaltaste, Archer. No tenía derecho a criticarte con tanta ferocidad. —Le acarició distraídamente el tejido de la chaqueta con el pulgar. Lo inmovilizó—. Gracias. Es un regalo que me has hecho, y que me ha enriquecido.

Sonrojada e incapaz de mirarlo a los ojos un instante más, lo soltó. Su silencio le resultaba casi insoportable, pero no podía huir de él. Le había prometido quedarse. Se agarró a la fría balaustrada y confió en que la sostuviera.

Con un suspiro, Archer se liberó de la tensión que lo tenía agarrotado y, bajando la mano, la posó junto a la de ella.

—Te he sentido —le susurró él—. Así es como lo he sabido.

Ella levantó la cabeza, y el mundo pareció reducirse de pronto a ellos dos.

—Te siento —dijo—, ya sea cuando me sigues por las calles de Londres o cuando te escondes detrás de un biombo en mi biblioteca. —Aquellas palabras, tiernas como pan recién hecho, le abofetearon la piel, temblaron en su interior.

Miranda abrió la mano con que se asía a la balaustrada, sus dedos lo buscaron. Las yemas de los dedos de ambos se tocaron y la caricia chisporroteó entre ellos dos como una corriente eléctrica.

Archer acarició con un dedo los de ella.

—Te siento. Como si estuvieras conectada a mí por un dedo invisible. —Se llevó la mano al pecho—. Te siento aquí. En el corazón.

A Miranda, el alborotado fluir de su sangre le impedía pensar. Tragó saliva con dificultad.

—Yo también te siento.

Él tomó una súbita bocanada de aire.

Miranda se acercó, se acercó al calor de su cuerpo, al lugar donde sus sentidos revivían, a él. Se llevó una mano temblorosa al pecho.

—Te siento aquí —le dijo, tanto una confesión como la razón por la que no podía dejarlo.

Los sensuales labios de él esbozaron una sonrisa. Sus piernas se internaron entre los pliegues de las faldas de Miranda, y de pronto se encontraron a un palmo de distancia. Ella notó que a Archer se le tensaban las piernas, prueba de su resolución.

Lo vio venir; vio cómo sus anchas espaldas tapaban la luz de las ventanas que tenía detrás. La parte visible de sus pechos asomaba por el canesú y se ocultaba con rapidez. Él la acarició delicadamente, paseando los dedos por la curva superior de su pecho izquierdo, y ella jadeó.

—¿Aquí? —preguntó Archer con voz pastosa.

Una sonrisa trémula asomó a los labios de Miranda al tiempo que la invadía una súbita e ingrátida emoción que hizo que le diera vueltas la cabeza.

—Ahí.

El suave cuero se abrió paso hasta su cuello. Archer observó sus propios dedos con la boca apretada, la mirada casi furiosa. Después, como en respuesta a un desafío, bajó la cabeza. A Miranda se le entrecortó la respiración, se le quedó atrapada en el corsé. Incapaz de soportarlo, cerró los ojos.

Unos labios tiernos se arrimaron a su pecho, apenas un roce que le envió una descarga de sensaciones directa al corazón.

—Archer.

—Miri. —Su aliento humedecía la frágil piel de Miranda—. *Sono consumato.*

Despacio, ay, muy despacio, los labios de Archer siguieron la senda trazada por sus dedos. Ascendieron, ascendieron por la curva de su pecho hasta la

hendidura de encima de la clavícula. Sin llegar a tocarla, solo rozando la superficie. Un aliento cálido fluía y refluía en oleadas por la piel de Miranda mientras Archer la exploraba con deliberada languidez.

—Me hallo consumido —le susurró él al oído, y ella se estremeció—. Por ti.

Aquellos labios tiernos le rozaron la mandíbula en un paseo angustiosamente lento hacia su boca anhelante. Apretó con fuerza los ojos. No podía soportarlo. El calor que sentía era febril. Ni un ápice de él la tocaba, salvo su boca. Pero, ay, esa boca. Un universo de nervios ocupaba ese pequeño rincón de su boca. Una sola caricia bastaba para dejarla aturdida.

Archer estaba quieto, temblando como ella. Sus pechos rozaban el de él al esforzarse por mantener el equilibrio. Un deseo líquido corría por sus venas como fuego griego. Ella quería moverse, hacer algo irreflexivo, estampar sus labios en los de él y tomarlos sin más, apretarse contra su cuerpo y aliviar el anhelo que le ardía entre las piernas. No hizo ninguna de esas cosas; se limitó a agarrarse la falda como si fuera un salvavidas mientras él deslizaba su boca abierta sobre la de ella.

El aliento de Archer lo abandonó en un apenado soplo que se coló en ella. Entró, salió, entró. No la besaba aún, pero sus labios acariciaban los de ella como si supiera, igual que Miranda, lo que ocurriría si sus bocas se fundían de verdad. Quería más. Quería probarlo. Sus extremidades temblaron cuando sacó la lengua un poquito y la deslizó entre los labios abiertos. Como si le leyera el pensamiento, él hizo lo mismo. Sus lenguas se tocaron.

Rompió en ella un grito ahogado y la sedosa punta húmeda de la lengua de él le lanzó un dardo de fuego al núcleo de su ser. Él emitió un sonido próximo al dolor. Por un instante, sus lenguas se retiraron. Y hubo más.

Ella volvió a sacar la lengua, para humedecerse un poco los labios. Y se topó de nuevo con la de él. El sonido de la respiración de los dos le inundó los oídos mientras sus lenguas se acariciaban, se retraían y volvían a encontrarse, aprendiéndose. Cada toqucito, cada roce húmedo de la lengua de él era como una caricia en el núcleo mismo de su sexo, hasta que empezó a latirle, a arderle tanto que temió que pudiera estallar en llamas.

Sus labios no llegaron a fundirse, solo jugaron con la posibilidad de hacerlo. No fue un beso, sino algo infinitamente peor: una tortura. Y por Dios que quería más.

Su respiración se convirtió en jadeos. Los puños de Miranda asieron las faldas de su vestido casi con violencia. La lengua de Archer se deslizó más adentro, cruzando el umbral de sus labios, invadiendo su boca por un ardiente momento. Miranda gimió; las piernas le flojearon. La mano grande de él la cogió por la nuca, con fuerza, con impaciencia. Ahora la besaría, sí, la tomaría. Ahora. El cuerpo de ella ansiaba esa dulce liberación.

Archer apartó bruscamente su boca aun mientras su brazo apretaba a

Miranda con fuerza contra su pecho sólido. El corazón se le subió a la garganta, los sentidos alborotados y confusos, hasta que oyó el extraño estrépito de algo que golpeó la pared a su espalda. Se quedó petrificada, jadeando suavemente, con la nariz enterrada en los pliegues negros de la chaqueta de él durante lo que le pareció una eternidad aunque fue a lo sumo un instante en el tiempo.

Archer maldijo con violencia y después se movió, y la dejó allí, tambaleándose. Miranda se irguió enseguida y lo encontró mirando furioso alrededor, su figura tiesa como un resorte. Pero el largo pasillo que había a sus espaldas estaba vacío. Despacio, Archer devolvió su atención a la pared que tenían delante. La empuñadura plateada de una daga completamente enterrada en el yeso aún vibraba por el impacto.

A Archer se le entrecortó visiblemente la respiración, frunció los ojos. La fuerza del lanzamiento era incuestionable. De no haber actuado tan rápidamente, la condenada daga se le habría clavado en la espalda a Miranda.

—¿Qué demonios...? —susurró ella furiosa; la incredulidad y el puro terror hicieron que su voz temblara y el corazón se le desbocara.

Una risa histérica resonó en el pasillo desierto de detrás, y Miranda se asustó. La voz no era ni femenina ni masculina, solo perversa. Se oyeron pasos al otro lado de la galería, cerca del fondo del pasillo, donde moraban las sombras.

—Quédate aquí —le dijo Archer apretándole el hombro.

Salió corriendo. Agarrando el parasol con una mano y cogiéndose las faldas con la otra, ella lo siguió. El largo pasillo viraba a la derecha y conducía a una sala mayor y a las escaleras que llevaban a las exposiciones inferiores y al patio principal. Allí estaba el diablo, al final de la escalera de mármol. Alzó la cabeza y el corazón le dio un brinco a Miranda. De no ser porque era más pequeño, uno podría haber pensado que se trataba del gemelo de Archer. El villano llevaba un traje negro y una máscara de carnaval a juego que le cubría el rostro entero.

—Maldita sea —dijo Archer.

El individuo hizo una reverencia burlona y dio media vuelta para descender a toda velocidad las escaleras. Dirigiéndose aprisa hacia la elevada balaustrada, halló el hueco de la escalera vacío; el villano se había esfumado como por arte de magia.

—Maldita sea, maldita sea. —La mano de Archer asió la muñeca de Miranda—. Quédate aquí. Volveré a por ti. —Su tono no admitía discusión, pero su tacto era suave—. No te muevas.

No tuvo tiempo de protestar antes de que él se agarrara a la barandilla y saltara por encima de ella, directo al hueco de la escalera.

—¡Archer!

Miranda se asomó por la barandilla a tiempo para verlo aterrizar con pie firme, como un gato, tres pisos más abajo y, a continuación, salir corriendo.

—Dios todopoderoso —exclamó ella en voz baja.

Sus tacones trapalearon, resonando en las paredes de mármol cuando empezó a bajar a toda prisa las escaleras, subiéndose las faldas más de lo que permitía el decoro. El único rastro que quedaba era el de los transeúntes indignados que miraban furiosos en la dirección que había tomado Archer al pasar como una bala por su lado.

Fuera, la luz oscura del atardecer teñía las calles de suave púrpura y negro. Miranda se detuvo para tomar aire y exploró a la multitud. Un cabriolé hizo un viraje muy brusco y el cochero le gritó a alguien ¡que mirara por dónde diantres iba! Sin duda, se había topado con Archer. Miranda bajó corriendo los escalones del pórtico y se abrió paso entre vendedores ambulantes y coches de alquiler. Pero Archer desapareció entre el gentío.

El coletazo de un faldón negro divisado por el rabillo del ojo la llevó a girar por una callejuela que serpenteaba más que una grieta en granito viejo.

Los duros adoquines le magullaban las plantas de los pies; los tacones de sus botas resonaban con fuerza a cada paso. Se salpicó de barro y mugre las espinillas y el olor a alcantarilla le inundó las fosas nasales. El canesú del vestido le apretaba tanto que le impedía respirar y le producía una fuerte punzada en el costado. Más allá de la siguiente esquina, oyó gruñidos y golpes de lucha. Volvió la esquina, resbalando con las botas en el pavimento mojado.

Archer y el villano vestido de negro intercambiaban golpes con tal rapidez que, por un momento, le pareció una visión. Tenía que serlo, porque sus movimientos eran un borrón. Los dos, cubiertos de negro de pies a cabeza, bailaban su extraña danza, acercándose y alejándose, disparando los puños, proyectando patadas. Aunque el atacante era más pequeño que Archer, poseía la fuerza y la velocidad de una pantera.

Una de sus delgadas piernas se alzó con fuerza entre las de Archer. Este gimió de dolor, pero bajó los hombros y estrelló a su enemigo en el muro de ladrillo que tenía a su espalda. Un rugido rasgó los labios del villano. Con el frío timbre del acero, se sacó del cinto un puñal curvado.

El filo perverso de la daga produjo un destello plateado a la luz del atardecer antes de dirigirse al cuello de Archer. Este retrocedió de un salto y la hoja le desgarró de forma audible el costado de la chaqueta. Gruñó y esquivó el

siguiente ataque sin apenas esfuerzo.

El villano lo atacaba una y otra vez, repartiendo estocadas a diestro y siniestro, furioso, y Archer evitaba la hoja por muy poco cada vez. Moviéndose a una velocidad que lo convertía en una mancha indescifrable, agarró al villano por el brazo y bajó el puño de su atacante al vientre de este.

El oscuro diablo se tambaleó, pero luego dio un giro y lanzó la pierna en una patada circular lateral. Cuando el talón le alcanzó la cabeza a Archer, esta se le fue hacia atrás con un terrible chasquido.

—¡Archer! —bramó Miranda al verlo caer.

El villano echó el brazo hacia atrás, dispuesto a clavarle la daga en el pecho al indefenso Archer. Miranda se oyó gritar mientras atacaba, levantando el parasol y abriéndoselo en la cara al enmascarado. La hoja larga de la daga atravesó la seda fina de color bronce y topó, con fuerte estrépito metálico, en el armazón de acero. Ella cerró de golpe el parasol y lo tiró, junto con la daga clavada en él. Brillaron los ojos del enmascarado y a Miranda le dio un vuelco el corazón, pero, cuando aquel quiso asestarle un puñetazo en la cara, ya estaba preparada, y se tiró al suelo, en el preciso instante en que Archer, maldiciendo, le daba al villano una patada en la espinilla.

El individuo se precipitó hacia un lado y aterrizó con un fuerte resoplido, dándose un buen porrazo en la cabeza con el adoquinado de la calzada.

Archer se levantó de un salto, listo para atacar. En un segundo, el tipo se había puesto de pie y corría por la calle al abrigo de las sombras. Miranda esperaba que Archer lo persiguiera, pero se inclinó y la ayudó con cuidado a levantarse.

El golpeteo de unos pasos que se alejaban a toda prisa resonó en la oscuridad; después, se hizo el silencio en la noche y solo los remolinos de niebla color barro formados sobre los adoquines dieron fe de lo que había sucedido allí.

Archer le soltó el brazo a Miranda y retrocedió un paso. Aún llevaba la máscara de seda negra en la cabeza, pero había perdido el guante de la mano izquierda en el intercambio. La visión de aquella carne tan humana y sin cicatrices la embobó; se había desprendido otro pedazo de su concha. Ella se quedó mirando los dedos de puntas romas, las uñas ovaladas por la base y las suaves venas que recorrían el dorso de su mano desnuda. Un vello negro y fino le nacía a la altura de los huesos de la muñeca y desaparecía por debajo de los puños blanquísimos de su camisa. Era la mano izquierda, recordó de pronto irritada. Archer le había dicho que solo tenía afectado el lado derecho.

Sus meditaciones se interrumpieron cuando cayó en la cuenta de que Archer no había dicho una palabra y la miraba fijamente con los ojos fruncidos. La constancia de que no tardaría en ser blanco de la ira de Archer hizo que le temblaran las piernas, así que fingió que se examinaba el vestido. Un leve gemido de genuina autocompasión escapó de sus labios cuando comprobó los daños.

Gruesas bandas de mugre resbaladiza y agua negra le cubrían todo el lado derecho del vestido de satén amarillo pálido, sin duda irrecuperable. Soltó la cola maldiciendo por lo bajo y se volvió a mirar a su esposo mudo.

Respiraba despacio, con los manos en sus finas caderas, y se entreveía en su rostro medio enmascarado una expresión indescifrable.

— ¿Te has hecho daño?

— Me dolerá durante semanas el que le he hecho a este vestido — bromeó, aunque el recelo le tenía encogido el corazón—. En todo caso, yo estoy ilesa.

La broma no logró arrancarle una sonrisa; siguió mirándola fijamente, la marcada línea de su mandíbula dura como el granito. Una gota de sangre carmesí se formó en la comisura de su boca y le rodó por la mandíbula. Esa boca que ella había estado a punto de besar.

— Estás sangrando — observó, inexplicablemente nerviosa.

Una energía vibrante radiaba de la colosal figura de Archer, pero estaba tan rígido que temió que pudiera romperse por dentro.

Despreocupado, se limpió la sangre con la manga.

— Te he dicho que me esperaras — le dijo con engañosa calma.

Con mano temblorosa, ella se estiró las faldas de satén arrugadas.

— Sí.

— No lo has hecho.

— No.

Archer se cruzó de brazos y la miró fijamente.

— ¿No... no estás enfadado?

— Furibundo — contestó él como si nada.

La recorrió con sus ojos color plata y apretó los labios hasta que se le contrajo el músculo de la mandíbula. Sí, lo estaba, pese a las apariencias.

— Pe... pero no me estás gritando.

Archer esbozó una sonrisa. Él, mejor que nadie, conocía la reacción habitual a su furia.

— Extraño.

Crispada, se retiró y se quitó los guantes para mirarse los nudillos magullados. Archer la observó sin moverse, lo que solo sirvió para desquiciarla aún más. Condenado hombre.

— Te empeñas en seguirme — dijo él con una brusquedad que la sobresaltó—. En entrar en lugares a los que solo se aventuraría un hombre bien armado o una persona de dudosa reputación. En ponerte en situaciones con las que ni siquiera el mejor de los luchadores se atrevería...

— Si me lo permites, no he sido yo precisamente la que se ha puesto en esa situación — contraatacó Miranda.

Él frunció los ojos.

—De lo que deduzco —dijo en tono más áspero— que o eres una estúpida de tomo y lomo o... —alzó la voz ante el aspaviento de ella— tienes motivos para creerte por encima de cualquier peligro que pueda acecharte.

Una falsa sonrisa se dibujó en los labios de Archer.

—Por las conversaciones que hemos tenido, dudo mucho que seas estúpida, así que debo concluir lo último.

Ella apretó los puños.

—¡Oh, menudo engreído! Sabes que lo más lógico sería llamarme estúpida... —Se puso colorada como un tomate y cerró la boca de golpe.

Archer enarcó las cejas.

—¿Te estás llamando estúpida?

—¡No, claro que no! —Dio una patada en el suelo—. ¡El estúpido eres tú!

Él rió con ganas, echando hacia atrás la cabeza. La risa resonó en la callejuela y llegó a los oídos de Miranda desde todos los ángulos.

Apretó los puños con fuerza.

—¡Eres intolerable!

—¿Porque no te grito? —le preguntó entre carcajadas.

Miranda se cruzó de brazos y miró a otro lado. Prefería ignorar a aquel bruto. Ay, ¿por qué habría reconocido que él la conmovía? Un gruñido de irritación escapó de sus labios. Muy a su pesar, lo miró y su mente traidora eligió aquel preciso instante para traerle el recuerdo de la lengua de él deslizándose por la suya, del cálido beso de su aliento en su piel.

Archer parpadeó en respuesta y su gesto se ablandó, como si también lo recordara. Guardó silencio un momento.

—Entiendo...

La suavidad de su voz presentaba un matiz que a ella no le gustó del todo, como si le enviara señales de alarma. Él se acercó un poco. Una extraña sonrisa torcida asomó a sus labios.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Miranda.

—Archer...

—No he satisfecho tu concepto femenino de cómo debe conducirse un esposo. —Dio un paso más—. Quieres que te castigue...

—No... —Las faldas de su vestido rozaron la pared de ladrillo del callejón. Atrapada.

Archer negó con la cabeza, pensativo.

—Yo creo que sí.

Le vio las intenciones en la mirada un instante antes de que sus manos fuertes la obligaran a volverse y su mejilla quedara aplastada contra el muro helado.

—¿Es esto lo que quieres? —Archer pegó su pecho a la espalda de ella,

aplastándole los suyos contra el muro.

Un frío gélido le caló la piel y, recorrida por una especie de presentimiento, notó que los pezones se le endurecían.

—¿Mmm? —Su muslo largo y fuerte se abrió paso entre los de ella, ahondando indecoroso más allá de las gruesas capas de crinolina y volantes de satén.

—Déjame —dijo ella entre dientes. Por nada del mundo iba a luchar con él.

La risa sacudió el pecho de Archer y, por extensión, la espalda de Miranda. Para su horror, notó que el ardor le recorría el vientre y se instalaba entre sus piernas. Cerró los ojos y maldijo por lo bajo.

—Eso ya lo he intentado —le jadeó al oído—. No te ha gustado.

Miranda abrió de pronto los ojos al notar que el aire frío de la noche le azotaba las pantorrillas.

—¡Basta, Archer!

Pero él siguió levantándole las faldas. Adiós a las caricias suaves y cautas, reemplazadas por la fría autoridad de un hombre convencido de que sus avances no eran del todo mal recibidos. El muy desgraciado.

—No finjas que no sabes lo que les pasa a las damas que se aventuran a entrar solas en callejuelas.

Miranda se revolvió en serio entonces, pero no sirvió de nada. Archer era demasiado grande y la tenía acorralada con todo el peso de su cuerpo. Tanto era así que bien podía haber sido una mariposa pinchada en el tablón de un lepidopterólogo.

—Dime entonces, lady Archer... —Una mano grande y asombrosamente caliente le asió el trasero. Ella chilló horrorizada—. ¿Qué extraordinaria magia va a salvarte ahora?

La otra mano se unió a su compañera: una de ellas enfundada en suave cuero, la otra escandalosamente desnuda. Aun a través de la ropa interior, notaba la diferencia. Se encendió de humillación mientras Archer le agarraba las nalgas con ambas manos y se las movía en círculos, lentos y desvergonzados. Su lucha personal por combatir el fuego que crecía en su interior duplicaba la humillación.

—No me pongas a prueba —dijo ella entre dientes e intentó zafarse de nuevo. Solo consiguió pegar su trasero aún más a la pelvis de él.

Archer gimió y empujó más fuerte.

—Muéstramelas, lady Archer. —Unos labios tiernos como la mantequilla acariciaron su cuello; su aliento era una cálida caricia—. Muéstrame tus defensas. No puedo esperar eternamente.

Sus manos pasaron del trasero a las caderas, amenazando con deslizarse hacia delante. Un leve escalofrío recorrió el cuerpo de Archer y lo inmovilizó.

—Hazlo ya o no habrá vuelta atrás.

Lo notó cada vez más tenso, pasmado de cómo la tocaba, y preso, en el fondo, del leve temblor del deseo. Cerró los ojos, con la mejilla pegada al frío muro, las yemas de los dedos resbalando en la deteriorada argamasa. Por Dios.

El horrible fuego que le ardía entre las piernas se volvió pulsátil y el frío muro se convirtió en un refugio para el ardor de su piel mientras los músculos de su vientre se contraían. Al notar la tensión, Archer la estrechó más aún contra su cuerpo. Con un suspiro, acarició la curva de sus caderas, un delicado cosquilleo que le erizó el vello de las extremidades. Archer tragó saliva ruidosamente y el soplo de su aliento le agitó algunos mechones de pelo. Los dedos, posados en sus caderas, temblaron como si presintieran la proximidad de su objetivo y la respiración de Miranda se entrecortó. Se tensaron los dos al borde del precipicio. Miranda se humedeció los labios. Habría bastado con que dijera algo. Que le pidiera que parase. Lo sabía ella. Lo sabía él. Solo una palabra.

El silencio se volvió manso y lánguido. Los pechos le pesaban, doloridos por la presión contra el muro frío; los pezones, duros y puntiagudos, le rozaban el canesú con cada respiración entrecortada. El calor inundaba sus mejillas a medida que brotaba el deseo en su interior y la llevaba a ese lugar oscuro de su mente donde solo moraba el deseo. Habría bastado una palabra para que la dejara marchar. Cerró los ojos con fuerza, se mordió el labio e hizo un movimiento. Un pequeño empujón del trasero para pedirle que actuara.

Archer soltó un sonoro resoplido. El rubor de la vergüenza era tan intenso que a Miranda le dolían las mejillas. El cuerpo de Archer se tensó aún más, los latidos de su corazón se convirtieron en un ritmo tangible en la espalda de ella. Y luego la mano de él, temblando de miedo o quizá de emoción, empezó a desplazarse despacio. Descendieron como plumas las yemas de sus dedos, dejando a su paso una estela de fuego, hasta la ranura de su ropa interior.

Miranda se clavó los dientes en el labio. El corsé que llevaba era como unas manos de hierro que no le dejaban respirar. Los dedos de él se deslizaban, suaves como un beso, por sus pliegues, y los dos soltaron un jadeo angustiado. El pecho de Archer se infló contra el cuerpo de ella, su respiración dificultosa como si hubiera corrido kilómetros.

—Abre —le dijo al oído con voz ronca y sensual.

Ella tragó saliva con fuerza. Un paso. Le flojearon las rodillas y se agarró al muro, con los ojos aún cerrados y apretados.

La respiración de Archer se volvió entrecortada. La yema roma de su dedo tocó la carne de ella, y Miranda creyó que se mareaba. Se aferró al muro mientras ese dedo se deslizaba hacia delante y hacia atrás, tan despacio que pensó que iba a gritar.

—Estás húmeda. —El asombro y el deseo oscurecieron su voz hasta convertirla en algo casi irreconocible. Un extraño sin rostro tocándola en plena

noche—. Húmeda por mí.

Un grito ahogado rompió de los labios de ella. No podía hacer otra cosa.

Archer se adentró un poco más, acariciándola, aprendiéndola. Ella aplastó sus pechos doloridos todavía más contra el muro; los dedos se le entumecieron de asirse con fuerza a él. Sin pensarlo, movió las caderas, meciéndolas al ritmo de sus caricias. El acto prohibido renovó el ardor de su piel.

Archer tembló. Sus labios se posaron en la piel desnuda de encima del canesú. Sacó la lengua como una serpiente, la saboreó.

—¿Más rápido?

Miranda jadeó, trató de encontrar las palabras.

—Sí.

Las suaves caricias de él se deslizaron por su humedad, tentadoras. Ella apretó los dientes y volvió a empujar las caderas contra el cuerpo de él. Su miembro duro pesaba en la espalda de Miranda. Con la mano libre, la agarraba por las caderas, se las inmovilizaba.

—¿Más fuerte? —le gruñó en la piel antes de comenzar a libar de ella.

Hirvió de placer por dentro. De sus labios escapó un grito. Frenética, se meció contra su cuerpo, temblando a pesar de la incandescencia que la envolvía. Cruel, él la estrechó aún más contra su cuerpo, impidiéndole moverse mientras la acariciaba, más rápido, más fuerte. El cuerpo de Miranda se tensó como un arco y luego estalló, se deshizo en grititos angustiados.

Él le hincó los dientes en el cuello. La sostuvo ahí mientras el mundo se hacía pedazos y después se recomponía despacio.

Ella recobró su ser con un escalofrío y Archer retiró la mano y le asió la cadera con delicadeza. Los labios de él acariciaron su cuerpo magullado una vez, como para calmarla. Guardaron silencio un instante, los dos temblando, sus pechos alzándose y descendiendo al unísono, luego ella notó que de pronto él era consciente de lo sucedido. Archer inspiró hondo y retrocedió, dejando caer las faldas de su vestido.

Miranda se encorvó sobre la pared. No podía mirarlo. Aún no. El fantasma de sus gemidos todavía flotaba en el aire, entre los dos. El cuerpo aún le latía de lo que habían hecho. De lo que él le había hecho. Las mejillas se le encendieron de nuevo.

Notó que la observaba. ¿Se arrepentía? El silencio de Archer era como una fría presencia a su espalda.

—Adelante —le susurró él. Se oyó un hondo suspiro en la oscuridad y su voz cobró fuerza—. Te he hecho un agravio. Fúndeme como queso en una tostada.

Ella se quedó completamente fría. Como queso en una tostada. Solo había usado esa amenaza una vez en su vida. En un instante, se volvió de golpe.

—¿Te burlas de mí? —le susurró furiosa a la figura de él en retirada.

Archer se enderezó la corbata con fingida indiferencia; Miranda vio que le temblaba la mano.

—Nunca. —Se miró la mano desnuda como si no acabara de reconocerla. Miranda apartó la vista de aquellos dedos largos y bien adiestrados. El verlos la dejó tan perpleja como a él—. He albergado la idea de poseerte contra la pared desde que nos conocimos —añadió él sin levantar la mirada.

—Ah. Yo... Ah. Entonces... —Decir algo más, sería exponerse demasiado. Se volvió hacia la oscura caverna del callejón. Se le puso la piel de gallina al recordar los destellos de los cuchillos y a Archer cayendo—. Ese individuo. Casi parecía que lo conocieras de antes. ¿Sabías quién era?

—He pensado que debía de ser el asesino al que buscamos.

Miranda abrió la boca para replicar, pero se detuvo al ver el sudor en la frente de él. A la luz de la luna, la piel de Archer era de blanco marmóreo. Por un instante, casi le pareció enfermo. Al ver que lo miraba, él dio la vuelta de pronto y bajó la calle a grandes zancadas, obligándola a seguirlo al trote.

—¿Adónde vas?

—A casa.

Un coche de alquiler que pasaba traqueteando por delante se detuvo a la orden de Archer. Este caminó entre la niebla ensortijada que el cochero había revuelto y, abriendo la portezuela del vehículo, la metió dentro como si fuera un saco de patatas. Miranda aterrizó con un golpe seco en el asiento de cuero mientras Archer introducía en el vehículo su figura corpulenta. En cuanto se hubo sentado, el coche arrancó. Miranda tenía los muslos húmedos, la carne tierna. El recuerdo de lo que habían hecho titilaba sobre ella como una llama. Debía echarle encima un jarro de agua fría, remojarlo de razón. «No lo mires. Habla de otra cosa.»

Archer la miró y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Supongo que no vas a decirme cómo pensabas merendarte a los tipos que te atacaron esa noche.

Ella se sumergió en las sombras, lejos de su penetrante mirada. La tenue luz de la lámpara sobre sus cabezas se mecía como un péndulo iluminando y ensombreciendo alternativamente la oscura figura de Archer mientras el cochero recorría a toda velocidad Great Russell Street en dirección a Piccadilly.

—Tal vez cuando tú me digas qué había hecho mi padre para merecer tu ira esa noche.

Muerta de frío y destemplada, cruzó los brazos para calentarse. Se habían dejado las capas en el museo.

—¿Qué importancia tiene? —Él iba a quitarse la chaqueta del traje, pero se detuvo con una marcada mueca de dolor.

—Claro que la tiene. Yo... —El vehículo pasó por debajo de una farola y Miranda vio el brillo oscuro de la sangre que le oscurecía el chaleco de brocado

plateado—. ¡Estás herido!

Se acercó, y él se apartó todo lo que pudo de ella, que no era mucho, teniendo en cuenta el tamaño del coche y el de él.

—No es nada. —Pese a sus protestas, se quitó la corbata del cuello y la utilizó para apretarse con fuerza el costado.

—Cielo santo, sangras como un gato despellejado.

—De verdad, Miranda, a veces tienes una forma de hablar de lo más colorista.

Una sonrisa asomó a los labios de Archer. Pelearse con ella, por lo visto, le devolvía el buen humor. O quizá así le resultaba más fácil restar importancia a lo que habían hecho, se dijo ella con un rubor. Pero cuando Miranda intentó tocarlo, él le apartó la mano de un palmetazo.

Ella se escondió bajo las faldas la mano culpable.

—Esto no es justo. Tú me puedes salvar la vida, asaltarme en un callejón...

—¿Asalto, lo llamas?

—¡Mírate! Me sorprende que aún puedas sentarte erguido.

—Qué extraño. Debo de tener un concepto errado del término «asalto».

—No eres de hierro, ¿sabes? Deberías haberme alertado de tu herida de inmediato. ¡Podrías haber muerto desangrado! ¿En qué estabas pensando?

Él torció la boca.

—Voy a dar por supuesto que se trata de una pregunta retórica.

A Miranda se le encendieron las mejillas.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos —prosiguió ella antes de que él pudiera contraatacar con nuevas ocurrencias—, ¿no puedo curarte la herida? Archer enmudeció.

—No te preocupes: la tienes en el lado bueno —se mofó—. No veré nada.

Sus ojos color plata, fruncidos de furia, la miraron irritados.

—No puedes «curarme la herida» en el coche.

Ella le devolvió una mirada idéntica a la suya.

—Estupendo. Entonces te la curaré en casa.

Archer apretó los dientes y tensó la mandíbula, y ella se recostó en el asiento fingiéndose satisfecha cuando en realidad lo que deseaba era asestarle un buen golpe en aquella cabeza tan dura. Viajaron en silencio un rato, viendo pasar en una bruma difusa las luces de Londres.

Aun habiéndose propuesto no reincidir en aquellos pensamientos, Miranda se descubrió mirándole la mano desnuda que yacía flácida en el muslo de Archer y cuya piel pasaba de oro a plata a la luz bamboleante de la lámpara. La había tocado con aquellos dedos largos, la había hecho deshacerse por dentro y por fuera. Un escalofrío le recorrió los muslos. Le había hecho unas cosas tan íntimas. Más bien le había tocado una parte muy íntima de su cuerpo. Lo cierto era que, con

lo poco de sí mismo que le daba, podría haber sido cualquiera. Pero no era ningún extraño. Era Archer, su ángel vengador. Siempre.

Una sensación cálida le llenó el pecho. Alzó la vista para mirarlo a los ojos. Por desgracia, su mirada se quedó en su boca. Una boca tentadora, firme y bien formada. ¿Sería tierna? Con un beso lo sabría. Un beso. Eso era verdadera intimidad, el diálogo de los amantes. Ya lo había probado. Unos toques embriagadores de lengua contra lengua, pero aún tenía que besarla de verdad. Y ella anhelaba aquel momento. Miranda se mordió el labio. Hablar era preferible al silencio.

—¿Así que viniste a mi casa para matar a mi padre? —dijo como si nada—. En eso podemos estar de acuerdo.

Archer gruñó y siguió mirando por la ventanilla.

—Pero al final no lo hiciste. ¿Por qué? ¿Por pena? —Se dio unos golpecitos en el labio, pensativa, saboreando la provocación—. ¿Estabas agotado? ¿Te espanté? —Esto último le valió un resoplido—. ¿Por qué, entonces? ¿Cuál fue el motivo?

Se volvió y la miró furioso.

—Por lógica, deberías deducir —dijo con aspereza— que fui yo quien decidió arruinar a tu padre, porque quería casarme contigo más que nada en el mundo.

Condenado canalla juicioso. Por dentro, estaba furiosa. Lo conocía ya lo suficiente para saber que, cuando hacía afirmaciones ridículas o comentarios mordaces, solo pretendía despistarla. Además, sabía que mentía. Por eso, no dijo nada más y lo dejó que rumiara la idea de que su plan de desquiciarla había fracasado. Ella se mostró perfectamente serena, como si no sintiera aún el fantasma de sus caricias en la piel, como si no notara resbaladiza la entrepierna a cada paso. Lo ignoró cuando la miró con recelo. Bien, que sufriera. También ella tenía su forma de manipular.

Su teoría demostró ser cierta, porque él entró aprisa al vestíbulo principal y enfiló las escaleras, obviamente seguro de que ella saldría corriendo a sus aposentos como una ratita aterrada. Estaba loco si creía que iba a dejarlo andar desangrándose por la casa sin contarle primero la verdad. Lo siguió, levantándose un poco las faldas para poder darle alcance. Pero, cuando Archer llegaba al final de las escaleras, un gemido escapó de sus labios prietos, y se tambaleó. Miranda corrió a su lado.

—Déjame ayudarte —le dijo, cogiéndolo del brazo.

—Vete a la cama, Miranda.

Ella le hundió los dedos en el codo y él volvió a hacer una mueca de dolor. Una mancha oscura de sangre le teñía también la parte superior del brazo. Ella redujo la presión, pero no lo soltó.

—¿Quieres que monte una escena? —le preguntó mirando fijamente a uno de los lacayos que presidían firmes el vestíbulo—. ¿O prefieres que nos dirijamos juntos a tus aposentos?

Una miriada de emociones pasó por los ojos de Archer, siendo la dominante una suprema irritación.

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca —señaló entre dientes.

El cuarto de Archer era muy parecido a la biblioteca, panelado con maderas de colores melosos, con sillas de cuero grandes y cómodas y un sillón grande también de cuero dispuesto delante del hogar. Mantuvo la vista firmemente alejada de la inmensa cama con colgaduras de terciopelo plateado y siguió a Archer, que se dirigió tambaleándose a un aparador que había junto a la ventana para servirse un vaso de brandy.

Los ojos de Miranda se posaron en la amplia puerta que separaba su cuarto del de él. Tan cerca. Todas las noches; aun así, él, caballeroso, guardaba las distancias. Solo eso ya la llenaba de una tierna gratitud. Pues la punzada que sentía en el corazón era de gratitud, ¿no era así?

Archer se quitó la chaqueta y el chaleco, y se quedó en mangas de camisa y con el cuello postizo; después se acercó al espejo de cuerpo entero. Con cuidado, retiró la prenda de lino rasgada y empapada en sangre e inspeccionó la herida.

—Maldición. —Resonó en el aire el explícito improprio.

Ella se acercó e inspiró hondo. La herida medía al menos quince centímetros de largo y era bastante profunda. Al mirarla, se topó con una sangre negra azulada y una carne rosada. Sintió que se mecía el suelo bajo sus pies.

—El músculo parece intacto... —Archer levantó la cabeza bruscamente—. Siéntate antes de que te desmayes.

Miranda retrocedió hasta un asiento y lo vio sacar una pila de paños blancos de un cajón y ponerse uno en el costado. El paño se tornó carmesí.

—Tendrás que disculparme —dijo mirando el paño—. Debo encargarme de esto y no tengo tiempo para... —Se tambaleó y se agarró con una mano al aparador.

Ella se levantó de un brinco y lo arrastró con poca delicadeza al sofá que estaba junto al fuego.

—Pues procedamos.

—¡No! —Apretó su boca pálida.

Miranda le dio un empujoncito en el hombro y él cayó de espaldas en el sofá.

—Tú criticas mi terquedad —espetó ella levantándole las pesadas piernas para tenderlo—, pero tú eres terco como una mula. —Le cayó por la frente un mechón de pelo, y se lo apartó de un manotazo—. ¿Cómo quieres curarte una herida que ni siquiera te ves sin retorcerte y abrirtela más? —le preguntó con una mirada furiosa.

Archer la miró furioso también, su expresiva boca inmóvil y firme.

—Dime...

—¡Yo qué sé! —le gritó él, e hizo una mueca de dolor.

—Basta ya. —Lo agarró de la pechera de la camisa—. Procedamos antes de que te desangres.

Archer la cogió por las muñecas con una fuerza asombrosa.

—No.

Su pueril empeño la irritó infinitamente.

—¿Merece la pena que te juegues la vida? —inquirió, aún presa de sus manos.

En los ojos de él brilló un destello de alarma, pero le pudo la determinación.

—Sí.

Un escalofrío de verdadero pánico le recorrió las extremidades a Miranda.

—¿Y eso dónde me deja a mí? —preguntó en voz baja.

Archer aflojó un poco, pero, en su interior, seguía debatiéndose

visiblemente entre el sí y el no. A ella le dio pena y se apartó.

—Verás... —tomó la manta de suave lana del respaldo del sofá—, te dejamos la camisa puesta y te tapamos el lado derecho.

Él la observó mientras lo envolvía con la manta.

—No te merezco, Miranda.

La ternura de su voz le provocó una sonrisa, pero la reprimió.

—Sí, lo sé. —Miranda se irguió—. No tiene importancia, pronto me vengaré. Ahora dime qué tengo que hacer.

—Acerca la lámpara. Y necesito más paños de lino.

Miranda hizo lo que le pedía y él se apretó el costado con unos cuantos.

—¿Sabes coser? —le preguntó, algo pálido.

—Sí, pero...

—Bien. Ve a lavarte las manos, y trae una palangana de agua tibia con jabón. Verás una en el armario que hay junto a la puerta del aseo.

Cuando Miranda volvió, lo encontró tan quieto en el sofá que temió que se hubiera desmayado, pero él la miró en cuanto se acercó a dejar la palangana de agua.

—Ve al armario ropero de allí —señaló con la barbilla—. Hay una valija negra en el estante de arriba. ¿Alcanzas a cogerla?

Ella dejó las cosas en la mesa y añadió los rollos de lino limpio que encontró junto a la valija.

—Saca ese trozo de terciopelo negro, con cuidado, y los tres frascos grandes.

—Apoyó la cabeza en el cojín—. Bien. Curaremos el brazo primero.

—¿Cómo es que tienes todo esto? —preguntó ella mientras hacía más grande el agujero de la manga.

La herida era superficial, un pequeño corte transversal en el arco del bíceps. Miranda se dijo muy seriamente que aquel despliegue de fuerza masculina no debía emboarla como si fuera una jovencita y se centró en la tarea que tenía entre manos.

—Soy cirujano —respondió él mirando la herida. Había dejado de sangrar—. A todos los efectos. Antes de... antes del accidente, acabé mis estudios de medicina. Hice los exámenes, asistí a clases... —Profirió un gruñido de hastío—. Aunque dudo que nadie me dejara practicarla. —Forzó una sonrisa burlona—. Aun sin la máscara, un noble con un trabajo remunerado no está bien visto. Además, hacerme cirujano aparte de médico —chasqueó la lengua— fue una auténtica barbaridad por mi parte.

Con sumo cuidado, Miranda le lavó el corte y se lo vendó con un paño grueso, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que él le daba.

—Ahora la otra herida. —Su voz grave sonó más áspera esta vez. Tomó una bocanada de aire reconstituyente y se apartó el paño del costado. El corte sangraba,

pero había disminuido la hemorragia. Le permitió que apartara un poco más la camisa para limpiarle bien la piel de alrededor—. No dejes que entre líquido en la herida; enseguida la limpiaremos con yodo.

Cuando tuvo la piel lo bastante limpia, le señaló con la mano el instrumental de la mesa.

—Desenrolla ese fardo de terciopelo. Y ten cuidado con los dedos. Ahí dentro hay objetos cortantes.

El terciopelo enrollado reveló su alijo de pequeñas hojas bien afiladas y tres agujas de aspecto siniestro que bien podrían haber sido anzuelos, aunque ella sabía que no lo eran.

Sus ojos se posaron en Archer.

—No tienes por qué hacer esto —le dijo él con paciencia.

—Sí, claro que sí. —Miranda inspiró hondo y espiró despacio—. ¿Ahora qué?

—El frasco claro es alcohol; el rojo, yodo; y el verde, láudano. —Archer apretó la mandíbula y palideció un poco—. Pásame el láudano y humedece la herida con la tintura de yodo, en ese orden, por favor.

Archer descorchó el frasco con los dientes y dio un buen trago.

—¡Ten cuidado, que es fácil excederse! —le advirtió ella.

La idea de que pudiera morir envenenado le encogió el corazón.

Una leve sonrisa asomó a los labios de él; la droga ya le brillaba en los ojos.

—Sé la dosis que debo tomar. A mí se me pasa enseguida el efecto, créeme.

Suspirando, Archer se recostó y observó con mirada serpentina cómo empapaba un paño en yodo y presionaba con él la herida abierta. Archer profirió un alarido, echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo entero se tensó.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó, y se desplomó en el sofá.

Miranda retiró el paño con manos temblorosas.

—Lo siento —susurró, a punto de echarse a llorar.

Jadeando aún un poco, él logró esbozar otra sonrisa.

—Es inevitable —dijo con voz ronca. Cogió él mismo otro paño y se lo puso en el costado para que la herida no volviera a sangrar, luego miró la hilera de cuchillos y agujas—. Toma la aguja más pequeña. —Se humedeció deprisa los labios secos—. En la bolsa hay un carrete de hilo negro.

A Miranda le dio un vuelco el estómago, y lo miró horrorizada.

Él le sostuvo la mirada.

—Me has dicho que sabías coser.

—Yo... —Hizo un puchero. No podía decirle que había sido tan estúpida de creer que le pediría que le remendara la camisa.

Brotó de su garganta un gruñido de impaciencia.

—Pásame la aguja y el hilo antes de que me desangre en este sofá. —Alargó

el brazo y la herida se abrió más.

Miranda se sobresaltó.

—No. —Le agarró el brazo y se lo puso por encima de la cabeza para estirarle así el costado—. Lo haré yo. Tú no estás en condiciones.

Él la miró extrañado, pero mantuvo el brazo en esa posición.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

Ignorándolo, Miranda se puso manos a la obra. La afilada agujita se curvaba como una hoz y tenía un pequeño ojal en el extremo romo para pasar el hilo por él.

—No cortes el hilo muy largo —la instruyó Archer—. Podría engancharse en la carne y causar un desgarro.

A Miranda le falló el pulso. Apretó los dientes y cortó el hilo.

Unas pinzas con un mango como los de las tijeras mantenían firme la aguja. Por las instrucciones claras y concisas de Archer, supo que tenía que juntar los bordes de la herida con una mano mientras le perforaba la carne y cosía el corte con la otra. Escuchó con atención, centrándose más en la herida que en el hombre. Pero la aguja se le congeló en la mano, y se negaba a clavarse.

—Miranda...

Ella parpadeó al oír su nombre dicho en voz baja.

Archer estaba ya muy pálido. Las gotas de sudor le cubrían la mandíbula y corrían por debajo de la máscara, pero su mirada era firme.

—No son más que unas puntadas.

—Pero con tu carne —dijo ella con voz débil.

Archer posó su mano en la de ella.

—Prometo no llorar.

Archer esbozó una sonrisa y le devolvió enseguida la confianza. Ella evitó devolvérsela y agachó la cabeza para verle mejor el costado.

—Recuerda: ángulo de entrada de noventa grados y medio centímetro de profundidad, cruza y sales con otro ángulo de noventa grados. —Dio otro buen trago al láudano.

La carne se resistió al principio, luego cedió con un estallido silencioso. Archer se puso rígido, pero no emitió sonido alguno mientras ella hacía su trabajo. Después de dar la primera puntada, la mano de Miranda ganó firmeza y las siguientes resultaron más certeras. El sonido de la suave respiración de él le llenaba los oídos.

—¿En serio crees que arruinaste a mi padre? —preguntó ella, pasando el hilo con cuidado por su carne.

Archer encogió el costado, luego lo relajó de nuevo.

—No —admitió él en voz baja—. No llevo ese pecado sobre mi conciencia.

Miranda recolocó la mano con la que cerraba la herida, procurando no dejarla ni demasiado prieta ni demasiado suelta. Era precisa una firmeza suave.

—No —aseveró ella—. Ese pecado es mío.

Archer no dijo nada, pero Miranda notó sus ojos fijos en ella.

—Pensaba —dijo al poco— que la fortuna de Ellis se había perdido en el mar.

—Ajá... —La aguja entró por la carne roja y sangrante y salió de nuevo—. Pero, de no haber perdido más de la mitad de su fortuna en el incendio de un almacén, habría podido recuperarse de aquel revés.

Le dolían los músculos del cuello y del hombro. La mirada fija de Archer tampoco le ayudaba mucho.

—Sucedió cuando yo tenía diez años —dijo ella. La herida casi estaba cosida, solo un par de puntadas más—. Yo me colaba a menudo en el almacén. Lo llamaba mi cofre del tesoro.

Dio la última puntada. Hizo un pequeño nudo y después cogió el paño empapado de yodo y lo aplicó por toda la sutura.

—Yo... yo estaba enseñándole a mi amigo un truquito que había aprendido... —«como una estúpida engreída»—, no pretendía provocar un incendio.

«Más bien no quería que se le fuera de las manos.» Se llevó las manos al regazo, donde cayeron como plomos. Se atrevió a mirar a Archer y encontró su mirada inescrutable.

—Solo tenías diez años —dijo él, adivinándole el pensamiento, como siempre.

—Eso lo sé ahora.

Archer le sostuvo la mirada.

—Bien.

Era así de fácil. Una sola palabra bastaba para librarla de la angustia. Examinó su labor de costura. Tenía un aspecto horrible, abultada y roja, con unas feas puntadas negras mancillándole la carne.

Archer levantó la cabeza y miró hacia abajo para verse la herida. En su boca, se dibujó una sonrisa.

—Bien —espetó, con una mezcla de sorpresa y admiración. Alzó la mirada y su sonrisa se hizo mayor—. Muy bien, Miranda Bella.

Ella hizo una pequeña mueca.

—Tiene un aspecto horrible.

Archer volvió a descansar la cabeza mientras ella guardaba el instrumental.

—Al principio, siempre. La inflamación bajará. Limpia la aguja con alcohol —añadió echando un vistazo a lo que hacía Miranda.

Un silencio cálido y agradable se instaló entre los dos mientras ella guardaba el instrumental.

—Tú me la recuerdas, ¿sabes?

La observación súbita pero desenfadada de Archer la desconcertó. Al levantar la mirada, lo vio fruncir el ceño, como si no hubiera querido decirlo en voz alta.

—¿A quién? —preguntó ella en un susurro. La serenidad de él le produjo cierto recelo, como si tuviera que susurrar.

Archer esbozó una sonrisa triste.

—A una de mis hermanas. Eran cuatro. Jóvenes lindas de bonito pelo moreno y tiernos ojos grises. Claire, la pequeña, casi había cumplido diez años; después iba Karina, de dieciocho, a punto de presentarse en sociedad; Rachel, que había disfrutado de su primera temporada social el año anterior, era una joven hermosa de diecinueve años que andaba siempre deshaciéndose de sus apasionados pretendientes. —Sonrió sin ganas—. Lo pasaba en grande con ella. Le encantaba llamar la atención y recibía más de la que le correspondía.

»Las adoraba a todas. A la muerte de mi padre, yo tenía veintiséis años. Recayó en mí la responsabilidad de sacar adelante a la familia. Me entregué a la tarea sin reparos. Al fin y al cabo, era el papel que había nacido para desempeñar. Hasta esa primavera.

»Hubo un duelo. Por Rachel. Un joven cazafortunas se había propuesto arruinar su reputación robándole un beso durante una fiesta de primavera. No lo maté, pero mi madre creyó conveniente que me marchara de la ciudad durante un tiempo. Me mandó a Italia. —Suspiró apenas—. Una madre siempre tiene razón, ¿verdad? Aquello me encantó. Me habría quedado allí indefinidamente.

Miró parpadeando al techo.

—Tres años después, llegó la gripe a Londres. Mamá y las chicas enfermaron. —Por la gruesa columna de su garganta pasó despacio la saliva—. Regresé en cuanto lo supe. Demasiado tarde para mamá, para Claire... Ya estaban muertas y enterradas cuando llegué. Rachel poco después.

Solo el revoloteo de sus pestañas revelaba algún movimiento. Miranda sintió el dolor de Archer en su propio pecho. Entonces reparó en algo.

—Me has dicho que tenías cuatro hermanas, pero solo has nombrado a tres... —Se interrumpió cuando él alzó la vista y la angustia de sus ojos le robó el aliento.

—Elizabeth... —respondió con voz cavernosa—. Mi gemela. —Archer cerró los ojos—. Pensábamos igual. Entre nosotros, nunca eran necesarias las palabras. Conocía sus pensamientos como los míos. Mi madre solía decir que, de pequeños, cuando dormíamos, nos dábamos siempre la vuelta en el mismo preciso instante, pese a que estábamos en cunas distintas. Ella... No pude... —Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir; miró al infinito—. Murió en mis brazos. A veces, tengo la sensación de que me falta algo... alguna extremidad... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear—. Su pérdida es una pena que no me

resulta fácil soportar —añadió en voz baja—. Después de eso, la idea de la muerte empezó a aterrarme. Soñaba que estaba atrapado en tumbas pútridas en la sola compañía de su cadáver. —Se miró el costado cosido—. Me avergüenzo del ser en el que me he convertido. Si ella viera este horror... —Cerró la boca con una mueca de pesar.

Miranda se acercó sin pensarlo y se arrodilló a su lado para cogerle la mano seca y sin guante.

—No llesves tú solo esa carga. Quítate la máscara y déjame ver qué es lo que tanto te atormenta.

Él la miró y su extraordinario cuerpo se agarrotó.

—No quiero tu compasión.

—¿Crees que te lo pido por eso? —le susurró ella.

Una sonrisa triste asomó a los labios de Archer.

—No —contestó él al poco—. Pero no puedo. Ni siquiera a ti, Miranda Bella. Su tono de hastiada determinación le dolió en el alma.

—Pero ¿por qué?

Sus largos dedos se enroscaron en los de ella.

—Tú me miras a mí. A mí.

Ahora Miranda ya sabía lo que significaba eso para él. Nadie miraba a Archer. Solo miraban la máscara. Para el mundo, era una efigie, no un hombre.

En los océanos grises de sus ojos se reflejó la dolorosa verdad cuando le dijo con fatigado resentimiento:

—Eso dejaría de ser así si accediera a lo que me pides.

—¿Tan mala opinión tienes de mí?

Chasqueó y chisporroteó el fuego en la chimenea. Una luz naranja bailoteó sobre la piel dorada de Archer, resaltando los puntitos negros de la barba incipiente que le cubría la mandíbula y la hendidura roja de su labio.

—No eres tú la que no está a la altura; soy yo. Soy un cobarde —susurró él con voz pastosa; luego miró a otro lado, la barbilla muy alta, firme en su postura.

—Tú no eres un cobarde. Eres muy valiente...

—Todo el mundo me promete quedarse a mi lado... —Se tensó su mandíbula y la pena le brilló en los ojos—. Siempre al principio. Pero nadie lo hace. —Tragó saliva y, con gran esfuerzo, logró transformar su expresión en una de indiferencia—. No puedo arriesgarme contigo. Contigo no. Ninguna de las bonitas palabras que teje tu dulce boca cambiará eso, de modo que, por favor, no insistas.

Dolida, se retiró. Aunque lo comprendía, no por eso le dolía menos el rechazo. Archer estaba postrado boca abajo, pálido y sudoroso, y Miranda de pronto quiso mimarlo, enjugarle la frente, arroparlo en la cama. Pero él no le permitiría esas cosas, y ella lo sabía. Se conformó con taparlo del todo con la manta

y recolocarle el cojín debajo de la cabeza. Archer la observó adormilado a través del poblado abanico de sus pestañas negras. La tierna vulnerabilidad de aquella mirada indefensa la hizo querer acurrucarse a su lado.

—No debería haberte maltratado como lo he hecho. —Batió las pestañas y abrió los ojos—. Ha sido del todo impropio.

Ella se sentó sobre los talones junto al sofá. Volvió el recuerdo de las manos grandes de él en su cuerpo, y lo hizo con una acalorada aflicción. Qué asombrado se quedaría si supiera lo cerca que había estado de darse la vuelta y rogarle que le subiera las faldas del todo y la hiciera suya. La asombraba a ella más de lo que era capaz de reconocer. Trató de recobrar la voz.

—No ha sido un asalto, Archer. —Aunque ruborizada, se obligó a mirarlo—. Eso lo sabemos los dos.

La mirada de él se tornó más cálida.

—Me refiero a lo de antes —se explicó él con voz pastosa—. A empujarte contra el muro...

—Estabas enfadado.

Archer esbozó una sonrisa torcida.

—Estaba enfadado —repitió él, burlándose de sí mismo—. Estaba aterrado. Pero no es excusa. —Estudió su pelo con mirada tierna—. Me has salvado la vida.

Ella le dedicó una sonrisa trémula.

—Tú me la salvaste a mí primero.

Emitió un sonido burlón, pero se dibujó en sus labios una sonrisa. La sonrisa se esfumó cuando de pronto se vio la herida vendada. Una grave quietud se apoderó de él. Una quietud que aumentó cuando sus ojos se encontraron con los de ella. Petrificados, apagados. Lagos invernales que le helaron el alma a Miranda.

—Qué imbécil he sido —dijo Archer en el mismo tono gélido.

—¿Por qué lo dices? —Un escalofrío de terror le recorrió el espinazo.

Su expresiva boca se encogió como por el efecto de algo amargo.

—Por lo de esta noche. Por haberte metido en esta vida. —Su pecho se infló con una súbita bocanada de aire—. Miranda... —Débil, intentó acariciarle la mano. Ella se apartó—. No deberías estar aquí.

Miranda se irguió, ignorando el doloroso ritmo de su corazón y el temblor de sus manos.

—Sí, por supuesto. Deberías acostarte.

Pero, con Archer, no era fácil servirse de evasivas. El dolor y la extenuación le enmarcaron la boca cuando dijo:

—No deberías estar conmigo —rectificó en voz baja—. Yo... la anulación es bastante fácil de conseguir, teniendo en cuenta que no hemos... —Se mordió el labio lo suficientemente fuerte como para que se le pusiera blanco—. Bueno... dado el caso se puede hacer. Busca una casa, donde quieras, en otro país si te

complace más, y yo me encargaré de todo.

Miranda se cayó de espaldas con un leve resoplido.

—Entonces ¿para qué? —quiso saber ella—. ¿Para qué has pedido mi mano? —Recuperó la fuerza en oleadas de rabia—. ¿Para qué me has traído a esta casa y has dejado que me encariñe contigo si no me quieres?

—¿No te quiero? —Levantó la cabeza del cojín—. ¿No te quiero? —Sus ojos brillaron a la luz del fuego—. Por el amor de Dios, Miri, asesinatos y asesinos armados con dagas aparte, tú eres la mayor aventura de mi vida.

Aquellas palabras de Archer corrieron como vino por las venas de Miranda y la dejaron acalorada y algo aturdida. «Y tú de la mía.»

Él se inclinó hacia delante, haciendo una mueca de dolor al doblarse.

—Si alguna vez un hombre ha querido... solo pretendo mantenerte a salvo. Que seas mi esposa no es seguro. Y he sido imbécil de pensar que podrías serlo.

Se miraron en aquel silencio atronador, luego él dejó caer la cabeza de nuevo, débil, sobre el cojín. Ceñudo, miró parpadeando al techo como si en él se ocultara algún gran secreto.

—En cuanto al porqué —dijo despacio—, me sentía solo. —Su voz grave descendió hasta poco más que un susurro—. Te vi en aquel callejón, amilanando a aquellos dos pillos con nada más que tus pequeños puños, y me dije: he aquí una joven que no teme a nada.

La miró, y a ella le dio un brinco el corazón.

—Cómo admiraba aquello —dijo él—. Tanto que no quería irme de allí. Después, cuando la soledad se hizo inmensa —suspiró—, volví a pensar en ti. Pensé: he aquí una mujer que no me temerá. —Quitó un hilillo suelto de la manta—. Que no saldrá corriendo.

Miranda tragó saliva para poder hablar.

—Qué tremenda ironía —logró decir al fin.

Archer la miró de pronto; un gesto ceñudo asomó a sus labios.

—Estaba prometida e iba a casarme —aclaró ella—. Hace poco más de un año. ¿Lo sabías? —Por supuesto que no lo sabía; ¿por qué iba a saberlo?

Él guardó silencio, expectante. Pero su mirada revelaba cierta inquietud.

Distraída, ella jugó con los flecos de la manta que lo tapaba.

—Se llamaba Martín Evans.

—El chico con el que luchabas esa noche.

—Sí. Aunque, de hecho, eso da igual. —Martín hacía tiempo que había dejado de ser un chico. Miranda se humedeció los labios secos—. Me dejó. En la sacristía de la capilla de mi familia, el día de nuestra boda. Me dijo que prefería vivir solo a fingir que vivía una vida enamorado de mí.

Una lágrima caliente le corrió por el puente de la nariz antes de que parpadeara furiosamente para deshacerse de las otras. No iba a llorar otra vez por

Martin.

Notó que Archer se movía y se volvió lo suficiente para verlo estrujar la manta con sus dedos negros.

—Cualquier hombre que te deje es un imbécil —dijo él.

Ella le dedicó una mirada reprensora, y él tuvo el detalle de darse por aludido.

—Lo era —lo corrigió ella al poco—. Pese a nuestra disolución, mi padre le dio el mando de un pequeño barco para el que consiguió encontrar promotores. Debían ir a América a comprar tabaco. Era la última oportunidad de hacer fortuna para nuestra familia. El barco nunca llegó a tierra.

Archer emitió un vago sonido de condolencia, pero no sonó apenado.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Supongo que el destino fue más sabio. No estaba hecho para mí.

—No —convino Archer con convicción.

Los dos miraron a otro lado y guardaron silencio.

—En la sacristía —repitió él como si repasara las palabras—. De la capilla donde nos casaron a nosotros.

Ella alzó la mirada y descubrió que la estudiaba.

—Sí —dijo.

Él suspiró.

—Y por eso te casaste conmigo.

Ella inspiró hondo.

—¿Sabes?, cuando te conocí en la sacristía ese día, también yo pensé: este es un hombre que no teme a nada, que no huye de las cosas... —Se mordió el labio.

—Que jamás te abandonará —terminó él por ella.

Agarrotada, ella asintió con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos por miedo a sentir, de pronto, el impulso de abalanzarse sobre él y confesarle lo mucho que empezaba a significar para ella. Sus sentimientos le parecían demasiado puros y su orgullo demasiado tierno para expresar tamaña aflicción.

Por un instante, Archer casi le pareció asustado, luego su cuerpo se fortaleció, se puso a la defensiva, por ella u otra persona, no podía saberlo. Sus ojos penetraron los de Miranda.

—Entonces no lo haré.

—¡Ay!, ¿no es una preciosidad?

Poppy miró con los ojos fruncidos el recargado sombrero de seda de color lima que Daisy sostenía en la mano.

—Lo más espantoso que se haya visto jamás, más bien.

Daisy dejó el sombrero con tristeza.

—Lo que tú sabes de moda cabe en un pastillero. ¿Eso que llevas en el pelo es una redecilla? —Daisy se volvió hacia Miranda con chispeantes ojos azules—. Dios mío, no he vuelto a ponerme una de esas desde que íbamos de uniforme.

—Y lo que tú sabes de todo lo demás, Diente de León —intervino airada Poppy—, cabría en mi...

Miranda levantó un rollo de seda india para inspeccionarlo, interponiéndose así en la línea de fuego.

—Mirad este tejido —dijo ilusionada—. ¿No tenía mamá un vestido de este mismo estampado cuando éramos niñas?

Daisy pasó un dedo enguantado por el reluciente paño azafrán.

—Yo diría que sí. —Se encogió de hombros—. Supongo que hay cosas que nunca pasan de moda.

Poppy masculló por lo bajo que Daisy debía de saberlo de primera mano. A Miranda le había parecido buen momento para llevarse a sus hermanas de compras, creyendo que una salida con Daisy y Poppy podría distraerla del dilema de Archer.

El hombre llevaba días deambulando por la casa como alma en pena, evitándola por si se acercaba demasiado. Aunque, si había de ser del todo franca consigo misma, se habían estado evitando los dos, pues a ninguno le apetecía hablar de lo que había sucedido esa noche. ¿Qué iba a decirle? «Tus caricias me han proporcionado un placer indescriptible. Deseo más. Te deseo a ti.» Miranda trató de combatir el rubor.

No, no sería ella la primera en sucumbir. Era demasiado humillante. Suspiró y a punto estaba de abrir la boca para impedir otra discusión más entre sus hermanas cuando vio un rostro conocido entre la multitud de compradores que abarrotaban Liberty & Co: los ojos rasgados y grises y el pelo oscuro y rizado de Victoria.

—¿La conoces?

La pregunta curiosa de Daisy devolvió a Miranda a la realidad.

Miranda pasó una mano por la seda, notando su tacto frío a través del guante.

—Me la han presentado. —Miró fijamente a Daisy—. ¿Y tú?

Casi había olvidado que Daisy era una auténtica guía ambulante de la aristocracia británica.

—Por supuesto. —Inclinó la cabeza cuando Poppy se acercó a escuchar—. Victoria Allernon.

—¿Allernon? —Le dio un vuelco el estómago—. Me dijo que se apellidaba Archer.

—¿Archer, igual que tu marido? —Las aletas nasales de Poppy se inflaron como si olfateara una presa.

—Afirma que es prima de Archer —dijo Miranda en voz baja mientras las tres seguían a Victoria con la mirada al tiempo que intentaban, en vano, fingirse absortas en el tejido que tenían delante.

—Muy astuto por su parte —señaló Daisy—. Y de todo punto improbable. Aunque desde luego conoce a Archer. —Sus rizos dorados descendieron cuando se acercó aún más, con el brillo del chismorreó en los ojos—. Hace ocho años, mantuvo una relación íntima con el joven lord Marvel...

Miranda sintió náuseas. Se aferró a la tela para no desmayarse.

—Por lo visto, entonces Archer se opuso. No se sabe si porque él también albergaba algún interés en la señorita Allernon o porque sentía una honda antipatía por Marvel en general. —Daisy arrancó de las manos agarrotadas de Miranda la tela que estrujaba y la dobló—. Nadie había visto a lord Archer en compañía de la señorita Allernon, así que el motivo de la disputa sigue envuelto en un halo de misterio. En cualquier caso, los dos hombres llegaron a las manos. El pobre Marvel quedó hecho un guiñapo y Archer lo echó a patadas de la ciudad.

—¡Daisy Margaret Ellis Craigmole! —Los ojos de Poppy brillaron bajo un ceño reprensor—. ¡No puedo creer que te hayas abstenido de proporcionarle a Miranda esta información antes de que se casara con lord Archer!

La boca de Daisy formó una O muy redonda mientras miraba primero a Poppy y luego a Miranda.

—Bueno, se la habría proporcionado de no ser porque yo misma lo había olvidado por completo.

Poppy enarcó sus cejas rectas.

—¿Aun cuando papá nos dijo el nombre del pretendiente de Miranda? No es algo que yo habría olvidado.

Daisy se puso colorada como un pimiento y Miranda la agarró del brazo para tranquilizarla.

—No pasa nada, Daisy. Sabía de la disputa de Archer y Marvel. —Miró fijamente a Poppy, que parecía inclinada a intervenir—. Lo que no sabía es que había sido por Victoria.

Los ojos de Miranda siguieron el sombrerito de satén rojo sangre ladeado

sobre los rizos negros de Victoria mientras danzaba por la sección de porcelana fina.

—¿Y qué fue de Victoria? —murmuró—. ¿Se quedó con Marvel?

Daisy toqueteó distraída el tejido que tenía bajo los dedos, siguiendo a Victoria con sus ojos azules.

—No, regresó al continente y no se había vuelto a saber de ella.

—La cuestión es —opinó Poppy formando una pronunciada V con las cejas por debajo de su flequillo cobrizo—: ¿por qué utiliza el apellido de Archer?

—Me veo obligada a pensar que porque desearía reanudar su coqueteo con él —señaló Miranda.

Sus dos hermanas estallaron en salvas de aspavientos y susurraron indignadas lo que le harían a Victoria si osaba acercarse.

—Quizá tengáis una oportunidad —masculló Miranda—. Viene hacia aquí... No, espera. —Agarró a Poppy por el codo. De pronto se le ocurrió otra posibilidad más satisfactoria. Si quería información sobre Archer y Victoria, ¿qué mejor fuente que ella misma?—. Dejad que yo me ocupe de esto. A fin de cuentas —dijo, bajando la voz a un susurro—, ya sabéis lo que dicen.

—¿Qué? —preguntó Poppy intrigada mientras se acercaba Victoria.

—Ten cerca a tus amigos y más aún a tus enemigos... Victoria... —bordeó la mesa e hizo una pequeña reverencia— me había parecido verla.

—Es una lástima que no hayamos podido convencer a sus hermanas de que vinieran con nosotras —dijo Victoria cuando entraban en un pequeño aunque atestado salón de té que ella misma había sugerido. Servía sobre todo a damas de clase media, esposas de médicos y abogados a las que gustaba obsequiarse con un refrigerio después de un duro día de compras.

—Al contrario —repuso Miranda—, le agradezco que me haya rescatado de una tarde de riñas constantes. Mis hermanas, me temo, tienen pareceres muy distintos para llevarse bien.

Victoria sonrió.

—Perfectamente comprensible.

Se instalaron en una mesa apartada. En cuanto el maître dejó el reservado, Victoria se volvió hacia Miranda y la luz de la lámpara titiló en sus facciones inusitadamente blancas, dándoles el aspecto de una máscara.

—Me complace que estemos tomando juntas el té. Había pensado en invitarla, pero tenía la impresión de que se opondría.

Miranda le sostuvo la mirada.

—Por lo que vi aquella noche. —De nada servía andarse con rodeos.

Los labios pintados de Victoria se curvaron apenas.

—No piense mal de mí, *mon amie*. Archer me partió el corazón en una

ocasión. Y me temo que aún no se lo he perdonado. No actué correctamente —se excusó, encogiéndose de hombros—. Soy demasiado efusiva, supongo.

Pese a su limitado conocimiento del amor, Miranda sabía que Congreve estaba en lo cierto: «No hay ira mayor en el cielo que un amor en odio tornado, ni furia peor en el infierno que una mujer despechada».

—No pretendía entrometerme —dijo con la confianza de que la disculpa indujera a Victoria a desahogarse.

La sonrisa de la mujer se volvió auténtica.

—Cielos, no esperaba menos. Eso es lo que yo habría hecho. —Se inclinó—. Aunque creo que no deberíamos informar a Benjamin de nuestro *tête-à-tête*. Porque, si alguien ha de oponerse a nuestro encuentro, ese es él.

«Benjamin.» Miranda sintió un pellizco del corsé al ir a coger la servilleta.

—Archer es...

—¿Protector en exceso? —terminó Victoria con una risita—. Eso lo sé bien. —Se colocó la servilleta en el regazo con un elegante giro de muñeca—. Nuestro Archer repetía a menudo el dicho: deja que el ignorante siga siéndolo y líbrate del inocente.

Llegó el té, que liberó a Miranda del aprieto de responder. Unos camareros de librea blanca dispusieron el servicio con exquisita precisión. Una fragante tetera de porcelana fina, jugosos pastelitos, hojaldres de frutas coronados de confitura carmesí y crema de color azafrán, y níveas bolitas de nata cuajada para los bollitos calientes. Miranda, que hacía un rato estaba famélica, de pronto lo encontró todo tan apetecible como un artístico bodegón.

—¿Y usted? —preguntó Miranda cuando los camareros se hubieron marchado y ella empezó a servirse el té con cuidado. El aroma de la infusión se elevó en forma de suave nube de vapor, y se mezcló con el de la leche y el limón—. ¿Cree usted que el ignorante debe seguir siéndolo?

Victoria la miró con unos ojos tan grises y tan luminosos que, por un instante, no pudo pensar en otra cosa que en Archer. Miranda apartó la mirada.

—¿Qué es lo que desea preguntarme? —La voz de Victoria, grave y sensual, envolvió a Miranda.

Ella dejó la jarrita de la nata líquida con un suave tintineo.

—¿Qué sabe del West Moon Club?

Bien podía haber jurado en voz alta. Las palabras ya habían salido de su boca. No podía retirarlas. Solo que no eran las palabras correctas. Había querido preguntarle por lord Marvel y Archer. No acababa de entender el desliz.

La tersa frente de Victoria se frunció como si también ella hubiera esperado una pregunta muy distinta.

—Ese es un nombre que no esperaba oír —dijo despacio—. Y usted, *chère*, ¿qué sabe usted de ese club?

Miranda jugueteó con la servilleta y luego la soltó.

—Usted lo conoció antes del accidente. Su desfiguración fue consecuencia de las... actividades del club. —No estaba dispuesta a decir más, aunque sabía que había hablado demasiado.

—¿Cree que lo que le ocurrió a Archer tiene que ver con la muerte de los miembros del club?

—No puedo suponer otra cosa —contestó Miranda muy seria.

Victoria se encogió de hombros.

—No sé más que usted. ¿Es fruto de una locura? ¿O acaso una fría venganza? No lo sé. Solo que sus secretos se remontan a muchos años atrás. Que sus máscaras son más antiguas que la de Archer.

Victoria sorbió su té muy despacio, estudiando a Miranda con sus ojos grises por encima de la taza. Después dejó la taza en el plato con cuidado y cruzó los brazos.

—Pero no es eso lo que verdaderamente desea saber.

—¿No lo es? —la desafió Miranda con fingida serenidad mientras el corazón le batía con fuerza las costillas.

El cuerpo menudo de Victoria descansó en sus antebrazos.

—Se pregunta si yo he visto lo que se oculta bajo la máscara.

—Sé que lo ha hecho. Yo... ¿Cómo...?

Miranda apretó fuerte la mandíbula. No podía, ni quería, preguntárselo a Victoria.

—Pobre, aún no se lo ha enseñado, entonces.

No era una pregunta. Miranda desvió la vista hacia el diminuto pedazo de ventana que asomaba por detrás de las cortinas, por delante de la que pasaban las sombras de los carruajes que recorrían ruidosos la calle.

—No tiene importancia.

—Desde luego que sí —le susurró Victoria, que olía a seda y a flores viejas—. Él es el hombre con el que yace por las noches. Junto al que despierta al salir el sol. ¿Dónde puede disfrutar de mayor confianza que en brazos de su esposo?

Miranda prefería morir a reconocer que aquella no era su verdadera situación. Aquel pequeño reservado osciló ante sus ojos, ampliado a proporciones monstruosas, como si lo viera a través de una lupa. Parpadeó para librarse de las lágrimas que se negaba a derramar.

La voz de Victoria le acarició la piel, oscura y balsámica.

—¿Y si le dijera que esconde algo maravilloso y hermoso?

Miranda respiró con dificultad. Menuda crueldad. Victoria sonrió aún más.

—Una belleza infinita. No la espantosa desfiguración de la que él habla. ¿Mitigaría eso sus temores? ¿Le sería más fácil de soportar sabiendo que no convive con un monstruo?

La lengua pastosa de Miranda asomó por entre sus labios secos.

—Diría que es usted una embustera.

Victoria estudió su rostro un instante y luego rió, con una risa de cascabeles.

—Ay, pero qué bonito sueño sería, ¿verdad?

Miranda hundió los dedos en la suave seda de sus faldas verde mar.

—No me importa lo que haya bajo la máscara.

—En cambio, aquí está, haciéndome estas preguntas porque su curiosidad es mayor que su orgullo. ¿Cómo es posible que no quiera saberlo?

—Le he preguntado por el West Moon Club porque quiero ayudar a Archer. No desenmascararlo. —Mentía. Y las dos lo sabían.

La expresión pensativa de Victoria no cambió y se hizo el silencio. A lo lejos se oía el suave murmullo del salón principal, la caricia de la plata en la porcelana; luego crujió la silla de Victoria, que, revolviéndose, descansó la sien en los nudillos.

—Entonces ¿qué es lo que desea saber?

—¿Por qué sabe usted tanto del West Moon Club?

—Yo no sé tanto como cree. —Tembló la leve curva de su labio inferior—. Mi amor era miembro.

Se inclinó el suelo que pisaba Miranda.

—¿Quién era?

—Yo... —Le brillaron los ojos—. Lo perdí hace tiempo.

La pena genuina de los ojos de Victoria impulsó a Miranda a tocarle la mano, pero no llegó a hacerlo, inexplicablemente reacia a establecer un contacto físico.

—Dicen que el tiempo cura todas las heridas, pero yo no lo creo.

Victoria miró a Miranda a los ojos, y pareció que iba a echarse a llorar. Soltó una risita y se limpió las lágrimas con un movimiento rápido de su mano enguantada.

—Ah, bueno, es una lástima que disponga de tanto tiempo libre.

Guardaron silencio un instante.

—Entonces ¿era lord Marvel? —«¿O Archer?»

Volvió la sonrisita de Victoria, cómplice y segura.

—Se refiere a la disputa entre Marvel y Archer. —Removió una vez más su té. Un tintineo diminuto que le atacaba los nervios—. A Archer no le gustaba la idea de que Marvel ocupara su lugar.

El té frío de la taza de Miranda empezó a humear. Lo dejó estar enseguida.

—¿Que ocupara su lugar?

Las mejillas de Victoria se hincharon, brillaron sus ojos como si supiera bien lo mucho que atormentaba a Miranda.

—Por supuesto, nosotros ya no estábamos juntos. —Tamborileó en el canto

de la taza, pensativa—. No obstante, había algo de celos, porque a Archer no le gusta que lo reemplacen. En ningún sentido. Así que discutieron el asunto. —Arqueó la ceja—. Supongo que habrá oído hablar del resultado de la discusión.

Acartonada, Miranda asintió con la cabeza, y los dientecillos de Victoria asomaron como aljófares bajo sus labios pintados.

—¿Sabrá entonces que los miembros veteranos lo expulsaron?

Miranda negó con la cabeza como un autómatas, y Victoria prosiguió.

—Era una vergüenza, prueba palpable de su fracaso. Y una que no podían controlar con facilidad. El pobre Archer nunca supo cómo gobernar su temperamento. —Inclinó su cabeza oscura y sorbió el té—. Motivo de venganza más que suficiente, ¿no le parece?

Como no podía discutírselo, Miranda permaneció inmóvil como una estatua, con el corsé clavándosele en las costillas, el frío tejido de seda en el que llevaba enfundado el torso oprimiéndola con cada respiración.

Victoria pareció entender que Miranda se debatiera entre la lealtad y la lógica.

—Miranda, *chère*, yo no creo que sea él quien está haciendo todas esas cosas. El asesinato a escondidas no es su estilo. Cuando pierde la calma, es un espectáculo magnífico y ruidoso.

Victoria miró a otro lado con ternura, como si de pronto hubiera recordado algo muy íntimo, y a Miranda empezó a apretarle mucho el cuello del vestido. Tragó saliva y se obligó a respirar hondo, notando que la sala empezaba a caldearse.

—Si bien es innegable —siguió Victoria— que constituye un blanco perfecto para cualquiera que quiera hacerlo parecer culpable...

—¿Todavía lo ama, Victoria? —No le interesaban las conjeturas de Victoria; solo quería saber qué lugar ocupaba cada una.

Victoria ladeó la cabeza. Miranda pensó en una araña gigantesca envolviendo a su presa con hilos de seda para succionarle la sangre hasta dejarla sin vida. Y creyó del todo acertado que Archer le hubiera pedido que se mantuviera alejada de ella.

—Me parece que ya conoce la respuesta —respondió Victoria con una voz ronca como una tormenta en ciernes.

Un sudor frío impregnó la piel de Miranda según iba creciendo su indignación. La sala se caldeó, las lámparas que colgaban del techo se pusieron incandescentes. Victoria las miró, y frunció el ceño. Miranda tomó una bocanada de aire. Luego otra, reprimiendo aquella sensación de angustia que le era tan familiar. La de querer librarse de su mal temperamento y, con ello, de la dolorosa espiral que se engendraba en su interior. «Control, Miranda. No te conviertas en ese monstruo.»

—¿Se propone recuperarlo? —quiso saber.

Los labios de Victoria se separaron como si fuera a ofrecerle una disculpa.

—¿Y si esa fuera mi intención?

La lámpara que colgaba por encima de la cabeza de Victoria empezó a agitarse de forma descontrolada.

—Entonces tendrá que vérselas conmigo.

Victoria alargó el brazo de forma asombrosamente rápida y asió la muñeca de Miranda con ineludible firmeza.

—Creo que me gusta usted, Miranda. Muy a mi pesar, me cae bien. Así que voy a darle un pequeño consejo: si quiere conservar a su esposo, no crea nada de lo que oiga. Todo el mundo miente. Sobre todo él. Si piensa que, de ese modo, la protege, no dudará en emplear excusas de lo más peregrino para tenerla a oscuras. No se lo permita, o correrá el riesgo de perderlo por completo.

«Todo el mundo miente.» Miranda no conseguía que la advertencia de Victoria dejara de resonarle constantemente en la cabeza. ¿En qué le había mentido Archer? ¿Por qué sentía la necesidad de hacerlo?

La melodía ahogada de un violín se propagaba dulce entre el estrépito de maullidos y carcajadas. Pese a que ya era tarde, los pilluelos sembraban las calles, paseando sus dedos ligeros como tela de araña por los bolsillos de los desprevenidos. Con un poco de suerte, robarían lo suficiente para sobrevivir. Algunos no tendrían más de tres años, pequeños rateros y timadores en potencia.

Una penumbra azulada envolvía a Miranda; la tenue luz de las farolas se reservaba para las tabernas. Sus pies enfundados en botas pisaron algo que crujió sospechosamente como un hueso, y decidió que la oscuridad era una bendición. En más de un sentido. Con un bombín calado hasta las cejas y el cuello de su abrigo de paño burdo completamente levantado, casi no se le veía la cara. La llevaba cubierta de barro, que ella misma se había aplicado a toda prisa al cruzar con sigilo el jardín después de que Archer saliera esa noche.

Por experiencia, sabía que Archer estaría fuera durante horas, haciendo algo que ella no alcanzaba siquiera a imaginar, aunque sospechaba que era tan clandestino como su propia misión de ese día. El asesinato de Cheltenham y el asalto en el museo le pesaban mucho. Desde entonces, había salido todas las noches, cuando la creía ya acostada hacía rato. Sabía que iba buscando al asesino. Aunque trataba de ocultarlo, ella veía arder la frustración y la rabia en sus ojos, apenas oculta tras la superficie. Eso generaba en Miranda una necesidad imperiosa de protegerlo, de averiguar lo que pudiera, donde pudiera.

Un aire frío, cargado de motas de hollín heladas, le llenaba los pulmones. Resistió la tentación de enterrar la cabeza todavía más en el cuello del abrigo. Por allí, si uno no caminaba con arrojo, enseguida llamaba la atención. Pero el olor le llenaba los ojos de lágrimas. Olor a cebolla, a excrementos, a carne podrida... El fuerte hedor a podredumbre era lo peor; se colaba en la boca y en la garganta, promesa del futuro de uno: muerte y descomposición. Apretó con fuerza los labios y siguió adelante.

Su blanco se encontraba debajo de una de las pocas farolas que funcionaban. Casi le sacaba una cabeza a todos los demás, larguirucho como una escalera de jardín y de greñas que, a la luz titilante de la farola, carecían de brillo. Era mayor, como ella. De los rabillos de sus risueños ojos pardos, nacían unas patas de gallo. Pero la sonrisa, aquella sonrisa desdentada, seguía siendo la misma, mezcla perfecta de agudeza y malicia. Lo rodeaba un grupo de hombres más jóvenes y

chiquillos, que observaban hasta el último de sus movimientos y acomodaban su conducta a la de él. Ahora era jefe de ese pequeño grupo, después de haber ido ascendiendo de categoría. Su bombín de terciopelo verde y el traje holgado mostaza estaban algo menos raídos que las ropas de sus compañeros. Quizá algún día estuviera al mando de toda la zona.

Aminoró el paso. ¿Cómo podría hablar con él a solas? No quería acercarse a él mientras estuviera con la banda. Presta a esperar, se apoyó en una farola abandonada. El farolero la había pasado por alto. Había pasado de largo de casi todas las farolas de esa calle. Aquel barrio no se consideraba digno de tener buena luz, ni agua potable, por lo visto.

Una rabia repentina ardió en su pecho, y con ella le vino a la cabeza una idea. Quizá fuera ella la única que percibía el olor acre y dulzón del gas que había escapado de las farolas abandonadas y se acumulaba en el fino canalón repleto de basura que corría por todo West Street. Era suficiente para arder. Con una chispa sería bastante. Se le tensó el vientre de emoción y prendió en su interior una fuerza que ya conocía. Se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos para ocultar el temblor y sus dedos se cerraron sobre la moneda que escondía allí. Se aferró a ella como a un salvavidas. Si no lo hacía correctamente, todo West Street podía arder como un farolillo. Lo cierto era que el aire trufado de niebla de Londres constituía en sí una bomba incendiaria lista para estallar. Nada espectacular, se prometió mientras un sudor frío le impregnaba la piel. Solamente una pequeña chispa dirigida con precisión a los desagües.

Un organillero y su mono pasaron bailando. Entonces actuó. Un escalofrío de placer sacudió sus extremidades y el canalón que recorría West Street cobró vida, prendiendo con un súbito siseo. La noche se colmó de aspavientos cuando un río de fuego se abrió paso entre las multitudes. Entre risas de sorpresa y alboroto general, Billy Finger levantó la cabeza. Sus ojos pardos miraron furiosos alrededor antes de toparse con los de ella. Se entornaron un frío instante. Ella se tocó el ala del bombín y recibió en respuesta aquella sonrisa desdentada que tan bien conocía. Miranda estaba, como se suele decir, metida en faena.

—Buenas, cielo —dijo él, acercándose—. Tú sí que sabes entrar a lo grande. —Lo seguía un penetrante olor a grasa, sudor y ron de laurel, probablemente robado en un asalto reciente a alguna casa—. ¿Cómo está mi gachí favorita esta noche?

—No me llames así —le susurró furiosa.

Él enarcó sus cejas pobladas.

—¿El qué? ¿Gachí?

—«Gachí», «cielo». —Miranda contrajo los hombros para parecer más ancha de espaldas—. Soy un hombre, recuérdalo.

Apareció de nuevo la sonrisa desdentada.

—Cierto. Y resultas de lo más convincente como gachó. —Resopló, y le echó su aliento fétido—. Solamente un viejo cegato se toparía contigo y no querría darle una alegría a su Nabucodonosor.

—No seas asqueroso. —Se adentró un poco más en el cuello del abrigo, donde el aire era más fresco—. No tengo pensado mostrar mi rostro...

—Eh, Billy, ¿quién es ese tipo tan elegante?

Billy se volvió hacia el matón que acababa de acercarse a ellos y le gruñó:

—¡No es un «tipo»! Este es Pan, camarada y compinche mío de toda la vida, así que ten cuidado con lo que dices.

El matón, que no tendría más de dieciséis años, retrocedió.

—No hace falta que te alteres.

Billy le hizo un gesto brusco con la cabeza.

—Lárgate, anda. Y échale un vistazo a Meg. La muy holgazana ha convertido en camastro su rincón.

El muchacho se fue de mala gana.

—¿Ahora te dedicas a la prostitución? —le preguntó. La idea de que Billy fuera un proxeneta le revolvió el estómago.

Billy le dedicó una sonrisa torcida.

—Un hombre tiene que ganarse la vida, ¿no? —Se sacó algo que tenía entre los dientes, luego escupió—. Y tú eres demasiado mayor para encajar aquí, Pan.

Algo que seguramente era cierto. Aun sabiendo cómo moverse por esas calles, ya era muy alta para pasar por un chiquillo y muy delgada para pasar por un hombre, a pesar de su abultado atuendo.

—Hacíamos muy buen equipo tú y yo —siguió—, pero esto ya no es seguro. Ni siquiera para ti. —La dureza de su mirada jamás se extinguiría por completo, pero, por un instante, la preocupación la suavizó.

Cuando lo miró, tuvo la misma sensación extraña de siempre en su presencia: que el joven que podía haberla violado en un callejón hacía tres años fuera algo así como un amigo tanto tiempo después. Sus caminos se habían cruzado por segunda vez cuando el padre de Miranda se había arruinado y la había forzado a llevar una vida de delitos menores. Solo Billy Finger, que había estado robando a la gente al descuido y otras actividades repugnantes, lo supo un día, espiándola mientras le robaba la cartera a un potentado en Bond Street.

La siguió y, de nuevo, la acorraló en un callejón frío y húmedo. No habiendo ningún desconocido misterioso que acudiera en su ayuda, Miranda se había visto obligada a mostrarle lo poco amigable que podía ser. Solo que se había dejado llevar y las llamas habían engullido el callejón entero. Los gritos lastimeros del muchacho irrumpieron con fuerza en su conciencia. Horrorizada por el daño que había causado, sofocó las llamas que le consumían los harapos y se lo llevó a su casa para envolverlo en ropas frías empapadas en leche que ella misma había

robado del mercado. A partir de ese día, Miranda tuvo un socio. Fue Billy quien le enseñó a hacer de «gorila», a fingirse una clienta honrada en una tienda, sacando partido a su belleza, distraiendo al dependiente mientras Billy, el «palmero», le robaba toda la mercancía. Los días más desgraciados de su vida.

Aun con todo, se habían hecho algo así como amigos. Él le enseñó más de lo que cualquier dama respetable podría imaginarse y, cuando lo pillaron con las manos en la masa, tuvo el pico cerrado y no la delató, sino que cumplió su condena. Billy ya no era su socio, pero sí una fuente inestimable de información si llegaba a necesitarlo. Ahora lo necesitaba. No podía dejar piedra sin remover.

El fuego de los canalones parpadeó y se apagó, y la multitud volvió en tropel, siendo alguna que otra risita nerviosa el único indicio de que había ocurrido algo.

— ¿Qué sabes de esto?

Miranda le entregó la moneda de Archer. Billy le dio la vuelta con sus dedos achaparrados y ella vio por un instante la piel tensa y brillante que le cubría la muñeca izquierda. Cicatrices que le habían valido el apreciado apodo de Burnt Bill. Sus dedos se paralizaron.

— Extraño anzuelo, este. Andas buscando falsificadores de moneda, ¿eh? Conozco a unos cuantos...

— No —lo interrumpió ella—. No necesito dinero falso. —La idea le resultó del todo irrisoria—. Había pensado que podría ser la pista de alguna dirección.

— Podría ser. He oído decir que algunos tipos elegantes usan esta basura para sus pequeñas sociedades. —Su nariz chata, torcida de tantísimas roturas, se frunció—. Una panda de mequetrefes, si quieres saber mi opinión.

Ella sonrió, pero solo lo justo; si él se daba cuenta de que la había hecho reír, se pondría a decir tonterías hasta perder el norte.

— Era solo una idea. — Ella se encogió de hombros.

La angustiosa sensación de que podría estar haciendo aquel esfuerzo en vano le revolvió las entrañas.

Billy se acercó un poco. A su espalda, las risas de los amantes callejeros parecieron aumentar para luego perderse en el bullicio de West Street.

— Esto no será por el asesinato de esos aristócratas, ¿verdad? He oído decir que tu nuevo gachó está metido en todo el ajo. Lord Archer, ¿no?

La conmoción sacudió con fuerza las sienes de Miranda.

— ¿Cómo lo has sabido?

Él se balanceó sobre los talones, agarrándose las solapas de satén a cuadros verdes y amarillos de su chaqueta. Verdaderamente un atuendo así debería estar prohibido por la ley.

— No llevo la cabeza metida entre las piernas. He oído decir que te has atado de por vida a un tal lord Archer. Todo un canalla, por lo que cuentan los

periódicos. —La miró fijamente—. ¿Qué demonios haces liándote con un tipejo así?

—No tenía ni idea de que supieras leer —dijo ella sorprendida de verdad.

Se arquearon sus exiguas cejas.

—Pues claro que no sé leer, maldita sea. Meg es la única instruida. No suelo prestarle mucha atención a lo que dice, salvo a esto... —Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un ejemplar de periódico.

Las esquinas estaban estropeadas y había una mancha de grasa en el borde, pero lo habían envuelto en un trozo de papel de estraza para evitarle daños mayores. Ella desplegó el periódico con mano trémula. Allí, junto a un artículo que proclamaba a Archer como uno de los principales sospechosos de los asesinatos de los nobles, había un retrato a mano de Miranda, a la que llamaban la misteriosa y exótica esposa. Aunque le había dibujado una sonrisa algo afectada y engreída, el artista había captado la esencia de sus rasgos con bastante acierto.

Billy se inclinó sobre el periódico y llevó a la nariz de Miranda otra bocanada de cebolla rancia.

—Un garabato bastante bueno, diría yo.

—Bastante —dijo ella con aspereza.

Aquellas noticias salaces habían dejado de perturbarla. Pero el que Billy llevara consigo un dibujo de ella... El remordimiento se le clavó en la garganta con afiladas uñas. No le había dedicado ni un pensamiento fugaz en un año.

Mirando con cautela alrededor, le devolvió el dibujo.

—¿Has oído hablar del West Club? ¿O Moon Club?

Billy negó con la cabeza.

—El único club de por aquí es el Heaven and Hell.

Señaló con el pulgar hacia una construcción sólida situada tres casas más abajo y cuyas puertas estaban abiertas de par en par para permitir el flujo constante, de entrada y salida, de dandis y rufianes londinenses. El pequeño rótulo que colgaba encima de la puerta rezaba HEAVEN, por arriba, con dos alas de ángel y una flecha azul señalando hacia HELL, desde donde la clásica horquilla roja apuntaba la entrada, abajo.

—Que te apetece retozar con una moza, pues te subes al Cielo.

Miranda escondió la cabeza al ver salir a un grupo de caballeros de un coche recién llegado. Algunos le resultaban vagamente familiares y, sin duda, se contaban entre los que frecuentaban las mismas fiestas que ella.

—¿Y qué se hace en el Infierno? —preguntó ella, mirándolos por debajo del ala del sombrero.

—El Infierno es para asuntos más turbios, cielo. Un poco de esto y lo otro...

—Un destello de picardía iluminó los ojos de Billy mientras se pasaba la moneda de Archer entre los dedos con gran pericia—. ¿Quieres echar un vistazo?

—No, gracias. —Atrapó la moneda al vuelo—. ¿Hay Moon Street en Londres, tal vez?

—Que yo sepa, no. —Se rascó la cabeza por debajo del sombrero, ladeándolo todavía más—. Mira, si alguien ha oído hablar de ese West Moon Club, lo encontraré, ¿de acuerdo?

—Gracias, Billy. —Le pasó un fajo de libras.

—Guárdate la guita —dijo apartándole la mano—. Entre nosotros, no va así.

Un sorprendente rubor le coloreó las amplias mejillas. Los dos miraron hacia otro sitio, en un incómodo silencio, y ella vio que un hombre mayor se acercaba a ellos. Avanzaba con una presencia que se propagaba por todo West Street.

El hombre no era muy alto, quizá le llegara a Miranda por el hombro, y llevaba un modesto traje negro bajo una gruesa capa oscura, pero la gente le abría paso con una deferencia que denotaba problemas. Billy miró hacia allí y palideció. Hizo ademán de cogerla por el codo, pero se detuvo, sabedor de que el gesto desvelaría que se trataba de una mujer.

—Larguémonos.

Fingió normalidad, evitando mirar al hombre, pero era consciente de su presencia con los cinco sentidos.

—¿Quién es? —masculló ella mientras se dirigían a una callejuela.

—Black Tom. Dirige el Dial's. Sabe bien quiénes son de aquí y quiénes no. No le entusiasman los forasteros, salvo que vengan a gastar. Vamos.

Volvieron una esquina y ya casi estaban a salvo en el callejón cuando toparon con un muro de hombres. La variopinta pandilla los miró con distintos grados de humor y malicia.

—¿Tan pronto te vas, Billy? —se oyó una voz musical al fondo.

Un terrible juramento brotó de los labios de Billy mientras este daba media vuelta muy despacio, llevándosela con él.

Cuando el hombre al que Billy había llamado Black Tom los miró, sus ojos negros brillaron como el ónix bajo sus pobladas cejas. Llevaba ladeada en la cabeza una chistera de ala ancha de la que asomaban unas oscurísimas greñas grasientas que le caían por las grandes orejas y por el cuello alto de la chaqueta.

—Debería ofenderme, porque no me has presentado —dijo Tom muy sereno.

Billy cambió de pie, incómodo.

—Caray, Tom, no pensaba que pudiera interesarte una chusma así.

—Te equivocas, muchacho.

Una leve risa recorrió el grupo como si fueran uno.

Rígida, con el pulso acelerado, Miranda no pudo sino estarse quieta y esperar. Los ojos negros del jefe no se habían apartado de los suyos ni un instante.

—Es un familiar mío del East End —dijo Billy, apretando mucho los labios—. Un chiquillo simplón, en realidad. Un cabezahueca, pobre.

Tom frunció su estrecha frente.

—¿Qué pasa contigo, Billy, que te quieres reír a nuestra costa? Como si yo no pudiera distinguir a una gachí de un gachó. Por mucho que vaya vestida de hombre.

Unas manazas la apartaron de Billy. Dos rufianes la sujetaron contra la farola para que Tom la inspeccionara, e hicieron que se golpeará la cabeza con ella. Entonces, el hombre bajito se quitó el sombrero y le hizo una elocuente reverencia.

—Buenas, querida.

La resignación se apoderó de las facciones alargadas de Billy cuando otros dos lo sujetaron a él. El jefe se acercó y el olor a ginebra y a hombre sin asear le sacudió la nariz a Miranda como un ladrillazo.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Meg —masculló ella, procurando sonar tan simple como Billy había dicho. Craso error. Una boba sería un entretenimiento aún mayor para ellos.

Le pasó un dedo sucio por la mejilla, arañándola con la uña larga, al tiempo que se lamía los labios húmedos.

—Pareces de buen género, ¿eh? —Una sonrisa partió sus facciones rugosas—. Esta tierra que pisas es mi terreno. —Se acercó más y los hombres la agarraron fuerte, amoratándole con brazos con los dedos—. Lo que entra en mi terreno me pertenece. Y yo siempre cojo lo que es mío.

Se palpaba en el aire una fuerte excitación masculina que le produjo náuseas. Una multitud de gente comenzó a apiñarse alrededor; nadie miraba, ninguno de ellos era lo bastante necio para hacerlo. Cerró los ojos y tragó saliva; las risas atravesaban el fino velo de la oscuridad. Como no actuara ya, no tardarían en violarla y matarla. Un sudor frío le empañó la piel solo de imaginarlo. Temblaba; las náuseas y la rabia la asaltaban a igual velocidad. Los sonidos de la noche le llegaban de todas partes. Una calle llena de gente. Todos ellos testigos. E inocentes también.

Un pulgar le acarició el labio inferior. La sangre le tronaba ya en los oídos y, con ella, se preparaba la tormenta. «Hazlo. No puedo.» De pronto, deseó tanto estar con Archer que los ojos se le inundaron de lágrimas. «No pienses en él.»

Por la calle se oían risas y bullicio. Pero allí... Un aliento ardiente le castigó la mejilla, ardiente como el aire que la envolvía.

—¿Te hace un revolcón, guapa?

Notó más que oír a Billy moverse, y la refriega resultante. Al abrir los ojos, vio a su amigo sujeto por varios hombres y con un cuchillo apuntándole al pescuezo. Los ojos se le salían de las órbitas y el miedo le hacía temblar.

—¿Intentas provocarme, Billy Finger? —le dijo Tom sin quitarle los ojos de

encima a Miranda—. ¿Me niegas el género?

El hombre hablaba con serenidad, pero la perversa frialdad de su mirada contradecía su tono de voz. Degollaría a Billy y disfrutaría de cada segundo.

La nuez de Billy subió y bajó despacio.

—No... —El cuchillo que le apuntaba al cuello le impidió seguir.

Black Tom enarcó una de sus pobladas cejas.

—¿No, qué? ¿Que no le hagamos daño a tu gachí? —Black Tom dejó entrever sus dientes podridos—. ¿Tanto significa para ti?

Billy se humedeció deprisa los labios. La piel se le volvió grisácea y el sudor empezó a formarse en su frente.

—No la enfurezcas —logró decir.

La chistera de Tom se le fue hacia atrás con el espaviento.

—¿Me tomas el pelo? —Soltó una sonora carcajada, que los otros imitaron—. Vamos a ver, muchacho —dijo entre risas—, ¿es que nadie te ha enseñado cómo tratar a una coneja?

Los fríos ojos negros de Tom se clavaron en Miranda y, mientras se acercaba un poco más, vio arder en ellos odio y placer. Un inmenso pánico le inundó las entrañas y se propagó a sus extremidades, haciéndolas temblar.

—Lo que te hace falta es un buen revolcón, tesoro.

Le arrancó el sombrero de un manotazo en la cabeza que le desparramó por la mejilla la mitad de la melena. Una punzada de calor le recorrió el espinazo y, con ella, la necesidad de hacer daño. «No. Demasiada gente.»

—No.

No quería hacerlo. La necesidad desbordó su capacidad de control y el rostro que tenía ante sí la miró vacilante.

Una sonrisa perversa le hizo un guiño.

—Demasiado tarde para súplicas.

Un calor incandescente le tensó la piel y restalló de su pelo. Oyó a Billy gemir y tratar de zafarse de su captor, de alejarse de ella. Pero las toscas manos de Black Tom se empeñaban en tocarla. Los ojos festivos de su tropa la miraban mientras él le abría a la fuerza el abrigo. Un aire frío le atravesó la camisa de hilo fino. Un niño pasó corriendo entre las piernas de los hombres, persiguiendo una botella rota. Demasiados inocentes. La sangre le tronaba en los oídos.

—Muy bien, sí señor —masculó Black Tom y, al instante, le cogió los pechos y se los estrujó.

Un fragor luminoso le atravesó los oídos. No podía pensar; aquello la poseía. Estalló en una terrible oleada de calor. El farolillo de gas de encima de su cabeza reventó en un amasijo de fuego y fragmentos de cristal.

Tom salió despedido, envuelto en llamas amarillas. Sus gritos se confundieron con los fuertes estallidos de las farolas de todo West Street, que

fueron explotando como fuego de cañones.

Estalló el caos, hombres y mujeres chillaban, y los desdichados transeúntes se peleaban por escapar de allí. Una riada de hombres y mujeres la arrolló y se la llevó por delante mientras el fuego se dirigía bailarán hacia el edificio ruinoso de detrás. Aquella madera vieja y los cuartos vacíos hicieron de yesquero del ambicioso fuego y la construcción cobró vida de pronto con un estallido de aire abrasador.

—¡Billy!

Los alaridos de pánico ahogaron el grito seco de Miranda. Tom se revolcaba por el suelo y, mientras el fuego lo devoraba, brotaba de él un rugido inhumano.

—¡Billy!

Sus rodillas toparon con el duro adoquinado y el leviatán rojo se alzó más y más alto. La miró a los ojos, y besó sus mejillas con una febril bocanada. Por un bendito instante, creyó ver la silueta de su amigo recortada en las llamas mientras huía hacia la noche feroz; luego un fuerte golpe por la espalda la tumbó. Asfixiada por el espantoso hedor a pescado y lana húmeda de la falda de una dama, trató de zafarse de la mujer que tenía encima. Los brazos se enredaron con las piernas de las dos, que intentaban ponerse en pie.

—¡Aparta! —le gritó la otra, histérica.

Le asestó una patada en las costillas que lanzó a Miranda por los aires; la mujer salió corriendo. Un pie le aplastó la mano, y ella sollozó. Cegada por los cuerpos de los que huían y por el denso humo, apenas distinguía el suelo del cielo.

De pronto, unas manos la asieron, fuertes y seguras. La alzaron y la abrazaron con firmeza. El humo negro le abrasaba la garganta mientras los dos avanzaban bamboleándose, derribando a otras personas como a alfileres y, atravesando una vieja puerta de madera, dieron con la fría quietud de un edificio de ladrillo abandonado.

Jadeando en la penumbra, quiso moverse. Su salvador la tenía entre sus brazos y la apretaba contra la pared. Un aliento ardiente le acarició la oreja cuando él volvió la cabeza. Miranda se encabritó, y sacudió los brazos y las piernas en inútil protesta. Una mano grande le tapó la boca; el brazo que la rodeaba la tenía atenazada.

—Suélteme —susurró furiosa—. ¡Déjeme, le digo!

Empezó a dar patadas, topó con una espinilla y un gruñido brotó de los labios de aquel hombre, que, de inmediato, la sujetó aún más fuerte.

—Le he salvado la vida.

Su lucha remitió cuando la vaga familiaridad de aquella voz caló en su pánico.

—Así está mejor —susurró lord Ian Mckinnon, bajando la mano—. Tranquila. No deseo recibir el mismo trato que el pobre diablo de ahí fuera, se lo

aseguro.

Como de costumbre, liberar el fuego la había agotado físicamente. Se inclinó sobre una pared fría y húmeda e inspiró hondo. El aire era malsano y olía a pútrido, pero al menos no había humo. A lo lejos, oyó la sirena del cuerpo de bomberos. Mckinnon se relajó un poco, pero no la soltó. Al alzar la vista, Miranda descubrió que, en sus recias facciones, se dibujaba una sonrisa.

—Ese truco sí que ha estado bien, muchacha.

—No sé a qué se refiere.

Unos colmillos afilados asomaron por debajo de su fino bigote.

—Sabe muy bien a qué me refiero. Lo he visto todo. —Se inclinó hasta que se fundieron sus alientos—. Incluso el instante en el que ha estallado.

El estómago le dio un vuelco, pero se fingió serena.

—¿Ha visto cómo me asaltaban —ignoró lo obvio— y no ha hecho nada?

La caricia de su voz masculina en el oído le produjo punzadas de desasosiego por todo el espinazo.

—He visto que se defendía sola. Le he visto la mirada. No ha sentido miedo de verdad en ningún momento. —Se retiró para mirarla a los ojos—. Eso me interesa.

—¿Qué es lo que quiere?

La estudió con desenfado.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó al rato—. No me diga que ha venido a jugar a los disfraces, porque no la creeré.

Ella le dio un empujón, pero él no se movió un ápice. Al contrario, se recolocó, dejando que su cuerpo se instalara cómodamente en el de ella. A Miranda se le hizo un nudo en el estómago. El modo en que la abrazaba podría haber sido muy íntimo, en cambio la dejaba fría y furiosa.

—Apártese, ¿quiere? —Volvió a empujarlo.

—No hasta que me lo cuente.

—No le debo nada.

Él rió un instante mientras ella intentaba de nuevo librarse de él.

—Le he salvado la vida.

Precisamente por eso no podía sentir hacia él aquella rabia incendiaria que había sentido hacia Black Tom. Lo que no impedía que quisiera arrancarle esa cara de engreída satisfacción de una bofetada.

Mckinnon volvió a reír.

—Es igual —le dijo al oído—. Lo sé. —Le metió la mano por los pantalones.

Ella chilló y corcoveó, y surgió de nuevo el calor. De pronto, él la soltó, retirándose de un brinco.

—Tranquila —dijo como si nada—. Cállese. Solo buscaba esto.

Alzó la mano y, a la tenue luz, vio un destello dorado. La moneda de

Archer. Gruñó para sus adentros.

Mckinnon le echó un vistazo y enarcó una ceja, inquisitivo.

—Pretende limpiar su nombre, ¿no es así? —Sonrió—. Si cree que averiguar los secretos del West Moon Club le ayudará a absolver a Archer, se equivoca.

Ella se dejó caer contra la pared, pasmada.

—¿Sabe de la existencia del West Moon Club?

Mckinnon lanzó la moneda al aire y la atrapó limpiamente.

—Mi padre es miembro, sí. —Le tiró la moneda—. Sé más de lo que querría.

—Entonces ¿me...? —Se interrumpió, y él sonrió.

—Nunca es tan fácil, ¿verdad?

Un incómodo silencio se hizo entre los dos mientras él le sostenía la mirada.

—Me marchó.

Se disponía a salir, pero él se adelantó y, sin tocarla, logró atraparla donde estaba.

—Tiene motivos para preocuparse. Archer está acorralado, y él lo sabe.

Al intentar apartarse de la figura en movimiento de Mckinnon, los hombros de Miranda tocaron el frío ladrillo. Él se detuvo, viéndola venir, y la miró con sagacidad.

—Haría lo que fuera por protegerlo, ¿no? —inquirió con tierna admiración.

Ella apoyó las manos en la pared.

—Me parece que se está usted extralimitando.

Mckinnon negó despacio con la cabeza y una sonrisa fiera trepó a sus labios.

—No lo creo. —Se acercó un poco—. ¿Lo averiguamos?

El Rusty Spanner estaba situado en medio de una callejuela sinuosa, a dos manzanas del puerto de Londres. El olor a brea del taller de velería de al lado primaba sobre todos los otros: sobre el fuerte aroma del té, la penetrante salobridad del agua de mar y el pescado desecado, el olor sulfúrico de la curtiduría y el hedor de la concentración de un número excesivo de personas y cosas en un espacio reducido.

Archer trató de ignorar el picor que sentía en la nariz al caminar por esa calle, los edificios bajos inclinados hacia aquí y hacia allá como la dentadura inferior de una boca con demasiados dientes. Aquella era una zona oscura salvo por la luz dorada que provenía de las ventanas de la taberna y el jolgorio de dentro. Alguien había sacado un acordeón y, a juzgar por el bullicioso canto que acompañaba al instrumento, la clientela ya había bebido más de la cuenta. Aunque no lo suficiente. La música cesó en cuanto Archer entró por la puerta; el silbido agónico del acordeón comenzó su entrada. A través de la bruma densa y gris del humo del tabaco, lo miró una multitud de ojos vidriosos. Pero solo un momento. La canción volvió a empezar una vez más, la voz del cantante algo temblona al principio, luego el acordeonista comenzó a tocar. La parroquia reanudó el alboroto, pero Archer sabía bien que no estaba a salvo de un ataque. Con las miradas clavadas en la nuca, se dirigió a la barra. Mantuvo la cabeza agachada; las vigas toscamente labradas del techo eran tan bajas que, de haber ido completamente erguido, las habría rozado.

Imaginaba la revuelta que se habría formado si se hubiera presentado allí vestido como de costumbre: con chistera, capa y máscara negras. Por el contrario, vestía como uno de ellos: tabardo grueso con el cuello levantado, recio gorro de lana calado hasta las cejas y el rostro envuelto en un paño de lino. Aun así, los marineros eran una gente muy supersticiosa. En el mejor de los casos, lo creerían víctima de algún trágico accidente, lo que lo convertía en fuente de mala suerte. No le extrañaba. Recordó sus tiempos de navegante y esa sensación mezcla de desamparo y emoción. Hacía falta valor para poner la vida de uno en manos de esa dama borrascosa: la mar.

Ahora ya no tenía miedo, solo un nudo de esperanza y rabia en el estómago. Rabia por Cheltenham. Cuando pensaba en aquel anciano asesinado como un cerdo, sentía ganas de golpear algo. Y esperanza. Ese remolino de entusiasmo que se adhería a sus entrañas como un pudín revenido desde que Leland le había enviado una nota hablándole de Dover Rye, el antiguo administrador y capitán de barco de Hector Ellis. Al parecer, Dover le había estado robando a Ellis todo ese

tiempo, hurtos menores entre ladrones. Dover era el capitán de *The Rose* cuando este había asaltado y secuestrado el buque de Archer. Solamente Dover había sobrevivido. Desde entonces, había estado escondido en algún tugurio de mala muerte.

El hombre que estaba detrás de la barra miró a Archer mientras se acercaba. Era un tipo grande, con un pecho que parecía una vela hinchada, mástiles por brazos, pelo de color zanahoria y piel enrojecida por el sol. Dejó la taza que estaba secando.

—Diga, ¿qué va a querer que le ponga? —le dijo con cierto tono acusatorio. Amén de una extraña mezcla de escocés y cockney.

Archer se sentó en un taburete.

—Cerveza.

Puso la moneda en la barra y apareció una jarra grande de espesa cerveza. Archer bebió un rato, consciente de que el tabernero no se había ido sino que seguía estudiándolo con recelo, como si supiera que Archer no había acudido allí en busca de cerveza o compañía.

Dejó la jarra y miró aquellos ojos claros.

—Busco a un hombre —dijo sin preámbulos.

—¿Ah, sí? —El tabernero rió y se le hicieron grandes hoyuelos en la cara—. Hay una casa de citas para hermafroditas en esta misma calle. Vaya a preguntar ahí.

Archer rió por lo bajo, a sabiendas de que irritaba al tabernero.

—Y eso lo sabe por experiencia propia, ¿verdad?

Una turbia amenaza brilló en los ojos del tabernero.

—También sé cómo hacer desaparecer a un hombre si me lo propongo.

Un hombre grande chocó con el hombro de Archer. Al volverse, vio que lo miraban un instante un par de ojos pardos por debajo de unas pobladas cejas canas; luego el tipo se ocupó de su bebida. Archer reprimió un suspiro. No quería hacer daño a aquellos hombres, sobre todo al que estaba sentado a su lado; aquel tipo corpulento debía de tener cerca de sesenta años.

Dio un trago lento a su cerveza.

—Busco a Dover Rye.

El tabernero titubeó apenas un momento, pero fue suficiente.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—¿Ah, no? —Archer se recostó un poco en el asiento—. Pues me han dicho que este establecimiento lo regenta un tal Tucker Rye, hijo de Dover Rye.

El hombre apenas pestañeó.

—Le han informado mal.

—¡Tucker! —Aquel grito hizo estremecerse a más de un hombre.

Una mujer bajita pero anchurosa subía las escaleras de peldaños desiguales

que había casi al fondo.

—¡Tucker Rye!

El tabernero se puso colorado como un pimiento.

—¡Calla ya, Mabel! ¿No ves que me tienes delante? —Sus ojos azules miraron de reojo a Archer mientras gritaba.

Mabel ni se inmutó.

—Demonios, llevo una hora esperando a que me bajes los toneles. Como no muevas ese trasero perezoso...

—¡Calla ya, mujer!

Tucker Rye no apartaba la vista de Archer. Cuando la mujer gritona se acercó, también vio a Archer, bajó la voz y se quedó boquiabierta y con los ojos como platos. Rye apretó sus puños inmensos y brilló en sus ojos claros la amenaza.

—Más vale que se vaya antes de que llame a mis camaradas.

—Me he enfrentado a cosas peores que un bar lleno de hombres como estos —repuso Archer. El tabernero se puso tenso y levantó la cabeza, dispuesto a luchar. Archer se limitó a sonreír—. Le aseguro que no podrá hacerme ni un rasguño. Pero yo frecuentaré este lugar hasta que consiga lo que quiero.

Miró a un rincón de la estancia donde había un reservado vacío.

—¿Por qué no nos sentamos un momento?

Rye dio un manotazo en la barra, furioso.

—Muy bien.

»Diga, ¿qué quiere de mi padre? —preguntó Rye en cuanto se sentaron.

—Era el administrador portuario y el capitán de Hector Ellis.

Rye entornó los ojos.

—Sí. Mala gente, ese Ellis. Hace años que no tenemos tratos con él.

—¿«No tenemos», dice? Entonces ¿ha trabajado usted con él también?

El hombre endureció el gesto, rabioso por el desliz.

—Sí.

Archer se recostó en el asiento.

—Entonces ¿quizá navegara en el *The Rose*?

Los redondos orificios nasales de Rye se inflaron y Archer se inclinó un poco, dejando que la tenue luz de la lámpara de la mesa iluminara por completo su rostro envuelto en gasa.

—Discúlpeme —le dijo Archer—. Había olvidado que el *The Rose* se hundió en las costas de Georgia. Estaría usted muerto. Salvo que el *The Rose* hiciera escala en algún lugar. Que aliviara, quizá, su carga de hombres y mercancías antes de zarpar de nuevo para hundirse en el Atlántico.

La rabia contenida casi llevó a Archer a dar un puñetazo en la mesa. O a Rye. Había sido imbécil de no considerar esa posibilidad hasta entonces.

—¿Quién es usted?

No era Rye quien hablaba, sino el viejo lobo de mar que había estado sentado a su lado en la barra. De pronto estaba de pie junto a la mesa, alzándose por encima de ellos, con una mirada grave, pero no del todo hostil, clavada en Archer.

Estuvo a punto de no responder, pero su conciencia lo instó a decir la verdad.

—Lord Benjamin Archer. Y usted es Dover Rye.

—Se trata de algo que ha hecho Hector Ellis, ¿me equivoco? —dijo Dover, y se sentó al lado de Tucker. Sus manos curtidas estaban hinchadas por el trabajo, tanto que más parecían de madera que de carne—. Entonces ¿lo que busca es justicia? Porque le voy a decir una cosa: si viene a por nosotros, no saldrá de aquí, aunque sea el esposo de Pan.

Archer los miró un buen rato.

—Me interesa más el *The Rose*. ¿Iba usted en ese barco?

Al oír esto, Dover se sacó del bolsillo una pipa tallada en marfil y, despacio, se dispuso a encenderla. Gruesas volutas de humo se alzaron como espectros al aire para ser engullidas después por la bruma azul que flotaba en la estancia. A su espalda, los hombres comenzaron a cantar de nuevo, siguiendo el ritmo, ruidosos, con los pies.

—Le robamos a usted —confesó Dover al fin, frunciendo sus ojos oscuros como consecuencia del humo—. Eso lo sé bien. Igual que sé de su acuerdo con Ellis. Si es que se le puede llamar así.

Archer se irguió.

—Entonces sabrá de lo que soy capaz.

—Sí. —Dover le dio una calada honda a su pipa—. Tengo entendido que ha compensado con creces su pérdida. Más que con creces, diría yo. —Bajó la pipa—. Confío en que esté tratando bien a la señorita Miranda.

Miranda. No quería pensar en ella ahora. Soñaba con ella igual que respiraba. Soñaba despierto. Le bastaba con dejar vagar su mente, y esta iba directa a buscarla. El tacto suave y sedoso de su piel, la sensación de su cuerpo ágil pegado al de él, ajustado como un guante. Había ido muy lejos en el callejón. La emoción de la lucha, su miedo y su rabia... lo habían abrumado y empujado al precipicio. No volvería a cometer ese error. Aunque tampoco lo lamentaba.

Archer se obligó a hablar con indiferencia.

—¿Acaso cree a Miranda capaz de exigir menos?

Dover rió a carcajadas y su hijo sonrió. Sí, los dos conocían bien a Miranda.

Mabel les trajo tres jarras de cerveza y se fue deprisa. Dover bebió un trago y Archer hizo lo propio.

—Entonces ¿qué es lo que busca? —preguntó el marino.

—Un estuche. Lacado en negro. Del tamaño de una cigarrera. —Debía haber

abordado el tema con delicadeza, pero le pudo la impaciencia.

Tucker Rye le dio un buen trago a su cerveza y sonrió agradecido. A Archer no le extrañó. Hacía un calor asfixiante en la taberna y la cerveza estaba fría. También él le dio otro trago largo.

Dover dejó la pipa y se movió a la luz humeante de una burda lámpara de gas, que iluminaba de forma intermitente sus curtidas facciones.

—El estuche se descargó en Leith, con todo lo demás. No nos costó encontrar el madeira oculto en la cala del barco. Lo vendimos, con el azafrán, en Amsterdam. Fue después cuando encontramos aquel cajón de embalaje lleno de paja con nada más que ese estuche dentro. El collar de perlas que contenía era bueno; nos dieron un buen dinero por él después.

Archer dejó de apretar los dientes para hablar.

—¿Y el estuche?

Dover enarcó sus pobladas cejas y después se encogió apenas de hombros.

—Se lo di a mi chico —señaló a Tucker con la cabeza—. Me lo pidió.

—¿Es el estuche lo que quiere —inquirió Tucker Rye—, o el anillo de dentro?

Los dos hombres se volvieron hacia él sorprendidos. Tucker Rye se encogió de hombros.

—Encontré la ranura oculta y el anillo esa misma noche. No se lo dije a nadie —dijo con un guiño de disculpa a su padre.

Dover sonrió.

—¿Qué clase de hijo serías si renunciaras a un tesoro como ese tan fácilmente?

Padre e hijo rieron con ganas.

Archer se sintió a gusto bebiendo cerveza con aquellos hombres. Hacía años que no compartía un trago con nadie, y había olvidado ya la sensación. Curiosamente, lo reconfortaba, como el ambiente frívolo que lo rodeaba. A Miranda le habría gustado. Ojalá estuviera allí sentada con él. «No pienses en ella.»

—Como soy idiota —prosiguió Tucker al poco—, presumí de él en la taberna. —Rió sin ganas—. Un tipo me ofreció jugárnoslo. En tres tiradas de dados ya era suyo.

—Justo castigo por jugar —bufó el viejo Dover.

Archer puso su pesada mano en la mesa.

—¿Quién tiene el anillo?

—No lo sé con seguridad. Podría estar en cualquier parte ahora. Los marinos no somos capaces de guardar tesoros así mucho tiempo.

El agotamiento se apoderó de Archer y asomó a sus ojos con tal vehemencia que sintió la necesidad de cerrarlos.

—Deme un nombre.

La sonrisa de Tucker se deshizo, se borró por los extremos y, al inclinarse hacia delante, la luz iluminó el tatuaje desvaído de su antebrazo, un lobo negro rodeado de la inscripción DEI DONO SUM QUOD SUM. Rye vio la dirección de la mirada de Archer y sonrió.

—Intenta descifrarlo, ¿verdad?

Del fondo de la memoria de Archer surgió de pronto la información. DEI DONO SUM QUOD SUM: «Por la gracia de Dios, soy quien soy».

—Clan Ranulf...

—Sí, amigo. Lord Alasdair Ranulf, conde de Rossberry.

Dover soltó una carcajada sibilante mientras Archer apretaba los puños.

—Usted no sabía que todo ese tiempo tuvo a Ellis metido en el bolsillo, ¿eh? —Volvió a reír y su rostro arrugado lo miró con malicia a través del humo—. Ellis no tiene ni cerebro ni agallas para la piratería. Teníamos órdenes de hundir su barco desde el principio.

Archer se recostó en el asiento con un golpe seco.

—Voy a...

Tucker negó con la cabeza, presintiendo el rumbo de su débil amenaza.

—No le hará ningún bien, amigo.

Archer inspiró hondo, ahogando los cantos de la taberna.

—¿Y eso?

Una chispa de malicia brilló en la mirada del hombre.

—Nos habían dicho que vendría a por nosotros. Que nos encargáramos de usted en caso de que apareciera.

Archer identificó demasiado tarde la sensación que lo inundaba. Para entonces ya oyó pasos a su espalda. Se levantó de golpe, lanzando por los aires su jarra vacía y haciendo caer con gran estrépito el banco en el que estaba sentado. Demasiado tarde. Ya le habían cubierto la cabeza con un saco y los hombres se habían echado sobre él antes de que pudiera volverse. Su barbilla se estampó en la mesa. Archer se desplomó. La droga le aflojó las piernas, le nubló la mente, y los hombres lo ataron con fuerza. Una fuerte patada en el costado izquierdo le cortó la respiración y, en medio de aquella oscuridad, oyó al viejo Dover, sus palabras ahogadas por el recio tejido que ahora llevaba bien sujeto a la cabeza.

—Aseguraos de que no queda ni un pedazo de él.

Archer volvió en sí con un espaviento, como si de pronto le hubieran echado encima un jarro de agua helada. No había estado sin sentido mucho tiempo. Cuatro hombres lo llevaban a cuestas, a juzgar por las manos que se notaba en el cuerpo.

—¡Dios, pesa más que un cañón, este tipo!

—Y es igual de macizo —dijo el que le sostenía las piernas.

Colgaba laxo mientras lo transportaban a trompicones. Le pesaba la cabeza, tenía la mente nublada. Lo que le hubieran dado habría matado a un hombre corriente. En su caso, en cambio, le bastaba con uno o dos minutos. Una bocanada de aire fresco le habría venido bien, pero llevaba el saco de la cabeza demasiado apretado.

—Callaos los dos. Ya estamos llegando.

Entonces lo olió. A quemado. El olor acre a género, madera, caucho, metal quemados... todo. El clamor lejano de las boyas y el lamento de la sirena de niebla le indicaron que todavía estaban en el puerto. Solo había un sitio en el puerto que oliera a quemado: la Pipa de la Reina, un horno enorme instalado allí para la destrucción de mercancías desechadas. Lo iban a incinerar. El pánico le recorrió el cuerpo entero, una sensación completamente nueva y desagradable. Trató de zafarse entonces, separando mucho los brazos y las piernas. Las gruesas ligaduras con que lo tenían atado se rompieron cuando cayó al suelo.

—¡Dios santo! ¡Está vivo!

Aterrizó con contundencia en el suelo y, en un instante, se había puesto de pie y se estaba quitando el saco de la cabeza.

—¡Cogedlo!

Archer vislumbró un oscuro callejón y los tablones húmedos del embarcadero, y de pronto los tuvo encima. Sonrió satisfecho mientras caía bajo una pila de brazos, puños, pies, piernas. Le llovieron los golpes. Dejó que se cansaran, luego usó el suyo, el derecho. Se había acabado la misericordia. Pegó fuerte y sintió un agradable crujido de huesos cuando lo estampó en la mandíbula de uno de los hombres. Después le dio una patada en el estómago a otro y lo lanzó por los aires a un montón de basura. Otros dos lo atacaron entonces, ambos con cuchillos.

Giró, cogió a uno por el brazo, le partió la muñeca y luego le dio un cabezazo en la nariz. Zas. Cras. Algo se apoderó de él. Una bruma blanca de ira que le aceleró el pulso, le alborotó el corazón.

Tardó un poco en darse cuenta de que ya no lo atacaban y que el único sonido que se oía era una especie de borboteo como de agua goteando de un desagüe obstruido. Parpadeó, la vista se le aclaró y se vio agarrado a un cuello, aplastando con los dedos la tráquea de un hombre. El tipo en cuestión era grande, casi tan alto como él. Archer lo sostenía en alto, suspendido en el aire, mientras lo estrangulaba. «¡Basta!» Al hombre, que le clavaba inútilmente las uñas a Archer en la mano enguantada, se le salían los ojos de las órbitas y tenía la boca abierta del todo. Con un último borbotón, cesó su lucha. Pero no lo soltó; su mano apretaba el cuello blando, incapaz de aflojar. Archer inspiró hondo.

El tipo se quedó lacio, colgando de su mano. «¡Basta!» Cayó como un saco. Archer se miró la mano. Había matado con la fuerza de su mano izquierda solamente. Su mano humana. Temblando, se quitó el guante, convencido de que se

encontraría alterada la piel. Al ver la carne normal, sintió un inmenso alivio y se hincó de rodillas en el suelo, abriendo y cerrando la mano para experimentar. No había cambiado aún. Pero era más fuerte.

Alrededor yacían los cuerpos rotos de los hombres a los que había asesinado. Los había matado a todos. Encima de su cabeza, un cielo trufado de estrellas, solo roto por las columnas negras de humo que movía la brisa. Alzó la vista para mirarlo, y respiró hondo. Esa sed de sangre, esa bruma blanca... había sentido aquella fuerza como nunca antes. Lo inundó la vergüenza. Tendría que haberse marchado, haber dejado a esos hombres en manos de la noche. Lo hizo entonces, y sus pasos sonaron abatidos en la vieja madera mientras dejaba atrás aquel amasijo de cuerpos destrozados.

Un vacío le oprimía el pecho camino de casa. Quería derrumbarse, convertirse en un ovillo indefenso frente a aquel dolor. El ansia de matar manchaba su piel y corría por sus venas como una droga, pidiéndole más; estaba perdiendo la batalla.

Pese a su firme determinación de mantener las distancias, Archer se vio de pronto delante de la lustrosa puerta blanca del cuarto de Miranda, con el puño en alto, atrapado por la indecisión. Estaba seguro de haber oído un leve sollozo al otro lado cuando iba camino de su propio cuarto.

Apretó el puño. Habría oído mal. No se oía nada ya salvo el tictac uniforme del reloj de pared del vestíbulo y los suaves crujidos y gruñidos de una casa que se preparaba a dormir. Se disponía a irse cuando... ¡otra vez! Otro sonido ahogado. Miranda lloraba. En la almohada, habría dicho él. Tragó saliva para aliviar el ritmo acelerado de su corazón, se armó de valor y llamó. De inmediato se hizo el silencio, un falso silencio. Y entonces...

—¿Sí? —Su voz sonó ronca y asustada.

Le produjo un escalofrío de angustia.

—Miranda —dijo él—, ¿te encuentras bien?

Recibió otro silencio por respuesta. Archer plantó la mano en la fría madera, planteándose si marcharse o entrar y aliviar así su preocupación.

—Pasa —le dijo una voz temblorosa.

Su habitación estaba más caldeada que el pasillo; las brasas de la chimenea y su propio cuerpo desprendían calor. Además, su aroma lo impregnaba todo. Maleza y algo fresco y dulzón, como peonías primaverales. Aunque era totalmente de noche, entró sin problema, viendo igual que si fuese de día.

Ella estaba incorporada, el pelo de dorado rubí por los hombros y la espalda. Un recatado camisón blanco la cubría entera, del cuello a las muñecas. «Aun así.» Archer dio un paso y le flojearon las rodillas. Cielo santo, una mujer no debía resultar tan apetecible bañada de inocencia.

Miranda hurgó a su alrededor en busca de su bolsa de cerillas.

—No —dijo él, acercándose—. No te molestes en encender la luz.

Ella titubeó, arrugó su preciosa frente y frunció el entrecejo, pero terminó de incorporarse, apoyada en las almohadas.

—Lo hacía por que no tropezaras.

—Tranquila, conozco bien el cuarto. —Bordeó la cama y ella dio un respingo, consciente de lo cerca que estaba.

Una leve sonrisa asomó a los labios de ella al mirar en la dirección de la que provenía la voz, casi viéndolo. Un reguero de lágrimas le corría por los pómulos.

—¿Por qué lloras?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué no te sientas a mi lado?

Archer no era rival para aquellos enormes ojos y aquellos labios carnosos. Con cuidado, se sentó en la cama. Le parecía peligroso. Su dulce aroma lo envolvía, lo embriagaba, le aceleraba el corazón. Inspiró hondo para calmarse. O eso o apoyaba la cabeza en su regazo y le rogaba que lo abrazara.

—¿Archer? —inquirió ella en el silencio—. ¿Podrías...? —Volvió a morderse el labio y negó enérgicamente con la cabeza—. Nada, no importa.

—Dime —la instó él con ternura.

—¿Podrías... —un adorable rubor le tiñó las mejillas— quedarte conmigo?

Su petición entrecortada le robó el aliento. Procuró recobrarlo, con el corazón como un conejillo asustado en la jaula de sus costillas.

Al notarlo intranquilo, Miranda se ruborizó todavía más.

—Es solo que... —Un escalofrío la sacudió con violencia—. Ay, Dios mío... Da igual. Ha sido una tontería...

—Por supuesto —dijo él.

Tras un instante, volvió a recostarse en las almohadas. No obstante, el rubor del bochorno siguió manchando sus mejillas. Despacio, Archer se quitó la chaqueta y las botas, dio un traspiés a juzgar por el temblor de las manos. Y luego los guantes. No los toleraba ni un segundo más. Le picaba la piel a rabiar. Se dejó los vendajes que le cubrían la cara. Aunque Miranda no podía verlo, se estaba preparando una tormenta y la luz potente de un rayo podía revelarlo todo.

Cuando se metió en la cama a su lado, lo impregnó un sudor frío. No se fiaba de sí mismo allí metido. Diablos, ni siquiera se fiaba de tumbarse encima de la cama. No obstante, aquello era una delicia. La tirantez que notaba en el vientre se desplegó en cuanto se tumbó boca arriba y notó el calor de su cuerpo tan cerca del de él.

Miranda se retiró un poco para dejarle más sitio y una almohada libre. Los dos yacieron rígidos en la cama blanda mirando al techo. Ella estaba a medio metro de él. Le parecía medio centímetro. Su miembro lo entendió así y empezó a

alterarse. Archer le pidió que se calmara. Se lo rogó, de hecho. El muy sinvergüenza no quiso.

—Dime —le susurró él, desconfiando de su voz—, ¿por qué llorabas?

El labio inferior de Miranda desapareció entre sus dientes.

—Me he acostado... apenada. He tenido una pesadilla. —Un estremecimiento la recorrió entera, y parpadeó rápido—. He soñado con una tumba. Y tú yacías helado en el suelo. Habías muerto.

Archer quería besarle la mejilla por haberlo dejado entrar, pero sus palabras fueron una corriente de aire gélido que le encogió las entrañas como un mal presagio. Se volvió para mirarla.

—A ti y a mí nos atormentan los mismos sueños.

También ella se volvió, y apoyó la pálida sombra de su mano fina en la cama, entre los dos.

—No me gustaría que murieras, Archer.

A él se le paró el corazón, se le anudó la garganta. Despacio, alargó la mano. Ella hizo un leve aspaviento cuando los dedos desnudos de él acariciaron los suyos. Archer lo ignoró. Le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Dentro de él algo se asentó, como si cogerle la mano lo afianzara. Su alma suspiró satisfecha.

—Tampoco a mí me gustaría. —Quiso sonar natural, pero sonó bronco.

Cogidos de la mano en la oscuridad, Archer notó que a ella le vibraba el pulso en la muñeca. Incapaz de resistirse, paseó el pulgar por la piel sedosa de sus dedos. Un levísimo olor a humo se desprendía de ella como de una cerilla recién apagada. Quizá hubiera estado atizando el fuego. Miranda se movió, y el olor se desvaneció, dejando tan solo la frescura de su aroma natural. Su cálido aliento acarició la piel fría de Archer. Imitando los movimientos de él, paseó el pulgar por el dorso de su mano. Archer sintió aquella caricia en todo su cuerpo. Permaneció inmóvil, respirando entrecortadamente por el esfuerzo.

—Tu mano —susurró ella.

Él sabía a qué se refería, y sonrió.

—No te emociones; es la izquierda. —Sonrió aún más al verla fruncir el ceño de decepción.

Su Miranda Bella adoraba el misterio. Le fastidiaba que le arrebataran una pieza más del puzzle, no cabía duda.

—Eres un grandísimo provocador, Archer —masculló ella.

Él rió. Qué a gusto estaba con ella. Los horrores de la noche se esfumaron, retirándose a algún lugar sombrío, recordados pero menos reales.

—Sí —le susurró él—. Pero a ti te gusta eso de mí.

El grueso abanico de sus pestañas le rozó las mejillas.

—Mmm... —Ella torció la boca—. No me lo echas en cara por la mañana.

—Jamás —juró.

Lo inundó la emoción, una alegría templada por el anhelo de estrecharla entre sus brazos. Tragó saliva con dificultad. Con la mano libre, le acarició el pelo y le pasó un mechón suelto por detrás de la oreja. El gesto fue rápido y suave, no suficiente para que ella pudiera notar la piel de su mano derecha. El deseo ardiente de besarla le hizo temblar. Pero no lo haría. Un beso y terminaría haciéndole el amor. Eso podía hacerlo. En la oscuridad, ella no lo vería. Pero su Miranda no se contentaría con eso. Querría saber lo que escondía. Y él no podría soportarlo.

Sin quererlo, pensó en otra mujer: Marissa, su antigua prometida. El suyo iba a ser un matrimonio de conveniencia, aunque ella había sido amiga, y confidente, suya de toda la vida. Hasta que le contó lo que había hecho y le enseñó la mano, que, por entonces, ya había empezado a transformarse. Todavía recordaba con amargura su cara de repugnancia y de horror, la rabia resentida que le provocó «su depravada y absoluta necedad». «Te has convertido en una pesadilla, Benjamin.» Ella lo abandonó sin pensárselo. Y ahora estaba muerta. Como muchos otros.

Miranda levantó los párpados y lo miró con tierna preocupación.

—Estás temblando, Archer. Tápate bien.

Él cerró los ojos para evitar la tentación.

—Me estoy calentando por minutos, te lo aseguro. —Aún cogido de su mano, se la acercó un poco más, al pecho—. Ahora duerme. Yo estoy contigo.

Ella cerró los ojos con un suspiro, su mano se relajó en la de él. Los sonidos de la noche envolvieron a Archer un instante, hasta que la voz sensual de ella rompió el silencio.

—Era una ladrona.

Él se tensó, sorprendido. Se lo había contado. Sabía lo que había sido, claro. Se había enfurecido cuando su administrador le había relatado cómo Ellis, habiendo despilfarrado el dinero que Archer le había dado, había obligado a Miranda a robar. Lo maravillaba que Ellis hubiera conseguido ocultarle sus fechorías tanto tiempo, pero la noticia no había hecho más que reforzar su determinación de pedirle la mano de Miranda tan pronto como regresara a Londres.

—Me enseñó mi padre. Él proviene de los barrios bajos. Me enseñó a hablar como uno de ellos, a actuar como ellos, a mezclarme con ellos. —Rió sin ganas—. Eché a perder en dos semanas el esfuerzo de una vida de mi madre por hacer de mí una señorita. —Él le apretó la mano y ella respondió con una sonrisa temblona—. Empecé como piquera, birlándoles la cartera a los primos con una agradable sonrisa. —Su acento cambiaba cuando hablaba la jerga que había aprendido para sobrevivir. Su voz seductora se volvía pastosa, incluso dura—. Después como cebo, engatusando a dependientes tontorrones en joyerías. —Tragó

saliva—. Nunca se les ocurrió mirar por debajo de mi busto para ver lo ocupadas que tenía las manos.

Paseó despacio la yema del pulgar por los nudillos de él y la atención de Archer se dividió entre sus palabras y la maravilla de sus caricias. Cualquiera habría podido pensar que, habiendo llevado guantes tantos años, se habría insensibilizado. En cambio, solo había servido para aguzar sus sentidos, convirtiendo en pura tortura cada caricia, cada roce. Archer notó el preciso instante en que ella se tensó, pero Miranda no hizo otra cosa que agarrarse más fuerte, como si la mano de Archer fuese su salvavidas.

—Al principio, disfrutaba con ello —dijo—, porque eran lo bastante estúpidos como para caer en la trampa, no ver más allá de una cara bonita. —Frunció el ceño—. Los despreciaba tanto a ellos como a mí misma.

—Si lo que pretendes es que también yo te desprecie, me temo que no puedo.

Una sonrisa asomó reticente a sus labios.

—¿No?

Él le apretó la mano.

—Nunca.

La sonrisa se desvaneció.

—Esta es la segunda vez que te cuento algo vergonzoso de mi pasado y no lo censuras como cabría esperar.

—¿Y por qué habría de juzgarte cuando seguramente he hecho cosas peores? —dijo él en voz baja, acariciando el suave pliegue de entre sus dedos índice y pulgar.

—¿En serio? —inquirió ella en el mismo tono.

Mientras hablaba, los ojos de Miranda le parecían luceros en las sombras.

—Yo he pecado contra todos los mandamientos salvo... el cuarto y el octavo, si no me falla la memoria. Siempre he honrado a mi padre y a mi madre —declaró con fingida solemnidad— y no recuerdo tampoco haber levantado nunca falsos testimonios.

Una sonrisa fugaz asomó a los labios de ella.

—¿Y contra el quinto?

Tranquilo y sosegado en una cama blanda con su esposa, vio con fría claridad el rostro de todos los hombres a los que había matado. Un escalofrío le heló el alma. Pese a su mal genio, nunca había sido violento. Sus padres le habían enseñado el valor de la vida. Pero eso era antes. La voz de Victoria resonó en su cabeza: «Solo yo sé lo que eres de verdad». Tragó saliva, asqueado. Que Dios lo perdonara.

—Sí. —¿Y qué derecho tenía él a estar cerca de Miranda? Su conciencia le dictaba que huyera, su corazón que no se moviera—. Aunque puedo decir que

siempre ha sido en defensa propia, eso no atenúa el que haya quitado la vida a otros.

Unos dientes nacarados asieron el carnoso labio inferior de Mirada, presa de un escalofrío. Sonó un trueno a lo lejos, ronco y fragoso. Un viejo temor infantil le subió por el espinazo a Archer, tentándolo a esconderse bajo las sábanas, y quiso huir, pero ella no lo dejó.

—Que un instinto de supervivencia innato te indujera a actuar de ese modo no es atenuante, ¿verdad? —Miranda habló con la seguridad que otorga la experiencia.

Archer se juró que ella jamás volvería a conocer ese sentimiento de culpa. Nunca tendría que robar ni temer. Aunque él ya no viviera, su dinero la mantendría a salvo.

Contestó a regañadientes.

—No, no lo es.

Ella asintió con la cabeza, su pelo sedoso una mancha cobriza en la almohada. La lluvia empezó a golpetear la ventana, luego la sacudió una fuerte ráfaga de viento, como exigiendo paso.

—Nunca le he contado a nadie esa historia —dijo ella al poco.

Archer se volvió para mirarla y la almohada que tenía debajo de la cabeza crujó con su peso.

—¿Por qué me lo has contado a mí?

La mano pequeña de ella apretó más fuerte la de él y lo atrajo hacia sí.

—Toda mi vida he confiado en la belleza primero, en la inteligencia después. Era lo que se esperaba, lo que se exigía, incluso. Pero tú viste más desde el principio. Eres el único hombre que he conocido que ha querido mirar más allá de mi rostro y conocerme de verdad. Y ahora siento que deseo que lo sepas todo de mí.

«Te amo.» Por un angustioso instante, Archer temió haberlo dicho en alto. Su alma casi lo gritaba. Tres largos años y no había pasado un solo día sin que pensara en ella. Miranda había ocupado sus pensamientos hasta transformarse en la quintaesencia de la perfección femenina; tanto era así que, cuando había ido a por ella, había temido que no pudiera satisfacer sus elevadas expectativas. Y, no, no las había satisfecho. En efecto, la verdadera Miranda era valiente, fiel y pragmática. También era entrometida, belicosa y testaruda. La verdadera Miranda era humana y, Dios bendito, le robaba el aliento. Sabía que la amaría hasta el fin de los tiempos. ¿Qué iba a hacer?

Un trueno resonó por toda la casa mientras se fundían sus alientos.

—¿Y tú? —logró decir pese al nudo que tenía en la garganta—. ¿No me has hecho tú el mismo regalo? En todos los años que he llevado esta miserable máscara, nadie se ha molestado ni en mirarme.

El aire que respiraban se volvió denso, lánguido. No la besaría. No. El corazón le golpeaba con violencia las costillas. Pero podía abrazarla. Solo eso. Despacio, como se acerca un hombre a un potro asustadizo, alargó el brazo. Ella cerró los ojos mientras la mano de él se enroscaba en su diminuta cintura. La sensación de su cuerpo pegado al de Archer le cortó la respiración por un instante vertiginoso. Con delicadeza, apoyó la cabeza de Miranda bajo su barbilla. Quería enterrar su rostro en el cabello de ella y respirarla, quedarse días allí, abrazándola sin más. ¿No entendía el mundo el placer tan inmenso que podía proporcionar a un hombre simplemente abrazar a una mujer?

Había sido un imbécil de cuidado metiendo a aquella mujer en su vida. Imbécil y egoísta. Muy egoísta, porque sabía perfectamente que no había esperanza para él. De eso era consciente. Solo que la razón era esclava del deseo, y nada podía hacer frente a este. Lo mismo le había sucedido a él en cuanto la había conocido. «Encuentra el anillo.» Daoud tenía muy claro que en el anillo se hallaba la cura. Debía encontrar el anillo primero; luego, podría hacerla suya.

Miranda suspiró, con su fina mano apoyada en el corazón de él.

—Detesto tener miedo, Archer.

Con prudencia, le alisó el pelo e intentó permanecer sereno. Que ella tuviera miedo, que estuviera en peligro por su culpa le hacía querer gritar.

—Yo también. —Le besó la nuca y cerró los ojos a aquella intensa sensación de rabia e impotencia—. Duerme, Miranda Bella. Yo estoy contigo.

—¿Me deshago de esta persona, milady?

Eran más de las seis, una hora del todo intempestiva para una visita, y lo confirmaba la nariz permanentemente fruncida de Gilroy. Además, era un caballero. Y venía solo. Menuda grosería, decía la contracción nerviosa de las aletas nasales del mayordomo.

Miranda pulsó el borde de la tarjeta de visita con la yema del dedo. El nombre escrito en ella la asqueó. Hora de pagar el favor. Pensar en cómo querría cobrárselo le dejó un mal sabor de boca.

—No. —Se alisó las faldas con mano temblorosa—. Lo recibiré. —Su voz no sonaba muy bien, lo sabía.

Había despertado sola y así había pasado todo el día. Archer la estaba evitando. Lo sabía en lo más hondo de su ser y le daban ganas de atizarle a algo. O quizá a alguien.

Dejó la tarjeta. En ausencia de su esposo, el visitante era el candidato perfecto. Además, necesitaba respuestas. Billy le había hecho saber, con uno de sus golfillos, que no había en las calles ningún West Moon Club ni variante alguna de este. Insólito, a juzgar por lo bien informadas que solían estar las ratas callejeras de Londres.

El caballero, que esperaba en el salón de espaldas a la puerta, con la chistera debajo del brazo, estudiaba absorto los objetos de la estancia. Se volvió cuando la oyó entrar y en sus vivaces ojos azules brilló cierta malicia.

—Ah, lady Archer, el tiempo no hace más que favorecer su belleza.

—Es algo tarde para una visita, señor —dijo Miranda mientras Gilroy cerraba la puerta.

Mckinnon frunció los ojos.

—¿Habría preferido que viniera mientras lord Archer estaba en casa?

Ella se dirigió a la chimenea, donde le quedaban más cerca algunos objetos de gran utilidad como el morillo o las carboneras.

—Ha estado vigilando la casa, ¿verdad?

Él rió enseguida.

—Nada tan siniestro como eso. —El corte perfecto de su levita se deshizo cuando se acomodó en el sofá—. Casualmente he visto a Archer a caballo por Shaftesbury. Ocasiona bastante revuelo, ¿sabe? —Mckinnon suspiró relajado y pasó un brazo por el respaldo del sofá—. Creo que hasta se ha desmayado una dama.

«Cerebros de mosquito.» Miranda estudió el reloj de similor y esperó.

Aquellos ojos azules la estudiaron a ella con creciente jovialidad.

—Haga el favor, señora. ¿No estaría más cómoda sentada?

De nada servía que se quedara de pie como una estatua; así Mckinnon jamás se marcharía. Rígida, se dirigió a la silla que tenía más cerca, pero él frunció el ceño.

—¿Me va a dejar solo en el sofá?

Su tono burlón la irritó como el chirrido de unas uñas en una pizarra. Le dedicó una mirada furibunda y después se aproximó sin gracia alguna al sofá.

—Eso es —dijo él cuando Miranda se dejó caer en el extremo opuesto—. Mucho mejor.

Él se volvió hacia ella, y situó una rodilla a escasa distancia de su muslo. Miranda se encogió cuando le rozó con los dedos la manga abombada del vestido.

—Entiéndame bien —miró furiosa aquellos ojos risueños—: mi paciencia tiene un límite. He accedido a reunirme con usted, nada más. Como ya le he dicho, ningún secreto de Archer me seduce tanto como para permitirle que me toque.

Distraído, Mckinnon se acarició la mejilla izquierda como palpándose el sitio donde ella le había dado la bofetada la otra noche.

—Y, como le dije yo, no pretendo tomar lo que no se me ofrece gratuitamente. Pero ¿qué hay del asunto de su secreto, lady Archer?

—Seguirá siéndolo salvo que quiera usted convertirse en un montón de ceniza.

Una carcajada de asombro brotó de los labios de él.

—*Touché*. —Asomó de nuevo a sus labios la sonrisa de regodeo—. Por suerte para mí, sabemos que eso no sucederá. —Él se inclinó y su aliento cálido le acarició el cuello—. ¿Qué le parece si llegamos a un acuerdo? Yo contesto una pregunta suya y, a cambio, usted me da algo que yo quiera.

Miranda se apartó bruscamente, dispuesta a huir, y él levantó las manos.

—¡Alto! ¡Espere! Creo que me ha malinterpretado, lady Archer. —Sus dientes afilados brillaron por debajo del bigote bien recortado—. No tengo intención alguna de chantajear a una mujer para llevármela a la cama. Me ofende usted.

—Pese a todas las evidencias —espetó ella. Ansiaba el momento de alejarse de aquel hombre.

Mckinnon repasó con los ojos su figura y acarició el borde inferior del canesú.

—No para usted de sacar conclusiones precipitadas, y me pregunto si no será porque, en el fondo, le gusta jugar conmigo.

Ella lo miró furiosa y él sonrió.

—Ay, la deseo, sin duda. Pero quiero que entienda el error que ha cometido. Se ha puesto de parte del hombre equivocado. Y me temo que saldrá mal parada.

—¿No me diga que me he equivocado de hombre?

Él cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Es esa su primera pregunta?

—No. Es una pregunta retórica, patán. ¿Qué es el West Moon Club? Y no aceptaré un monosílabo por respuesta.

Mckinnon esbozó una sonrisa.

—Bien. Era una sociedad de eruditos, todos nobles con un objetivo común: servirse de la ciencia y la medicina para descubrir formas de mejorar al ser humano, de curarlo de las enfermedades. —Pronunció con dificultad aquella última palabra, como si le desagradara—. Y, a la larga, hallar un modo de acabar con la muerte.

Miranda podía comprender que a su esposo, que soñaba con tumbas y muerte, lo atrajera una misión así. Daría sentido a su vida. Pero ¿cómo había ido tan mal?

—¿Qué pretendían descubrir exactamente?

—Eso ya es, señora mía, otra pregunta, pero, como hoy me siento generoso... —le dijo completamente impasible—. La inmortalidad.

—¿La inmortalidad? —Sintió un hormigueo en las mejillas de la impresión—. Pero ¿cómo? ¿La encontraron? Naturalmente creyeron que sí... ¿Cree Archer...?

—Salvo por la primera, que era algo repetitiva —dijo él con voz cansina—, me parece que eso han sido tres preguntas más. Me debe una antes de que conteste.

—Muy bien —aceptó ella entre dientes.

Mckinnon la acarició con la mirada mientras descansaba la sien en el puño.

—¿Siente placer cuando lo libera?

El calor incendió enseguida la piel de Miranda. Tragó saliva repetidas veces, y le supo a bilis. El fuego del hogar rugió de contento cuando ella lo miró fijamente. Tenía que preguntarle precisamente eso.

—¿Se ha quemado alguna vez? —inquirió ella—. Su padre sí. ¿Le ha hablado de ello en alguna ocasión? ¿Del infinito dolor que produce el que arda la propia carne de uno? Yo solo me he quemado los dedos cocinando y le aseguro que la sola idea de que el fuego me consuma se me hace angustiosa.

Lo miró y descubrió que su semblante había palidecido.

—Asé a ese hombre, sí. Se proponía deshonrarme, como lo haría la mayoría de los hombres de la calle sin pensárselo un segundo. Y lo quemé vivo. He causado angustias difíciles de soportar, destruido fortunas, y ¿usted cree que ese conocimiento me produce placer?

Mckinnon agachó la cabeza y estudió el sofá de brocado con súbito interés.

—Lo siento, Miranda. No lo había pensado.

Un inesperado sentimiento de culpa la atenazó. La triste verdad era que sí sentía placer cuando liberaba el fuego. Corría por sus venas como un deseo indómito. Pero moriría antes que confesárselo a nadie. Algo tan turbio era difícil de comprender.

—Quizá no me crea —dijo él—, pero sé muy bien lo que es perder el control con consecuencias desastrosas. —Al ver que ella no lo miraba, suavizó más la voz—. Ya puede hacer otra pregunta.

—Ya conoce mis preguntas.

La voz de Mckinnon cruzó el espacio que los separaba.

—Hallaron lo que creyeron que era la clave de la vida eterna. Ignoro cómo. Mi padre se niega a contármelo. Archer pagó el pato, por decirlo de alguna manera. Por desgracia, los resultados no fueron lo que ellos esperaban. Lo que fuera que le ocurrió a Archer fue suficiente para que se disolviera el club y sus miembros salieran corriendo en busca de refugio.

La respiración deslavazada de Miranda sonaba como un susurro en sus oídos.

—La inmortalidad.

—Y cosas aún más extrañas, querida mía. —Mckinnon sonrió con tristeza—. El experimento transformó a Archer. De forma irreversible. Sufre ataques de rabia, una visible deformación física. Está inestable, quizá incluso loco.

Ella se puso en pie de un brinco.

—Sandeces. Lo dice para ponerme en contra de mi esposo.

La vio pasear nerviosa de un lado a otro.

—Pese a su brusco lenguaje, usted sabe que eso no es verdad. Bueno, sí, es cierto que quiero volverla en su contra, pero lo que acabo de contarle no es falso. ¿Acaso nunca ha oído los rumores sobre la paliza mortal que le dio a lord Marvel? Le aseguro que hay otras historias...

—Rumores. Como el que afirma que procedo de un burdel. —Él abrió la boca para decir algo, pero ella se apresuró a proseguir—. Vivo con él. No está loco. Tiene mal genio, sí, pero no es locura.

—Entonces ¿no cree que buscaba la inmortalidad?

Miranda hizo una pausa. Cosas más raras se habían visto. Sus faldas se amontonaron en una cascada burdeos cuando volvió a sentarse, abatida, a su lado.

—No sé qué creer. —Se mordió el labio; todo aquel asunto la confundía—. Extraño nombre, West Moon Club.

—Mucho. —Mckinnon se sentó un poco más lejos—. Viene del relato nórdico «Al este del sol y al oeste de la luna».

—Lo conozco —dijo, y el recuerdo hacía tiempo olvidado le hizo sonreír—. Uno de los marineros de mi padre me lo contó una vez mientras los hombres descargaban la mercancía. Un asombroso oso polar se desposa con una mujer

joven y, a cambio de su obediencia, le ofrece abundantes riquezas. Solo que ella descubre que, en realidad, es un príncipe atrapado por el hechizo de un brujo.

—Ajá —dijo Mckinnon, esbozando una sonrisa—. Entonces recordará que, cuando la entrometida joven, ignorando la petición de privacidad del oso, descubre su secreto, a él lo destierran a un lugar al este del sol y al oeste de la luna, y lo obligan a casarse con una princesa trol.

Miranda cogió un cabello suelto que le había caído a las faldas del vestido.

—Sí, bueno... Pero, al final, ella lo salva, ¿no es así?

Mckinnon la miró con recelo y luego añadió con suavidad:

—Al este del sol y al oeste de la luna no hay nada. El club no tenía emplazamiento físico; el lugar de reunión cambiaba constantemente.

Miranda suspiró y miró parpadeando al techo.

—No debería creer nada de esto. —Aunque lo dijo con desdén, una parte de su ser le susurraba que escuchara con atención—. ¿Por qué... por qué está alguien matando a estos hombres? —Lo miró—. ¿Por conocer el secreto? ¿Para sonsacárselo a sus víctimas torturándolas?

—¿Y correr el riesgo de terminar igual que Archer? —preguntó él ceñudo—. Pero existe otra forma... una que hasta el club consideró, aunque, en última instancia, se creyó demasiado horrible incluso para ellos. —Se revolvió en el asiento y la miró detenidamente—. Hay quienes creen que imbuyéndose de la carne de un ser humano, uno absorbe el poder y el alma de la víctima. No he dicho que lo crea yo —añadió él enseguida al detectar la cara de escepticismo de ella—, pero es una práctica aceptada, ya empleada por los egipcios. Sé que Archer tradujo varios jeroglíficos de la materia.

—Absurdo —observó ella con un aspaviento ahogado—. La ingestión de carne humana únicamente lo convierte a uno en caníbal. Se propone usted asustarme. La inmortalidad es un mito.

—¿Acaso importa? —Sus ojos azules se clavaron en los de ella—. La cuestión no es si Archer se hizo inmortal o no. Esos hombres creían haber hallado el secreto de la inmortalidad; estaban convencidos. Discúlpeme, querida, pero no tiene usted idea de lo poderosa que puede resultar una creencia inducida para quien busca una cura... —Hizo una pausa e inspiró hondo—. Para eludir la muerte, curar la enfermedad, alguien está destripando a esos miembros del club y arrancándoles el corazón, cobijo bien conocido del alma. Yo lo veo muy claro. Alguien se ha propuesto seriamente alcanzar la inmortalidad al precio que sea.

Mckinnon se inclinó hacia delante y su cálido aliento le acarició las mejillas.

—Si eso es así, ese tipo debería dejar en paz a los demás e imbuirse de Archer.

Furibunda, Miranda alargó la mano y lo cogió por la muñeca. Tenía la piel asombrosamente caliente, casi febril, pero parecía disfrutar de excelente salud.

—Le diré algo —manifestó ella hosca—: si alguien encontrara a mi marido... —tragó saliva, presa de una arcada— apetecible, más le vale no tocarle un solo pelo de la cabeza, porque convertiré en algo más que cenizas a ese miserable.

Para realzar su afirmación, se volvió hacia el hogar. Los carbones bien prietos, que ardían de un naranja uniforme, parecieron inflarse y se volvieron bermellones, luego de un blanco incandescente, después estallaron en el interior de la chimenea.

Una gota de sudor corrió por la frente de Mckinnon, pero este sonrió.

—Qué protectora. —Se volvió hacia las ventanas de la sala, donde la puesta de sol había teñido el cielo de púrpura y dorado—. Parece que lord Archer ha vuelto.

Todo estaba en silencio, después el suave repiqueteo de cascos de caballo sonó en la gravilla de la entrada a la finca. Mckinnon la miró fijamente.

—¿Desea que me quede y continuamos hablando?

Se dibujó en su rostro una sonrisa perversa y le acarició con el pulgar la muñeca de la mano con la que ella aún lo tenía asido.

Miranda lo soltó de golpe y se recompuso antes de que se abriera la puerta principal. Mckinnon, en cambio, se puso de pie con ensayada insolencia y, cuando Archer, completamente ajeno a su presencia, entró despacio en la sala, fingió estirarse la ropa.

Miranda palideció. Sabía bien lo que aquello parecía y detestaba haber puesto a Archer en una situación tan comprometida en su propia casa. Lord Archer se detuvo en el umbral de la puerta abierta, con las piernas separadas, los puños muy apretados y su pecho ancho inflado.

—Vaya, el enmascarado nos deja entrever lo que oculta tras esa máscara suya.

La observación mordaz de Mckinnon rompió el silencio, y Miranda hizo una mueca de dolor al ver que Archer no llevaba puesta la máscara exterior, una humillación más a los ojos de su esposo.

Por un instante, de volver a verlo, le dio un vuelco el corazón, después detectó la expresión de su rostro. Rabia, una rabia como jamás había visto otra, le teñía la piel y encendía su mirada. La punta de la nariz y los labios resaltaban de blancos.

—Archer... —dijo ella, pero se interrumpió en cuanto él se volvió para mirarla. Y la rabia se transformó en una pena tan honda que le encogió del todo el corazón.

—Largo.

Aquellas palabras fueron como una puñalada en el corazón para Miranda, pero los ojos de Archer miraban más allá.

—Fuera de mi casa —se dirigió de nuevo a Mckinnon.

Mckinnon cogió los guantes y la chistera de la mesita auxiliar.

—Me marchó ya —señaló, con un súbito brillo en los ojos, lo que hizo pensar a Miranda si enfurecer a Archer no habría sido el verdadero propósito de Mckinnon desde el principio.

Le cogió la mano a Miranda antes de que esta pudiera moverse. Los ojos de Archer se clavaron en ella con violencia mientras aquel diablo se inclinaba a besársela. Aquello la sacó de la conmoción y le permitió zafarse de él.

—¡Váyase, por Dios!

Mckinnon rió frívolo y se dirigió tranquilamente a Archer, que se encontraba, como un bloque de granito, en la puerta de la sala. Se detuvo delante de él y los dos se miraron durante un instante interminable mientras a ella se le aceleraba el pulso. Archer repasó con la mirada a Mckinnon, deteniéndose en sus manos como si nada deseara más que arrebatarse los guantes y golpearle con ellos. Un destello animal refulgió en los ojos de Archer y se esfumó al momento; su mirada volvió al rostro de Mckinnon. Una calma absoluta se apoderó de los dos y Miranda, tensa, se dispuso a interponerse entre ambos, para evitar que Archer actuara, pero Mckinnon se puso el sombrero y salió de la estancia.

—Buenas noches —dijo desde el pasillo.

La puerta se cerró con un estruendo resonante y luego se hizo el silencio.

—Archer —dijo ella con voz de pronto áspera.

Él la miró un rato, con el rostro desprovisto de emoción, los ojos encendidos como estrellas; después dio media vuelta y se alejó despacio.

Archer se había evaporado como el éter. Cansada de visitar habitaciones vacías, Miranda se disponía a enfilear las escaleras cuando la detuvo la voz de Eula.

—El Príncipe de las Tinieblas está en el invernadero.

Miranda se quedó inmóvil, con la mano en el poste de la escalera. ¿El invernadero? En todos sus paseos por la finca, nunca había visto un invernadero. El ama de llaves la vio confundida y bufó:

—Suba al ático por la escalera de servicio. Lo encontrará.

—Eula, ¿me estás ayudando? —inquirió Miranda, reprimiendo una sonrisa.

Eula contestó con un silbido furioso y se fue exasperada, dando una manotada al aire como el que se quita de encima un insecto.

—Si no, va a andar todo el día como alma en pena revolviéndome la casa.

La estrecha escalera de servicio subía cuatro plantas, y el aire era más denso y caliente a medida que ascendía. Al llegar arriba, se topó con una puerta negra cerrada. Despacio, giró el pomo y se introdujo en un vergel estival. En el techo, unas láminas de cristal sujetas por una parrilla de hierro pintada de blanco retenían la mano oscura de la noche. El invernadero ocupaba toda la planta de la

casa, una jungla cavernosa de lánguidos helechos, fragantes naranjos y limoneros y aterciopeladas matas de rosas. Había rosas por todas partes, un caleidoscopio de color.

Las lámparas de gas silbaban en el silencio, reflejadas en los paneles de cristal. El aire húmedo la envolvió en un beso perfumado de rosas según iba avanzando; dejó atrás una tumbona de hierro y se adentró en aquella densa calma. El sonido de un zapato que se arrastraba le hizo volver la esquina.

Archer estaba delante de una superficie de trabajo de mármol y sus manos capaces llenaban de tierra un tiesto grande. Bajo la agraciada línea de su mandíbula le latía visiblemente el pulso. Aquel signo de vida, el desplazamiento de su nuez al tragar, le produjo un escalofrío.

La forma en que respiraba, el modo peculiar en que ladeaba la cabeza... todo aquello le era ya tan familiar como su propio reflejo. Más aún porque no se cansaba de mirarlo. ¿Sería inmortal el hombre que tenía delante? No podía ser. Eran leyendas. Y, si por alguna descabellada razón era cierto, Archer le sobreviviría, porque ella, desde luego, era mortal.

Miranda dio un paso hacia él, pero se detuvo en seco al ver la rosa que había en un tiesto sobre la encimera de mármol.

—Cielo santo. —Se quedó pasmada. Era preciosa, tan blanca que refulgía. Unas venas plateadas adornaban sus pétalos, acariciando sus bordes. La enorme flor se hallaba erguida y sola en su pequeño tiesto—. Es bellísima —dijo.

Archer inclinó apenas la cabeza.

—Si fueras rosa, no pensarías así. Si la pusiera en el mismo tiesto que a todas, les robaría los nutrientes. En cuestión de horas, marchitarían. Se echarían a perder solo por darle vigor a la rosa plateada.

Miranda se acercó a tocarla, pero una súbita cautela le paralizó la mano.

—Si es tan letal para las demás, ¿por qué la conservas?

Archer, más valiente, alargó la mano y acarició el refulgente borde plateado de un pétalo.

—Por sentimentalismo, supongo. —Su tono de voz le encogió el corazón.

—¿Solo una?

Unas hojas de intenso verde la guarecían como una manta.

—Solo puede producir una flor cada vez. Los capullos compiten por la luz y únicamente el más fuerte sobrevive.

No dijo más; abrió con las manos un saco nuevo de tierra muy negra.

—¿Qué quería? —La serenidad con que preguntó no la engañó. De la fuerza con que lo asía, temblaba el desplantador que usaba para llenar de tierra el fondo de un tiesto más grande. Un leve resoplido brotó de sus labios—. No te molestes. Lo sé.

El desplantador golpeó con violencia la encimera de mármol y ella se

encogió y, a la espera de la inminente explosión, notó que el corsé le apretaba la cintura.

No hubo explosión. Archer se limitó a mirar fijamente la tierra desperdigada como si tratara de decidir qué había provocado ese estropicio. Una extraña sensación le revolvió las entrañas cuando lo vio retirarse en lugar de volverse y hacerle frente. La inundó la vergüenza. Mckinnon y sus condenadas historias de terror. Había sido peor que un borrego por escucharlo. Quizá el club buscara la inmortalidad. Quizá no. Pero Archer era su esposo. El hombre que la protegía con su vida. No se merecía que especulara de ese modo sobre él.

—Me ha hablado de...

—¿Del West Moon Club? —Al ver que ella se asombraba, asomó a los labios de Archer una sonrisa amarga—. Tienes la moneda. Eres una entrometida de primera. No hace falta ser un genio para saber que habrías averiguado todo lo posible del club. —Clavó el desplantador en un montón de tierra—. Podrías haberme preguntado a mí, en lugar de a él.

Ella se acercó.

—Y tú eres reservado y esquivo en el mejor de los casos. ¿Acaso debo creer que me habrías contestado?

A Archer se le escapó una risita desganada.

—Pregúntamelo ahora y compruébalo.

Con el corazón desbocado, Miranda se obligó a hablar.

—Mckinnon cree que buscabais el secreto de la inmortalidad. —Dicho en alto, le sonaba ridículo, pero Archer no pareció asombrarse. En cambio, se limitó a agachar la cabeza y mirar la tierra, sin verla.

Cuando al fin habló, su voz sonó hueca, despegada.

—La inmortalidad no era la meta, aunque supongo que, al prolongar la vida, uno elude la muerte. —Con cuidado, levantó la bola de tierra expuesta que albergaba la rosa y la puso en el tiesto nuevo—. Esta rosa que ves aquí es nuestro mayor logro.

Miranda observó extrañada cómo temblaba delicadamente la rosa plateada mientras Archer rodeaba de tierra sus raíces.

—¿Esperas que crea que esos asesinatos han sido por una rosa?

—No. —Una sonrisa burlona asomó a sus labios—. No obstante, sabiendo que te lanzarás de cabeza al peligro, ¿esperas que te diga a quién creo responsable?

Ella soltó un suspiro de frustración.

—Entonces me obligas a buscar respuestas en otra parte.

Archer se tensó, pero no quiso mirarla a la cara.

—Eso ya lo has hecho, ¿no es así? —Un terrón cayó con fuerza al tiesto—. Espero que el rato que has pasado con Mckinnon haya valido lo que has averiguado. La cuestión es: ¿qué le has dado tú a cambio? —El desplantador arañó

la encimera, abriéndose paso por el montón de tierra—. Conozco a ese perro lo bastante bien como para saber que no da nada por nada.

—Por lo visto, nos conoces muy bien a los dos —dijo ella sin pensar.

El desplantador cayó con estrépito al suelo de pizarra. Archer inspiró hondo para tranquilizarse, luego se agarró con fuerza al borde de la encimera.

—Tengo cosas que hacer, Miranda. Vete, por favor.

Despacio, se acercó a él, consciente del suelo que pisaba y del brusco latido de su corazón. Él no se movió, ni huyó mientras ella se situaba a su espalda, lo bastante cerca como para notar la tensa energía que lo rodeaba.

—No tienes motivos para estar celoso.

Archer no levantó la cabeza del tiesto.

—¿Eso es lo que me pasa?

A Miranda se le entrecortó la respiración, pero no pudo apartarse. Ya conocía el tacto de su cuerpo. Lo fuerte y potente que lo había sentido cuando se había pegado a ella en el callejón. Y ansiaba tenerlo. Incluyó la cabeza hacia delante y a punto estuvo de rozar el espacio de entre los omóplatos. Miró fijamente la chaqueta negra que tenía delante y el suave ascenso y descenso de su espalda.

—No ha conseguido su propósito. —El corazón le golpeteaba dolorosamente la garganta.

Él se agitó y se apartó un poco de ella.

—No porque no lo intentara lo suficiente.

—No. —Inspiró—. Pero, como mujer, me ha parecido más fácil, más rápido, dejarlo que me lo pidiera... —la mano enguantada que Archer tenía en la encimera se apretó en un puño mientras Miranda hablaba con firmeza— y rechazarlo después.

Él gruñó con indiferencia. Ella tenía la mano a la altura de su hombro, suspendida, debatiéndose entre la cautela y la necesidad de tocarlo. Archer se tensó como si se preparara para quitársela de encima, y ella bajó la mano. Cerró los ojos y se desplazó hacia delante, aproximándose aún más a él. Solo por estar cerca de él. Guardaron silencio, respirando al mismo ritmo, despacio, hondo, regular. El calor de su cuerpo se fundió con el de ella, el espacio que había entre ellos, apenas un suspiro. Un temblor silencioso se apoderó de las extremidades de Miranda.

—No tienes motivo para estar celoso —volvió a susurrarle.

La suave lana de su chaqueta le rozó los labios cuando él se dio la vuelta. Aquellos ojos grises que la miraban desde arriba resplandecían como piedras de luna y su respiración era irregular y superficial.

—Archer...

Su mirada se desvaneció cuando oyó la voz de ella y agachó la cabeza como si de pronto no pudiera sostenerla.

—Es como tú dices —repuso enseguida—: no tengo motivo para estar

celoso. No tengo derecho a... —Se tensó la línea de su mandíbula.

Una sensación similar a la rabia pero más suave nació en el pecho de Miranda. El prominente labio superior de Archer se apretó y el abanico de sus oscuras pestañas ocultó sus ojos.

—¿Ah, no? —le susurró Miranda, apenas capaz de articular palabra—. Porque, aunque tú no, yo desde luego sí.

Las palabras de ella fueron calando en él, despacio. Archer levantó la mirada, con las cejas algo enarcadas. Sus ojos se encontraron mientras se miraban uno a otro y las cosas que no se habían dicho flotaron en el aire.

Archer tomó una rápida bocanada de aire y su voz se volvió espesa y trémula.

—Miri... —Levantó la mano como si fuera a tocarla, pero, de pronto, se alejó y se fue al final de la encimera con el falso pretexto de organizar sus herramientas—. No me has entendido —dijo con fingida despreocupación—. Lo que he querido decir es que no tengo derecho a oponerme a que te visite quien tú quieras.

La sangre le resonó a ella en los oídos al mirarlo. Hasta el último centímetro de su cuerpo revelaba la falsedad de sus palabras.

—¿Por qué te apartas de mí?

Archer esbozó una sonrisa, pero no había nada de risueño en sus ojos, que parpadeaban fijos en la encimera.

—Pensaba que nos estábamos evitando el uno al otro.

—Sí —ella se acercó un poco más—, lo hemos hecho de maravilla.

Un conato de risa brotó de los labios de él, pero no respondió. Con los puños en el mármol, miraba al infinito.

—Solo quería estar cerca de ti —dijo en voz muy baja, tanto que se preguntó si hablaba con ella—. Vivir a la sombra de tu luz. Que quisieras... —Cerró la boca con fuerza, mordiéndose los labios por dentro—. No puedo pensar cuando estás cerca.

Se apartaba de ella cuando Miranda más lo necesitaba. Había matado a un hombre la otra noche. También él había matado. ¿Lo atormentaba eso tanto como a ella? ¿Luchaba todas las noches por controlar su rabia? Las preguntas se le amontonaban en la garganta.

—¿No te sientes nunca hastiado de tanto secreto? —le susurró Miranda en medio del denso silencio.

Archer inspiró hondo y volvió la cabeza. Parecía que iba a tenderle la mano. La ilusión se desvaneció cuando lo vio agarrotarse de pies a cabeza.

—Siempre —le susurró él.

Enmudeció, mirándola como si ansiara decir algo más. Pero era tan incapaz de dar el primer paso como ella, así que siguió con sus tiestos. Las arrugas de

alrededor de la boca se le acentuaron y el resentimiento de la joven se disolvió. Quizá la confianza no funcionara así. Miranda no lo sabía: jamás había confiado completamente en nadie en toda su vida.

Se acercó aún más y sus tacones resonaron en el suelo de pizarra. Él inspiró hondo y se volvió para mirarla. Archer cerró los ojos como si mirarla fuera su perdición. El pecho de él se hinchó y deshinchó como un fuelle cuando ella se inclinó y dejó que el calor de su cuerpo la envolviera. Su barba incipiente le hizo cosquillas en los labios al depositar en su mejilla un beso suave, recreándose en su discreto aroma, y él cerró los ojos casi como si le doliera. Tragó saliva de forma audible y su pecho se agitó cuando ambos se estudiaron desde la escasa distancia a la que se encontraban.

—Si quieres estar cerca de mí, ¿por qué me castigas? —Le acarició la barbilla con los labios—. ¿Por qué te castigas a ti mismo?

Él la miró extrañado, petrificado en el sitio. Sus ojos la recorrieron despacio hasta posarse en sus labios y la expresión de pasmo de su rostro se esfumó. No pudo ocultar el deseo que ardía en sus ojos.

Poco a poco, ella le cogió la cara. El aire se hizo denso; el pecho se le tensaba con cada respiración. Archer cerró los ojos, como armándose de valor, y ella supo que iba a apartarse de nuevo. La sola idea le rasgó el corazón. De pronto, todo se volvió muy sencillo.

Miranda deslizó la mano hasta su cuello para cubrir esa distancia que ya no podía soportar. Él abrió los ojos de golpe y un escalofrío estremeció todo su cuerpo.

—No... —La protesta murió cuando ella ancló su boca a la de él.

Aquel contacto le produjo una avalancha de sensaciones que la sacudió entera. Archer contuvo la respiración como si también él lo sintiera. El cuerpo de él se tensó como un arco y tembló con una fuerza apenas contenida. Entonces Miranda supo que, aunque lo deseaba inmensamente, él no se atrevía a tocarla. Poniéndose de puntillas, ladeó la cabeza y volvió a besarlo; fue un beso lento y escrutador con el que le separó los labios. Prendió entre sus dientes la curva deliciosa del labio superior de Archer, disfrutando de su tacto y su sabor; el deseo corría por sus venas como miel derretida. Un sonido brotó con violencia de la garganta de Archer, mitad gemido mitad ruego, y se apartó un poco.

—Nunca ha sido rechazo —dijo, mientras sus brazos ceñían la cintura de ella y la apretaban contra su cuerpo, donde hacía tiempo que ella había querido estar.

—Entonces ¿qué ha sido? —inquirió ella en un susurro.

—Instinto de supervivencia —contestó él con voz ronca, y la besó con pasión.

Las entrañas de Miranda prendieron como un tizón en leña seca. Se

balanceó cuando los labios de él se pasearon por los suyos para aprenderse su forma y su textura por contacto. La cálida humedad de su lengua en la de ella la atrapó como el anzuelo al pez, y tiró con fuerza, dulzura, hondura, de su vientre. Él se convirtió en su mundo. Archer. El aroma a limpio de su camisa de lino, el cosquilleo de sus largas pestañas en la sien. El silencio le retumbaba en los oídos, templado solo por suaves susurros y el roce de ropas. Su lengua se deslizaba, buscaba, tomaba. La seda de las solapas de su camisa se arrugaba entre sus dedos; sus pechos se desplazaban pegados al muro de sus pectorales mientras se lo arremataba más. Un beso siguió a otro hasta que la mente se le quedó a oscuras y en silencio. El deseo se amontonó en su vientre, revuelto y volcánico, y rezumó por todos los poros de su piel. Miranda suspiró y una pregunta llegó a ella con aquel beso e hizo que la respiración se le acelerara dolorosamente.

«Sí, Ay, sí. Y ahora.»

Él respondió y la intensidad de su respuesta hizo que le flojearan las piernas. Con un gemido, ella se combó en sus brazos. Él tragó saliva, su beso se intensificó. Lametones de puro placer cubrieron la piel de Miranda bajo los apretados confines de su pesada ropa. Archer masculló algo ordinario y posesivo y se agarró con una mano al moño medio deshecho de Miranda. Los tiestos traquetearon cuando él se derrumbó sobre la encimera de mármol arrastrándola a ella consigo.

Archer había perdido el juicio. Le traía sin cuidado. Estaba en algún lugar cálido y placentero. Y lo envolvía Miranda, su templada suavidad, su boca carnosa y sensual. Se sumergió en aquel beso, descubrió su sabor.

Cielo santo, qué calor tenía. Le ardía la piel. Le ardía donde ella lo tocaba. Donde sus manos pequeñas acariciaban la extensión de su pecho. La sangre le rugía en los oídos mientras abordaba su boca una y otra vez. Con suavidad, con vehemencia succionaba el grueso almohadón de su labio inferior. Besos efímeros, luego intensos. Un deseo ardiente llevó sus pensamientos por sendas oscuras.

Con un gruñido, se dio la vuelta, la subió a la encimera de mármol y se instaló entre sus piernas infinitas. Quería catar su piel, pasear la lengua por su cuello largo, por la deliciosa protuberancia de sus pechos. Pero todavía no; no podía dejar su boca. No quería. Besarla era mejor de lo que había imaginado. Y había imaginado mucho. La boca de Miranda era enloquecedora, firme, tierna, húmeda, suave, una amargura. Las faldas susurraron cuando las recogió, puñados de seda encerrados en una mano. Vislumbró un trocito de pierna suave y nacarada. «Hazla tuya, penetra en su calor tenso y húmedo.» La lengua de Miranda serpenteó por la de él y a Archer casi se le doblaron las piernas, porque ella lo besaba con la misma desesperación.

Intentando recobrar el control, se agarró al borde de la encimera de mármol.

Con la otra mano, la tenía presa. La deslizó por su fina espalda hasta su trasero pequeño y prieto. Se la acercó un poco más y ella se arqueó hacia él, y echó las manos atrás en busca de soporte. Sus pechos tiernos se estrujaron contra el suyo. Él empujó las caderas entre las piernas de ella, presionando contra el sitio en el que quería estar, en el que necesitaba estar. El ardor inundó todo su cuerpo. La ropa le pesaba, abrasaba. Brotaba el sudor en su piel, pero Archer temblaba.

Ardía la piedra en la que apoyaba la mano. La agarró más fuerte. Ella le atrapó con la boca el labio superior y él gruñó, consumido por aquel ardor y el sabor esquivo de ella. Cielo santo, iba a morir. Iba a sufrir un ataque de deseo. La tensión y el anhelo se enroscaron con tal fuerza en sus entrañas que temió alcanzar el clímax allí mismo y en ese mismo instante. Le temblaba el brazo, le dolía estar asido al mármol.

Un fuerte crujido rasgó el aire y Archer se ladeó mientras la encimera cedía bajo la presión de su brazo. Reculó dando tumbos y Miranda dio un grito de espanto. Aun al caer, mantuvo el otro brazo firmemente anclado a ella, procurando protegerla. Se enderezó y, una vez erguido, estudió a Miranda.

Su recogido de dorado cobrizo se ladeaba precariamente y algunos mechones le caían por los hombros, pero parecía ilesa. Tenía los labios hinchados y enrojecidos, pero tan condenadamente bellos que de pronto se descubrió inclinándose hacia ella antes de que levantara del todo la neblina de su cerebro. Parpadeó y sacudió un poco la cabeza para librarse de ella. Retrocedió, de repente consciente del trozo de mármol que aún llevaba en la mano derecha. Se quedó pasmado al mirar a la espalda de ella y descubrir el desastre en que había convertido su superficie de trabajo. Unas manchas de carbonilla señalaban el mármol blanco, ahora partido en dos trozos desiguales.

Demonios, la había destrozado, de algún modo, incendiado. Sintió náuseas.

—¡Por el amor de Dios!

Miranda se volvió y palideció.

—¡Por Dios! —insistió Archer, apartándose de ella.

Podía haberla matado, haberla aplastado con su entusiasmo. La sola idea le produjo una punzada de terror.

Ella lo miró espantada, su expresión un reflejo de la de él. Tragó saliva, seguramente al llegar a la misma conclusión. A Archer se le paralizó el cerebro, incapaz de decir o explicar nada. Necesitaba salir de allí. Alejarse de ella. Los ojos de Miri se inundaron de lágrimas y ella se volvió de pronto, dándole la espalda. A Archer le dio un brinco el corazón.

—Lo siento —susurró Miranda—. Tengo que...

No terminó la frase; salió corriendo del invernadero como alma que lleva el diablo.

Quería que se fuera, que estuviera a salvo de él, pero el verla huir de ese

modo le partió el corazón.

Ian Mckinnon entretuvo a su ramera durante casi media noche.

Tres pisos más abajo, en la queda oscuridad de la biblioteca de Mckinnon, Archer sacó su reloj de bolsillo. Casi las dos de la madrugada. Puso los ojos en blanco y cerró de golpe el reloj. Le fastidiaba esperar. En su estado de ánimo actual, quería matar a cualquiera que tuviese la suerte de disfrutar del sexo. Sobre todo a Mckinnon.

Pero la sorpresa era primordial para invadir el hogar de Mckinnon. De hecho, Rossberry se había escabullido al saber del interés de Archer. Esa noche el servicio de Mckinnon había desaparecido: o los habían dejado marchar o mandado a otra parte; se habían disuelto con la misma eficiencia fantasmal que el servicio de Rossberry. Archer no podía permitirse que Mckinnon se le escapara entre los dedos. Menos aún después de lo que había visto esa noche: su anillo de oro en el dedo de ese tipo, refulgiendo a la luz. Tan real que lo había dejado atónito. Había tenido que contenerse muchísimo para no arrancárselo de la mano ahí mismo. Pero Miranda lo habría visto y le habría hecho preguntas.

Se oyó un fuerte estruendo y un grito desarticulado procedentes de arriba que atrajeron la mirada de Archer al medallón floral tallado en el techo. Como ese canalla no terminara pronto, iba a sacarlo a rastras de la cama. Archer apuró su whisky solo de un trago impaciente. Por lo menos tenía un bar bien surtido.

Se oyeron risas, las tontas y nasales de la ramera atemperadas por las graves de Mckinnon. Archer reprimió un juramento. Ni siquiera cuando había estado entero, había sido capaz de pagar por el placer. La parejita bajó haciendo eses el último tramo de las escaleras y pudo verlos cuando se detuvieron en el vestíbulo. La luz titilante de las lámparas murales bañó a la mujer, y el regusto turboso del whisky escocés se le agrió en la boca. De cabello cobrizo, ojos verdes y estatura poco usual, poseía cualidades repugnantemente obvias para haber sido elegida por Mckinnon. Sus ropas exquisitas y su piel fina la convertían en género de calidad. Archer contuvo un resoplido. También podía hacerse pasar por crema de leche el agua sucia.

Archer esperó quieto mientras Mckinnon pagaba a su amante y la despedía con una sonora palmada en el trasero. Tarareando contento una tonada, entró despacio en la biblioteca poco después y fue directo a la mesa de las bebidas.

—Lamentable sucedáneo —dijo Archer haciendo añicos el silencio absoluto.

Mckinnon se sobresaltó y sus finas zapatillas resbalaron apenas en el parquet. Un gruñido grave le resonó en la garganta al darse la vuelta rápidamente, con el ceño fruncido de asombro por no haber detectado al intruso.

Los ojos azules de Mckinnon se tiñeron de amarillo cuando Archer encendió la lámpara.

—Hasta para ti, Mckinnon.

Mckinnon cayó de pronto en la cuenta.

—Claro —dijo con ligereza—. Tú no hueles a nada. —Se estiró el camisón y se sirvió un vaso de whisky. El cuello abierto le permitió observar a Archer el movimiento de su garganta al bebérselo de un trago. El vaso aterrizó con fuerza en la madera. La luz humeante de la lámpara proyectaba sombras en las facciones enjutas de Mckinnon, que miraba fijamente a Archer—. Bueno, quizá a muerte congelada.

Archer sonrió sin ganas.

—Y tú hueles a pellejo mojado.

Mckinnon rió.

—Sí, bueno. —Sus ojos brillaron a la tenue luz de la lámpara—. No has venido por mis encantos irresistibles, por lo que veo. ¿A qué, entonces? ¿Te excita escuchar detrás de las puertas? Supongo que todavía te asalta ese temor pueril a irte a la cama con fulanas.

—¿Así es como lo llamas? —Archer esbozó una sonrisa—. Vaya, yo pensaba que era aversión a pagarle a alguien para que me desee. Prefiero el placer gratuito.

Mckinnon sonrió.

—¿En serio? Sospecho que tu presencia aquí responde más bien a tu miedo a dónde pueda depositar sus afectos tu esposa.

Archer se alisó una arruga de los pantalones con la mano algo temblona. Sabía bien dónde depositaba Miranda sus afectos. La idea le envenenó la sangre.

La mirada penetrante de Mckinnon detectó entonces cierto aire de satisfacción en la sonrisa de Archer; bufó asqueado.

—Creo que voy a vomitar.

—Ten cuidado con los zapatos, si es así.

Mckinnon reveló sus afilados caninos en una falsa sonrisa.

—¿Le vas a contar que eres responsable de esto? ¿De todos los casos?

Archer posó sereno las manos en su regazo.

—Por Rossberry también, supongo.

Un levísimo gruñido, poco más que un rumor, brotó del gástrico de Mckinnon.

Archer forzó una carcajada.

—Cielos, no eres más que un cachorro impresionable. Más aún que mi esposa.

La voz sedosa de Mckinnon se propagó por la oscuridad.

—Pero ahora está imaginando cosas, ¿verdad? —Frunció los ojos de júbilo—. ¿Me equivoco?

Archer se limitó a mirarlo; el corazón le tronaba en los oídos y las ganas de partirle el espinazo le hacían apretar los puños con fuerza.

La sonrisa de Mckinnon vacilaba, pero él se erguía con bravuconería. Se oyó un tañido de cristal mientras manoseaba el tapón de un decantador.

—¿A qué has venido entonces?

Aprovechándose del desasosiego de Mckinnon, Archer lo miró un minuto más y después habló:

—Por el anillo.

Mckinnon enarcó una ceja oscura, mirándose la mano y la alianza dorada que llevaba en ella.

—Qué insensatez quitarme los guantes, ¿no es cierto? —Mostró los dientes—. Supongo que estaba muy a gusto.

Por muy sólida que fuera su confianza, los celos le revolvieron las entrañas. La sonrisa de Mckinnon se hizo mayor. Se sirvió otra copa. El leve movimiento impregnó el aire de un rancio olor a sexo. Archer respiró por la nariz y esperó.

—¿Sabes qué? —dijo Mckinnon al fin—. No creo que deba desprenderme de este anillo. Me lo regaló mi padre, ya lo sabes. Además, me trae buenos recuerdos de tu sufrimiento y todo eso.

No le costaría mucho partirle el cuello a aquel imbécil.

Ajeno al peligro, Mckinnon se volvió y apoyó una cadera en la consola.

—No obstante, estoy dispuesto a hacer un trato. Un pequeño escarceo con...

Mckinnon salió volando por la sala, del puñetazo de Archer, que lo estampó en la pared, con la consiguiente rociada de pedacitos de yeso y el desparramamiento de extremidades. Una pintura del Támesis se tambaleó precariamente en la pared, encima de su cabeza, cuando él cayó al suelo como un fardo. Inspiró con dificultad y después se puso en pie de un salto.

Se abalanzó sobre Archer, agarrándolo por el tronco. Cayeron con estrépito y deslizándose por el suelo, se estrellaron contra un escritorio. Se astilló la madera, llovió el papel como hojas en otoño sobre ellos. Archer se notó la fuerte punzada de una pata de mesa rota en la espalda y se giró, quitándose de encima a su contendiente con un solo movimiento. El hombre fue dando tumbos varios metros, luego se levantó de un brinco, igual que Archer.

—Ahora eres más fuerte —observó Mckinnon con una risa entrecortada.

Archer pensaba lo mismo de él, pero se lo calló. La sangre tintaba de rojo los dientes de su rival, que gruñó y volvió a atacarle.

Archer se le adelantó y atrapó el brazo estirado de Mckinnon. Lo hizo girar por los aires como a una rata y lo estampó en la pared del fondo. Mckinnon chocó contra un armarito de curiosidades y generó una explosión de cristal.

—Y más rápido —repuso Archer mientras caían al suelo pedacitos de cristal.

Se enderezó las solapas y, cuando Mckinnon atacó de nuevo, le asestó un golpe bajo directo al vientre. Rugió y se retorció de dolor, y su puño acertó con asombrosa fuerza la sien de Archer. Este vio las estrellas. Parpadeó y contraatacó y, al hundirse su puño en el rostro de Mckinnon, oyó un satisfactorio crujido de huesos.

Su rival cayó como un palo mayor partido. Archer le pisó el cuello para evitar que se levantara.

—Me parece que ya has tenido bastante, cachorrito.

Mckinnon frunció mucho los ojos.

—Hijo de mala madre. —Escupió. Le salía sangre de la nariz torcida y el labio partido—. Si la luna brillara más...

Archer apretó.

—Por desgracia para ti, no es así.

Se revolvió contra Archer. Sus puñetazos en la pierna de este se debilitaron y se volvieron ineficaces. Cuando comenzó a ponerse azulado y a echar espumarajos por la boca, Archer redujo un poco la presión.

—Bueno —dijo Archer, inclinándose sobre Mckinnon, que gruñía y tosía—, ya me he cansado.

Alargó la mano y le arrancó el anillo del dedo, con más crueldad de la necesaria; luego se apartó.

Mckinnon respiró con dificultad y se frotó el cuello suavemente.

—Maldito bastardo congelado. —Haciendo un esfuerzo, se incorporó y escupió al suelo un pegote de algo asqueroso, pero no hizo ademán de levantarse. Sabía que no le convenía enfrentarse a Archer ahora—. Más vale que te marches ya. Tan pronto como crezca la luna...

—Sí, eso ya lo he oído antes. —Archer se dirigió tranquilamente a la puerta, pasando con cuidado por encima de los trozos de una silla rota—. De tu padre.

—Desgraciado.

Archer se detuvo y lo miró. La nariz ya no le sangraba tanto, la parte hinchada de la cara empezaba a recobrar su color natural.

—Cuidado —le dijo—. No te conviene que cure antes de que te la recolques.

Mckinnon soltó una retahíla de impropiedades mientras se enderezaba la nariz sin casi inmutarse. Archer rió apenas, pero su buen humor se desvaneció al apretar el anillo en la mano.

—Mantente alejado de ella, Ian.

Casi había cruzado el umbral de la puerta cuando Mckinnon lo llamó.

—Benjamin.

Archer no se volvió, pero esperó.

—¿Por qué la has metido en esta pesadilla?

Sintió una punzada de culpa, cruda e inesperada. Cerró los ojos un instante.

—Me lo pregunta el hombre que me la robaría si pudiera.

Mckinnon profirió un sonido lastimero.

—Supongo que te entiendo mejor de lo que pensaba.

De pronto, a Archer le pesó demasiado la cabeza para sostenerla.

—Entonces ya estamos igual, tú y yo.

—Sí, y aun así, estás cometiendo los mismos errores estúpidos que me viste cometer a mí —replicó Mckinnon, tan derrotado que le afloró aquel acento escocés que tanto se esforzaba por erradicar—. Si de verdad la quieres, muéstrale lo que eres antes de que sea demasiado tarde para que huya.

Archer no descansó ni un segundo hasta que pudo verse encerrado en su biblioteca. Con las cortinas corridas, la lámpara al máximo, se sentó encogido ante su escritorio y se obligó a abrir la mano. El anillo de oro que tenía sobre su palma ennegrecida era lo bastante real; aun así, inspiró hondo y lo examinó con atención para convencerse de que se encontraba verdaderamente en su poder.

Sí, era ese. Lo cogió y sintió una punzada en el pecho. Qué familiar le era. Algunas muescas eran nuevas, otras las recordaba bien. Incluso el peso le era familiar. El anillo, con un diámetro de dos centímetros, llevaba grabada una estilizada imagen del sol fundiéndose con la luna en su centro.

Sonrió y acarició la inscripción con la yema del dedo. Su madre se lo había regalado el día en que se iba a Cambridge. Un sol para su hijo. Él siempre había sido su sol, el niño nacido cuando los rayos solares le pasaban por encima de la cabeza, y Elizabeth su luna, nacida una hora después, cuando la luna asomaba al cielo oscuro. De niños, Elizabeth y él a menudo se acurrucaban en el regazo de su madre a escuchar embelesados la historia de su nacimiento. Su madre se sentía orgullosa de haber dado a luz a dos gemelos tan sanos y fuertes.

Al pensar en ellas, oscilaba su sonrisa y la punzada del pecho se intensificaba. Demasiado tiempo separado de aquel anillo. Pensó en el anillo de Elizabeth, la luna. Su madre le había regalado a ella la luna, un precioso anillo de piedra de luna que Elizabeth adoraba.

—Guárdamelo bien —le había dicho ella en su lecho de muerte, sirviéndose de la escasa fuerza que le restaba para quitárselo del dedo y ponérselo en la mano. Archer había llorado, desconsoladamente; debía haber reprimido sus sollozos por ella pero no había podido. La única vez que recordaba haber llorado siendo ya hombre. Le había suplicado a Elizabeth que se lo quedase, aunque solo fuera para que le diese fuerzas, pero ella había sido inflexible—. Estoy en paz con la muerte. No dejes que este anillo me siga a la tumba, *fratello*.

Desde entonces, había sido su posesión más preciada. Ahora se hallaba a salvo en el fino dedo anular de Miri. Vérselo puesto le hacía sonreír a menudo. Archer salió de su sentimental embelesamiento respirando hondo. Había asuntos más importantes de los que debía ocuparse.

Recordaba bien el día en que había puesto el anillo en la mano de Daoud, estando en el puerto de El Cairo, y aquel aroma a especias mezclado con la humedad del Nilo seguía muy vivo en su recuerdo.

—Mándame recado con esto —le había dicho a su administrador, que además era la única persona en la que confiaba plenamente—. ¿Sabes cómo

funciona?

Los ojos negros de Daoud lo habían mirado muy serios mientras asentía.

—Cuenta conmigo, milord.

Entonces no disponían de mucho tiempo. A Archer había vuelto a darle alcance su pasado. No se atrevía a permanecer en El Cairo ni un solo segundo más; debía evitar que se descubriera todo su trabajo. Y estaban tan cerca de hallar una cura... Daoud era el único que podía quedarse allí; su conocimiento de las lenguas antiguas era aún mayor que el de Archer.

Daoud lo había abrazado y le había besado las mejillas con solemne dignidad.

—Vaya con Dios, milord.

—Tú también.

La figura solitaria de su amigo, recortada de plata a la luz de la luna, se había desvanecido en la oscuridad al zarpar el barco de Archer.

Unas semanas después, a Archer le había llegado la noticia: habían encontrado a Daoud a los pies de la Gran Pirámide, asesinado por ladrones, según el magistrado. Pero, para entonces, el último mensaje de su amigo ya estaba en manos de Archer: «Tenga cuidado, milord. Temo que alguien no quiere que esto salga a la luz».

Archer entendió entonces que Daoud sabía que su vida pronto vería su fin.

Lo amargaba saber que había provocado la muerte de su buen amigo, pero ahora sabría, por fin, si Daoud había logrado su propósito.

Con la respiración entrecortada de emoción, Archer hincó la uña del meñique en la luna creciente y, tras oír un chasquido que ya conocía, giró el dedo en dirección contraria a la de las agujas del reloj. El mecanismo oculto se activó, se abrió el anillo, y reveló un compartimento interior que él había instalado. Se le cortó la respiración. Enroscado en el interior había un trocito de papel. No, de papel no, era tela; dos rectángulitos de tela inscritos con sangre, observó mientras deshacía el rollito y sostenía primero uno y luego el otro, con sumo cuidado, a la luz de la lámpara.

Archer no pudo sino maravillarse de la habilidad de Daoud cuando sus ojos recorrieron la diminuta escritura, limpia y clara. Estaba codificada, pero era fácil de leer para él, pues conocía el código. Lo que leyó no le quitó un peso de los hombros como había esperado, sino que lo aplastó aún más. Inspiró con dificultad; el tejido que tenía delante de los ojos se emborronó. Parpadeó con fuerza. No había cura, pero sí una solución, por llamarlo de algún modo. Mckinnon tenía razón. No había cura. Solamente desesperación. En todos esos años, jamás había pensado que la cura sería su destrucción. Cielos, estaba tan convencido de que la habría.

El pecho le dolía. Sintió ganas de apoyar la cabeza en el escritorio y dejarse llevar por la autocompasión. Sin indulgencia, apartó de su cabeza la imagen de

Miri. Ahora no. No sobreviviría a la noche si pensaba en ella. Apretó con fuerza los labios mientras leía de nuevo la misiva.

—Oculto en Cavern Hall todos estos años —masculló.

Qué tremenda ironía. El escenario de su ruina era el último lugar en el que habría buscado la respuesta.

El borde del anillo se le clavó en la palma. Pensaba que su maldición venía de la magia de los antiguos egipcios, pero, al parecer, se equivocaba. De los druidas. Archer no sabía nada de sus mitos ni de sus costumbres. Que supiera, solo un hombre podía conocerlos y no le apetecía nada acercarse a él. No soportaba la idea de poner en peligro a otra persona, pero debía estar seguro de que funcionaría. Luego, atrapar a ese monstruo antes de que volviera a atacar.

Dos hombres se alzaban sobre el cadáver: uno alto y delgado, con el pelo dorado como el heno a la débil luz matinal; el otro era más grueso, más bajo, y el cobrizo de su mata de pelo era demasiado vivo para dejarse amedrentar por el lúgubre ambiente. Sus voces flotaban en la neblina, y se entremezclaban con el chapaleteo de las aguas y el suave campaneó de una boya distante. El asesino no tuvo dificultad para oírlos desde detrás de una pila de cajones abandonados al borde del muelle. Por lo general, no hallaba atractivo a quedarse a observar lo que sucedía después de un asesinato, pero, como habían tardado tan poco en encontrar el cadáver, ver a la policía extraer conclusiones erróneas le pareció un entretenimiento tan bueno como cualquier otro.

—Mal asunto este —comentó el pelirrojo.

Con cuidado, envolvió en un paño la moneda de oro que había recogido de la víctima y se la guardó en el bolsillo.

El rubio asintió distraído, mirando la cabeza del muerto, donde dos orificios de idéntico tamaño y forma señalaban la ausencia de las orejas. Había sido un placer despojar de ellas a lord Merryweather, se dijo el asesino.

—Y empeora con los días.

El pelirrojo se ajustó la gorra marrón, ladeándola para protegerse del débil sol.

—¿Has observado que esta es la finca de lord Archer? —Señaló con la cabeza al almacén que tenían a su espalda y, entornando los ojos, miró al alto—. ¿Aún dudas que ese malnacido es culpable?

—Cuidado con lo que dices, Sheridan —el rubio se arrodilló junto al cadáver para examinarlo—, que estás hablando de mi cuñado. Y de un noble del reino.

—Mil perdones, inspector, pero seamos razonables, ¿eh? Todas las víctimas que encontramos están relacionadas con Archer de algún modo. Los testigos han visto a un hombre enmascarado por la zona a horas intempestivas. Dicen... la

gente dice... que es el mismísimo diablo en persona. —El joven se santiguó enseguida.

—Histeria colectiva —repuso el inspector—. Tenemos declaraciones de personas que han visto a lord Archer en cinco sitios distintos. A la vez. El joven Jack asegura que lo llevó a casa de lord Mckinnon anoche, luego directo a la suya, sin paradas. Debemos andarnos con pies de plomo y no sucumbir a las habladurías ni a los cuentos. —Miró a Sheridan—. Ahora volvamos a los hechos que tenemos delante de los ojos. ¿Qué ves? ¿Cuál es el patrón?

—Una carnicería. —Sheridan tosió deprisa—. Muy bien. En todos los casos, ese desgraciado les ha arrancado el corazón. A este le faltan las orejas. A Cheltenham le faltaba la lengua. Una asquerosidad. Y a sir Percival le faltaban los ojos.

El inspector se frotó el extremo del bigote con el pulgar.

—Ver, oír y callar.

—Portentoso demonio, nuestro asesino.

—Ajá...

Portentoso demonio, qué divertido. De modo que el inspector quería pensar que había un patrón, ¿verdad? En realidad, daba igual lo que aquellos viejos idiotas hubieran visto, oído o callado. Merecían un castigo, nada más; por rechazar a Archer, por obligarlo a recluirse. Había desaparecido demasiado tiempo. Ahora que había vuelto, sufriría antes de ser destruido. Matar a sus amigos y hacer creer a la sociedad londinense que él era el culpable era demasiado divertido para resistirse. El único problema era la mujer. Ella lo había devuelto a la capital y por eso debía vivir. De momento. Eso no significaba que no pudiera jugar un poco con ella primero.

«Todo el mundo miente.» De pie, delante del espejo del vestidor, Miranda esperaba en monótono silencio mientras una de las doncellas le abrochaba el vestido de fiesta para el baile de máscaras de los Blackwood. Contempló extrañada su trémulo reflejo.

La advertencia de Victoria había vuelto para atormentarla. Desde luego, Archer le había ocultado cosas. Aún lo hacía. Le mentía. Claro que ella a él también.

La figura menuda de la doncella le tapó el espejo mientras estiraba el canesú con delicadeza, luego se giró para coger unos guantes de satén blanco y un abanico. Miranda volvió a verse reflejada; la luz de la lámpara del techo producía en su pelo destellos rojizos que lo hacían parecer unas ascuas. La imagen de fuego y destrucción estaba aún muy viva en su cabeza. Había abrasado aquella encimera de mármol, que se había partido en dos como una tostada quemada.

Había mentiras y mentiras. ¿Un secreto era una mentira, cuando se quería proteger a alguien?

No podía reprochar a Archer que fuese protector. La ira frustrada del asesino iba en aumento; volvería a atacar, y muy pronto. Miranda tenía ese presentimiento, aunque no podía explicarlo. Su esposo intentaría protegerla, envolverla en algodones de ignorancia. Pero ¿quién lo protegería a él? Ella podía, y lo haría. Si tenía que usar el fuego, lo usaría, y le daba igual que la vieran.

Bajó las escaleras para reunirse con Archer. Cuando por fin lo vio, se agarró con más fuerza a la barandilla; estaba de pie en el centro del vestíbulo, con los pies algo separados, los ojos clavados en ella. Parecía un bandido, con su máscara de seda y la capa larga de gala, siendo un chaleco escarlata la única pincelada de color en su atuendo.

Sí, había mentiras, pero también verdad. La de los sentimientos. En el fondo de su ser, conocía a aquel hombre. Archer. Más allá de la máscara. Conocía su alma, su corazón. Quizá con eso bastara.

—Eso no parece un disfraz —observó él cuando Miranda se acercó.

Podría haberle dicho un montón de cosas, pedirle que hablaran, o desahogarse. Se limitó a sostener en alto su máscara.

—Eso es porque aún no he terminado de ponérmelo.

—¿Y quién serás cuando acabes de ponerte tu distinguido disfraz? —replicó él en voz baja.

El de Miranda era la mínima expresión de un disfraz. La pequeña máscara de encaje plateado en forma de mariposa y con cuentas de cristal incrustadas le

ocultaba solo el contorno de los ojos.

—La luna —dijo ella con una sonrisa.

—Entonces yo seré *la notte* de tu luna.

Alzó la máscara negra que llevaba en la mano y se la puso sobre la de seda. Cuando vestía la máscara completa, pasaba de ser el hombre que le sonreía enseguida al rostro inquebrantable de lord Archer. Miranda tardó unos instantes en darse cuenta de que lo miraba fijamente.

Archer se acercó un poco, su hermosa boca y su mandíbula perfecta ocultas una vez más.

—De pega, en realidad, porque todo el mundo sabrá que no voy disfrazado.

—Bobadas —replicó ella con voz algo pastosa, porque lo tenía muy cerca—. Será la primera fiesta en la que nadie te mire boquiabierto como un pez estupefacto. Algo de lo que yo, personalmente, me alegro.

Los ojos de Archer la miraron risueños.

—Proteges mucho mis sentimientos, lady Archer. Es un detalle.

A Miranda se le encendieron las mejillas.

—Bah —dijo, poniéndose torpemente la máscara—. Simplemente encuentro intolerable la ignorancia. Que te miren la primera vez, bueno, pero la segunda, o la...

Archer le llevó las manos a la cara. Y entonces fue ella la que se quedó boquiabierta como un pez mientras él tomaba con delicadeza la máscara y se la ponía en su sitio.

—Qué extraña te encuentro oculta detrás de esa máscara.

Se le ocurrió que quizá ahora Archer entendiera un poco mejor su frustración. Pero no lo presionó.

—Te he echado de menos, Miranda Bella —le dijo él con súbita ternura.

—Archer... —Él se quedó muy quieto y ella se obligó a decir las palabras, aunque no eran las correctas—. Discúlpame por lo de la otra noche, por marcharme como lo hice, quiero decir. —No iba a ruborizarse, ni a pensar en su boca, su sabor.

Despacio, él se apartó.

—La culpa es mía. Fue... fue mejor así, creo.

Un peso sordo se instaló en el vientre de Miranda al oír aquellas palabras dichas en voz baja, pero ella se obligó a asentir con la cabeza. Si él quería distancia, se la daría.

—¿En paz? —dijo ella.

Los rabillos de los ojos de Archer se fruncieron.

—En paz.

Agarrándola por el codo, le impidió avanzar.

—Pase lo que pase, Miri... —Se acercó y la asió fuerte—. Por muchos

errores que cometa, tú eres la persona más importante para mí en este mundo.

Aquellas palabras debían de haberle alegrado el alma. Pero sintió ganas de llorar.

Había tantas máscaras negras, tantos dominós y tantos hombres con capa que Archer, por una vez, encajaba perfectamente. Aun así, no lograba convencer al verdadero enmascarado de que bailara.

—No sé bailar, Miranda —le dijo cuando ella se lo suplicó una vez más.

—No te creo. —Le ardía el pecho de fastidio. María Antonieta y el rey Luis pasaron dando vueltas en una entusiasta polca—. Te mueves mucho mejor que eso cuando peleas, maldita sea.

Archer la miró.

—Entonces quizá debería haber traído espadas. Aún sabes usarla, ¿no?

Ella dio un taconazo de frustración, pero se estuvo quieta.

—Bruto —le susurró furiosa.

Sintió su sonrisa perversa. Ella le respondió con otra. Quizá fuera perverso, pero luchar con Archer era muchísimo más divertido que el más exitoso de los bailes de sociedad. De pronto se preguntó si él sentiría lo mismo.

Archer le puso una de sus enormes manos en la espalda, como para serenarla.

—Déjame que te traiga más champán y me dices cuál es tu máscara favorita.

—Sus ojos chispeaban de alegría—. Quizá pueda comprar una igual para mí.

Miranda reprimió un gesto de perplejidad. «Menudo sinvergüenza.»

Ella podría estar tranquilamente en su cama. Que estuvieran allí socializando resultaba irrisorio. Archer se había empeñado en poner su nombre en todos los bailes de su carnet, una táctica socialmente imperdonable pero eficaz para tenerla a su lado.

Archer fue garboso a buscar el champán y apenas había salido de su vista cuando se acercó lord Mckinnon a pedirle el primer vals con una sonrisa traviesa, consciente de que Miranda no podía hacer otra cosa que aceptar.

—¿Y de qué se supone que va disfrazado usted? —preguntó ella en cuanto empezaron a bailar—. ¿De lobo?

Mckinnon llevaba media máscara con forma de lobo, pero aquellos ojos de un azul inusual y la sonrisa feroz que esbozaba por debajo del hocico puntiagudo lo habían delatado inmediatamente.

La sonrisa le abrió el hoyuelo.

—De hombre lobo. —Se arrimó a su cara—. Un ser mucho más aterrador, diría yo. ¿Y usted, lady Archer? —le dijo al ver que no respondía—. ¿Qué representa su encantador disfraz?

Miranda volvió apenas la cabeza, evitando la proximidad de su boca y la de

él. Le olía el aliento a carne. Como las costillas de primera que le gustaban a su padre.

—La luna —contestó ella.

Él rió desde lo más hondo de su pecho y su risa sonó como un aullido.

—No es de extrañar que me tenga embelesado.

—Qué comentario tan previsible —dijo ella sin entusiasmo.

La mano con que le sujetaba la cintura le resultaba en exceso caliente y posesiva. Cuando ella se retiró, lord Mckinnon sonrió y volvió a acercársela, echándola ligeramente hacia atrás.

—He venido a advertirle —le dijo en un giro— de que mi padre se propone arruinar a su esposo.

Mckinnon miró hacia un rincón de la sala, desde donde su padre los miraba con una irritación mal disimulada que hacía que su rostro lleno de cicatrices pareciera retorcido como las raíces de un árbol. Al saberse descubierto, Rossberry se volvió bruscamente y salió airado.

Su hijo se inclinó sobre Miranda.

—Verá, mi padre considera a lord Archer responsable de la explosión que le deformó la cara. —A juzgar por su expresión, Mckinnon pensaba lo mismo.

—Me asombra su repentina preocupación, señor. Cualquiera diría que realmente le inquieta la seguridad de Archer. Claro que los dos sabemos que no.

Mckinnon torció la boca.

—Si se tratara únicamente de su pescuezo, no me preocuparía lo más mínimo. Su temeridad es cosa suya. Pero temo que usted resulte herida en ese fuego cruzado. —Detrás de la máscara parda, la mirada de Mckinnon se volvió seria—. Usted aprecia a Archer, eso es evidente.

Asintió inexpresiva.

—Pues escuche lo que digo y olvide mis razones. Creía que había convencido a mi padre de que volviera a Escocia y dejara ese asunto en paz, pero su obcecación no conoce límites. —Pasaron dando vueltas junto a otros bailarines menos donosos—. Mi padre no está bien. Posee una naturaleza voluble.

Ella deceleró.

—¿Insinúa que podría recurrir a la violencia?

Lord Rossberry era un anciano caballero, pero tenía la estatura y complexión del asesino, y Miranda no podía descartar a nadie. ¿Habría sabido Mckinnon la verdad todo el tiempo y ahora tenía remordimientos de conciencia?

—Insinúo que el clan Ranulf posee un largo historial de supresión de aquellos a los que considera una amenaza.

Un escalofrío le recorrió el espinazo a Miranda. Se zafó de él en cuanto sonaron los últimos acordes del vals.

—Entonces quizá debería ser usted quien advierta a mi esposo.

Detectó un destello en sus ojos, de reticencia, vacilación, no estaba segura. Mckinnon forzó una sonrisa coqueta para cambiar de tema.

—Prefiero bailar con usted.

—El baile ya ha terminado.

Miranda dio media vuelta y lo dejó allí de pie, en medio de la pista de baile mientras ella chocaba con María Antonieta.

Unos ojos plateados brillaron bajo la máscara de encaje.

—Mil perdones.

El aroma a limones y flores acarició tan levemente la nariz de Miranda que incluso podía haberlo imaginado. Dio un respingo. ¿Victoria? La mujer se abrió paso con disimulo entre la multitud. Miranda intentó seguirla, pero la multitud la engulló. Los Blackwood debían de haber invitado a todas las familias importantes de Londres. Una miasma de humo procedente de las lámparas de gas y las velas espesaba el aire y las risas que resonaban a su alrededor hacían que le diera vueltas la cabeza. No sabía en qué dirección iba, rodeada como estaba de máscaras de mirada lasciva y personas ya fallecidas de cierta notoriedad. La arrastraban hacia el fondo del salón principal cuando una mano la agarró por el brazo y la hizo girar como una peonza. Se golpeó con el hombro en la pared y el rostro retorcido de lord Alasdair Rossberry se alzó delante de ella.

Ella miró fijamente la mano que la sujetaba, luego alzó la vista a su rostro, todavía incapaz de creer que hubiera podido acorralarla.

—¡Lord Rossberry! ¿Qué significa...?

Él le zarandéo el brazo y la estampó contra la pared cercana con tanta fuerza que hizo que le temblaran los huesos y se le deshiciera buena parte del moño.

—¿Qué le ha dicho mi hijo?

Miranda recobró la calma y se irguió.

—Quíteme la mano de encima, señor, si no quiere perderla.

Pese a ser un anciano, tenía la fuerza de un buey y se negaba a soltarla. Se la acercó de un tirón. Tras los párpados enrojecidos, ardían unos ojos azules.

—Es usted una joven despiadada que embruja a esos pobres desventurados con su perversa belleza. No atrapará al joven Ian también.

Se zafó del anciano, seguramente amoratándose en consecuencia.

—Ándese con cuidado, señor. —El fuego terrible de su interior amenazaba con salir—. Estamos en una sala llena de testigos y no quisiera pensar en lo que ocurriría si lord Archer lo viera zarandeándome de ese modo.

—Puedo imaginármelo, mujerzuela. ¿Por qué no lo averiguamos?

Quiso agarrarla de nuevo, pero se detuvo al notar que el aire que había entre los dos ardía como el del interior de un horno. Rossberry detectó el cambio y retrocedió; una nube de miedo le nubló los ojos.

—No se lo aconsejo —dijo ella con una serenidad que no sentía.

Guardaron silencio, midiéndose el uno al otro hasta que una voz dulce llamó su atención.

—¿Lady Archer? —Lady Blackwood, vestida de reina Isabel, se acercó a ellos con elegancia y el ceño fruncido de preocupación.

Rossberry se estremeció como si saliera de un trance.

—¿Va todo bien? —Cierto deje de advertencia arreció la voz de lady Blackwood mientras esta miraba fijamente al anciano conde.

Los labios retorcidos de Rossberry estaban húmedos y temblaban como si fuera a empezar a gritar. Al final, gruñó indignado y reculó.

—Ha sido usted muy majadera por compartir su destino con ese ser —susurró furioso, señalando a Miranda con su dedo de uña larguísima—. Y ahora lo pagará, como lo han pagado todos los demás. —Dio media vuelta y se fue airado, dejándola sola con una lady Blackwood igualmente atónita.

—Disculpe a mi tío —dijo ella azorada—. Es un cascarrabias paranoico. Aunque muy bondadoso con los suyos.

—¿Su tío? —La serena mujer que tenía delante era muy distinta de Rossberry.

Su anfitriona esbozó una sonrisa irónica.

—Tío abuelo, en realidad. Nos cedió a mi esposo y a mí esta casa como regalo de bodas.

—Qué generoso. —¿Qué otra cosa podía decir? Que debería estar en prisión quizá fuera algo descortés.

Lady Blackwood meneó la cabeza despacio, haciendo crujir la enorme gola de estilo isabelino que rodeaba su esbelto cuello.

—Me temo que ha estado oculto en los bosques de Escocia demasiado tiempo. —Lady Blackwood le puso una de sus manitas en el codo a Miranda—. En serio, es completamente inofensivo.

«¿Con quién?», quiso preguntarle ella, pero se mordió la lengua. Su anfitriona la miró con unos ojos azules muy abiertos que suplicaban comprensión.

—No tiene importancia —la tranquilizó Miranda—. También en mi familia tenemos una tía demente encerrada en un armario. La dejamos salir, por supuesto. Pero solo en Navidad.

Las dos sonrieron. Con la sonrisa afligida del que disimula la monstruosidad por el bien del decoro.

—No volveré a pensar en ello —dijo Miranda con fingida ligereza—. Ni se lo mencionaré a lord Archer.

Lady Blackwood se relajó visiblemente, pero luego le vio el pelo a Miranda.

—Ay, querida. Se le ha deshecho el peinado. —Se sonrojó—. Le ruego que disculpe el incidente. Permítame que le ofrezca a una doncella que le arregle el pelo. ¿Quiere que la acompañe al tocador de señoras?

Miranda titubeó. Su pelo revuelto sería motivo de chismes y especulaciones, pues el peinado de una dama no se deshacía tan fácilmente. Aunque quería creer que los chismorreos maliciosos no culparían a Archer del brutal asalto, Miranda sabía que esa era precisamente la conclusión a la que llegarían.

—Es fácil de arreglar, lady Blackwood —señaló—. Puedo hacerlo yo misma. Si hay alguna estancia donde pueda acicalarme, se lo agradecería mucho.

Por fortuna, lady Blackwood también parecía comprender las repercusiones del desaliño de Miranda. Además, no creía que su anfitriona deseara que se supiese que su tío desquiciado había atacado a una invitada.

—Al final de las escaleras, hay un pequeño cuarto de invitados —dijo lady Blackwood—. Utilícelo cuanto desee.

Mientras subía al cuarto de invitados, decidió olvidar por completo lo ocurrido con Rossberry. Por desgracia, aun así, se sintió como zorro en el bosque.

Miranda le había llamado algo feo cuando se había ido. Un insulto en voz tan baja y dicho tan rápidamente que Archer se preguntaba si ella era consciente de que se le había escapado de los labios. El término era de lo más oportuno; se sentía así más de lo que ella podía imaginar en esos momentos. En general, le gustaba pelear con ella, esperar a ver con qué contraatacaba, pero veía que su rechazo la había decepcionado. Lo cierto era que quería bailar con ella, muchísimo, pero temía que, si la estrechaba en sus brazos, no quisiera soltarla nunca. No obstante, su boca sucia le hacía gracia. La hacía aún más deliciosa. Quizá fuera el italiano que llevaba dentro, pero cada «maldita sea» que brotaba de sus labios gruesos, cada «demonios» que pronunciaba con su voz grave y sensual le incendiaba la entrepierna. Todos y cada uno de ellos.

La polca se transformó en un vals mientras él se abría paso entre la multitud intentando no derramar la copa de champán que llevaba. Hacía demasiado calor allí, en medio de aquel gentío. La máscara le picaba; le corría el sudor por la cara y no albergaba esperanza de poder secárselo. Cada día lo angustiaba más. Era una prisión y le costaba aislarse por completo del mundo. Por ella. «Miranda.»

Archer volvió de golpe la cabeza. Esa voz. Conocía esa voz. El pecho se le tensó tan rápido que perdió el resuello. Buscó la voz entre el rumor de risas y música.

«Miranda...»

Una bruma roja envolvió la visión de Archer. La opresión del pecho se tornó en dolor. «Por todos los demonios.» Lo inundó la rabia y le temblaron las rodillas. Cayó al suelo la copa y se hizo añicos. Ya había subido la mitad de las escaleras cuando fue consciente de que se estaba moviendo.

Apartó de un empujón a un pobre desgraciado y alguien gritó. Apretó el paso. El perfume de Miranda aún perduraba en la escalera por la que había subido

antes. Archer oyó aquella risa repugnante, convertida de pronto en una grave carcajada, y luego la voz de Miranda gritando. Sufrió una convulsión. Miranda estaba allí, dispuesta a oír como lo había estado él. Estaba allí arriba e iba a caer en la trampa de esa cosa. El miedo por Miri casi lo paralizó durante un terrible instante, luego subió corriendo el resto de las escaleras.

Con el pelo debidamente recogido, Miranda salió del cuarto de invitados sintiéndose renovada y muy estúpida por haberse dejado intimidar así por Rossberry. No obstante, su confianza se evaporó al enfrentarse a la lúgubre oscuridad del pasillo y percatarse de que habían apagado todas las luces.

—Miranda.

Sobresaltada, Miranda ancló una mano a la pared. La voz no tenía dirección, solo intención.

—Miranda.

—¿Hola? —gritó ella.

Nadie contestó. La lógica le pedía a gritos que echara a correr, pero no podía. Y, cuando la puerta del fondo del pasillo se abrió despacio con un chirrido, solo pudo mirarla fijamente, mientras su respiración tronaba en aquel silencio sepulcral.

Gélidas corrientes de aire nocturno azotaban sus mejillas encendidas al tiempo que la puerta se mecía adentro y afuera. Solo era viento. El balcón que daba a la entrada principal estaba abierto de par en par y las cortinas blancas de encaje flotaban y se enroscaban. La luz azul de la luna avanzaba fantasmal por el parquet hacia la alfombra. Se arrancó de un tirón la máscara y enfiló el pasillo como en trance. Algo la estaba esperando.

Iba a gritar. Notaba el grito en la garganta, retenido solo por el miedo que le agarrotaba todos los músculos. Miranda se acercó un paso más. De pronto, notó que una presencia se aproximaba a toda prisa por su espalda. Resuelta a atraparla.

Se volvió, cegada por el terror, y su cuerpo chocó con algo grande y oscuro. Aquello la asió por los brazos, y su grito estalló al fin. Se esforzó por zafarse, pero aquello la atrajo aún más hacia sí.

Su cuerpo lo reconoció antes de que lo hiciera su mente. «Archer.» Se aferró a sus solapas mientras los brazos de su esposo la envolvían.

—Archer. —Cuando pudo respirar, le dio un puñetazo nervioso en el pecho—. Cielo santo, me has dado un susto de muerte. —Pero, cuando quiso apartarse, él la estrechó aún más en sus brazos y su mano grande la sujetó por la nuca.

—Discúlpame —dijo él. Fue entonces cuando ella notó el acelerado palpar de su corazón en la mejilla—. Me ha parecido oír... —Se retiró un poco para mirarla, pero su cuerpo seguía tenso, alerta a cualquier amenaza—. Aquí está pasando algo. Lo noto.

Miranda se volvió hacia la puerta abierta y un escalofrío le recorrió el

espinazo.

—Yo también —le susurró ella.

—Nos vamos —sentenció Archer—. Ahora mismo.

No le dio oportunidad de protestar; la llevó escaleras abajo. Miranda estaba más que dispuesta a marcharse. A cada paso, notaba la quemazón de unos ojos invisibles clavados en su nuca.

Su esposo se la llevó por la puerta de atrás y la sacó por la entrada de servicio. Fuera, en la explanada, esperaba su landó de cuatro caballos con la capota levantada; los oscuros bayos resplandecían azulados a la luz de la luna. Archer le tendió la mano para ayudarla a subir. Una manta de marta cibelina y una bolsa de agua caliente aguardaban en el asiento y Miranda se acurrucó dentro, agradecida por el calor. Archer estaba a punto de hacer lo propio cuando se oyó un gran estrépito en el patio. Los dos se sobresaltaron, pero un lacayo que andaba cerca se recobró enseguida.

—Ha debido de ser Henrietta —señaló el lacayo mirando a una mujer menuda encorvada sobre un cajón de copas a la puerta de la cocina—. Una de las doncellas. Es un poco corta.

A oídos de Miranda llegaron los sollozos ahogados de la pobre mujer, que intentaba manejar la pesada carga.

Archer saltó del estribo.

—Será un momento.

El lacayo, al verse de pronto en una posición menos que caballerosa, lo siguió con paso renuente. Miranda observó a Archer mientras este se alejaba, empapándose de su peculiar forma de andar.

El violento estallido de un látigo y un grito estridente de arriba la sobresaltó. El coche arrancó bruscamente arrojándola contra el respaldo del asiento a la vez que los aterrados caballos salían disparados. Nerviosa, trató de erguirse, oyendo a lo lejos a Archer gritar su nombre. Pero otro sonido mucho peor procedente del pescante interrumpió su voz: la risa histérica del mismo demonio que había tratado de matarla en el museo.

Los dedos se le congelaron, pero una chispa de ese calor que ya le era familiar prendió en su vientre. «Lo mataré —se dijo con claridad—. Le abrasaré los huesos por lo que le hizo a Cheltenham.» Pero no podía hacerlo en el coche, maldita sea.

—¡Miranda!

Se volvió hacia la ventanilla de atrás. Archer corría por el sendero detrás de ella. Pero era inútil: la potencia de cuatro bayos fuertes casi a pleno galope llevaba el coche completamente fuera de su alcance. Se quitó la máscara exterior sin aminorar el paso. La desesperanza de Miranda se tornó en asombro al verlo avanzar como un rayo, dando zancadas a una velocidad de la que ningún ser

humano debía de ser capaz. Adelantó. Se acercó. El diabólico cocheró hizo estallar el látigo, instando a los bayos a continuar, y el vehículo aceleró.

Archer aumentó su velocidad y, con un magnífico salto, aterrizó en el estribo produciendo un gran estrépito que hizo bambolearse el coche. Saltó al techo y, gruñendo, se abalanzó sobre el diablo. El techo de cuero duro del vehículo se abolló con el peso de los dos.

Sin cocheró, el carruaje empezó a dar bandazos y Miranda fue a parar al suelo. Al ver caer un objeto grande y negro por su ventanilla, se asomó por la de atrás y vio a aquel demonio y a Archer precipitarse al sendero de gravilla y rodar cabeza abajo para terminar hechos una maraña en el suelo.

—¡Archer! —El vehículo topó con una rodera y Miranda cayó de espaldas—. ¡Por todos los diablos!

Los aterrados caballos se desbocaron en lugar de detenerse. Solo le quedaba una escapatoria, pero no iba a intentarlo siquiera vestida de ese modo. Zarandeada de un lado a otro como un corcho en el mar, se rasgó las faldas para librarse de ellas. Ignoraba hasta dónde había llegado, pero, al recordar vívidamente un puente estrecho y un serpenteante camino forestal, se le erizó el vello. Debía de estar aproximándose a aquellos escollos, y un carruaje desbocado no podría salvarlos.

El seguro de la capota se encontraba por encima de su cabeza. Cayó una vez y otra más intentando alcanzarlo. El camino se volvió más accidentado; las lámparas empezaron a bambolearse peligrosamente. Apoyando un pie en cada asiento, saltó y consiguió soltar el seguro. La mitad delantera de la capota se desprendió con gran estrépito.

El viento gélido hizo que se le saltaran las lágrimas, el traqueteo del vehículo y el violento martilleo de los cascos de los caballos eran ensordecedores. Parpadeando furiosa, se centró en el batir de las cabezas de los cuatro caballos, de un negro azulado a la luz de la luna. Abatida, vio que las largas riendas arrastraban por el suelo. Jamás podría alcanzarlas.

Su tortícolis recordaba muy bien cuando habían pasado esa zanja en concreto en el trayecto de ida a la fiesta. «Una rodera demasiado honda.»

El coche se escoró hacia ella y Miranda volvió a sumergirse en la cabina, golpeándose con fuerza las rodillas y la cabeza al aterrizar en el suelo. En ese instante, el vehículo se precipitó por la zanja, acompañado de los relinchos ensordecedores de los caballos. Se agarró como pudo con los pies y las manos cuando el carruaje empezó a dar vueltas laterales, decelerando y cobrando ímpetu de nuevo al volcar.

Desde fuera de su propio ser, oyó sus gritos, sintió que su cuerpo se levantaba en el aire. El viento la sacudió. Por puro instinto, se hizo un ovillo y, al caer a tierra, rodó a tal velocidad que el mundo se le emborronó, envuelta en un bramido de madera astillada y cristales rotos. El peso del carruaje a la deriva cayó

sobre Miranda y entonces todo se volvió negro.

La cabeza de Archer sacudió el suelo con un golpe seco. Mientras rodaba, enmarañado en las extremidades de otro, los ojos rociados de tierra, vio estrellitas. Por un instante, perdió por completo la noción de quién o qué era. Luego asestó un puñetazo a ciegas, consciente de que su rival no tardaría en hacerlo. Su puño le acertó a una mandíbula más dura que una piedra. El dolor le sacudió el brazo entero. Volvió a golpear y falló. Un grito apagado resonó por el camino. Archer se levantó con dificultad. «¡Miri!» Miri iba en el carruaje.

En esos momentos, una mano se ancló como un grillete a su tobillo. Archer giró en el aire, azotado por la tremenda fuerza que asía su pierna; la luz de la luna se tornó en bruma hasta que al fin cayó al suelo como un saco de patatas. Una rodilla le aplastó el codo. Furioso, se volvió de costado y otra rodilla siguió a la primera, atrapándolo en la tierra. Bramó, corcoveó, pero el cuerpo que se había sentado encima de él lo tenía inmovilizado como a un niño.

—Eres rápido. Pero no tan rápido como yo.

Como un rayo, le golpeó de nuevo, esta vez en la sien izquierda. Ante sus ojos surgió una intensa luz blanca, luego se dibujó el vago contorno de una máscara negra suspendida sobre él. A lo lejos resonó un estrépito de madera astillada y relinchos. Archer sintió que se le paraba el corazón, que el pánico lo estrangulaba. «Miri.» Murió en su garganta un alarido cuando una hoja de frío acero le apretó la yugular.

—Quieres salvarla, ¿no es así? —De nuevo aquella risa. Más suave esta vez. El filo del cuchillo le punzaba la piel—. Yo tengo todo el tiempo del mundo. Tú, desgraciadamente, no. —El rostro enmascarado se inclinó y lo iluminó la luna—. Ya hemos jugado bastante. Es hora de decidir.

El cuchillo descendió a trompicones por su corbata y su fina camisa de lino, trazando un angustioso camino hasta su corazón. El sudor empañó la frente de Archer cuando la punta, afilada como una aguja, se detuvo en el lugar en que el corazón le golpeaba con violencia el pecho.

—¿Tu corazón o el de ella? —Brillaron los ojos ocultos tras la máscara—. Siempre que el de ella siga latiendo después de esta noche, naturalmente.

Los dedos de Archer empezaron a contraerse y sus talones se clavaron en vano en la tierra. ¿Aplastada por el carruaje? Pese al cuchillo, corcoveó de nuevo, y sintió un pinchazo en el pecho. Las rodillas que lo anclaban al suelo apretaron más fuerte. Una furia roja lo cegó.

—Hazlo. —Rechinó los dientes—. Toma el mío y acabemos con esto ya.

Resonó una carcajada.

—¿Así que prefieres morir a salvarla?

Palideció y su risa se tornó gélida.

—No pensé que fueras a hacerlo. Y te aseguro que, si me lo niegas, la cortaré en pedacitos muy pequeños cuando te hayas ido.

De repente, el cuchillo se esfumó. Aquel rostro enmascarado se le aproximó y un aliento gélido le acarició la nariz.

—Este año, en el solsticio de invierno, habrá luna nueva. Dentro de cuatro días. Los cambios que ocurran bajo fuerzas tan poderosas dotarán de formidable fortaleza a ese romántico corazón tuyo. Así que te otorgo un aplazamiento. — Sonrió y destelló su dentadura en la noche—. Para que veas la bondad de que soy capaz, te concedo hasta entonces. Si no cumples... —le dio un manotazo, para poner de manifiesto su debilidad— no solo le sacaré el corazón y los ojos sino que vivirá mientras lo haga.

Archer dio un cabezazo, dispuesto a aplastarle la nariz a aquella cosa maligna, a hacer lo que fuera por acabar con ella. Se encontró con el aire, se arrojó sobre la nada. En el vacío, resonó una carcajada y de pronto se vio solo, sentado como un niño en el oscuro camino.

Oscuridad. Quietud. Miranda gozó de ella un instante, respirando con dificultad, agarrándose al suelo como si fuera su ancla. La tierra se desmenuzaba bajo sus dedos y la hierba, seca por el invierno, le hacía cosquillas en la nariz. Estornudó y se golpeó con la nuca en algo duro. Tenía el carruaje encima, dedujo, presa de un súbito pánico. Se agitó cuanto pudo, desesperada por librarse de aquella prisión. No cedió un ápice. El peso le oprimía el pecho dolorosamente, le cerraba la garganta. «¡Respira!» Tomó una bocanada de aire, despacio; después, otra.

Vacilante, movió los dedos de los pies, de las manos... le funcionaban. Le dolía todo, pero no detectaba ninguna molestia aguda y punzante. Salvo por el terrible dolor de cabeza y el leve malestar de los codos y las rodillas, estaba perfectamente.

Tenía sitio, no mucho, pero suficiente. No se oía a los caballos, lo que era buena señal, a menos que no hubiera nadie en kilómetros a la redonda, pues, sin duda, estaba fuera del alcance de la vista desde el camino principal. La asaltó la idea de que los insectos y las alimañas se colaran allí para probar su carne y se estremeció. Entonces, oyó por encima de su cabeza el inquietante crujido de la madera en tensión. Se petrificó, los latidos del corazón le inundaron los oídos; luego otro sonido irrumpió en el silencio ahogado de su tumba: los gritos de un hombre. Otro alarido desesperado de horror que le llegó directo al alma.

—¡Miranda!

—Archer —susurró, y las lágrimas le nublaron la visión.

Un sollozo lastimero brotó de sus labios. Había venido. Estaba vivo.

—¡Miranda! —Su grito era más nítido ahora. Estaba al lado del carruaje, obviamente buscándola sin éxito por allí.

—¡Estoy aquí! —Su voz sonó penosamente frágil y endeble en la penumbra. Archer no la oiría—. ¡Archer! —gritó más fuerte, llenando el espacio con su voz.

El martilleo de unos pasos reverberó en la tierra, luego vinieron los empujones del carruaje que tenía encima. El cuerpo de madera del vehículo se hundió un poco y se le clavó en el trasero.

—¡Detente! —chilló ella al instante—. ¡Me vas a aplastar, demonios!

Curioso, se dijo al ver que la presión cesaba instantáneamente: uno siempre sabía cuando alguien despotricaba, aunque no se entendieran bien las palabras. Imaginar a Archer malhumorado la reanimaba más que nada. Él encontraría ayuda y la sacaría de allí.

Se quedó estupefacta cuando oyó un bramido que recorrió el esqueleto

entero del vehículo y la presión que notaba en la espalda empezó a remitir. ¿No pensaría levantar aquella condenada cosa él solo?

Sin duda, sí. El carruaje se elevó despacio; la pálida luz de la luna fue entrando poco a poco según subía. Vislumbró la puntera de unas botas embarradas. Otro rugido resonó en la noche, este totalmente humano y angustiado. Una mezcla de crujidos de madera rota, chirridos de muelles y el alarido de Archer tronó en sus oídos mientras el carruaje se volcaba sobre sus ruedas rotas y aterrizaba con gran estrépito al lado de Miranda. El aire limpio y fresco le llenó los pulmones.

—Gracias a Dios. ¡Miri...! ¡Ah, espera!

Archer voló a su lado en cuanto vio que se ponía, a duras penas, de rodillas.

—¡No se te ocurra levantarte, demonios! Condenada insensata... Podrías haberte dañado la columna —la sermoneó él al tiempo que se arrodillaba delante—. Por no mencionar...

Miranda dejó de escuchar y disfrutó embobada de verlo... vivo y entero.

Su labio superior, por lo general tierno, estaba tieso, señal inequívoca de furia. La línea recta de su mejilla y su mandíbula se veía de un azul pálido a la luz de la luna pero estaba intacta.

—Parece que tus tobillos no han sufrido daños...

Miranda percibió vagamente la suave caricia de sus dedos en las pantorrillas. Había logrado conservar la máscara de seda, pero tenía una raja grande en la costura del hombro de la chaqueta de gala y le faltaba una solapa. Aun con todo, en general, no parecía un hombre que se hubiera lanzado de cabeza desde un carruaje en marcha.

—¿Puedes girar la cabeza? ¡He dicho que si puedes girar la cabeza!

—¿Disculpa?

Parpadeó y descubrió que la miraba ceñudo.

—¿Puedes girar la cabeza? —inquirió él con forzada paciencia—. Despacio.

Ella giró la cabeza de un lado a otro.

—Bien. —Prosiguió con el examen—. ¿Levantar los brazos?

Hizo lo que le pedía, escuchando solo a medias. Los restos del carruaje habían llamado su atención al girar la cabeza hacia la derecha. Unas cicatrices negras de tierra y hierba levantadas marcaban el recorrido cuesta abajo del carruaje, que había aterrizado en el lecho de un arroyo. Solo la suerte y el tiempo seco habían hecho posible que ella cayera en la grieta más honda del lecho seco y el vehículo aterrizara de lado encima de ella. La recorrió un escalofrío de gratitud.

Aquella bendición la devolvió a la realidad y, con ello, a la constancia de que las grandes manos de Archer se paseaban por sus caderas, que apenas tapaba su fina ropa interior.

—¡Alto ahí!

Le dio unas manotadas.

Archer esbozó una sonrisa seria, pero no levantó la vista de su trabajo y apartó las manos de ella.

—Estate quieta. De todas las testarudas... —Siguió mascullando en italiano, que ella no entendía, pues todo el italiano que sabía se limitaba a términos de esgrima.

Él desplazó a las costillas sus manos grandes, suaves pero firmes. No podía decirse lo mismo de la respiración de ella, que se alborotó de inmediato en cuanto él le puso una mano a cada lado de la caja torácica y fue palpando despacio cada hueso con los dedos.

Le rozó con el pulgar la parte inferior de un pecho y ella se petrificó. Y él. Archer la miró, centrando sus ojos en los de ella con tal intensidad que Miranda no pudo hacer otra cosa que mirarlo también, muda. Él frunció aún más el ceño, con las manos en los costados, inertes. Entonces su gesto grave se transformó en una sonrisa torcida.

—No tienes nada —le dijo con voz pastosa.

—Por supuesto que no —dijo algo seca, temiendo que el más leve movimiento le hiciera deslizar la mano hacia arriba—. Te lo habría dicho yo si me hubieras dejado.

—No tienes nada —repitió Archer y cerró los ojos con un suspiro de alivio.

Maurus Robert Lea, séptimo conde de Leland, ya casi nunca dormía. Con suerte, cuatro o quizá cinco horas de abandono al día. Sin embargo, últimamente, Morfeo rara vez lo visitaba. Empezaba a preguntarse si ese insomnio era fruto del esfuerzo de su mente por mantenerse útil hasta el día en que durmiera el sueño eterno, que, sin duda alguna, llegaría más pronto que tarde.

Por eso estaba totalmente desvelado, sentado delante de su hogar de carbón, escuchando la tormenta que se preparaba, haciendo balance de su larguísima vida, cuando dieron las tres de la madrugada en el reloj y comenzaron a lloverle porrazos en la puerta principal de su casa.

—¡Leland!

Sobresaltado, se pisó la bata cuando trataba de ponerse en pie. En el pasillo, tropezó con Wilkinson que, aunque alarmado, iba impecable, con el pelo cano perfectamente peinado, las puntas del cuello elevadas como los picos de Dover. Leland dudaba que su propio aspecto fuera tan bueno.

—¿Milord...? —inquirió el mayordomo mirando intranquilo hacia la puerta. Los condenados porrazos no habían cesado.

—¡Abre, Leland!

—Todo está en orden, Wilkinson. Acuéstate, por favor. Soy demasiado viejo para que me mimen.

—Sí, milord.

Leland sabía que se quedaría en su cuartito de mayordomo hasta que su señor se fuera a la cama. Dejó a un lado ese pensamiento y abrió furioso la puerta principal para verle la cara a ese astuto malnacido cuya voz conocía tan bien.

Archer no le pareció astuto en ese momento. Solo perdido. Mientras esperaba a la puerta, empapado, la lluvia rebotaba en sus hombros. Esa noche solo llevaba media máscara. Se le adhería a la cara como una piel de foca, perfilando el cansancio y la derrota absoluta grabados en su rostro.

Su pecho inmenso se alzó al inspirar hondo. Expuso su súplica con voz áspera, como si deseara retractarse de todas y cada una de las palabras.

—Necesito tu ayuda, Lilly.

Por un angustioso momento, creyó que Leland iba a cerrarle la puerta en las narices. El hombre se quedó petrificado delante de él, con su ridícula bata de estampado de pavos reales ladeada sobre el camisón, sus canillas como varillas de abedul temblando sobre unas desgastadas zapatillas de andar por casa, de terciopelo. Bien podría haber sido Ebenezer Scrooge, allí de pie, con una expresión

ceñuda en el rostro. Pero entonces se movió, se apartó para dejar entrar a Archer.

—Pasa —dijo, sin quitarle los ojos de encima.

Archer pasó por su lado, sintiéndose como uno de esos especímenes pinchados en el tablón de un taxidermista. Pero había llegado el momento de mostrarse humilde. Se había asegurado de que Miri dormía y se había escapado. Aunque le daba pánico dejarla sola, debía hacer planes.

Siguió al anciano a una biblioteca casi idéntica a la suya. Un fuego de carbón ardía en el hogar; daba más calor que la madera, pero olía peor.

—¿Una copa? —Leland ya se estaba sirviendo una.

—¿Tienes bourbon?

Una fina sonrisa elevó el bigote del hombre.

—No. No he conseguido que me guste esa basura yanqui.

—Esnob. Escocés, entonces.

Leland le pasó un vaso y Archer dio un trago, satisfecho, y se acercó al fuego. Un leve crepitar y un humo negro salieron de la chimenea mientras chorreaba el agua de la espalda y los hombros de Archer.

—Me vas a apagar el fuego —lo reprendió Leland.

—No sabía dónde ponerme. —Ni a dónde ir.

—¿Por qué demonios no te has cogido una capa, o un sombrero, ya puestos?

—Me he despistado.

El hombre empezaba a sonarle a su madre. Claro que él siempre regañaba. Leland, modelo de sentido común y orden... hasta el West Moon Club.

—Deja que te traiga una bata.

Archer soltó un bufido.

—No, gracias.

Sin embargo, no podía mantener una conversación normal congelado hasta el tuétano. Apretó la mandíbula, negándose en redondo a que le castañetearan los dientes.

Leland le dio un buen trago a su escocés.

—Insisto. Como mojes la alfombra o, Dios no lo quiera, estropees la tapicería, Wilkinson nunca cesará de atormentarme con sus protestas.

—Vaya, la clase dirigente huye despavorida de sus sirvientes sermoneadores. —Archer sonrió y bebió otro sorbo.

—Calla. —Leland tiró del llamador.

El estirado mayordomo regresó enseguida con una bata igualmente ridícula estampada de mariposas de color azafrán. Archer lo miró ceñudo de arriba abajo.

—¿De tu esposa?

—Regalo suyo, me temo. —La expresión de Leland marchitó un poco—. Todas lo son. No soporto la idea de reemplazarlas.

A Archer se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cuándo falleció?

¿La había amado Leland? Desde luego, no la amaba cuando se casó con ella; él se lo había confesado hacía años. Se enroscó en los dedos la seda gastada.

—Sesenta y nueve. Date prisa, que aún estás chorreando —espetó Leland—. ¿O prefieres cambiarte en otro cuarto como si fueras una virgen modosa?

Archer titubeó, a punto de desabrocharse el cuello.

—¿Seguro que quieres verlo?

—Disculpa, lo había olvidado, créeme —le dijo, abatido—. Si te incomoda, saldré fuera.

—A mí no me incomoda —dijo Archer quitándose la corbata.

En parte, quería que Leland lo viera. Que viera lo que había ocultado. Que comprendiera a lo que estaba enfrentándose. Tiró de la máscara empapada primero. Las ligaduras hinchadas se soltaron y la máscara se deslizó de su rostro.

—Por los clavos de Cristo —espetó Leland.

Se dejó caer en la silla e intentó beber un trago. El temblor de la mano se lo impidió.

—Te lo he advertido —dijo Archer sin alterarse, aunque se le había encogido el pecho. Muy a su pesar, se sentía desnudo, como con el alma del revés.

—Sí, en efecto.

Leland logró beber un trago mientras Archer se despojaba de la camisa y se ponía la bata. Pero vio que Leland le miraba el pecho con disimulo. Un escalofrío recorrió el cuerpo entero del anciano.

Todos lo habían visto empezar a transformarse, pero no habían pasado de la mano derecha. El serio y formal Leland estaba totalmente conmocionado. ¿Cómo habría reaccionado Miri? Tragó saliva y deseó volver a ponerse la máscara, pero el orgullo se lo impidió.

—No desesperes. —Ocupó el sitio vacío frente al fuego—. Tú no lo tienes.

—Bien podría tenerlo. —Se pasó la mano nudosa por los ojos—. Si no hubiera sido tan cobarde. —Leland lo miró con ojos cansados. De nuevo, una mueca invadió su rostro, pero esta vez se mantuvo firme—. Los dos fuimos elegidos. Solo tú tuviste el coraje necesario para intentarlo.

A Archer le ardió la garganta.

—Y mira a dónde me ha llevado.

—Sí. —Leland inspiró hondo y dejó la bebida—. ¿En qué necesitas ayuda?

Eso era más fácil. Archer se quitó los guantes, aliviado de poder deshacerse de la piel recia y húmeda. Notó que Leland reconocía el anillo que llevaba. Se lo quitó y sacó las notas de Daoud del compartimento secreto—. Necesito que leas esto. Aquí tienes el código.

Leland buscó las lentes en el bolsillo de la pechera.

—Si eres tan amable de encender las lámparas. Me temo que mis ojos ya no

son lo que eran.

El anciano leyó moviendo los labios, con la cabeza inclinada hacia la lámpara, las gruesas lentes de media luna en la punta de su larga nariz. Incapaz de estar quieto, Archer se levantó de la silla y empezó a pasearse.

Leland estudió las notas de Daoud y frunció mucho el ceño.

—¿No pretenderás hacer esto? ¡No eres más responsable de esta locura que cualquier otro de nosotros! No es preciso que te conviertas en el chivo expiatorio... Sobre todo ahora que... —se interrumpió y tragó saliva.

—¿Que me he casado? —acabó la frase a media voz. Se encogió de hombros con fingida indiferencia—. Podría intentarlo... Demonios, lo he intentado. —Se acarició el lado alterado del rostro—. La situación ha cambiado. Esa bestia quiere a Miranda. —Apretó el puño—. No puedo dejarla desprotegida.

Leland siguió mirándolo ceñudo.

—Entiendo el sentimiento, pero si alguien puede poner fin a esto ese eres tú. —Leland se mordió el labio, algo que Archer no le había visto hacer desde Eton—. Pensé que deseabas salvar tu alma.

Archer se frotó la cara con violencia como si eso pudiera aliviar la inquietud que sentía por dentro.

—He tenido a ese monstruo cogido por el cuello dos veces. Dos, y no puedo... No soy capaz de destruirlo.

El color abandonó las flacas mejillas de Leland.

—Por Dios.

—Por Dios, no —dijo Archer con sarcasmo—, por todos los diablos, sin duda. Y al infierno, con ellos, es donde volverá. Pero no puedo enviarlo allí en mi estado. —Levantó la mano izquierda. Aunque era fuerte, seguía siendo de carne y hueso—. Ahora mismo no soy rival para esa cosa, algo que utiliza en mi contra y en su beneficio.

Apartó los ojos de los de Leland y de la compasión que residía en ellos.

—Debo transformarme. Por el bien de todos. —Tocó el vaso, luego bajó la mano—. Si los dos nos convertimos en lo mismo, seremos dignos rivales el uno del otro.

Oyó a Leland inspirar hondo y, al mirarlo de nuevo, lo vio boquiabierto.

—¿Para esto necesitas mi ayuda? —Levantó el papel que tenía en la mano—. ¿Por esta nueva revelación?

—Sí. No puede haber duda de mi éxito. Un fracaso supondría un desastre. Para todos vosotros. —Archer se agarró con fuerza a la repisa de la chimenea—. ¿Crees que se puede hacer?

—No estoy seguro del todo. —Leland estudió la nota—. Ay, los druidas. —Lo miró por encima de las lentes—. Entiendo que por eso has venido a verme.

Archer chirrió los dientes y Leland soltó un bufido.

—Siempre has sido transparente... —Palideció—. A ver, Arch... De haberme topado con algo así antes... Es decir, jamás se me ocurrió que la maldición pudiera venir de los druidas.

—A mí jamás se me ocurrió que pudieras haberme ocultado información. Si es a eso a lo que te refieres.

—Tendría que haberlo mirado. —Las manos temblonas de Leland estrujaron el suave tejido con sus dedos largos—. Los druidas conocían una magia que apenas empezamos a comprender ahora. Una torpeza así es inexcusable en mí.

Leland arrepentido era casi intolerable.

—Lo estás haciendo ahora —le dijo Archer con brusquedad.

El anciano asintió con la cabeza y continuó examinando la nota.

—Me llevará algún tiempo. Necesito unos días para consultar textos antiguos.

—Entendido. Encuentra lo que puedas. ¿Funcionará...?

La impotencia lo ponía furibundo. Antes que encontrar a Miri asesinada... prefería estar muerto él.

Leland lo miraba fijamente, pero Archer se negó a volverse hacia él.

—No tengo miedo de morir —dijo, contemplando las brasas de la chimenea.

—Entonces ¿por qué...?

—¿No puse fin a mi vida hace tiempo, cuando me supe maldito? —Se volvió. Leland había soltado ya las notas. Sus manos largas yacían flácidas en su regazo, blancas como el papel sobre la seda azul de pavos reales—. Lo curioso es que me gusta la vida —añadió—. Por rara que sea la mía. Perder el alma es otra cosa muy distinta. Eso no me gustaría... —Se interrumpió, sintiendo extraña su voz en aquel absoluto silencio.

—Sin duda —coincidió Leland en voz baja. Suspiró y se acercó a la librería y, después de buscar un poco, sacó un tomo grande cubierto de gruesa piel grabada—. Empezaré ahora mismo. De todas formas, últimamente ya no duermo. Me vendrá bien un buen enigma. —Arrastró sus zapatillas desgastadas por la alfombra oriental—. Tómame otra copa. ¿O prefieres que te prepare una habitación?

Archer negó despacio con la cabeza. Le pesaba como una losa.

—Voy a recuperar esa espada. —Señaló la nota de Daoud para enfatizar—. Ahora.

Leland cerró el libro de golpe.

—Si crees que me voy a quedar aquí, estás muy equivocado.

Archer torció la boca.

—¿Podrás soportarlo? —le replicó a media voz.

—Qué descaro —espetó Leland con un bufido indignado.

Archer cogió sus ropas mojadas.

—Entonces más vale que nos movamos.

Fueron a caballo y, pese a las protestas de Leland, Archer estaba preocupado por él. Su cuerpo frágil se bamboleó un poco cuando ascendieron a medio galope una loma. El hombre aguantó como pudo. Había cesado la tormenta y había vuelto la niebla, gélida y densa. La oscuridad era casi absoluta y podrían haberse perdido de no ser por la extraordinaria visión de Archer. Él marcó el camino a las afueras de la ciudad y aquellas cuevas desoladas que habían sido el origen de su destrucción.

Su aliento se convertía en una niebla blanca, devorada por la turbia oscuridad. En silencio, zigzaguearon por un bosquecillo y se detuvieron en unos matorrales.

—Parece abandonado —dijo Leland, a su espalda.

—Así debía ser.

Archer desmontó de un salto y apartó la espesa maleza. Unos gruesos maderos impedían la entrada. Los retiró fácilmente con las manos y cayeron con un golpe seco en los matorrales que había a su espalda. Sí, abandonado. Por fortuna para ellos.

Oyó a Leland desmontar mientras él limpiaba la entrada. Recordaba muy bien haberla tapado con los pedruscos y haber colocado delante los tres troncos grandes, impidiendo que ninguna otra diablura pudiera salir de aquel lugar.

Se le aceleró el pulso al ver la puerta de hierro. Se volvió para mirar a Leland, luego le dio un buen empujón con el hombro. La puerta cedió con un fuerte chirrido y una pequeña ráfaga de polvo de óxido de hierro. Con el segundo golpe, se tambaleó, cayó hacia dentro y aterrizó con gran estrépito en el suelo blando.

—Antorcha.

Tendió la mano y esperó a que el anciano Leland la encendiera y se la pasara. Gruesas telas de araña y remolinos de polvo coloreaban de gris la boca de la cueva. Apartó una mata de telarañas y entró, retrocediendo en el tiempo.

Ya no ardían antorchas en el angosto pasaje, pero, en su memoria, las vio, forrando las paredes, marcando el camino. Aquel irritante olor a pachuli impregnaba el aire y en algún lugar al fondo de la cueva resonaban los cánticos de los hombres. En aquella época, le había producido cierto morbo. Había entrado voluntariamente. Sin miedo a nada, y a todo. Una sonrisa sombría asomó a sus labios. Eso, al menos, no había cambiado. El recuerdo se esfumó y Archer se enfrentó de nuevo al pasaje oscuro, frío y húmedo.

Leland tropezó a su espalda y Archer alargó la mano para ayudarlo.

—¿Recuerdas el camino? —le preguntó. No quería darse la vuelta y descubrir que su amigo se había perdido.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —fue su seca respuesta.

—Bien. Vamos allá.

Avanzaron despacio, Archer apartando telarañas con las manos y escombros con los pies. El camino viró bruscamente a la derecha y Archer notó que se le aceleraba la respiración. Cavern Hall se hallaba a solo unos pasos. Se abría ante ellos, una cueva redonda de paredes de piedra caliza. De aquellas colgaban aros de antorcha vacíos, doce en total, y suspendida del techo mediante una recia cadena de hierro, la gran lámpara de araña, que aún contenía restos de gruesas velas. En las noches de luna llena, la caverna refulgía como un fuego naranja, de los cientos de velas encendidas. Pero, mucho antes de que el West Moon Club descubriera aquella cueva, Cavern Hall se había usado ya para rituales antiquísimos. Un milenio de humo de antorchas había pintado de negro el techo y el arrastrar de pies humanos había erosionado el suelo hasta convertirlo en una superficie lisa.

Se detuvieron un instante, los dos en silencio, asaltados por los recuerdos. Archer sabía que Leland pensaba en la misma noche. Los cánticos, la emoción. Aquella copa, llena de un líquido plateado que bien podría haber sido mercurio. Archer cerró los ojos. El dolor incandescente que le produjo aquel líquido al resbalar por su garganta lo puso de rodillas delante de sus amigos. Entonces Leland, apenado y horrorizado, se había vuelto de espaldas y se había negado a terminarse el suyo.

Archer se acercó a la enorme hornacina semicircular excavada en el muro donde aguardaba el altar de los sacrificios. En un gran bloque rectangular de granito, descansaba una gruesa plancha de basalto. Una piedra negra de aspecto muy siniestro. El mismo lecho de piedra en el que Archer habría tenido que tumbarse para completar el proceso... de no haber huido a la noche, demasiado aterrado por ese dolor viscoso que corría pulsátil por sus venas después de haberse tragado el repugnante brebaje. Por un instante, le pareció oír unas risas.

Archer y Leland insertaron las antorchas en los aros que había a ambos lados del altar y un tenue halo de luz titilante iluminó la hornacina.

—La nota dice que está debajo del altar —resonó suavemente la voz fina de Leland en el espacio vacío.

Qué curioso, se dijo Archer. Jamás habría pensado que el altar estaba hueco. Alargó los brazos, con manos temblorosas, temeroso de tocar la piedra pero obligado a hacerlo. Un helor le caló los guantes de piel. Lo recorrió un escalofrío. Apretando los dientes, empezó a retirar poco a poco la piedra de su base, empujando. La piedra pivotó, el sonido del roce de piedra contra piedra llenó el aire. Archer clavó los talones en el suelo y empujó más fuerte. La piedra se deslizó aún más hasta que se abrió una pequeña grieta de oscuridad. Una ventolera de aire seco salió disparada de la base de la piedra, y sonó como un jadeo de mujer en el silencio. Archer retrocedió de un brinco. Leland también. Pero no ocurrió nada

más.

Apretando los dientes, terminó de deslizar la piedra. La gran base cuadrada resultó estar hueca como prometían. Archer cogió una antorcha y se asomó. Al fondo del oscuro pozo del altar, había un fardo marrón alargado, alojado allí como un bebé.

Leland le cogió la antorcha y la sostuvo en alto mientras él introducía el brazo. Al tocarlo con los dedos, cada centímetro de su ser transformado protestó a gritos. Los músculos se le endurecieron hasta dolerle. Tomó una bocanada de aire y se obligó a atrapar aquella cosa y, cuando lo hizo, su lado izquierdo pareció suspirar de alivio. Tenía el cuerpo dividido. Una parte, encogida de miedo; la otra, ansiosa por liberarse. A toda prisa, sacó el fardo y lo puso encima del altar. Dentro no había nada más.

—Ábrelo —le pidió a Leland.

Sudaba mucho, algo que casi nunca le pasaba, y dudaba que sus manos temblorosas pudieran hacerlo.

Leland pareció entenderlo. Dejó la antorcha en el aro y examinó el fardo. Estaba hecho de piel, tan vieja que el pequeño trayecto de su lecho al altar había sido más que suficiente para iniciar su desintegración. Como no tenía marcas ni adornos, Leland se limitó a rajar la piel con una navaja y abrir el fardo por la mitad, igual que habría hecho si hubiera estado inspeccionando una momia. Archer tenía recuerdos muy vivos de los dos en El Cairo, hacía mucho, cuando se habían creído arqueólogos.

Aquella imagen se vio reforzada cuando la piel quebradiza se desmoronó y reveló en su interior un exquisito vendaje de lino. Leland agachó su cabeza cana.

—Una moneda. —Se la entregó a Archer.

—Inscripción en griego —dijo Archer—. Es de Claudio I. Un tetradracma.

Las manos de Leland temblaban casi tanto como las de Archer hacía un rato. Al desenredar el lino, hallaron otro premio: una pequeña colección de papiros guardados en una carpeta de piel.

—Los escritos del soldado romano.

La nota de Daoud era muy específica. Dos cartas enviadas a casa en la época de Claudio por un joven soldado llamado Marco Augusto revelaban que había topado con un hechizo horrendo. En la primera, explicaba su hallazgo: el modo de convocar a un demonio de luz, una criatura de inmenso poder que podía distinguir al inocente del maldito y así destruir al hacedor del mal. La segunda carta era de otra índole. En ella, rogaba a su hermana que quemara la primera. Decía que ocultaría su descubrimiento donde nadie lo hallara, en el lugar de culto de los druidas, masacrados recientemente. Por suerte para los fines de Archer, la hermana no había quemado la primera carta, sino que había conservado las dos. Para que Daoud las encontrara un milenio después. Por pesquisas posteriores,

Daoud había sabido a dónde habían destinado al soldado. Otro escrito de uno de los soldados de su batallón revelaba que un pequeño grupo de hombres había encontrado una cueva y, en su interior, un altar para sacrificios, hecho de granito y basalto. La descripción y ubicación de la cueva coincidían exactamente con las de Cavern Hall.

Archer valoraba sobremanera el esfuerzo que Daoud había hecho por verificar aquella historia tan compleja. Echó de menos a su amigo en ese instante. «Por ti, querido amigo. Por todos mis amigos asesinados.»

Leland apenas tocó los papiros mientras los hojeaba.

—Griegos también. Los examinaré en un momento.

Archer asintió con la cabeza y el anciano dejó a un lado el legajo para poder continuar desenrollando el fardo. Un extraño zumbido emanó de él. No estaba seguro de que Leland lo hubiera oído, pero él lo percibió con cada célula de su ser. Su piel se crispó cuando los últimos vestigios de lino cayeron al fin. En la ancha vaina de cuero había grabados unos símbolos. La historiada empuñadura era de bronce. Un bronce que extrañamente brillaba como si fuera nuevo. Eso fue todo lo que vio antes de tener que retroceder para tomar aliento.

—Tranquilo —susurró Leland—. Ahora no puede hacerte daño.

—Eso lo dices tú —espetó Archer con sarcasmo. Se pasó una mano trémula por la mandíbula descubierta.

Leland volvió la antiquísima espada, todavía perfectamente envainada.

—Fascinante. ¿Ves la inscripción de la empuñadura?

Archer se acercó un poquito.

—¿Glifos egipcios? —Fue lo único que pudo decir antes de apartarse.

—Sí. Qué interesante. No eran druidas, entonces...

La objetividad académica de Leland empezaba a ponerlo nervioso.

—¿Es eso lo que buscamos? —preguntó algo impaciente.

Leland enarcó sus pobladas cejas.

—¿Necesitas que te lo confirme? Notas su poder, ¿no es así?

—Sin la menor duda.

Eso y mucho más. Percibía su mortalidad. Extraño. La sensación de estar en peligro de muerte prácticamente le era ajena.

—Todo esto hace que uno se pregunte —musitó Leland— si sería esa la razón por la que se eligió Cavern Hall para el ritual.

Los miembros del West Moon Club no habían elegido Cavern Hall; los habían conducido allí y les habían dicho que era un lugar de extraordinario poder. Perfecto para quienes eran lo bastante necios como para querer jugar a ser Dios, se dijo Archer con amargura. Se retiró, nervioso.

—¿Por qué elegir precisamente el lugar donde se aloja el único objeto capaz de destruirlo a uno?

—Se me ocurre que quizá más bien el poder que emana la espada nos atrajera hacia aquí. No es necesario saber de la existencia de la espada para sentir su atracción.

—Supongo que sería eso —dijo Archer mientras Leland depositaba la espada con sumo cuidado en su sitio.

—Déjame ver... —Leland había cogido los papiros y los leía por encima—. Parece que Daoud malinterpretó la situación. Según el soldado, Augusto, se encargó a una secta secreta de sacerdotes egipcios la creación y el cuidado de unos seres a los que ellos llamaban «niños de luz», aunque Augusto los llamaba *Lux Daemons* o *Anima Comedentis*. Lo descubrió cuando su legión destruyó su templo en nombre del Imperio. Si quedaba algún demonio de luz por entonces, no se topó con ellos. Luego robó tanto la espada como el secreto para la creación de esos demonios de luz... Alabado sea el Señor... —Se cayó de espaldas.

—¿Qué, por el amor de Dios? —espetó Archer.

—¡Lo probó! —Los ojos de Leland brillaban como lagos a la luz titilante—. Se convirtió en uno de ellos. Pero, a diferencia de ti, sabía cómo terminarlo. Solo que decidió no hacerlo.

La estancia pareció oscurecerse. «Otro más. Ahí fuera, por el mundo.»

—Como era un tipo sesudo —continuó Leland, leyendo abstraído—, se quedó la espada. Si se cansaba de la vida, podría darle buen uso. —Fue pasando páginas—. Al parecer, los egipcios tenían un modo de controlar a los demonios de luz: la espada. Dicen que es la espada de Ammit, el Devorador.

—El devorador de corazones —dijo Archer. Se miraron, después Archer rió sin ganas—. Hijo de mala madre.

—Por lo visto, Ammit engendró al primer demonio de luz —señaló Leland.

Se decía que Ammit, un demonio femenino egipcio, devoraba los corazones de aquellos a los que el dios Anubis, del Inframundo, encontraba indignos. Por Dios, esperaba que esa parte fuera alegórica. La sola idea de que alguien hubiera devorado los corazones arrancados a sus amigos le revolvía las tripas. El pensar que un día a él pudiera apetecerle un bocado semejante le producía arcadas.

Por fortuna, ajeno al estremecimiento de Archer, Leland siguió leyendo.

—Para los sacerdotes, la espada se había forjado en el lago de fuego de Duat, el inframundo egipcio.

El lago de fuego, decían, destruía y purificaba. Los indignos se consumían y sus almas se condenaban a no hallar jamás la paz, sufriendo así una segunda muerte. Los juzgados limpios de corazón eran perdonados.

—«El agua que aquí veis será para vosotros, pero, en vuestro caso, no hervirá y su calor no quemará vuestros cuerpos» —citó textualmente Archer.

—Eso dice el Libro de las Puertas —terminó Leland con un brillo en los ojos que él ya conocía bien antes de retomar el texto—. El resto es del cariz habitual...

solo alguien valiente y limpio de corazón podrá blandir la espada. Al demonio de luz no puede destruirlo ninguna otra cosa... —Se interrumpió y miró a Archer—. Léelo. Tú sabes griego clásico mejor que yo.

Le tembló la mano al coger el texto antiguo. Leland tenía razón. Solo que él se sentía exhausto y extrañamente asustadizo. No quería planificar su propia muerte. Quería volver a casa, con su esposa.

Se arrodilló cerca de las antorchas y lo leyó entero. Un destello de esperanza, de tan pequeño casi irrisorio, resplandeció en su corazón cuando llegaba al final. Asomó a sus labios una leve sonrisa.

Entonces se puso en pie, con cuidado de no estropear los papiros.

—Ya tenemos lo que hemos venido a buscar. —No se llevaría la espada—. Por favor, guárdalo todo hasta que yo esté preparado.

Leland se alzó más despacio y sus viejas rodillas chascaron de forma audible, pero Archer no lo ayudó; su amigo no lo habría querido.

—Hay mucho que planificar. Y textos que consultar.

El servicio de los Blackwood encontró el cuerpo de John Coachman en sus establos; le habían cortado el cuello y arrancado el corazón. La noticia tuvo a Miranda recluida en sus habitaciones la mitad del día, sin que Archer supiera consolarla. A la fría luz de la mañana, lo enterraron en el panteón familiar, detrás de Archer House, cerca del viejo abedul. Soplabla una suave brisa y las fantasmales extremidades blancas se mecían como el esqueleto de una mano que quisiera agarrar un puñado de la tierra recién levantada. A Archer lo consoló la certeza de que aquella muerte, y las otras, pronto serían vengadas.

—¿Cómo vamos a hacer para atrapar a ese asesino? —preguntó Miranda cuando se hubieron instalado en la biblioteca.

Archer, que se disponía a pasarle un vaso de bourbon, se detuvo un instante. Un temor oscuro le retorció las entrañas.

—¿«Vamos»?

Por el amor de Dios. Pese a lo mucho que deseaba confesarle sus cuitas a Miri, habría preferido morir antes que hacerlo, porque aquella mujer impetuosa se habría lanzado en busca de su propia venganza sin pensárselo dos veces.

—Sí, «vamos». —Ella le cogió el vaso de la mano rígida. Un perfume dulce como el caramelo danzó en el aire—. Ha quedado claro, para ambos, que el asesino anda detrás de mí. Así que los dos debemos darle caza primero.

Archer se irguió.

—Tú te vas a quedar aquí, en Archer House —le respondió él con aspereza—. Y yo me quedaré a tu lado para protegerte.

—En mi vida he oído un plan más absurdo. —Le dio un sorbo al bourbon como si necesitara un reconstituyente—. También podríamos esperar tumbados.

Archer apuró su copa y se alejó, airado.

—Tu confianza en mí resulta alentadora, Miranda —le dijo desde el otro lado de la sala.

—Bueno, ¿y cuál es tu plan? —preguntó ella—. Aparte de hacer de carcelero.

Alguien llamó a la puerta de la biblioteca e impidió que Archer contestara. Gilroy le comunicó que había venido el inspector Lane. Por lo general, le fastidiaba que lo interrumpieran, sobre todo mientras estaba con Miranda, pero, en esa ocasión, la llegada de Winston Lane fue de lo más oportuna, de modo que le pidió a Gilroy que hiciera pasar a Lane de inmediato.

Miranda juró entre dientes al verlo sonreír y ponerse la máscara. Entró Lane, con el bombín bajo el brazo, su cuerpo huesudo perdido en un holgado traje

marrón y una ondulante capa azul.

—Miranda. —Se acercó, trayendo consigo el olor del aire húmedo de Londres teñido de un desconcertante tufo a sangre—. ¿Se encuentra bien, cuñada?

Ella sonrió sin ganas.

—Muy bien, Winston.

—Milord —inclinó la cabeza hacia Archer—, he oído decir que anoche tuvo un accidente de coche. Nada demasiado terrible, espero.

—Los caballos se asustaron —contestó Archer—. Fue un verdadero fastidio, pero nosotros salimos ilesos.

Lane torció un poco el bigote ante tan absurdo comedimiento.

—Me alegro. —Se aclaró la garganta—. El departamento de Investigación Criminal ha creído conveniente que, dado lo delicado de la situación, sea yo quien se encargue de este asunto.

—Yo me alegro de que seas tú —dijo Miranda muy seria.

—Debo hacerles unas preguntas. Es decir, si usted está de acuerdo, milord.

Archer asintió con la cabeza.

—Es usted familiar de Miranda. Confío en que sabrá hacerlo sin disgustarla.

—O sacaría al buen inspector de su casa por la oreja.

—Me afligiría mucho que eso ocurriera.

Lane se acomodó en la silla más próxima y se sacó del bolsillo de la chaqueta un cuadernillo y un lápiz pequeño y grueso.

—Veamos —empezó—, tengo entendido que la última víctima era su cochero, ¿no es así?

—Lamentablemente —dijo Archer.

John era un buen chico que no se merecía algo así.

—Bastante extraño, dado que las otras víctimas eran mayores, aristócratas y, por lo visto, miembros de un club del que no encontramos registro alguno aunque nos consta su existencia.

Las máscaras eran útiles a veces y Lane no era rival para la mirada fija y muda de Archer. Lane apartó la suya y fue a la puerta a llamar a Gilroy. Regresó con algo en la mano. Una prenda teñida de oscuro que, con un vuelco del estómago, Archer identificó como el manto de Miranda, manchado de sangre. Lo dejó en una silla y el perfume de su esposa se desprendió de la prenda, tan intenso que parecía que la hubieran bañado en él.

Contrajo la mandíbula. El perfume de una mujer era como su huella dactilar. Ella, que evidentemente también lo pensaba, se puso blanca como la nata.

—Hemos encontrado esto cerca del cadáver del cochero. —Lane escudriñó a su cuñada—. ¿Podría decirme cuándo estuvo en su poder por última vez?

—Cuando entré en la mansión de los Blackwood anoche. Se lo di al lacayo, pero no recuerdo haberlo recogido al salir.

Lane frunció un poco el ceño.

—¿No se acordó de recoger su manto antes de salir?

Miranda se ruborizó.

—Estaba indispuesta. Solo pensaba en volver a casa cuanto antes.

Al ver que Lane la miraba pensativo, Miranda frunció sus ojos verdes.

—¿No pensarás que yo...? —No pudo terminar la frase.

Pero Archer sí.

—Cree que quizá lady Archer tuvo un encuentro amoroso con nuestro cochero y yo los sorprendí.

—¡Archer! —exclamó ella a media voz, volviéndose para mirarlo furiosa. Él la miró también, inmutable.

—A fin de cuentas —prosiguió—, todas las víctimas estaban estrechamente relacionadas conmigo.

—¡Archer, basta! Esto es absurdo. Ni siquiera sabíamos que había muerto cuando salimos de la fiesta.

—Me parece, milady, que lord Archer prefiere convertirse en sospechoso antes de que la investigemos a usted. —La miró a ella y luego a Archer y una sonrisa le ladeó el bigote—. Muy admirable. No obstante, ya hemos estudiado esos escenarios y los hemos encontrado injustificados. Probablemente eso sea lo que el asesino quiere que pensemos. Él se llevó el manto de Miranda, quizá incluso matara a su cochero con la intención de situarla a ella en la escena del crimen. Pero ¿por qué?

Que esa cosa hubiera metido a Miranda en todo aquello... El respaldo del sofá al que Archer se asía protestó con un crujido.

—No lo sé —dijo fríamente.

—Ajá... —Lane dejó la capa en la silla—. Me pregunto si quizá el asesino abordaría al cochero disfrazado de lady Archer.

Miranda alzó la cabeza de pronto.

—Un comportamiento algo extraño en un hombre.

—Lo es, en efecto. Y tal vez esté equivocado. Sin embargo, no puedo creer que fuera usted, querida cuñada, quien asesinara al cochero.

—Bueno, es un detalle por tu parte, Winston.

Lane dedicó a Miranda una pequeña sonrisa de disculpa.

—No puede quedar una piedra sin remover. Aunque eso signifique comprobar la coartada de la cuñada de uno.

El inspector cerró el cuadernillo y se puso en pie.

—Este ha sido un trago difícil para todos, así que les dejo descansar. —Miró con ternura a su cuñada y después se dirigió a Archer—. Solo una cosa más, milord. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó una moneda del West Moon Club—. Se ha encontrado otra moneda con el cuerpo. —Unos ojos hastiados lo

inmovilizaron—. ¿Querría especular sobre su significado?

Archer le plantó cara.

—No.

Sobraba la especulación. Era otra invitación a Cavern Hall. Y a su funesto destino.

Tan pronto como se marchó Winston, Archer se acercó a la ventana. Los rayos de sol pasaron por encima de sus anchos hombros e iluminaron las curvas redondeadas de su máscara, haciéndola brillar. Lo aislaba de Miranda por completo.

Ella se levantó y se situó a su lado.

—Tú sabías que no podían considerarnos sospechosos de este crimen.

—Sí —contestó él sin dejar de mirar por la ventana. La tensión crepitaba en él como el aparato eléctrico de una tormenta.

—Así que te has propuesto como culpable para obligar a Winston a revelarte lo que pensaba la policía.

Archer se volvió hacia ella.

—¿Tiene alguna finalidad este interrogatorio?

—No, en realidad. Solo que encuentro tus tácticas desprovistas de conciencia y... admirables. Bien ejecutadas.

Él se estremeció, sorprendido.

—Me asombra, lady Archer —bromeó con voz grave—. Después de todo, Winston Lane es su cuñado.

—También es parte del departamento de Investigación Criminal. No puedo contarle entre nuestros aliados en este asunto. De momento, no. El que Winston haya venido aquí a interrogarnos lo demuestra.

Archer, a su lado, suspiró y se quitó de un tirón la máscara como si llevarla empezara a resultarle cada vez más insoportable. Ella se volvió para examinarlo.

—Según el ayuda de cámara de sir Percival, este llamó «guía» a la moneda. ¿Por qué?

Archer dejó caer la cabeza sobre el cristal y suspiró.

—Porque lo es. Cada uno de nosotros recibió una. Cada juego de relieves sobre la cara de la luna compone unos símbolos que responden a un código y revelan la ubicación del lugar de encuentro. —La miró—. No significa nada, Miranda, más que otra miguita que conduce a tu querido cuñado hasta mi puerta.

—Pero ¿por qué a ti? —Al ver que no respondía, apretó el puño—. Una cosa es eludir a la policía y otra muy distinta esconderte de mí, Archer.

Él chasqueó la lengua, molesto.

—Esconderme... ¡qué dramático!

Miranda dio un puñetazo en el cristal de la ventana.

—Están matando sistemáticamente a todos los miembros del club. — Asomaba a los ojos de Archer la verdad, pero se esforzaba de forma admirable por ocultarla—. En cambio, tú sigues ileso. ¿Por qué?

La miró furioso.

—Yo no diría que sigo ileso.

Miranda dio un manotazo al aire, irritada.

—Recuerdo vivamente el día del museo...

—Yo también. —Archer se llevó las manos a sus enjutas caderas y la miró con violencia—. Uno suele recordar el día en que casi asesinan a su esposa.

«Esposa.» La palabra le dio que pensar. A veces olvidaba lo que eran el uno para el otro. Compañeros hasta la muerte. Pero no podía dejar que el sentimentalismo gobernara el momento.

—Lo que intento decir —siguió— es que no parecías en absoluto sorprendido la primera vez que viste a ese demonio. Al contrario, pareciste reconocerlo.

—Lo que reconocí —replicó de mal humor— fue a mí mismo. Entonces supe que el asesino se proponía hacerse pasar por mí.

—Podía haberte matado en el museo, pero no lo hizo. Eras un blanco fácil.

—No se me puede despachar fácilmente —masculló Archer, volviendo la cara un poco.

Ella no debía de andar muy desencaminada en sus deducciones, porque no hizo ningún comentario sarcástico a continuación.

—Eres extraordinariamente ágil y fuerte —le reconoció Miranda, examinando su impresionante envergadura. La velocidad que había presenciado la noche anterior era magnífica—. Pero no eres indestructible.

—No —dijo él, abriendo los brazos—. Una de tus observaciones mordaces podría acabar conmigo, sin duda. —Se miró el pecho como para ver si estaba herido.

—Bromea todo lo que gustes —replicó ella, paseando a su alrededor, cercándolo; le sacaría la verdad—. No te servirá de nada.

También él se paseó, haciendo resonar sus botas en la alfombra, hasta que terminaron acorralándose el uno al otro como dos grandes felinos, midiéndose.

—Estoy temblando de miedo —dijo él con una sonrisa.

—¿Sí? —murmuró, y él frunció el ceño—. ¿Cuál es tu verdadera aflicción, Archer? ¿Cómo sobreviviste a esa caída del coche sin apenas un rasguño?

Él apretó los labios.

—Yo podría decir lo mismo de ti. Tu caída fue infinitamente peor, en cambio, aquí estás... —la miró de arriba abajo y un leve escalofrío se apoderó de ella— ileso.

—Pura suerte.

—Suerte —repitió él—. ¿Ves? No es tan misterioso —la acarició su voz.

Miranda tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo... cómo pudo escapar por segunda vez?

—No pude darle caza.

Archer le miraba fijamente los labios. No le gustaba nada el modo en que lo hacía, porque sabía que se proponía distraerla. Que estuviera realizando un estupendo trabajo no hacía sino irritarla aún más.

—¿Por qué?

—Tú estabas atrapada en un carruaje desbocado —replicó sin apartar los ojos de sus labios—. Consideré más apremiante salvarte.

La cabeza oscura de Archer parecía acercarse cada vez más.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes una boca preciosa? —Cerró un poquito los ojos—. Preciosa y carnosa.

Desde luego quería distraerla. Una oleada de calor inundó sus extremidades.

—Quizá más tarde podrías escribirle un soneto. Pero queda la pregunta que le daría sentido a todo. —Le sostuvo la mirada al tiempo que se inclinaba hacia él, agobiándolo—. ¿Eres inmortal?

Inspiró tan hondo que pareció llevarse todo el aire de la habitación. La miró fijamente, con una mezcla de asombro y horror. Tras un silencio elocuente, habló por fin, y su voz sonó ronca y pastosa.

—¿Es eso lo que Mckinnon te ha contado?

Se negaba a que la avergonzara.

—El criado de sir Percival dijo que su señor tenía la moneda desde 1814. Todos los demás miembros son ancianos. Basta de evasivas, Archer. ¿Es cierto?

Él dio media vuelta y se dirigió airado a los ventanales que daban al jardín sur.

Las lágrimas anudaban la garganta de Miranda y le quemaban los ojos, pero no las dejaría rodar.

—Pensaba que podría aceptar la distancia que nuestros secretos interponen entre nosotros. Pero no si el hacerlo supone una amenaza para nuestras vidas mismas. Esto es demasiado importante. —Se le encogió el corazón al ver cómo le temblaban los hombros de la violencia con que respiraba—. Déjame entrar, Archer —susurró.

Despacio, se volvió para mirarla con ojos angustiados.

—Miri...

Algo en su mirada la dejó helada. De repente, lo comprendió todo: esa fuerza, esa velocidad. Cosas más extrañas se habían visto... «Y, si fuera cierto, ¿habría alguien ahí fuera que se propusiera devorarlo?»

Se le revolvió el estómago al imaginarlo abierto en canal, su carne devorada

por un monstruo nunca visto, y se llevó la mano al vientre, conteniendo el pánico.

—Es una pesadilla —susurró, con los dedos fríos y entumecidos.

Archer se irguió, inspirando hondo. Una extraña sonrisa asomó a sus labios.

—¿Te parece esto propio de un ser inmortal? —Se señaló con espontaneidad los golpes entre amarillentos y azulados que tenía por la mandíbula y el pómulo—. ¿Quizá la herida abierta que tú misma me cosiste?

El tono socarrón de sus preguntas era incuestionable. Y no se lo reprochaba. Incluso a ella le costaba digerir la idea. Se armó de valor al ver que se acercaba decidido a su lado.

—Ven. —La cogió del brazo—. ¿Te gustan los cuentos? Tengo uno fantástico para ti.

Recorrieron la casa a ritmo marcial; las faldas de su vestido crujían con fuerza en su empeño por no quedarse atrás. La conjetura y la angustia le aceleraban el pulso. No aminoraron la marcha hasta que estuvieron muy lejos de la casa, en el cementerio.

Archer la condujo hasta un grupo de lápidas desgastadas, no muy lejos de donde yacía la tumba recién abierta de John.

—Benjamin Archer, tercer barón de Archer of Umberslade, falleció en 1815 —dijo Archer, señalando la tumba que llevaba el nombre de su antepasado—. Yo no soy ese hombre. —Inspiró, y su cuerpo se agarrotó más—. Solo un imbécil que ignoró cierta destrucción y sobrevivió.

Las hojas muertas bailaban a sus pies mientras ellos permanecían en silencio. El vello de la piel se le erizó a Miranda donde el viento frío la acariciaba.

Archer se movió al fin.

—Estás helada. —Le tocó el codo.

—No te creo. —Las palabras de Miranda cortaron el aire como un latigazo, y Archer se estremeció—. Buscaban el modo de erradicar la muerte —insistió ella—. Quizá tu abuelo no lo consiguiera, Archer, pero aquí estás tú, un hombre deformado por algún extraordinario experimento. Y lo peor de todo es que no quieres decirme lo que fue. —Miranda se apartó de su silencio explosivo—. Si te niegas a contármelo para que pueda ayudarte, encontraré a otra persona que lo haga.

Archer la agarró por la muñeca y se la arrimó tan rápido que ella se mareó.

—¿Te refieres a Mckinnon?

—Si tengo que hacerlo...

—¡Antes me verás muerto!

Ella quiso darle una manotada con el brazo que le quedaba libre.

—¡Me parece que eso es lo que alguien se propone, necio!

Archer le atrapó el brazo que agitaba y, con el otro, la ciñó por la cintura. Cuando se tranquilizó, le soltó una mano. La palma ancha de la suya se instaló

plana en la espalda de ella, arrimándola todavía más a él, hasta que sus pechos quedaron pegados a su cuerpo.

—Siente mi corazón —la instó él con voz pastosa. Bajo su puño apretado, Miranda notó un latido exaltado—. Créeme cuando te digo que es del todo humano, y tan frágil como cualquier otro.

La agarró por la nuca y se la acercó hasta que sus narices se tocaron.

—Eres muy libre de creer lo que quieras —sus labios rozaron los de ella mientras hablaba—, pero eres tonta si piensas que descubrir esos secretos y desenmascarar al asesino acabará con esta locura.

Miranda cerró los ojos. La barba incipiente de Archer le raspó la mandíbula, su cálido aliento ahogó sus sentidos.

—Te queda una opción —le susurró al tiempo que los brazos que la envolvían la estrujaban, sofocando su resistencia— y esa es confiar en que el memo mentiroso de tu esposo te mantendrá a salvo.

Habría sido muy fácil ablandarse, fundirse en él y dejarse mimar. En parte, quería hacerlo, con una desesperación casi infantil. Pero ¿dónde lo colocaría eso a él? Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo furiosa.

—¿No esperarás que...?

Los labios de Archer aplastaron los suyos con una fuerza bruta que empujó carne tierna contra dientes duros. Ella gimió cuando sus manos le agarraron la cabeza con nervio inamovible y sus labios picotearon y succionaron por un intenso instante. Luego la dejó libre, y ella se tambaleó sin ancla que la estabilizara.

El pecho de Archer se hinchó mientras la miraba furibundo.

—¡No quiero ver como te matan! —gritó.

Los cuervos sobresaltados volaron de las ramas en un barullo de aleteos y graznidos.

Dio media vuelta airado y recorrió a grandes zancadas el césped, aplastando con los tacones de sus botas la tierra congelada. Ella se estremeció cuando sus últimas palabras resonaron como cañonazos en el vacío.

—¡No lo consentiré!

—¿Milord?

Archer inspiró sobresaltado. No había oído a Gilroy entrar en la biblioteca. Esperaba de pie, a cierta distancia de su escritorio, con la bandeja de plata del correo en la mano.

—Correo, ¿verdad? —preguntó sorprendido de lo cansada que sonaba su voz mientras cogía las cartas.

El mayordomo titubeó. Tenía los ojos legañosos últimamente. Archer miró hacia otro lado. No creía que pudiera soportar ver cómo Gilroy se apagaba también.

—¿Querías algo, Gilroy?

Gilroy apretó sus finos labios. Sí, estaba deseando decirle algo. Era evidente. Solo que sus muchos años de formación impedían al hombre hablar sin tapujos. Se irguió.

—Lady Archer no desea cenar —dijo sin el menor indicio de reproche. Lo que no hizo más que evidenciar la transgresión de Archer—. ¿Preparo la mesa para uno? ¿O prefiere que le traiga una bandeja aquí?

Aumentó el peso plomizo que Archer sentía en el estómago. Miri ya no quería comer con él. Le dolía. Cada músculo, el corazón; le dolía hasta respirar. Aun así, todavía lo inflamaba. Su olor meloso, cómo enarcaba una de sus cejas cobrizas cuando él decía algo con lo que no estaba de acuerdo le hacía desearla.

Se frotó la mandíbula. Gilroy aún esperaba.

—No tengo mucho apetito. Que se lo coma el servicio.

—Muy bien, milord.

Archer no levantó la vista del escritorio mientras Gilroy salía, sino que empezó a hojear el correo, aunque solo fuera por tener las manos ocupadas en algo. Una carta fina lo detuvo. Pese a que habían pasado muchos años, conocía muy bien aquella caligrafía.

Sus dedos, torpes, rasgaron el sobre con precipitación. En lo más recóndito de su ser, sabía ya lo que diría la nota.

Se puede hacer.

L.

Volvió la mirada hacia el calendario lunar que tenía en el escritorio. Faltaban dos días para que la luna llena coincidiera con el solsticio de invierno. Aquella noche y un día, en realidad. Era lo único que le quedaba para estar con

Miranda. Levantó la cabeza y escuchó con atención. Miri. Podía oír el compás suave y constante de su respiración, el murmullo de su vestido al moverse. Se levantó del escritorio. Era cobarde y egoísta, pero la necesitaba tanto como el aire.

Estaba en el salón, sentada de espaldas delante del tablero de backgammon. Archer sintió una punzada en el corazón al verla. La luz de las velas resaltaba la curva nacarada de sus pómulos e incendiaba su pelo rojizo. Por un instante muy especial, Archer se quedó sin aliento. Se le nubló la visión y tuvo que parpadear con fuerza.

—Miri.

Ella se volvió, tensa ante su inesperada aparición.

—¿Sí, Archer?

Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y señaló el tablero.

—¿Quieres jugar una partida conmigo?

Se estaba dejando ganar, estaba convencida. Apenas prestaba atención al juego; sentado en silencio, contemplaba todos los movimientos de ella con ojos brillantes.

Al levantar la vista del tablero, Miranda vio que la observaba inmóvil.

—Me estás mirando fijamente —susurró ella y movió su pieza por el tablero.

—Sí. Estás preciosa.

Se le encendieron las mejillas. Por fortuna, el dorado resplandor de la luz de las velas lo ocultaría.

—Me dijiste que no te importaba mi aspecto exterior.

Archer se inclinó hacia delante en el asiento.

—Soy un imbécil, Miri. Lo sabes bien. Un imbécil grosero e imperdonable.

Miranda tuvo que sonreír.

—Mientras lo sepas tú. —La voz no le salió del todo.

Le ofreció el cubilete y el dado, pero él no los cogió. Se acercó más y su cuerpo enorme envolvió el pequeño tablero de juego.

—Lo que sé es que tu belleza me atonta. —A su boca bien formada asomó una sonrisa—. Te miro y no brota de mis labios más que pura estupidez. De verte así con ese vestido dorado se me adormecen los dedos de los pies. Estoy tan contento que quiero mandarle flores a monsieur Falle.

Ella rió, y él; una carcajada sonora que hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¿Ves? —añadió Archer—. Pura y verdadera estupidez.

Los rabillos de los ojos se le fruncieron de gozo y ella volvió a reír.

—Entonces tendré que salvarte de ti mismo —dijo—. Me doy por satisfecha.

Deja de hablar de mi belleza y ahórrate más humillaciones.

Miranda le acarició la mano con suavidad. La sonrisa de sus labios marchitó y se desvaneció. Archer bajó la mirada a la mano de ella, sobre la suya, y un suspiro estremecido recorrió su cuerpo fornido. Ella la retiró, como si quemara, pero él siguió mirando, como extrañado, aquella mano apoyada en el tablero de juego.

—Archer, ¿qué te pasa? —Apretó el puño—. ¿Estás enfermo? —le susurró mientras su pecho musculoso subía y bajaba.

—¿Enfermo? —espetó él, riendo de pronto. Su mirada llegó hasta los labios de ella y volvió a congelarse, y tembló su boca. Miró hacia el fuego—. ¿Es el deseo una enfermedad? —masculló para sí—. Supongo que lo es.

—Archer —dijo muy seria, porque su extraña actitud empezaba a molestarle. Se le removieron las entrañas; presentía que se avecinaba una tormenta.

Como si se soltara de una soga, Archer alzó la cabeza de golpe, y a ella le faltó el aliento al ver lo que albergaban sus ojos, tan crudo.

—Miri.

Una palabra, su nombre nada más, y aun así le decía todo lo que quería saber, le hablaba de su pesar, de su deseo. De lo que él le estaba pidiendo. Apartó la mesa, sin saber muy bien a dónde iba, solo que necesitaba moverse.

—Los dos nos hemos esforzado por mantener las distancias, ¿verdad? —dijo mientras él se levantaba y la seguía.

Pero Miranda lo deseaba, tanto que los brazos le temblaban de querer abrazarlo.

Él intentó acariciarle la mejilla y ella se apartó.

—¿Y eres feliz? —le preguntó con ternura.

¿Feliz? Quizá. ¿Satisfecha? No. Los ojos se le llenaron de lágrimas y respiró con dificultad.

—¿Por qué ahora, Archer?

El deseo le agarrotaba la boca a Archer y endurecía su expresión.

—Porque hoy me he dado cuenta de que podría perderte en cualquier instante. —Dio un paso hacia ella—. De que la vida no es un largo camino que se presenta ante mí, sino el aquí y el ahora. Y la idea de pasar un día más, un aliento más sin sentirte en mis brazos ha empezado a resultarme insoportable.

De pronto, la mano de él la agarraba por la nuca, la atraía hacia sí, su boca tierna y cálida se anclaba a la de ella. El placer casi la hizo gemir.

—Te deseo, Miri —le susurró en los labios.

La empujó contra la puerta, estrujando el lino almidonado de su camisa contra el canesú de su vestido mientras sumergía la lengua en su boca.

Miranda gimió y le agarró las solapas al tiempo que él le daba besos intensos, lentos, que hacían que le flojearan las piernas.

—Con locura, te deseo... —Con la mano que tenía libre, le recorrió la cintura, hasta la cadera—. ¿Tú también me deseas?

—Sí. —«Con locura.»

Volvió a acariciarla, suavizando el beso, y ella suspiró y le tiró de la chaqueta, notando cómo se movían debajo sus músculos fuertes.

Archer se apartó un poco.

—Las luces.

Miranda interrumpió el beso y él volvió a mirarla, rogando que lo entendiera. Una chispa de rabia prendió en el pecho de ella.

—Me deseas —susurró, con un súbito nudo en la garganta—, pero no quieres que te vea.

Él se estremeció y desvió la mirada.

—No.

—No —repitió ella. Hizo ademán de marcharse.

Archer la agarró por el hombro y apoyó su frente en la de ella. Estuvieron así un momento, sin moverse, el aliento de él soplándole en el rostro.

—Por favor, Miri. He vivido una vida de remordimientos. Si pudiera hacer esto de cualquier otra manera... te necesito. —Como si no pudiera contenerse, volvió a besarla, con besos tiernos que consiguieron ablandarla—. Miri...

Sus besos la consumían. Se apartó de su boca para aclarar las ideas, y Archer se quedó muy quieto.

Cada tictac del reloj de la repisa de la chimenea le sonaba a ella como un gong en los oídos. La expresión de desolación de él le llegó muy hondo. En realidad, también ella lo necesitaba. Estaba cansada de negar sus propios deseos. Pero había otras cosas que considerar. Fuego, destrucción, pérdida.

—Tengo miedo.

Él frunció los ojos.

—De mí.

—¡No! —Ella lo agarró por las solapas para tenerlo cerca—. De mí misma. De perder el control.

Le dolía decírselo. Le dolía mirarlo a los ojos. Solo halló ternura en aquellas honduras grises.

—Y yo tengo miedo de estar desperdiciando mi vida por controlarme siempre —le susurró él—. Pero vaya hacia donde vaya, todos los caminos me conducen a ti. —Con suavidad, apoyó su frente en la de ella una vez más—. Déjame que me sienta en casa, Miri, aunque solo sea por una noche.

En casa. Era lo que había deseado toda la vida. Y había dado con un hombre más esquivo que las sombras.

—La casa de uno no es un sitio al que se va de visita. Sino el sitio al que uno regresa al final de cada día.

Archer suspiró hondo y le cogió las mejillas.

—Por todos los días de mi vida, Miri.

Ella cerró los ojos un instante, luego abrió la puerta una ranura.

—Ven a verme a medianoche.

—Mantén las luces apagadas —le dijo él mientras salía.

Una tumba. Era una descripción conveniente. Miranda se revolvía malhumorada debajo de la pesada ropa de cama. La oscuridad era absoluta. Parpadeó, esperando a que sus ojos detectaran un ápice de luz, pero no hubo ninguna. Archer había elegido una noche cubierta para expresar su solicitud.

La razón de aquella total oscuridad dio comienzo a una cadena irrefrenable de pensamientos disparatados. Él se había llamado a sí mismo horror. Se estremeció, pese al calor de las mantas. ¿Qué se ocultaba bajo aquella máscara? ¿Cicatrices? ¿Peor? No imaginaba nada peor.

Miranda se volvió boca arriba y las faldas del salto de cama se le deslizaron por los muslos. Su respiración y su corazón sonaban altísimo en el silencio. Lo cierto era que no podía diseccionar a Archer en partes. Lo veía como un todo. Pensaba en él no en forma de imágenes sino de sensaciones. Él era ternura, risa, bondad y emoción. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Quería que acudiera a ella. Quería abrazarlo, aliviar su pesar. Sobre todo, quería que le mostrara qué le causaba tanta angustia.

Algo cambió en la habitación. Miranda cayó en la cuenta, sobresaltada, de que él estaba allí. El leve sonido de sus pasos en la alfombra llenó el silencio. Sin luz, solamente podía oír, y esperar. La idea de pronto la aterró.

Una pausa. Cerró los ojos y rogó que Dios le diera fuerzas. Las sábanas se levantaron despacio y ella contuvo la respiración. El colchón de plumas se hundió cuando él se tumbó encima.

Volvió la cabeza e intentó vislumbrar su silueta. Nada. Nada salvo el olor de la seda del camisón que él llevaba y, debajo, el delicioso aunque efímero aroma a él. Podría haber sido un fantasma.

Su aliento le acarició el rostro en suaves ráfagas y supo que estaba intranquilo.

—No te haré daño —susurró él al fin, con voz ronca de miedo y emoción—. Nunca.

No, Archer nunca le haría daño. Pero ¿qué le impedía a ella hacerle daño a él sin quererlo? Bastaba con que la tocara para que se incendiara. Incapaz de hablar, asintió con la cabeza, pese a que no veía nada. La cama se hundió aún más cuando él se inclinó sobre ella, y el leve calor de su cuerpo la acarició. Miranda inspiró deprisa. La caricia de sus labios en su mandíbula le aceleró el pulso, que sonaba lo bastante como para que él pudiera oírlo.

La cabeza le daba mil vueltas. Archer en su cama, Archer acariciándola, Archer haciéndole el amor. Se le entrecortó la respiración y él se apartó.

—Sigo siendo yo, Miri. —Con delicadeza, le apartó el pelo de las sienes—. Solo yo.

Y ese era el problema. Él lo era todo. Él era su amanecer, su puesta de sol y todo lo de en medio. Una pena dulce le encogió el corazón y se descubrió conteniendo las lágrimas.

—No puedo pensar en «solo» cuando se trata de ti —le susurró ella.

En la oscuridad, la mano de Archer buscó la suya y sus dedos se entrelazaron.

—En eso diferimos —dijo él—. Para mí, solo hay Miri. Nada más.

Su boca delicada paseó por el lóbulo de su oreja y bajó por el cuello. Sus labios le acariciaron la piel, besándola y saboreándola, hasta la clavícula. Una agradable sensación de calor se propagó por sus extremidades, y ella, suspirando, cerró los ojos.

El perfil duro de su cuerpo musculoso se pegó a ella. Reprimió la necesidad de volverse hacia él y apoyar la mejilla en su pecho. Él no hizo ademán de besarla. Miranda empezó a hablar, pero se detuvo en cuanto notó, con inequívoca claridad, que los dedos de Archer atrapaban la primera cinta de raso con que se ataba el canesú. Su vientre se tensó dolorosamente mientras él tiraba con infinita lentitud del extremo de la cinta. Tras un suave tirón, deshizo el lazo y el sedoso canesú se deslizó un poco. Una oleada de calor inundó su cuerpo.

Archer suspiró con fuerza. Su mano fue a por la segunda cinta. Embobada, ella se admiró de la precisión de sus dedos. No podía ver.

El nudo fuerte del lazo largo fue deshaciéndose, muy poco a poco, tanto que ella se mordió el labio de impaciencia. Archer se detuvo un instante al final, como provocándola, luego soltó. El canesú se abrió del todo con un suspiro de seda. Sus pechos quedaron expuestos y el aire frío endureció sus pezones. Inspiró hondo, perfectamente consciente del temblor que esa acción produjo en su busto. Él profirió un gruñido grave. Se inclinó sobre ella y el vientre de Miranda se estremeció.

La entrepierna le latía suavemente y el deseo de aunar sus pechos a su boca bastó para hacerla temblar. Miranda hundió los dedos en la almohada donde apoyaba la cabeza. No sería ella quien tomara la iniciativa... Unos labios firmes le rozaron la copa tierna del pecho y entonces la lengua húmeda y caliente de él se deslizó por su pezón. Gimió y él le dio otro lametón, largo y perezoso como el de un gato. Un ardor intenso le impregnó la piel y viajó hasta su vientre mientras él seguía lamiéndole el pezón, paseando en círculos y toquecitos por el nudo endurecido con pausada languidez. Gimoteando, ella se arqueó en busca de una caricia más rotunda.

Archer la complació y atrapó el pezón con su boca cálida para succionarlo suavemente, de forma que pudo sentir el ardor y la humedad de su boca, la

presión de su lengua. Gimió, y unas briznas de fuego le besaron los muslos y se alzaron en busca de él. Con destreza, le agarró la mano por la muñeca y se la inmovilizó por encima de la cabeza.

Sus labios soltaron el pezón con un suave estallido húmedo para después recorrerle el pecho por debajo. Una especie de pequeños maullidos escaparon de la boca de Miranda mientras él le besaba el pecho, succionándolo y mordisqueándolo, y volviendo a continuación al pezón con un suspiro de placer. La mano grande de Archer paseó por sus costillas y abrazó el otro pecho, masajeándolo suavemente, acariciándole con el pulgar el pezón erecto hasta que ella no supo qué dulce tortura era mayor, si la de su boca o la de su mano. Le pellizcó el pezón y ella se elevó.

Miranda apretó los muslos, tratando de aliviar el tormento de su entrepierna. Pero Archer lo detectó. Algo parecido a una risa retumbó en su pecho, y bajó la mano por la cadera para subirle la fina faldilla de encaje con los dedos. El salto de cama se le amontonó en la cintura y con él llegó a sus piernas un beso de aire frío.

—Archer...

Él le tenía ya ambas manos inmovilizadas por encima de la cabeza y se daba un festín con sus pechos mientras sus dedos taimados paseaban por los muslos de ella, instándolos a separarse hasta que ella los abrió como alas para él. Archer tembló, luego se quedó inmóvil. Le recorrió el cuello con la boca hasta alcanzar el lóbulo de la oreja, que entonces mordisqueó. En la oscuridad, Miranda notó que los labios de Archer, pegados a su oreja, formaban una sonrisa y después oyó el grave murmullo de su voz que le susurraba:

—¿Quieres que te toque... —deslizó la yema del dedo entre sus piernas y presionó un punto que la hizo jadear— aquí?

La estremeció la inesperada emoción de que Archer le hablara de esas cosas y la sensación de su dedo jugando perversamente con su cuerpo femenino.

—Sí. —Fue poco más que un suspiro, pero él la oyó.

Archer volvió a sonreír.

—Dios, eres deliciosa. —Exhaló estremecido y le dio un beso suave debajo de la oreja. Sonrió de nuevo y su barba incipiente le acarició la mandíbula—. Y eres mía.

Describió un círculo lento y tortuoso con el pulgar y el abdomen de Miranda se contrajo. Ella alzó las caderas, se volvió hacia él, buscó su boca, pero él trasladó sus labios al cuello. Su pecho suave presionó el torso de ella, sus dedos fuertes pulsaron despacio su sexo, sumergiéndose en esa superficie resbaladiza. Qué locura. Lo quería dentro de su ser. En su interior. Miranda no podía pensar. Ansiaba su boca. Aquella boca tentadora que podría pasar una eternidad contemplando.

—Archer... —jadeó—. Bésame.

Brotó de él un rugido ahogado de deseo y Archer se alzó a su boca. Sus labios se anclaron a los de ella, abiertos y fieros. Ella se lo bebió; la cabeza le daba vueltas de pura embriaguez. Su lengua se deslizó sobre la de ella, sabía a brandy y a crema, y Archer la estrechó entre sus brazos, presionándole el vientre con su miembro erecto.

—Déjame hacerlo —gruñó él en su boca abierta. Enterró los dedos en su pelo, inmovilizándole la cabeza mientras devoraba sus labios—. Tú déjame hacerlo una vez y ya no podré parar jamás.

Enroscó las piernas en las de él, deslizó la mano por debajo de la bata de seda para acariciar lo que se le había negado tanto tiempo; él gruñó de nuevo. El tacto de su piel, la suave hondura de su zona lumbar. Se abrió una ventana en la mente de ella. Lo estaba abrazando. Ninguna cicatriz desgarraba su espalda, no había carne fruncida, solo piel fresca y tersa. Solo Archer. Sus manos desnudas sobre su cuerpo femenino, la planicie dura de su mejilla, la suave presión de su frente en la de ella. Sin máscara. Sería imperdonable que lo hiciera, pero debía saberlo. Pero entonces él lo sabría. Conocería su secreto... ¿y qué diría?

La rabia inundó su piel, ardiente y firme. Por él. Y por ella. ¿Sería ella muy distinta de él si le ocultaba su secreto? Posesivo, él deslizó la palma de la mano hacia arriba para cubrirle el pecho. No, no lo sería. No habría más secretos entre ellos. Apenas se había asentado la decisión en su mente cuando su piel liberó de repente aquel ardor que ya le era tan familiar.

Se hizo la luz: las lámparas de la pared y la chimenea se encendieron de golpe. Miranda frunció los ojos, deslumbrada, al tiempo que un poderoso bramido resonaba en sus oídos.

Él se levantó de un brinco, como si se hubiera quemado, y le echó la colcha por encima a ella con un movimiento rápido. Miranda, cegada aún por la súbita luz, peleó con las sábanas, quitándoselas de encima a patadas y liberándose las piernas enredadas en ellas. Mientras se incorporaba, vio manchitas negras que le bailaban delante de los ojos. Volvió a parpadear y logró enfocar la habitación. Él se había ido. Miró alrededor, presa del pánico, y detectó un repentino movimiento. En el rincón más escondido de la estancia, entre la cortina de la ventana y el enorme armario, Archer se ocultaba en las sombras como un animal asustado.

Lo acechó como si lo fuera, acercándose todo lo que pudo. Él, con la espalda pegada al rincón y las manos a la pared, se agarrotó al verla aproximarse.

Redujo el paso mientras contemplaba al hombre al que llamaba esposo. Él no pudo hacer otra cosa que mirarla también, con los ojos muy abiertos y algo asustado. Se miraron un rato antes de que él bajara la vista a los ojos de ella. Tragó saliva. Miranda se cerró enseguida el canesú y lo ató.

—Gracias. —El sonido de esa voz cálida y grave que ella tan bien conocía ya

la estremeció—. Después de haber probado esas delicias, ver tus bonitos pechos ahora podría rematarme.

Ella no pudo más que mirarlo espantada.

—¿Cómo lo has hecho? —Sus tiernos ojos grises la miraron de arriba abajo—. Lo de las lámparas.

—Yo... yo... es complicado. —¿Cómo podía ser? Ella lo miró fijamente, incapaz de comprender lo que veía.

—¿Tu forma de fundir el queso en la tostada?

Ella se adelantó y él inspiró hondo, ahuecando sus finas aletas nasales.

—Archer, por favor... no bromees conmigo.

—¿Qué quieres que haga? —susurró él—. En cualquier momento, recuperarás la cordura y me ordenarás que me vaya de tus aposentos.

Era lógico que él tuviera miedo. La parte irracional de Miranda quería gritar de confusión. Había esperado las peores cicatrices, quemaduras horribles, quizá, o puede que encontrar alguna desfiguración. Pero el hombre que tenía delante estaba entero. Entero y dañado a la vez. Todo su lado derecho se había alterado de algún modo. Era como si la mitad de su cuerpo se hubiera convertido en hielo vivo. Su piel era clara, casi traslúcida, como el cuarzo. El pelo del lado derecho de la cabeza era de color plata. Lo llevaba casi rapado; el pelo blanco se mezclaba con el negro. Mitad hombre, mitad estatua. Ver aquella carne dorada fundirse con un mármol claro en una línea dentada que partía su cuerpo por la mitad resultaba un espectáculo irreal, como de sueño.

—¿Qué te ha ocurrido?

—*Lux daemon* —dijo con una mueca—. Demonio de luz. O, si prefieres usar el término correcto: *Anima Comedentis*, devorador de almas. En eso me estoy convirtiendo. Bebí un elixir, la forma líquida de un demonio, en realidad. Por entonces, pensábamos que era una cura, una vacuna que haría al hombre inmune a la enfermedad. Imbéciles. Ha preservado mi cuerpo mientras me transformo poco a poco en un monstruo. Una cosa que se alimenta de la luz de las almas, que necesita esa luz más que el aire.

—¿Estás... poseído? —preguntó ella con los labios fríos.

—Este demonio no es un ser superior, con pensamientos como los nuestros, más bien una especie de virus. Infecta el cuerpo donde se aloja y lo transforma para sus fines. —Se pasó los dedos por el pelo—. Nada de lo que he probado puede revertir el proceso. Solo con pura fuerza de voluntad se puede ralentizar su progreso. —Una risa desolada escapó de sus labios—. Algo por lo que estar agradecido, supongo. —Cerró los ojos, como afligido—. Cuando me llegue al corazón y se apodere de mi cerebro, me transformaré del todo. Porque ellos son la casa y las ventanas de mi alma.

—Tiene que haber un modo...

—Es indestructible, Miri. No puedo sufrir daños físicos en la parte alterada. Por lo menos no de ninguna forma obvia. Los cuchillos, las espadas, las balas no pueden perforar esta carne. Lo único que todavía no he probado es prenderme fuego. —Resopló apenas—. La idea no me atrae en absoluto.

Miranda podía comprenderlo, aunque la idea de que se le pasara por la cabeza hizo que se le encogiera el corazón.

Archer se miró los puños.

—Soy una pesadilla. Como tú dijiste.

A ella se le secó la boca de golpe. Desafortunadas e imperdonables palabras las que había pronunciado.

—No lo eres. —Alargó el brazo y le acarició la mejilla, y él retrocedió asustado y se dio un cabezazo con la pared.

—No.

Se sentía débil como un gatito bajo su mirada, y ella se aprovechó sin piedad. Le acarició la mejilla traslúcida con las yemas de los dedos y Archer se estremeció. Miranda cerró las manos, rehuyendo aquel tacto extraño, tan suave. Como el mármol.

Sus ojos, ahora que podía verlos enteros, le parecieron hermosos, hundidos y risueños, con arrugas de expresión en los rabillos. Sus cejas, oscuras y pobladas, se enarcaban suavemente como si se hallara en un estado constante de extrañeza y encontrase el mundo divertido, si no algo ridículo. El contorno del ojo derecho era de un azul plateado que hacía aún más llamativo el gris de su iris. Un borrón de negro quedaba aún en una de las grietas tiernas de alrededor de sus ojos.

—Kohl —dijo él, observándola mientras le quitaba el pegote con el pulgar—. Llevo tintura vegetal en las pestañas y las cejas del ojo derecho. Eula me dijo que me quedaría ciego, pero no se me ocurría otro remedio... —Su desvalido balbuceo cesó al ver que Miranda seguía observándolo sin decir una palabra.

La línea de cambio nacía de debajo de la ceja izquierda y bajaba en diagonal por el puente de la nariz hasta la mandíbula derecha. Casi todo el cuello estaba sano, pero la perversa línea de piel de azul cristalino dividía su torso desde la clavícula hasta el ombligo, donde torcía hacia la cadera izquierda y desaparecía bajo la bata.

El lado izquierdo de su cuerpo rezumaba lozanía. Un fino vello negro cubría su pecho y su abdomen. La respiración se le aceleró cuando ella le acarició el vello, pero no hizo nada para impedirselo. La herida había cerrado muy bien y la cicatriz de la puñalada ya no era más que una línea fina. Verla fue como la prueba de que era Archer quien estaba delante de ella y no una visión.

Su lado derecho también estaba hermosamente esculpido por músculos fuertes y planos, pero carecía de vello y era claro como el cuarzo... como la piedra de luna, reparó Miranda, mirándose el anillo de bodas. Un cuerpo esculpido en

piedra de luna sin nada dentro, sin rastro de huesos o sangre. Nada de lo que un hombre vivo y vital pudiera necesitar para sobrevivir.

—No fue justo que pidiera tu mano —dijo Archer, tieso como un soldado—. He actuado de forma abominable. Lo siento —añadió, sin mirarla a los ojos—. Siento haberte metido en una vida repleta de semejantes horrores. —Agachó la cabeza, dejando al descubierto la tierna columna de su cuello.

¿Cómo podía considerarse a sí mismo un horror? Era hermoso. Sus facciones eran perfectas, fuertes y firmes. Sin la máscara, parecía más joven de lo que ella creía: unos treinta años a lo sumo.

Una buena mata de pelo cubría su cabeza perfecta y Miranda le pasó la mano por su cabello rapado que pinchaba como un cepillo de cerdas para luego descansarla en su nuca caliente.

—«Divino, podría llamarlo, porque nunca nada humano vi tan noble.»

Archer hizo una mueca y ella supo que lo incomodaba menos que lo insultara. Miranda había visto miradas de repulsión dirigidas a él más que suficientes para que le doliera el corazón toda una vida.

La bata se le ahuecaba en el pecho, pero la llevaba bien ceñida en la cintura con un cinto de seda.

—Enseñamelo todo —dijo ella en voz baja.

Él enarcó sus expresivas cejas, pero el nudo del cinto se deshizo con un tirón de su mano plateada. La bata se abrió y luego cayó al suelo. Unas caderas estrechas y unas piernas largas bien formadas de carne traslúcida brillaron a la luz; hasta su sexo, de buenas proporciones, se había transformado.

—Ay, Archer.

La mano de ella se deslizó por la plata lechosa de su piel, descendió por su cuello hasta el pecho, recorriendo las ondulaciones de sus músculos, perfilados como en cristal tallado. Le resultaba paradójico que la comparara a ella con un Miguel Ángel, siendo el suyo un cuerpo que el maestro habría admirado. Archer temblaba delicadamente, pero no se movió. Su cuerpo no estaba tan caliente como debería estar, pero tampoco frío. Estaba fresco, como si hubiera estado fuera en una noche clara de otoño. No era una piel de hielo y mármol, sino de satén.

Él le cogió la mano, deteniendo su exploración.

—Ni hombre ni bestia —cacareó.

Ella lo miró a aquellos ojos grises... plata, observó. Un destello de plata, como de hielo, se apoderaba de su mirada cuando sentía gran emoción. Formaba parte del cambio.

—Anhele tus caricias —confesó él con voz pastosa—. Pero mirarte me llena de desesperación. No puedo tenerte como quiero. Y desespero.

Miranda le llevó la mano al pecho.

—Ay, Archer, ya me tienes. Soy tuya.

Archer negó con la cabeza, inexpresivo, frunciendo los ojos, como si sufriera un conflicto interior. Ella se abrazó a su esbelta cintura y le plantó los labios en el pecho frío.

—No tienes elección en esto, Benjamin Archer. Te amo. Nada de lo que digas va a cambiar eso.

Algo se rompió dentro de él. Miranda sintió el temblor en sus brazos antes de que brotara de él un inmenso sollozo. Envolviéndola con sus brazos, se echó a llorar y le fallaron las fuerzas. Ella cayó con él, aterrizando en su regazo y apoyando la cabeza en su hombro.

Archer la abrazó con fuerza, como si temiera que se le fuese a escapar; toda la soledad que había albergado en su interior se desató como un torrente y sacudieron su cuerpo los sollozos. La angustia de su llanto provocó el de Miranda. Lloró como un niño, desconsolado, mientras ella le susurraba palabras ininteligibles de ánimo y le acariciaba el pelo suave.

Al poco, él se tranquilizó y dejó de temblar. Le secó las lágrimas con la bata y después lo abrazó, ambos con las piernas y los brazos en ángulos complicados, la luz titilante de la lámpara mural encima de ellos y la quietud de la casa rodeándolos. Lo amaba. Siempre había sido así. Él relajó los brazos, volvió la cara y la enterró en el hueco de su cuello.

—Yo también te amo —le susurró con ternura—. Muchísimo.

Miranda cerró los ojos, suspirando, y apoyó la cabeza en la de él.

—Vuelve a llamarme por mi nombre —le rogó él, pegado a su piel.

Una sonrisa asomó a los labios de ella.

—Benjamin.

Archer le besó la zona sensible del hoyuelo de la garganta y le provocó pequeños escalofríos por toda la espalda.

—Otra vez.

—Benjamin.

Él buscó sus labios.

—Benjamin —dijo entre besos tiernos y suaves—. Ben. —Le cogió la cara entre las manos: una mejilla caliente, la otra fría.

Sus bonitos ojos grises se clavaron en los de Miranda y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Nadie me ha llamado nunca Ben —dijo, emocionado.

Ella le dio un beso suave en la curva perfecta de la mejilla, y en la comisura de la boca.

—Eso es porque Ben me pertenece a mí. —Ancló su boca a la de él y separó sus tiernos labios con los suyos; él suspiró—. Eres mío.

Él se la acercó.

—Siempre he sido tuyo, Miranda Bella. Como tú has sido siempre la única

para mí. Solo tú. Siempre.

Sus hombros fuertes temblaron con las caricias de ella, pero, cuando Miranda se acercó para besarlo, él la retuvo con la mano.

—Miri... —Le cogió la cara y su mirada se tornó afligida—. Reconozco que, cuando se trata de ti, no soy capaz de razonar. En cuanto te veo, te deseo. Te amo hasta la distracción. —Apoyó la frente en la de ella—. Miri, si solo pudiéramos pasar una noche juntos —tragó saliva—, ¿aún querías esto?

Sus palabras la estremecieron.

—¿Qué estás diciendo, Archer?

Archer le pasó el pulgar por el labio.

—El asesino sigue ahí fuera. No hay cura para mí. Yo... —Cerró los ojos—. Ojalá la situación fuera distinta.

Ella apretó los puños como si aquello pudiera contenerla. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Archer, que enterró los dedos en el pelo de ella.

—¿Qué es lo que has dicho antes? —susurró ella—. ¿Que la vida es el aquí y el ahora? —Miranda le acarició la mejilla—. Nos quedaremos con el aquí y el ahora. —Tragó saliva para deshacerse el nudo de la garganta. Lentamente, se llevó una mano al lazo del pecho y tiró de la cinta de raso para soltarla. El salto de cama se le deslizó por los hombros—. He sido tu novia un tiempo más que suficiente; hazme tu esposa.

Archer la estudió con una expresión casi feroz. El ardor y el deseo vivos de sus ojos la incendiaron por completo. Con ternura, él le acarició la mejilla, le sostuvo la mirada mientras se inclinaba despacio hacia delante, para darle tiempo. Tiempo para apartarse, para cambiar de opinión. Miri salió a su encuentro, sus labios se fundieron con los de él; sus suspiros se entremezclaron. Él la besó apasionadamente, como si tuviese todo el tiempo del mundo. Ella gruñó de placer cuando se la acercó para subírsela a horcajadas.

Cielos, qué fuerte era. Sus músculos se contraían bajo las manos indagadoras de ella; el mármol frío se convirtió en piedra candente cuando su beso se intensificó y se volvió perentorio. Archer tembló y los brazos vigorosos que envolvían a Miranda se tensaron.

—No pares. —Fue en parte súplica, en parte exigencia—. Había olvidado lo agradable que es que me acaricien —le susurró él—. Sentir unas manos en mi piel.

Entonces no pararía nunca. Trémula, le acarició la suave loma de la espalda hasta las curvas redondeadas de sus hombros masculinos. Archer suspiró, moviendo su cuerpo largo al compás de sus caricias como un felino satisfecho.

—¿Y besos? —susurró ella, y le plantó uno en una comisura de la boca. Después en la otra—. ¿Quieres más?

Él cerró despacio los ojos.

—Si no hay otro remedio.

Se le entrecortó la respiración cuando ella le besó la delicada unión del cuello y el hombro. Su piel era satén en esa zona, fresca y fuerte. Pasó al otro lado: allí su olor era intenso y seductor y su pulso le latía bajo los labios. Alrededor, el silencio era denso, y resaltaba el chisporroteo del fuego del hogar. Miranda fue regando de besos tiernos su hombro, acelerándole la respiración.

La luz del fuego bailaba por su piel y la hacía resplandecer como la luz del sol en el frío invernal. La mano de Miranda descendió por sus pectorales planos y duros, por la pequeña quebrada que dividía sus abdominales. Tenía un ombligo en forma de pequeña media luna, y cosquillas en él, descubrió al verlo tensarse con sus caricias. Su grueso miembro viril yacía casi pegado a su vientre, alzándose hacia su ombligo. Se había transformado, era de color hielo. Fascinada, lo envolvió con la mano.

Archer siseó con fuerza. La agarró por la muñeca.

—Me vas a matar —le dijo con voz ronca.

La asió con más fuerza, como si quisiera apartarle la mano, pero se serenó y sus dedos se instalaron sobre los de ella, afianzándola ahí, instándola a que siguiera. Embobada, deslizó la mano hacia abajo. Una pequeña maldición escapó de los labios de él y dejó caer la cabeza en el hombro de ella. Ella se acaloró acariciándolo, y lo vio estremecerse, tensarse. Su miembro estaba duro como el mármol, pero lleno de vida.

—¿Más fuerte? —susurró ella.

Recordó vívidamente el día en que él la había acorralado contra el muro, las caricias de sus dedos exploradores. El desamparo y la urgencia, aquel delicioso ardor. Se tensaron sus entrañas.

Él frunció el ceño, una mirada de agonía oscureció sus facciones, pero su boca estaba floja de placer.

—Sí, por Dios, sí.

Obedeció y él se sacudió, y sus estrechas caderas se auparon a su encuentro como embrujadas. Las de ella latían al compás. Quería morderle el cuello, lamerle la piel, llevarlo al límite. Gruñendo, él enterró el rostro en el cuello de ella y se agarró débilmente a la parte superior de sus brazos.

—¿Más rápido?

El miembro de Archer se hinchaba entre sus dedos.

—Sí.

Un gemido murió en sus labios cuando ella empezó a moverse más deprisa, y vio agitarse su cuerpo grande. Un fuerte ardor le latía entre las piernas a Miranda; aquel vacío ansiaba ser ocupado. Los dedos de él se le clavaron en la piel; respiraba entrecortadamente. Incapaz de contenerse, ella se inclinó hacia delante y le hincó los dientes en el músculo duro del hombro. La respuesta fue inmediata. Archer le agarró la mano y la retiró de su sexo; con la otra, la cogió por la nuca y la

atrajo hacia su boca.

El beso fue hondo, intenso, frenético. Ella enroscó las piernas en su cintura mientras la lengua de él sondeaba su boca con profundas lengüetadas y le pellizcaba los pezones, suaves pellizquitos que le arrancaban maullidos de los labios. Un deseo candente hacía que le diera vueltas la cabeza. Ella se colgó del cuello sudoroso de él y se meció contra su sexo, con los pechos duros y doloridos, la piel tensa y caliente.

—Archer —le gimió ella en la boca.

Su espalda tocó la alfombra blanda, el cuerpo musculoso de él y su fuerza aún sin explotar se abalanzaron sobre ella, aplastándola; su boca no la dejaba.

—Procuraré ir muy despacio, Miri —le prometió él en los labios. La punta de su miembro embocó el sexo de ella, tan grande que Miranda se agitó—. Te prometo —dijo Archer, casi sin aliento— que lo intentaré.

Entonces ella lo entendió.

—No pasa nada. —Enroscó una mano en su cuello—. Ya lo he hecho antes... —Se interrumpió horrorizada y los dos se miraron.

Él se agarrotó y el suave contorno de su pecho hizo temblar los de ella. Su gesto cambió, debatiéndose entre los celos y algo más profundo. Sus ojos claros brillaron y ella cayó en la cuenta de que se trataba de la obsesión masculina de la posesión.

—Pero no conmigo.

Y, con esas serenas palabras, entró, grueso y caliente, abriendo sus labios hinchados tan despacio que todos sus sentidos se centraron en eso. Cielo santo, no era como su primera vez. Su sexo era más grande. Casi demasiado para ella. Se sintió dilatada e invadida; aun así, un tenso anhelo vibraba en su vientre, exigiendo que la tomaran. Y que lo hicieran hasta el fondo. Solo de pensarlo le ardió la piel, y se arqueó hacia él, separando las piernas en un suspiro, pero él se detuvo, tragando saliva con dificultad.

Planeó sobre ella, con los brazos temblones del esfuerzo, los músculos de los hombros y el pecho visiblemente marcados.

—Dios... —Empujó un poco más y volvió a detenerse—. Demasiado bueno —graznó.

—Demasiado... —Se aclaró la garganta. El deseo le hervía en las venas—. ¿Demasiado bueno?

Los músculos le vibraban con fuerza, se le entrecortaba la respiración.

—Santo cielo, sí.

Frunció el ceño, cerró los ojos y, por el modo en que abría la boca, jadeante y tierna, parecía sufrir un intenso dolor. Su expresión era tan absolutamente deliciosa que le lamió la tierna columna de la garganta.

—Miri. —Archer la miró desvalido; una gota de sudor le corría por la sien—

. Soy un cañón a punto de dispararse. —Tragó saliva—. Hace mucho ya, y tú eres... tú.

El saberse su perdición provocó en ella una fuerte sensación de dominancia. Lo rodeó con sus brazos para atraerlo hacia sí. Desquiciarlo como él a ella.

—No te muevas —dijo él con voz ronca—. Por el amor de Dios.

Sonriendo, ella deslizó las manos por la firme protuberancia de sus nalgas y las asió con fuerza. Paseó las piernas por sus muslos y las enroscó en su cintura. Archer gruñó alto y empujó un poco más. El placer se propagó por el vientre de ella. Pobre de él. No tenía ninguna posibilidad.

—Piensa en otra cosa.

Una risa contenida estalló en los labios de él.

—Bruja. —Abrió los ojos y su cara de dolor se transformó en algo tan tierno y cálido que a ella le dio un brinco el corazón—. Dios, cómo te amo —le susurró él, luego empujó con tanta vehemencia que la hizo gemir.

Se inflaron sus orificios nasales y el control que había tenido sobre sí mismo se derrumbó. Su boca se apoderó de la de ella, abierta y ávida. Entrelazaron los dedos y él le levantó las manos por encima de la cabeza, y las dejó allí mientras la penetraba con golpes fuertes y profundos. Un calor líquido, denso y viscoso como el aceite de las lámparas, fluyó por el cuerpo de Miranda. Se retorció, entre el dolor y el placer. Así que aquello era el deseo. Pequeños gruñidos resonaron en la garganta de él mientras la tomaba con mayor ímpetu.

Más. Más. Y más. No era bastante. Y era demasiado. Sus pechos temblaban con cada empujón; la alfombra de seda en la que estaba tumbada le arañaba la piel. Las tablillas del suelo de madera crujían a medida que el ritmo aumentaba. La lengua de él se sumergió en su boca, se enredó en la suya, le robó el aliento. Un torbellino negro —el deseo— se apoderó de ella con furia ardiente. Se movió contra su cuerpo, tensándose, temeraria. Le arañó la espalda con las uñas para espolearlo. Él gruñó y deslizó una mano entre sus piernas hasta dar con el núcleo sensible de su sexo y lo pellizcó suavemente. El cuerpo de ella se tensó de incandescente placer y Miranda hincó los talones en el suelo, sacudida por la sensación.

La vio deshacerse. Empujó hasta el fondo, presionó aquel punto sensible que la rompía por dentro, prendió fuego a su cuerpo. Jadeando, lo miró y aquellos ojos plateados le sostuvieron la mirada. Por un instante, lo vio entero, sin transformar, dorada la piel, los rizos morenos revueltos cayéndole por la frente. Una imagen del hombre que en realidad era por dentro. «Mío.» Una mezcla de ternura, deseo y amor le oprimieron el pecho, de forma tan brutal y punzante que sollozó.

—Archer.

Miranda le acarició la mejilla. Y, sin más, él alcanzó su clímax. Potente. Su

grito resonó por toda la habitación mientras corcoveaba encima de ella, los tendones de su cuello marcados como parras, su miembro pulsátil dentro de ella. Otra oleada de calor cegador se apoderó de ella. Se aferró a él como si quisiera absorberlo por la piel. Se estrujaron el uno al otro durante un tenso instante hasta que las manos de ella cayeron flácidas al suelo.

Suspirando, se acomodó sobre ella, envolviéndola con sus brazos; los cuerpos empapados en sudor de los dos resbalaron un poco mientras yacían jadeantes. Despacio, ella volvió a su ser. Archer se puso de lado, llevándosela consigo, besuqueándole la frente mientras sus dedos largos se enterraban en su pelo.

—Madre de Dios —susurró ella sin aliento.

Un soplido de aire caliente le acarició la mejilla.

—Ciertamente.

Las pestañas de Archer se rizaban como negros abanicos sobre sus ojos grises. Con una sonrisa temblona, la besó: una caricia suave para sosegarla, pero sus labios se engancharon a los de ella, después los mordisqueó. Una oleada de calor se apoderó de nuevo de Miranda. La lengua de él acarició la suya, y su miembro, aún erecto y sumergido en ella, se contrajo. La emoción revoloteó en su vientre. Ruborizándose, meció las caderas como tanteándolo. Él le sonrió en los labios y empujó en respuesta. «Madre de Dios.» El calor se tornó fuego y el deseo tensó una vez más su vientre. «¿Otra vez?» Él la miró, y ella detectó el fuego en su mirada, lánguido pero incuestionable.

—¡Cuánta energía! —le susurró él en la boca.

Una sonrisa feroz iluminó sus facciones mientras volvía a montarse en ella y, con delicadeza y contundencia a la vez, procedía a darle una lección en profundidad sobre la materia.

Una figura se hallaba sola en las habitaciones de una elegante mansión. De fuera llegaba el leve traqueteo de un cabriolé y de más allá el suave tañer de las campanas. Una oscuridad infinita, fuera y dentro, convertía la fría estancia en un pozo negro. Solo un día más y todo encajaría en su lugar.

Ligeros golpecitos sonaban mientras el asesino paseaba nervioso meditando. El reloj daba las horas, una agradable canción que anunciaba el reflujo del tiempo. Los movimientos de Archer solían ser predecibles como las mareas. Pero ahora ya no se podía estar seguro. Se oyó un rugido de impaciencia. Le había concedido a Archer un indulto demasiado generoso. Imbécil. Otro recordatorio no le vendría mal.

Extraordinario, hermoso, gozoso, exquisito, espléndido... eran adjetivos que flotaban en la cabeza de Archer como cae la flor de cerezo al final de la primavera. Quería reír, gritar y correr desbocado, cantando a pleno pulmón. Le venían a la mente fragmentos de poesía romántica aprendidos en su adolescencia. «Camina bella, como la noche; ¿por qué a un día de verano compararte?» Sonrió entonces, mirando al techo de encima de su cama. Ciertamente no poseía el talento necesario para poner en palabras lo que sentía. Lástima que lord Byron hubiera muerto. Lo habría buscado por doquier para presentarle a Miri. El maestro de la poesía habría encontrado palabras con las que hacerle justicia.

Contempló a su espléndida, bella, maravillosa esposa, que dormía a su lado. La curva honda de su estrecha espalda brillaba cuan alabastro egipcio a la luz del sol. Su mata de sedoso pelo, dorado con destellos de fuego, caía sobre la almohada y sobre el hombro de él. Como siempre, su respiración se convertía en leves punzadas de dulce agonía al mirarla. Miri, su milagro, su incendiaria. Una risa brotó de él. Debía haber supuesto que poseía algún poder extraordinario; era demasiado sensata para tener tan poco miedo al peligro. Como queso en una tostada, desde luego.

Un sonidito escapó de los labios de ella y se revolvió en su sueño, levantando un poco el brazo. El contorno de su pecho quedó al descubierto. Turgente y aplastado contra el colchón. Su miembro latió impaciente. Quería verle los pezones. Aquellos pezones que habían satisfecho su lasciva imaginación, de un rosa intenso y tan apetecibles. Sonrió al recordar cómo le había gustado a ella que se los chupara, que casi llegaba al clímax cada vez que él se los tocaba. Que ella se hubiera entregado por completo a él no debía sorprenderle —Miri nunca hacía nada a medias—, pero sí. La opresión que sentía en el pecho aumentó. Era suya. Todas las células de su cuerpo la conocían, coreaban su nombre y latían en ellas siempre los mismos pensamientos: «mía, deseo, anhelo».

Tendría que haberse sentido saciado. Habían hecho el amor una y otra vez. Pero ella tenía en él el mismo efecto que arrojar brandy al fuego. No hacía más que avivarlo, producirle un calor de intensidad casi frenética.

Su mente febril volvió a las primeras horas de la mañana, cuando se deslizaba por su piel sedosa, su sexo penetrando aquel calor prieto, despacio, ay, tan despacio, porque el de ella estaba hinchado y tierno. Pero preparado. «Ahora, Archer. Ahora...» La entropierna se le contrajo al recordar los pezones erectos de ella rozando su pecho. Su boca en la de ella, entremezclando labios y lenguas mientras aquel calor prieto lo hacía fundirse lentamente.

Estaba tan caliente, una brasa viva en sus manos, que el aire que los rodeaba ardía con ella, lo caldeaba por dentro hasta que también él se encendía, febril. Recorría su cuerpo un deseo ardiente, latía su miembro. Las manitas trémulas de ella paseaban por su espalda, y un dedo largo trazaba una senda de fuego por su columna, y más abajo, hasta perderse entre sus nalgas y explorar ahí también. Candente estupor. Perdió el control entonces, y ahondó en sus tiernos pliegues sin remilgos ni melindres y entró en ella como un incendio forestal.

Luego, se había arrimado a él, envolviéndolo con sus elegantes extremidades. Pero había un ápice de miedo en sus ojos.

—Las sábanas echan humo.

Los envolvía el calor, una caricia de aire balsámico que hacía que los bucles rojizos de sus sienes se enroscaran en rebelde profusión mientras yacían empapados y laxos el uno en brazos del otro.

—El aire también. —Archer no fue capaz de decir más. El corazón le iba a mil y todavía jadeaba.

Sus grandes ojos lo miraron, nebulosos y verdes como vidrios de mar.

—¿Y si el fuego que llevo dentro escapara de mí y nos consumiera a los dos? —susurró ella frunciendo apenas el ceño.

«Entonces moriría completo.» Cernió con los dedos su pelo sedoso.

—Si así fuera, ya nos habría consumido hace rato.

Sonrió, un mero temblor de labios, fruto del agotamiento, y le acarició la cara, sus dedos débiles pero firmes mientras recorría sus deliciosos labios, y notó que se estremecía. Entonces entendió. El placer, el fuego, el sentimiento de culpa y la destrucción, todos esos elementos se hallaban inextricablemente entretreídos para ella. Sentir placer al tiempo que liberaba un poder tan terrible... ¡qué bien comprendía él aquel dilema tan particular!

Apoyó su frente en la de ella.

—¿Crees que no siento esa misma emoción cuando uso los dones que tengo?

Su cálida voz se rasgó como costra de miel.

—¿No tienes miedo? ¿De lo que soy?

De no haberla visto tan tremendamente preocupada, habría reído de la ironía. En cambio, la miró con solemnidad.

—Tú me estás viendo bien, ¿verdad?

—No es lo mismo. Tú estás maldito.

Esta vez sí rió, con el corazón ligero como el aire.

—Curioso, yo no me siento maldito en estos momentos.

Una débil sonrisa brotó en los labios de ella, batallando con el ceño fruncido. No estaba del todo convencida. Él le besó los párpados, las mejillas.

—El fuego es tu fortaleza, lo que te protege cuando yo no puedo. No lo

temas, abrázalo, porque forma parte de tu alma. Tú sabes bien cómo usar ese don, Miranda. Y, en el fondo de tu ser, eres consciente de eso. —Cuando ella suspiró estremecida y asintió con la cabeza, él la agarró por la nuca y la atrajo hacia sí; con solo abrazarla, se habían avivado el deseo y el anhelo—. Bésame. —«Incéndiame otra vez. Y otra.»

Junto a él, Miri suspiró de nuevo. Un deseo puro lo recorrió entero al ver subir y bajar aquella elegante espalda. Incluso en aquel momento, si él se diera la vuelta y deslizara la mano por esa curva sinuosa y siguiera la prieta turgencia de su trasero, ella se volvería hacia él, con sus finos brazos abiertos y esa deliciosa boca, tierna y tentadora.

A pesar de que se había prometido dejarla descansar, se descubrió dispuesto a acariciarla como ansiaba hacerlo cuando la imagen de un pequeño granuja a la puerta de su casa asaltó con nitidez su mente. «El chiquillo le dio a Gilroy una cajita blanca atada con un lazo de color plata. Para lord Archer, señor.» Un terror frío y oscuro lo apartó de Miranda. Salió de inmediato de la cama y se dirigió a su vestidor, consciente de cada paso de sus pies y de cada fuerte latido de su corazón. El mundo les había dado alcance.

Gilroy lo saludó con cierta sorpresa cuando bajó trotando las escaleras, con la bata enroscándosele en los tobillos. A su derecha, oyó un aspaviento. Uno de los lacayos. Con la prisa, se había dejado arriba la máscara, la había olvidado por completo. ¿Acaso importaba ya?

La cajita, de aspecto inocente, se encontraba en las manos de Gilroy, enguantadas de blanco. Llevaba un lazo plateado alrededor. «Cielo santo.»

Mientras se acercaba, el pulso empezó a tronarle en la base del cuello.

—La caja, por favor, Gilroy.

Lo poco que pesaba y la leve sensación de que algo resbalaba dentro de ella, le revolvió el estómago. Desprendía olor. A muerte y a podrido. Archer creyó que iba a vomitar.

Se dirigió a su biblioteca, apenas consciente de que Gilroy lo seguía. La cinta se le escurrió de los dedos dos veces. Finalmente, al levantar la tapa sintió que caía en un abismo. La frágil máscara de mariposa de Miranda, manchada de sangre oscura, revoloteó en su mano cuando la sacó de la caja, y luego vio lo que había debajo. Reseca y marrón, cualquiera habría pensado que se trataba de una flor marchita. La oreja de Merryweather. Sintió una punzada de dolor, candente como una brasa, en el corazón. Permaneció inmóvil unos instantes, simplemente intentando respirar, con la mano nudosa de Gilroy en el hombro, sosteniéndolo. Pero el dolor no cesaba, ni aquel terror que le daba ganas de gritar. Porque su tiempo había terminado ya. Tendría que separarse de ella. «Miri.» Se hincó de rodillas y dejó caer la caja, y la tarjeta que aleteó al suelo, con su mensaje en una

caligrafía sencilla.

Cavern Hall. Con la luna nueva.

Tierna y dolorida, y prácticamente agotada, Miranda se hallaba tendida cómodamente en el sofá del dormitorio de Archer. Jamás había estado mejor. Sentía un cosquilleo en la piel, el pecho tenso a la vez que henchido de gozo, como si el mundo entero le cupiera dentro. Rió como una chiquilla y volvió la cabeza hacia el respaldo de cuero para palpar su fresca suavidad.

Archer había salido con un especialista en seguridad que acababa de contratar. Iban a inspeccionar la finca en busca de posibles puntos débiles, le había dicho él. Una pequeña exageración en todo caso, pensaba Miranda, dado que Archer y ella eran un disuasorio bastante mayor que cualquier valla. Por primera vez que ella recordara, se sentía agradecida por su poder, su don, como lo llamaba Archer. La fuerza de ella los protegería y el resto lo solucionarían juntos.

—Solo será un momento —le había prometido él con un beso.

—Madre de Dios, ¡qué vergüenza! —dijo una voz seca que le era familiar.

Al volverse, vio a Eula mirándola ceñuda.

—Ahí está, tumbada como un gato satisfecho mientras Su Majestad se pasea por la casa sin máscara y silbando como una tetera —espetó, frunciendo la boca como si la tuviera llena de limones.

—Menuda colección de metáforas, Eula —replicó Miranda, demasiado feliz para discutir ni siquiera con ella—. ¿Tienes algo más que echarme en cara o necesitas que te ayude en algo?

El rostro fruncido de Eula se tornó morado.

—He cuidado de él toda la vida. Toda. He visto la angustia que la maldición le ha causado. ¿Y creen que una noche de pasión lo arreglará todo? —Miranda se irguió, debatiéndose entre el asombro y la indignación, pero la boca fruncida de Eula esbozó una amplia sonrisa y habló por encima del balbuceo furioso de ella—. Un paquete para usted, señora.

Un paquete rectangular salió volando de la mano de Eula y saltó a los muslos de Miranda. La mirada de complicidad del ama de llaves al salir de la habitación hizo que le diera un brinco el corazón y, llevándose las rodillas al pecho, abrió el paquete.

De él resbaló una tarjeta de visita. Una que reconoció con un sonrojo de rabia. Le había dejado una nota en el dorso, garabateada con su letra cursiva.

Toda mujer merece llegar a un matrimonio bien armada. Algún día, Archer me lo agradecerá. Aunque jamás quiera reconocerlo.

I.

Que a Mckinnon le inquietara el bienestar de Archer la dejó fría y confundida. Nerviosa, echó a un lado la tarjeta y metió la mano en la caja. Un marco dorado cayó en su palma. Retiró el papel de seda y empezaron a zumbarle los oídos. Allí se hallaba en maestras pinceladas un rostro amado e inconfundible. Las mismas cejas enarcadas, la punta de la nariz suavemente curvada, sus extraordinarios y risueños ojos grises. Archer. Un bufido furioso escapó de su boca al ver una diminuta mancha negra justo encima de su ceja izquierda. La mancha de nacimiento de Archer, un lunar, más bien. Hombres; había insistido en que no tenía lunares. Cuestiones debatibles aparte, era él. Sin la menor duda. E iba vestido con chaleco cruzado, levita con faldones y cuello alto y vuelto. Un hombre de otra época.

Aun habiendo podido inventar una justificación para su anticuada vestimenta, no pudo pasar por alto la fecha pintada en el retrato: 1810. Ni la placa grabada que rezaba: LORD BENJAMIN ARCHER, TERCER BARÓN ARCHER OF UMBERSLADE. Podría haber sido un truco, pero su corazón sabía que no lo era. Se había dejado mentir. Porque era más fácil.

Cayeron de la caja unos papeles y sus ojos captaron los detalles importantes como si unos puntos de luz los fueran iluminando: BENJAMIN ARCHER, HERMANO DE RACHEL, KARINA, CLAIRE Y ELIZABETH. HIJO DE KATORINA Y WILLIAM. LORD BENJAMIN ARCHER REGRESA DE ITALIA. LORD ARCHER ASISTIRÁ AL FUNERAL DE SU HERMANA ELIZABETH. Y la puntilla: LORD BENJAMIN ARCHER PARTE PARA AMÉRICA EL 20 DE OCTUBRE DE 1815.

Su familia. Su pérdida. Su mentira. Desde luego que lo era.

Aturdida, recogió los papeles y los guardó. Un pensamiento le daba vueltas insistentemente en la cabeza. Benjamin Archer había vivido con el mismo aspecto desde 1815. Lo conocía demasiado bien como para no saber que había estado buscando una cura todo ese tiempo, y había fracasado. Y lo más preocupante aún: ¿qué supondría para Archer, físicamente, encontrar una cura?

Llegó a casa poco después de las tres. Oyó su discreto saludo a Gilroy en el vestíbulo seguido de los pasos rápidos de sus botas subiendo las escaleras. El corazón le latía con inmensa fuerza en el pecho ante la idea de hacerle frente. Había estado sentada como una estatua el resto del día, apenas capaz de pensar o respirar, solo de esperar. Ahora él ya estaba allí.

Deslizándose al borde de la cama, puso los pies en el suelo. La determinación de decirle lo que pensaba le tensó la espalda. La puerta que comunicaba sus aposentos se abrió al poco. Él posó de inmediato sus ojos en ella y

una sonrisa iluminó su rostro.

— Esa inspección ha durado una eternidad — dijo, cerrando la puerta.

Se quitó la máscara de seda mientras se acercaba. Miranda perdió los arrestos viendo su mirada de alegría al hacerlo. Era la primera vez que se quitaba la máscara delante de ella. La tintura negra le circundaba los ojos y ella torció la boca.

— Pareces un bandido — le dijo cuando él se agachó a besarla.

Archer hizo una pausa, con una expresión entre la sonrisa y la mueca.

— Cierto.

Le dio un beso en la nariz y se dirigió al baño de ella, quitándose la chaqueta por el camino. Miranda lo contemplaba, con el corazón encogido.

Regresó en menos de un minuto, aseado y vestido solo con los calzoncillos y en mangas de camisa.

— ¿Sería poco viril decir que prefiero tu crema facial a la mía? — preguntó, desabrochándose la camisa con una pericia y una rapidez que la embobaron.

— No.

Nada en él podía considerarse poco viril. La imagen le vino de nuevo a la cabeza, la de él antes de transformarse, entero e indemne. De piel bronceada. Brillantes rizos azabache en lugar del pelo rapado. «Ben.»

La camisa cayó al suelo y se le cortó la respiración. Era simplemente hermoso. Desde los músculos bien torneados de hombros y brazos hasta el pequeño hoyuelo de la clavícula y las ondulaciones planas que recorrían su abdomen como adoquines, todo en él era hermoso, y suficiente para que le fallaran las palabras.

Él le vio la mirada y sonrió lo bastante para que unas arruguitas le marcaran las mejillas.

— Hola — susurró, luego se acercó.

Ella no pudo pensar. Cuando se besaban, era como si una droga se apoderara de ella. Se apretó contra él; sus labios palpitaban con sus caricias. ¿Podría ser un hombre una adicción?

Sus dedos rápidos le deshicieron de prisa las lazadas. El canesú cayó al suelo y Archer paseó el pulgar por la turgencia de su pecho. Ardientes escalofríos radiaron por su vientre. Miranda se apartó, le puso las manos en los hombros para detenerlo.

— No — dijo —. Para.

Su tono lo dejó petrificado. Despacio, Archer se levantó de la cama y se sentó sobre los talones. Sus ojos grises buscaron el rostro de ella y, al leer lo que llevaba escrito en él con tanta claridad, alzó mucho la barbilla, el mayor gesto de culpabilidad que Miranda había visto en su vida.

— ¿Me lo ibas a contar? — preguntó ella.

—No lo sé.

La miraba fijamente, con el pulso marcado en la base del cuello, el cuerpo inmóvil como una piedra, y la angustia que Miranda sentía se volvió pena.

—Vaya, resulta muy alentador —espetó, hincando los dedos en la colcha—. La sinceridad por encima de todo, ¿no es así?

—¿Quién ha sido? —preguntó Archer, aún petrificado—. ¿Eula? ¿Mckinnon? —Se encendió su mejilla izquierda, y él se levantó de golpe—. Hijo de mala madre.

También ella se levantó.

—¿Qué más da quién me lo haya dicho? ¡Deberías haber sido tú!

—¿Decírtelo a ti? —replicó—. ¿A ti que juzgabas una pesadilla lo que soy?

Ella hizo una mueca de dolor al oír aquello, pero su rabia se disparó.

—¡Dios, qué tonta he sido! —Se paseó furiosa por la estancia—. Te lo pregunté directamente ¿y qué me contestaste? «¡Lord Benjamin Archer murió en 1815!» —alzó la voz, dando un puñetazo al aire—. Cuando, en realidad, eras tú. Lord Benjamin Aldo Fitzwilliam Wallace Archer, tercer barón de Archer of Umberslade.

Ben la observó mientras despotricaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mandíbula tensa.

—Sí, soy el tercer barón de Archer of Umberslade —dijo él, muy seco—. ¿Cambia eso quién soy?

—¡Desde luego que sí! —Se volvió de golpe—. Te convierte en un mentiroso, cuando yo te he contado todas mis verdades.

Él dio un paso adelante, con los músculos del abdomen contraídos.

—Poco a poco —repuso él, haciendo un gesto de reproche con el brazo—. Racionadas como pedacitos de bizcocho. Y yo lo entendí. Es lo que hacemos todos.

—¡No es lo mismo, ni mucho menos! Hay una diferencia entre evitar divulgar la verdad y mentir descaradamente.

—Y, al parecer, esa diferencia consiste en saber qué preguntar —se mofó él.

Ella apretó los puños en un intento de contenerse.

—Tendrías que haber creído en mí. Haber creído en nosotros. Y esos hombres, esos pobres ancianos. ¡Eres tan viejo como ellos! —Se estrujó la cara con las manos, queriendo gritar pero incapaz de hacerlo—. ¡Dios!

—¿Y qué debería haberte dicho? —Arqueó sus cejas oscuras, inquisitivo—. «Lo siento, cariño, pero, aunque mejore, puede que me convierta en un vejestorio y muy probablemente muera en cuestión de meses.» ¿Lo habrías preferido así?

Oírsele decir así fue como una bofetada. Miranda sintió que el suelo se mecía bajo sus pies. No podía quedarse a verlo desaparecer.

—Me voy —dijo con los labios entumecidos.

Se volvió hacia la puerta.

Él se plantó delante de ella en un instante y cerró la puerta de un puñetazo.

—No. —La cogió por los hombros y la obligó a girarse, luego la empujó contra la pared—. No —volvió a decir, con voz rota. Ancló sus labios en los de ella, clavándole los dedos en la carne.

Miranda no opuso resistencia y Archer sumergió la lengua en su boca. Ella la succionó con fuerza, anhelando saborearlo, y él gruñó. Le clavó el puño en la espalda, reteniéndola con tanta fuerza que le robaba el aliento.

—No puedes dejarme. —Apresó entre los dientes el labio inferior de ella—. No permitiré que te marches.

Ella le mordisqueó también, atrapándole el muslo musculoso con las piernas. Temblando, él tiró de la camisola y el tejido se rasgó.

—No. —Miranda echó la cabeza a un lado, lejos de la boca seductora de él—. ¡No!

—Miri... —le suplicó él lastimero.

De pronto, ella empezó a pegarle, a darle puñetazos en el pecho duro.

—¡Deberías habérmelo dicho!

Archer recibió el asalto sin inmutarse y ella bajó las manos. Hacerle daño a él le dolía aún más a ella.

La miró apenado, pero no hizo ademán de tocarla.

—Mi única excusa es el miedo —susurró con voz pastosa.

—Lamentable excusa —sollozó ella, sin aliento por el ataque de rabia—. ¿Cuándo has tenido miedo tú? El intrépido lord Archer. Cuando pienso en cómo examinaste el cadáver de Cheltenham... ni te inmutaste. Como si no sintieras nada.

—¿Como si no sintiera nada? —repitió él furioso. Ceñudo, retrocedió—. ¡Como si no sintiera nada! —Con asombrosa velocidad, se desplazó hasta el armario y le asestó un fuerte golpe en un costado. La gruesa madera se rasgó como el papel con el impacto de su puño.

Se volvió para mirarla. Los músculos bien perfilados de sus hombros y su pecho se tensaron y una luz lechosa empezó a latir por su carne transformada. Ver aquello alarmó a Miranda más que su rabia.

—Fue lo único que pude hacer para no gritar cuando nos encontramos a Chelt. —Se agarró el pelo cortísimo como si quisiera arrancárselo. Las palabras manaban de él como un purgante—. Cheltenham y yo nos conocimos en el parvulario. Compartía habitación con Merryweather en Cambridge. Y Leland... Leland era mi mejor amigo. Fue él quien me metió en el West Club, luego ayudó a que me echaran de Londres.

Su cuerpo grande empezó a temblar como si estuviera a punto de derrumbarse. Miranda se acercó a él, siendo el dolor de verlo sufrir más fuerte que su rabia, pero él le lanzó una mirada feroz.

—¿Tienes idea...? —Se le entrecortó la respiración—. He tenido que verlos

envejecer, encanecer. No lo soportaba. Tuve que alejarme. Esa es la verdadera razón por la que me fui, no porque me lo dijeran. Cuando volví, estaban viejos, marchitos. Eran un recordatorio de lo que yo debería ser.

Inspiró hondo, estremecido, los hombros derrotados.

—También te he visto envejecer a ti. De aquella jovencilla preciosa a la mujer tan extraordinariamente hermosa que eres... ¡Dios mío!

Extendió los brazos a modo de súplica, luego los dejó caer.

—Mentí. Mentí cuando te dije que tu belleza no me afectaba. Cuando te miro, me robas el aliento, siento que me mareo. Quiero arrodillarme a tus pies y adorarte. Mientras la parte más primaria de mí quiere levantarte las faldas y hacerte el amor hasta que olvidemos nuestros nombres. —Infló las aletas nasales, mirándola, y en sus ojos se mezclaron el reproche y la pena—. Pero nada de eso importa —tembló—, porque cada día que paso contigo estoy más seguro de que Dios te hizo para mí. Porque en noventa años en este mundo nadie me ha hecho sentir como tú, Miri, como si todos los días fueran una aventura. Me haces reír. Y yo nunca río. Voy por ahí sonriendo como un imbécil. De modo que sí, te lo oculté, porque estoy tan locamente enamorado de ti que el saber que quizá también tú me amaras me resultó irresistible. Y tenía miedo de que todo se esfumara si me quitaba la máscara.

Un rugido escapó de su garganta y se volvió para inclinarse sobre el armario, apoyándose los antebrazos en la cabeza. Las líneas plateadas de su cuerpo destellaron a la luz del sol vespertino que se colaba por las cortinas de encaje.

—¿Cómo voy a resistirme a lo único que de verdad he querido toda la vida? —dijo con un hilo de voz.

Golpeó la madera con la cabeza.

—Lo siento, Miri —concluyó derrotado.

A Miranda se le nublaron los ojos. Había mentiras y mentiras. Se acercó a él y se deslizó entre su cuerpo fuerte y el armario. Pese a su congoja, Archer alargó de inmediato el brazo para estrecharla contra él mientras respiraba entrecortadamente.

—Lo siento, Miri —le susurró al pelo—. Lo siento...

Ella le acarició la espalda.

—Tranquilo. —Paseó los labios por su clavícula. Luego lo miró entre lágrimas y descubrió que tenía los ojos rojos, las gruesas pestañas agrupadas como púas—. ¿Acaso crees que es distinto para mí? Te deseo tanto que mi anhelo es constante.

Él hizo un ruidito y sus labios se posaron en su sien. Besos suaves para calmar sus lágrimas; pero el corazón de Miranda se enfrió. Lo estaba perdiendo. Él se retraía. Se ocultaba detrás de gruesos muros donde los sentimientos no podían hacerle daño. Lo notaba con la misma certeza que sus labios en la frente. Ella había

vivido casi toda la vida en ese lugar frío y oscuro.

Se volvió hacia él, acariciándole la barbilla con su mejilla.

—Necesito oír tu voz todos los días o desesperaré. Tú me equilibras el alma. No puedo perderte, Ben. No sobreviviré.

La sola idea la hizo sollozar, y él le atrapó la boca con la suya.

—No llores —le susurró a los labios, envolviéndole la mejilla con la mano—. No lo soporto. —Le besó las lágrimas mientras ella le besaba las mejillas, los ojos y aquella mandíbula perfecta.

Cerró los ojos, apoyó su frente en la de él y respiraron juntos. Un pánico atroz se le aferró al vientre. Notó la enorme desesperación que lo inundaba. Iba a perderlo por aquella locura sin sentido.

—Podemos resolver esto juntos. —Lo besó con ternura, desesperada. Su sabor volvió a partirle el corazón—. Encontraremos una cura. Y a ese asesino... basta con que lo piense para acabar con él. ¿Me entiendes?

De pronto él se tornó completamente frío.

—Sí. —Cerró los ojos y suspiró hondo. Su lucha pareció cesar—. Te entiendo perfectamente.

Cuando ella fue a besarle, él le agarró la cara con las manos y sus ojos grises exploraron su rostro como para poder recordarlo.

—No olvides esto: solo queda una verdad para mí. —Sus dedos temblorosos le acariciaron la mandíbula—. Que te amo. —Lo dijo otra vez, con la voz rota, estrechándola en sus brazos—. Te amo. El resto es oscuridad.

Ella enroscó los dedos en la suave protuberancia de sus bíceps.

—Entonces, déjame que sea tu luz.

Archer se estremeció y le barrió la mejilla con la boca abierta hasta los labios.

—Siempre, Miri. —Se tensó y se enfrió más en sus brazos—. Todo lo que soy y aquello en lo que me he convertido es por ti.

—¡No!

Miranda salió de la cama como una bala, con el corazón desbocado. Temblando, enterró la cara en las manos hasta que sintió unas pequeñas punzadas de consciencia. Miró deprisa alrededor, sabedora de que estaba sola, pero necesitando comprobarlo. La cama, a su lado, estaba revuelta y vacía. «Archer.» En la almohada de él yacía la rosa plateada junto a una nota. Sintió un fuerte dolor en el vientre que la hizo doblarse, cogió la nota y vio la letra prieta de Archer, más torcida de lo habitual.

Perdóname.

Le flojearon las rodillas, cayó de la cama y se levantó como pudo para llegar al retrete a tiempo. Vomitó hasta que no le quedó nada, luego se desplomó en el suelo duro y liso. «¿Por qué? ¿Por qué, Ben?»

Que pretendía enfrentarse al asesino él solo estaba claro. Que le pidiera perdón solo podía significar una cosa: que no pensaba sobrevivir al enfrentamiento.

Se hizo un ovillo, apretándose las rodillas con fuerza contra el pecho dolorido. Pero el dolor no remitió. Maldiciendo con vehemencia, se puso en pie, se lavó la cara y la boca. Sumirse en la pena no iba a servirle de nada. «Ese canalla solapado.»

Su ropa de espadachina, mucho tiempo sin usar pero nunca olvidada, salió volando de su armario mientras seguía despotricando contra su marido desaparecido. Si pensaba que iba a quedarse en casa sentada mientras él buscaba su muerte, estaba muy equivocado.

—¡Eula! ¡Gilroy! —resonaron sus gritos mientras recorría el pasillo del piso de arriba apenas dos minutos después.

Miranda se tragó el pánico. Necesitaba pensar. Se había hecho un moño tan tirante, a la altura de la nuca, que casi parecía que fuera a arrancarle el cuero cabelludo, y la cabeza le dolía una barbaridad.

El pasillo seguía vacío. Bajó aprisa las escaleras, taconeando con las botas.

—¡Eula!

Por fin, apareció aquella mujer descarada, a un paso digno de Matusalén.

—¿Intenta despertar a los muertos? ¿Qué sucede? ¿Lord Exultante y usted se han caído de la cama?

—Se ha ido, Eula. —A Miranda le tembló el labio; se lo mordió con fuerza—

. Para siempre.

Eula se irguió con resolución.

—¿Adónde?

—N... no lo sé. Pensé que tú lo sabrías. —«Maldita sea. No voy a llorar.»

El ama de llaves la miró espantada. El ver a Eula sin palabras a punto estuvo de desatarle el llanto. Miranda dio media vuelta y se dirigió a la biblioteca; casi chocó con Gilroy. El elegante mayordomo iba dando tumbos, vestido precipitadamente y rascándose la nuca en un visible despliegue de malestar de lo más inusual en él.

—Disculpe, milady. —Hizo un esfuerzo por enderezarse—. Estaba en la cama cuando ha llamado. No sé lo que me ha pasado.

Miranda lo miró con detenimiento y observó que tenía los ojos vidriosos.

—Lord Archer se ha ido. ¿Sabes dónde puede estar? —Le pareció que no.

—No, milady. —Parpadeó varias veces—. No he vuelto a verlo desde que anoche me dio una tisana para el dolor de articulaciones.

Apretó los dientes para no gritarle. El pobre Gilroy no merecía su censura.

—Tisana —espetó al fin—. El muy miserable te ha administrado un somnífero para que no te despertaras cuando se fuese.

El rostro enjuto de Gilroy palideció.

—¿Quiere decir que ha ido a enfrentarse a ese demonio?

Pese a su voluntad de mantener la calma, lo agarró por el frágil brazo.

—¿Sabes quién es? ¿Adónde ha podido ir?

Gilroy negó enérgicamente con la cabeza.

—Por mi honor que no lo sé.

Ella cerró los ojos un instante imprescindible.

—Gracias, Gilroy. Que ensillen mi caballo ahora mismo. Asegúrate de decirles que montaré a horcajadas. Y búscame una capa de montar.

La expresión escandalizada del mayordomo podría haber sido irrisoria.

—Pero milady...

—¡Maldita sea, Gilroy! Hoy no puedo salir con un manto de seda. —Se señaló los pantalones y la camisa de lino—. Encuéntrame una condenada capa que me valga y hazlo deprisa. Me da igual de quién sea —le gritó a la figura en rápida retirada.

A Eula le brillaron los ojos.

—Bueno, si es capaz de gritar como una posesa, confío en que tendrá agallas de sobra para traerlo de vuelta.

A Miranda le supo la boca a sangre.

—Búscame una espada. Seguramente Archer tendrá alguna rondando por ahí. —Se le revolvieron las tripas. Hacía años que no practicaba con la espada, pero el anhelo de blandirla le aceleraba ahora el pulso y le contraía los músculos—. Y la

pistola de repuesto de Archer también. Cargada, Eula —le dijo por encima del hombro antes de encerrarse en la biblioteca.

La habitación se hallaba fría y en silencio. Quizá estuviera esperándolo a él. Se acercó a su escritorio. El caos que lo presidía parecía intacto. Empezó a revolver, buscando algo, cualquier pista. No había nada.

Derrotada, dejó caer la cabeza en el escritorio. Las lágrimas no le brotaban, pese a su frustración. Estuvo sentada un buen rato, sin hacer nada más que respirar. La identidad del asesino escapaba a su conocimiento, efímera como el humo al viento. Descartó a lord Mckinnon. Más bien le parecía que Mckinnon coqueteaba con ella para contrariar a Archer. Irritante, pero no viscoso. Aquellos asesinatos no tenían nada que ver con Archer y ella, sino con él y el West Moon Club. Además, Archer sabía quién era el asesino. Aunque Archer quería que se mantuviera alejada de Mckinnon, lo hacía por celos, no porque temiera de verdad por su seguridad. ¿Lord Rossberry? Pero los asesinatos se habían cometido de forma calculada, fría. Con mucha rabia, sí, pero el asesino era un maquinador. Rossberry le parecía todo rabia e impulsividad. ¿Entonces, quién?

Reprodujo mentalmente todas las conversaciones, las peleas que había tenido con Archer hasta que los pequeños cuadros de su vida con él empezaron a desfilar ante ella en un destello de colores, como el interior de un caleidoscopio.

«Un ser que se alimenta de la luz de las almas... No se me despacha tan fácilmente... Y si te dijera que es algo maravilloso y hermoso lo que esconde... inmortal.»

Se irguió de pronto, el corazón se le salía por la boca. La rueda dejó de girar. Lo que hasta ahora no era más que una nebulosa de pronto se enfocó perfectamente. Archer inclinado sobre Victoria. «¿A qué has venido?»

Despacio, Miranda se apartó del escritorio. Para todo padre hay una madre. Para toda creación, un creador. «Mantente alejada de ella.» Victoria, esa mujer de ojos color plata y dientes de blanco resplandeciente. Esa piel cubierta de maquillaje que probablemente resplandecía como la piedra de luna. «Archer me partió el corazón una vez, y me temo que nunca se lo he perdonado.» «No hay ira mayor en el cielo que un amor en odio tornado, ni furia peor en el infierno que una mujer despechada.»

Una risa histérica estalló en los labios de Miranda. Él lo sabía. Lo había sabido todo el tiempo. Solo una cosa podía haber escapado de un hombre tan fuerte como él: otro inmortal.

«Lo que vi fue a mí mismo.»

Y ahora había ido con Victoria. Salvo que ella ya se había transformado entera y él era aún en parte humano. Una batalla final que él no ganaría. Salvo que...

—¡Malnacido!

Demasiado, maldita sea. Le llevó demasiado tiempo encontrar la casa del condenado lord Maurus Robert Lea, séptimo conde de Leland. Él era el mejor amigo de Archer, ¿no era así? ¿El que lo había metido en aquella locura? Pues más valía que supiera dónde demonios estaba.

Aporreó la puerta con la aldaba lo bastante fuerte como para atraer las miradas de una pareja muy elegante que salía de su vivienda en ese momento. Uno no aporreaba las puertas en Belgravia. Miranda los miró furibunda y reanudó el asalto a la puerta de la casa de Leland.

La abrió de golpe un mayordomo indignado que temblaba de rabia contenida.

—Soy lady Archer y deseo ver a lord Leland —espetó Miranda—. Enseguida, por favor.

El mayordomo frunció los ojos, sin duda viendo solo su atuendo masculino.

—No se encuentra en... en casa. ¡Oiga!

Ella ignoró sus protestas y entró de todas formas.

—Ya me las arreglo yo sola, gracias. ¡Lord Leland!

El mayordomo balbuceante seguía a Miranda de cerca, pero se detuvo en seco al ver que lord Leland salía a toda prisa de su biblioteca. Se aproximó y le hizo a Miranda una reverencia cortés.

—Lady Archer...

Miranda desenvainó la espada y, con ella, retuvo a Leland contra la pared.

—Me va a perdonar, milord, pero vayamos directamente al grano. —Le clavó la espada aún sin estrenar en la corbata—. Dígame: ¿dónde está mi esposo?

A su lado, el mayordomo se dispuso a agarrarla por el brazo. Miranda se sacó la pistola del chaleco y le apuntó al corazón. Amartilló la pistola y el chasquido resonó en el cavernoso pasillo.

—Y tengo buena puntería —dijo, sin apartar la vista de Leland—. Tu señor podría resultar herido en una refriega.

Leland tragó saliva, pero sus intensos ojos azules siguieron fijos en Miranda.

—Puedes retirarte, Wilkinson —logró decir al fin—. Lady Archer y yo debemos charlar en privado.

El mayordomo salió corriendo, posiblemente en busca de refuerzos, y Miranda guardó la pistola.

Leland miró la punta de la espada que aún lo retenía.

—Si no le importa, lady Archer, voy a necesitar la garganta para poder hablar.

Ella bajó la espada y retrocedió un paso.

Él forzó una sonrisa.

—No tenía más que habérmelo preguntado.

Miranda rió sin ganas mientras envainaba la espada.

—Podía haberlo hecho —repuso ella—. Solo que estoy demasiado furiosa. Además de harta de déspotas, en estos momentos.

Leland le hizo una pequeña reverencia.

—Entendido.

—¿Sabe usted dónde está? —Una vez allí, el miedo volvió a adueñarse de ella y la hizo estremecerse.

—Lo sé —suspiró él entonces, dejando visible su avanzada edad—. Me temo que no le va a gustar.

Le temblaron los labios, luego se preparó para lo peor.

—Cuando se trata de Archer y sus revelaciones, nunca.

—Entonces lo conoce bien. —Le señaló la puerta abierta de la biblioteca—. Venga. Aún nos queda algo de tiempo. Y hay mucho de lo que hablar.

Se paseó por la estancia como una leona enjaulada; su pelo cobrizo, peinado tirante hacia atrás, brillaba a la luz del sol que entraba por las ventanas abiertas. Leland la observó mientras se dirigía al aparador de las bebidas. Las piernas de Miranda, enfundadas en unos pantalones de ante, eran largas y flexibles, sus muslos firmes, musculosos pero femeninos. Había comprobado de primera mano la destreza con que blandía la espada. Potencia, elegancia, el cuerpo de un espadachín. Apartó la vista del arco curvo de su trasero. Por el amor de Dios, tenía edad de sobra para ser su abuelo, su bisabuelo en algunas familias. Claro que eso no había detenido a Archer.

—¿Le apetece una copa? —le ofreció él, fijando la mirada en su rostro, lo más lejos posible de su busto elevado y seductor.

Miranda le dedicó una sonrisa de gratitud y su anciano corazón dio un brinco. La suya no era la belleza fina y delicada de moda. Era el sueño de un escultor, precisa y sobrenatural. Era Nefertiti, Helena de Troya. Una belleza como la suya pasmaba. Leland parpadeó con fuerza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—¿Tiene bourbon?

—Usted también, no, por favor. —Leland meneó la cabeza—. Quizá tendría que comprar un tonel.

Ella rió, toda cordialidad y sensualidad. Y Leland comprendió por qué Archer había perdido la cabeza por aquella mujer.

—Quizá debería hacerlo —dijo Miranda—. Está verdaderamente delicioso. Como no tiene, tomaré un whisky. Solo, por favor.

Leland le sirvió la copa y observó, con la respiración entrecortada, la gracia con que se acercaba a por ella. La curva de sus caderas, la pendiente de su cintura; Miranda era un Stradivarius. Malditos sus ojos, por dentro se sentía como un hombre de treinta años. Sintió una pizca de envidia hacia Archer, luego volvió a la realidad, avergonzado. Con una reverencia formal, le entregó el vaso.

—Son muy similares, Archer y usted.

Ella enarcó las cejas.

—¿En cuestión de bebidas?

—Sí, en eso. Y en temperamento, también. —Esbozó una sonrisa tensa. Cualquier otra cosa le dolía demasiado. Su mejor amigo había ido a destruirse. Y lo había dejado a él encargado de recoger los pedazos—. También él habría irrumpido en mi casa y me habría apuntado con una espada si hubiera estado fuera de sí.

Unos ojos de color verdece lo miraron con aire apreciativo.

—Sospecho que también usted es un hombre de acción, señor. Aunque quizá prefiera atacar con palabras en lugar de con espadas.

Él rió.

—Tiene usted toda la razón, señora. *Touché*.

Se alzaron sus pómulos perfectamente esculpidos, luego descendieron.

—¿Dónde está, lord Leland?

Leland dejó el vaso.

—Siéntese, por favor, lady Archer, y se lo contaré todo.

Ella obedeció y plegó con elegancia su cuerpo ágil sobre la misma silla que Archer había ocupado no hacía mucho.

—Prométame una cosa —le pidió, sentándose enfrente—. Que me dejará que termine de decir lo que debo decir; después, puede hacer lo que le plazca.

Su boca bien formada dibujó una sonrisa torcida.

—No tengo costumbre de cumplir esas promesas, señor, pero lo intentaré.

«La misma franqueza de Archer.»

—¿Qué le ha contado Archer de todo esto? —preguntó él.

Mientras escuchaba a Miranda, a Leland lo llenó de asombro su capacidad para digerir el horror y aun así amar a Archer. Por lo que era.

—Entonces ¿fue Victoria quien lo creó? —concluyó ella.

—Sí. —Acarició el fondo del vaso—. Le seré franco, porque debe comprender el atractivo que ella tenía para nosotros. Los que formábamos el West Moon Club éramos todos eruditos y, gracias a nuestro esfuerzo colectivo, aprendimos mucho sobre el mundo antiguo. Archer y yo fuimos a Egipto a excavar tumbas antiquísimas, nos sumergimos en el mundo de los faraones. Todo en vano. Es cierto que hallamos algunas pistas, alusiones a la vida eterna. ¿No habla también nuestra Biblia cristiana de hombres que vivieron más allá de lo admisible?

¿No se dice que el propio Noé vivió más de novecientos años?

Leland apretó el puño al recordar aquellos años de frustración.

—No pudimos encontrar una verdadera solución. Hasta que llegó ella.

Por un instante, simplemente recordó el día en que Victoria entró en una de sus reuniones como si no se tratara de una sociedad secreta. Una diosa, de plata y luz. Exquisitamente hermosa.

—Podrá imaginar el efecto que su aparición tuvo en nosotros —le dijo él—. Ya ha visto a Archer. Y ella se había transformado del todo. No dudamos de una sola de sus palabras. Ni cuando nos dijo que era un ángel de luz. —Rió con amargura—. No era un ángel, no. Eso lo descubrimos cuando ya era demasiado tarde.

Leland ignoraba lo que estaría pensando lady Archer, porque ella controlaba perfectamente sus sentimientos.

—No obstante, no nos concedería ese don a todos. Elegiría a los más dignos. —Se revolvió incómodo en el asiento—. Optó por Archer y por mí. Nos convertimos en sus amantes.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Miranda, pero no dijo nada. No le extrañaba que se ruborizara. Aún ahora, Leland podía ver a Victoria, su cuerpo joven y bello retorciéndose bajo el suyo. Sus pechos turgentes. Sus pezones traslúcidos como cristal pero deliciosos, que lo enloquecían. «Tómame, Maurus.» Aquella mujer candente. Esa luz que latía a través de él cuando le hacía el amor. Se había sentido invencible. Después, había querido más.

—Os quiero a Archer y a ti en mi cama. Juntos. Venid a mí, bárbaros míos.

Y él se había mostrado dispuesto, Dios santo. Qué vergüenza. Pero ahí estaba. El modo en que ella lo dominaba era una locura. Y la expresión colérica de Archer. Frunciendo su ceño oscuro. Había salido hecho una furia, dejado atrás la cama de ella, asqueado, mientras Leland trepaba dentro, casi arrancándose la ropa del cuerpo, preso de aquella lasciva precipitación. La risa histérica de ella aún le resonaba en los oídos.

—Era una prueba —le dijo a la atónita lady Archer, de pronto consciente de que había reproducido toda aquella historia en voz alta—. Archer era más fuerte. Poseía la obstinación que ella deseaba. Yo no era más que una diversión secundaria.

—¿Le tenía celos por esa razón? —preguntó lady Archer con delicadeza.

—Sí.

El rostro perfecto de Miranda permaneció impasible.

—Todos le tenían celos, porque Archer era el favorito. No puedo negarlo —dijo él, hastiado—. Ninguno de nosotros se dio cuenta de lo afortunado que era por no ser el favorito. Hasta esa noche. Hubo una ceremonia en Cavern Hall, un lugar que, según ella misma nos contó, albergaba mucho poder. Todos bebimos de un

cáliz de plata, lleno de un líquido plateado. Un sorbo solamente para el resto de los miembros. Una pizca para tenerlos embelesados y poder hacer lo que quería. Pero Archer y yo... nosotros debíamos beber una copa entera. El líquido tardaba un tiempo en hacer efecto. Debíamos beberlo y entonces ella nos obsequiaría con su beso. El Beso de Luz. Victoria nos imbuiría de su energía, y se completaría así la transformación. Entonces caeríamos en un sueño profundo de un día y una noche. Al alba, al día siguiente, seríamos ángeles de luz completos, en cuerpo y alma.

»La noche de la ceremonia, Rossberry vino a vernos. Estaba histérico. Había hallado un texto antiguo. No nos convertiríamos en ángeles de luz, seres benévolos que vivían de la luz del sol, sino en demonios que obtenían toda su energía de la luz de las almas y, al hacerlo, perderíamos la nuestra.

Dio un trago para tranquilizarse.

—Fuimos imbéciles. Sus encantos nos cegaban demasiado para poder creer. Por lo menos, a mí. Archer tenía sus dudas, pero el tiempo se nos echaba encima.

»Todas las venas de su cuerpo resaltaron plateadas bajo su piel cuando bebió el brebaje —susurró Leland—. Luego los ojos. La plata viscosa le recorrió el cuerpo hasta que parpadeó y sus pupilas grises se tornaron mercurio. Victoria rió, sin más. Llegó el momento de la verdad, dijo.

»Archer recuperó las fuerzas y corrió, pero no a sus brazos, como esperaba, sino lejos de ella. Fuera de aquella cueva infernal. Victoria se limitó a sonreír.

—¿No se enfadó?

Leland miró a lady Archer.

—Se molestó, quizá. Creyó que volvería. Él era su verdadero compañero, declaró. Entonces supe que estaba enamorada de él. Yo no era nada. De modo que salí corriendo también. No probé más que un sorbo.

—¿Y no le afectó?

Leland sonrió socarrón.

—Tengo noventa y dos años, querida, edad a la que la mayoría de los hombres no llega y, si lo hace, suele ser en estado vegetativo. Yo, en cambio, monto a caballo, leo mis libros, voy y vengo andando al club. No soy inmortal, pero mi vida no lleva un curso humano normal. Envejezco lentamente.

—Cuando lo conocí, pensé que tendría unos sesenta años.

—Exacto. —Le tembló el labio—. He sobrevivido a una esposa, tres hijos y un nieto. —Crepitaron las brasas del hogar mientras Leland miraba fijamente su vaso, viendo girar el líquido dorado—. Por eso he evitado a Archer todos estos años. Remordimiento. Todos nosotros conseguimos lo que queríamos de verdad esa noche: la oportunidad de vivir más de lo que nos correspondía, sin temor a caer enfermos o morir repentinamente. Todos menos Archer. Y Rossberry.

—¿Qué le ocurrió a Rossberry?

—Victoria. Ella descubrió lo que le había dicho a Archer y le prendió fuego.

Lo abandonó a su suerte. Por algún extraño milagro, el hombre sobrevivió.

Lady Archer se estremeció.

—Qué horror. Aunque me extraña que no lo matara sin más.

—Podría haberlo abierto en canal o haberle arrebatado el alma. Sin embargo, había algo en el fuego que perturbaba a Victoria: huía de él. Así que supongo que lo consideró el peor de los castigos. No puedo más que coincidir con ella. Rossberry sufrió terriblemente.

—¿Por qué odia Rossberry a Archer?

—Cree que Archer informó a Victoria de su desertión. Archer jamás habría traicionado la confianza de otro hombre. Fue sir Percival. —Le dio un pequeño sorbo a su whisky y agradeció la quemazón—. Con Rossberry no se puede discutir. No es... Hay algo extraordinario en él. En todos los miembros de su clan, dicho sea de paso. Más le vale mantenerse alejada de él, y de lord Mckinnon también. Ha habido desapariciones misteriosas relacionadas con esa familia durante años.

—Mckinnon conoce muy bien a Archer, ¿no es así? —preguntó ella.

—Estudiaron Medicina juntos. Y eran amigos. Archer acudió a él en busca de ayuda al principio, pero Rossberry no tardó en ponerle a su hijo en su contra.

Los claros ojos verdes de Miranda lo miraron.

—Entonces Mckinnon es...

—Tan viejo como nosotros, y jamás tomó una gota del elixir. Ignoro por qué no envejece. En cuanto a Rossberry, ahora tendrá unos ciento treinta años. —Al ver que ella se inclinaba para preguntar, Leland levantó una mano en señal de alto—. Desconozco qué secretos guardan. Tardamos en comprender que Rossberry y su hijo no eran del todo humanos. De hecho, creo que Rossberry no buscaba la inmortalidad sino una cura para lo que sea que atormenta a su familia.

Miranda frunció sus gruesos labios, pero asintió con la cabeza.

—¿Y los demás? ¿Fueron solo los celos lo que les hizo que odiaran a Archer? ¿O el incidente con Marvel?

Leland se sobresaltó un poco.

—¿Está al tanto de eso?

—Solo sé que Archer y Marvel discutieron por ella.

El anciano soltó un bufido.

—Archer intentaba salvar a Marvel. Victoria había vuelto y lo había seducido. Lo instaba a que se transformara. Archer estaba furibundo. Sabía de primera mano lo que le ocurriría al joven. —Leland dio otro trago a su copa—. Marvel no era más que otro peón. Creo que Victoria pensó que, si lograba resucitar la pasión de Archer, si lo ponía celoso, este se daría cuenta de cuánto la amaba y volvería. Archer, en cambio, vio por primera vez el monstruo que llegaría a ser cuando le dio una paliza a Marvel que lo dejó al borde de la muerte. Fue entonces cuando accedió al absurdo exilio que le propusieron los otros miembros del club,

por su seguridad y la de otros.

—Siempre tan protector —masculló ella, ceñuda—. Sigo sin entender por qué Victoria ha esperado todos estos años para regresar —añadió todavía más ceñuda—. ¿Por qué no fue detrás de Archer desde el principio?

—Esa mujer tiene más de trescientos años. ¿Qué son sesenta para un inmortal? ¿Como unos meses? —Se encogió de hombros, saboreando aquel gesto tan tosco—. Creo que de verdad pensó que él volvería con ella, que Archer solo estaba enfadado. Por desgracia para todos nosotros, demostró estar muy por encima de sus artimañas.

—Casándose conmigo.

—No, querida mía —dijo él con dulzura—. Enamorándose de usted.

Ella respiró con dificultad.

—«Ni furia peor en el infierno...»

—Ciertamente.

Lady Archer se levantó de la silla con un solo movimiento fluido.

—Así que él tuvo que cambiar para detenerla.

—No se imagina siquiera el poder que tiene ella.

—Sí lo imagino, lord Leland, créame. —Ella paseó meciendo las caderas—. Si Archer posee tan solo una décima parte de la fuerza de ella, puedo imaginármelo. —Miranda cortó en seco su sonrisa amarga y lo rodeó—. Me ha dicho que perdería su alma... —Palideció, empezando a ver la conclusión inevitable.

—Sí —contestó despacio—. Cuando cambie, necesitará la luz de otras almas, como usted y yo necesitamos el aire. Con la primera vida que se cobre, se condenará para toda la eternidad. Y, con cada vida que se cobre después, irá perdiendo un poco de su humanidad.

Ella se tambaleó y tuvo que agarrarse a la repisa de la chimenea.

—Por eso ha luchado con todas sus fuerzas contra esta maldición —dijo él—. El beso es un acto de consentimiento. Sin él, el elixir debe funcionar por su cuenta, lentamente. Por un tiempo, Archer pensó que encontraría una cura. Había un anillo.

Los ojos verdes de ella lo miraron muy despiertos.

—¿Un anillo?

—El anillo escondía una misiva de su antiguo ayuda de cámara, Daoud. Victoria lo mató hace mucho tiempo, pero él ya le había enviado un mensaje donde le exponía la verdadera naturaleza del maleficio de que había sido objeto Archer.

—¿Y encontró el anillo? —El tono esperanzado de su voz lo destrozó.

—Sí. Hace poco. No había cura, querida mía. Solo una forma de ponerle fin. —Se levantó con dificultad y cruzó la estancia hasta el escritorio, siempre consciente de los labios trémulos y los ojos llorosos de ella—. Esta es la Espada de

Luz. —Sacó de su cajón el arma antigua—. Lo único que puede atravesar la carne de un demonio de luz. Archer debe clavarle esta espada en el corazón a Victoria y destruirla.

—¿Y después? —inquirió Miranda con un hilo de voz.

A Leland le flaquearon las fuerzas.

—Después debe clavársela él.

La vio derrumbarse, llevarse la mano al vientre, encogerse, pero siguió en pie. La angustia le marcó las facciones. No lloró. Inspiró hondo, las fuerzas le fallaron y un intenso gemido escapó de sus labios. Leland se aproximó, pero ella levantó la mano para advertirle que no se acercara. Logró dominarse y se irguió.

—¿Por qué... por qué tiene usted la espada?

—No debemos arriesgarnos a que ella la vea antes de que la transformación de Archer se haya completado. Debo llevársela esta noche, dejarla a la puerta de la cueva a la que han ido.

Ella volvió a pasearse nerviosa, agarrándose el vientre como intentando mantener la cordura.

—No todo se ha perdido —dijo él desesperadamente—. No es necesario que Archer pierda el alma...

—¡Solo la vida! Perdóneme que sea egoísta, pero eso me consuela muy poco.

—Dio media vuelta y se dirigió airada a la chimenea—. ¿Cómo?

—Si lo destruyen antes de que se cobre una vida, su alma permanecerá intacta.

—¿Y cómo va a evitar eso —espetó ella— si primero debe destruir a Victoria?

Leland palideció.

—Yo...

Ella soltó un resoplido.

—No lo había pensado, ¿verdad? Ninguno de los dos lo había hecho.

Él se pasó la mano temblona por el pelo y algunos mechones lacios le cayeron por la frente.

—La leyenda era muy clara: quienes reciban la luz sin pensar en el beneficio personal hallarán la redención. Solo un salvador de corazón puro blandirá la Espada de Luz y, con un fuego que no procede de ningún hombre sino de los dioses, la espada cobrará vida y encontrará su destino.

Lady Archer interrumpió su inquieto pasear y lo miró fijamente.

—¿Fuego?

—Sí. Esos artefactos suelen ir acompañados de enigmas rocambolescos. Probablemente sea alegórico. No obstante, los egipcios, que fabricaron esta espada, creían que el lago de fuego en el que se forjó la hoja tenía el poder de purificar y destruir a un tiempo. El fuego redimía a los inocentes y aniquilaba a los culpables.

Quizá al atravesarla con la espada se torne en llamas —musitó él.

—Ha meditado bien esto, ¿verdad? —Suspiró—. Perdóneme. Estoy nerviosa.

—Muy comprensible, querida.

Ella inspiró hondo y se irguió.

—Solo hay otra solución. —Un fuego esmeralda iluminó sus ojos—. Tendré que destruir yo a Victoria. Y después... —Sus labios temblaron con violencia—. Después a Archer también.

—¡Ni hablar!

El grito de lord Leland tronó en el aire como un disparo.

—No le estaba pidiendo permiso, señor. —Tanto le dolía el corazón que Miranda verdaderamente creyó que corría el peligro de que se le parara. No obstante, miró al anciano con determinación—. No hay mucho donde elegir. Archer no puede matarla, o perderá su alma. Usted no puede hacerlo porque es demasiado frágil.

Él abrió la boca para protestar, indignado, pero no podía negar que era cierto.

—Archer ha renunciado a su vida por el cambio —repuso él, acalorado—, porque es la única forma de derrotarla. ¡De otro modo, es demasiado poderosa!

—Eso es lo que ustedes, hombres, no han llegado a entender —replicó ella—. Si lo hubieran pensado bien, habrían reparado en su error. Archer creyó que debía enzarzarse en una batalla física. Pensó solo en las batallas anteriores con Victoria. Como hombre, buscó el modo de resolver esto por la fuerza bruta.

Si Archer hubiera estado allí, Miranda le habría atizado con algo grande y muy contundente. «Maldito seas. ¿Por qué te empeñas en dejarme fuera?» Los dedos negros del pánico se atravesaron en su campo de visión. Volvió a inspirar hondo.

—Y en su ciega precipitación ha pasado por alto su auténtica arma: la espada. —Se acercó al escritorio de Leland.

La espada estaba allí encima, un arma aparentemente normal. Nada tan deslumbrante como para declararla la máxima amenaza contra un demonio inmortal. Su mano se cerró alrededor de la empuñadura de bronce y notó un chisporroteo. Estuvo a punto de soltarla, pero la agarró mejor y sintió otro latigazo y el fuego que llevaba dentro pareció responder ardiendo intenso en sus venas por un instante. Desenvainó la espada.

—Cuidado —le advirtió Leland innecesariamente.

Un artilugio de aspecto diabólico. El filo en forma de hoja era del todo negro, hecho de un metal desconocido para ella. La luz que entraba por las ventanas produjo un destello en la hoja. Afiladísima. Le tembló la mano. Tendría

que hundírsela a Archer en el pecho. «¡No puedo!»

«Victoria. Piensa en ella.»

—Él solo necesitaba valerse del factor sorpresa —dijo ella.

—Mi querida lady Archer, no pensará que puede pillar a Victoria por sorpresa. —Enarcó tanto sus cejas canas que le rozaron el cuero cabelludo—. Es una necedad. No lo permitiré, se lo aseguro.

Envainó la espada y se la enganchó al cinto por el espiga de la parte posterior de la vaina.

—Como ya le he dicho, lord Leland, no le he pedido permiso. Lo voy a hacer.

Leland se dispuso a detenerla y ella estalló malhumorada.

—Si alguien va a poner fin a la vida de Archer, debo ser yo. ¡Ya que no puedo recuperarlo, al menos salvaré su alma, maldita sea!

Él se apartó.

—Entiendo su pesar...

—¡No, no lo entiende! Ni conoce mi fuerza. Solo ve a una mujer desvalida. ¿Por qué cree usted que Archer me ha ocultado esto?

—Para evitarle el sufrimiento de saberlo de antemano —dijo él con calma.

—No. Me lo ha ocultado porque sabe que soy capaz de enfrentarme a Victoria y, de haber sabido lo suyo, habría intentado matarla yo misma.

—Entonces su precaución es más que justificada. La sola idea me horroriza.

—Leland se puso de pie—. Si debo protegerla de sí misma, lo haré.

—No necesito su protección. En todo caso, usted tendría que protegerse de mí. —Y, dicho esto, liberó su fuego.

Las llamas de las velas y las lámparas de la estancia reventaron en sus cámaras de cristal con un furioso silbido.

Leland profirió un sonido ahogado, como el de un hombre que se atraganta con la sopa.

—Imposible.

Miranda rió con amargura mientras cogía su capa.

—Usted, precisamente, debería saber que todo es posible. —Se puso la prenda y se dirigió a la puerta—. Nos vamos.

La noche no tardó en llegar y, con ella, un viento gélido que le cortaba la piel. Leland se tambaleaba, el viento zarandeaba su cuerpo menudo. Miranda acercó su caballo y le entregó la lámpara que llevaba. La luz era bien poco más que un alfilerazo amarillo en la densa oscuridad.

—Permítame...

Le cogió las manos y sintió el frío a través de la piel fina de sus guantes de montar. Él se estremeció de sorpresa, pero ella lo agarró con fuerza. «Calidez.» El calor fue de su vientre a las palmas de sus manos. Él hizo un aspaviento cuando notó que lo atravesaba. Miranda se inclinó hacia delante y lo cogió del cuello con una mano. Despacio, le sopló en la cara. «Calor.» El aire ardía, caliente y fuerte, y él cerró los ojos con un suspiro.

Cuando Leland revivió, ella lo soltó y volvió a cabalgar a buen ritmo.

—¿Qué es lo que hace? —le preguntó Leland al rato.

No habían vuelto a hablar desde que él le había contado los planes de Archer. Si Archer no lograba matar a Victoria, ni matarse él, buscaría almas con todo su ser. Amando a Miranda como la amaba, querría la suya por encima de todas. Leland se la llevaría y la escondería donde él no pudiera encontrarla. La forma despótica en que Archer la había engañado la tenía furibunda desde hacía más de una hora, pero Leland no tenía la culpa.

—Puedo generar fuego —contestó mientras su caballo subía una pendiente. No podía ayudar a la bestia. Apenas veía. Habían salido de Londres y se adentraban en un antiquísimo bosque de robles y hayas—. Lo controlo a placer. Siempre que haya algo que quemar.

—Lo que acaba de hacer no es fuego.

Su observación le abrió los ojos a Miranda. Tenía razón. Lo que acababa de hacerle era nuevo. Y, aun así, lo había hecho sin pensar. Sencillamente había sabido que podía darle calor.

—El principio es el mismo —repuso ella, dubitativa. ¿Lo era?—. He pensado en calor, calidez, y así ha venido.

—Fascinante.

El silencio del bosque los rodeaba, interrumpido solo por el tintineo solitario de las bridas de los caballos mientras ascendían la pequeña elevación. Una oscuridad sin límites se extendía por todos lados. Si hubiera estado sola, la desolación la habría inquietado. Pero no estaba sola.

—Los otros lo creían un monstruo. —El aire frío le quemaba la garganta—. ¿Por qué usted no lo rehuyó cuando volvió? ¿Usted y Cheltenham?

Leland no apartaba la vista del camino que tenía delante. Su rostro pálido aparecía y desaparecía como un fantasma a la luz de la lámpara que colgaba del pomo de su silla de montar.

—Porque sabíamos que no era más que un hombre, con las mismas debilidades y flaquezas. Que ansiaba lo mismo que todos nosotros: amar y ser amado. —Miró las riendas que sostenía, luego volvió la cara—. Que tuviera que renunciar a ello habiéndolo encontrado después de tantos años es motivo más que suficiente para seguir a su lado. —Meneó la cabeza muy despacio.

No hablaron más y siguieron internándose en la fría penumbra.

Cuando Leland pidió, en voz baja, que se detuvieran, Miranda tenía las manos agarrotadas en las riendas.

—Los caballos se quedan aquí. —Apagó la lámpara y desmontó, profiriendo un gruñido contenido—. Debo insistir aún más en el peligro al que nos enfrentamos. —Sus ojos eran globos brillantes a la luz de las estrellas que lograba atravesar las copas de aquellos árboles milenarios—. Sus sentidos son excelentes. Su oído asombroso...

—Entonces —lo interrumpió con sutileza—, propongo que no hablemos más.

Con una mueca, él asintió apenas y la asió del codo. Avanzaron muy despacio un kilómetro, evitando las hojas secas para no hacer ruido al pisar. El sudor le corría por la espalda a Miranda; los muslos le ardían de tan lento movimiento.

Se dirigieron al oeste; el bosque que tenían delante no eran más que sombras negras y grises. A lo lejos, divisaron una masa oscura que parecía una escarpada ladera. Un diminuto destello de luz naranja anunciaba la boca de una cueva.

Los labios tiernos de Leland temblaron en el oído de ella.

—Las antorchas están encendidas. Como Archer, estará descansando. Debemos ir a Cavern Hall. Ahí es donde estará él.

El olor a incienso, denso como el humo, le obstruía la garganta a Miranda. Archer estaba allí. Ella lo presentía. Su presencia le producía un hormigueo en la piel y le aceleraba el corazón. Dio alcance a Leland y luego lo adelantó. Sabía a dónde ir. Archer la atrajo. Por el pasaje oscuro y serpentino hasta el resplandor naranja de la luz del fuego.

Al volver una esquina cerrada, se halló ante una cueva grande. En el centro de la cueva, bañado por la luz titilante de las antorchas, yacía Archer, tendido de costado, desnudo y deslavazado, con la cabeza echada hacia atrás y vuelta de modo que no miraba hacia ella. Su hermoso cuerpo era ya completamente plateado y refulgía, inmóvil como un Ícaro de hielo caído del firmamento.

Se zafó de la súbita sujeción de Leland y corrió a Archer, ignorando el

peligro. Al abalanzarse sobre él, se golpeó la rodilla con el hombro congelado de su esposo. Carne de piedra de luna. Se le escapó un sollozo, que rebotó en las toscas paredes de roca.

Gélido. Los dedos de Miranda ardieron al contacto con la piel de Archer cuando se llevó al regazo su pesada cabeza. Su perfil clásico, sombrío y plateado sobre el negro de la capa, era absolutamente hermoso y horrible a la vez.

—Ben. —Con manos temblorosas, le acarició la mandíbula, los mechones encrespados de su pelo plateado. Ya completamente transformado. Lo había perdido. El dolor le desgarró la garganta. Palpó con las yemas de los dedos la suave superficie de su pecho de piedra de luna. «No puedo seguir adelante.» Ben, ¿qué has hecho?

—Me ha elegido a mí —contestó una voz de mujer.

Encuadrada en la oscuridad oscura de un pasaje de la cueva, se hallaba Victoria, un ángel de plata. Sin maquillaje y sin peluca, refulgía, envuelta en una luz vibrante. Por su espalda y su vestido, se vertía como rayos de luna su pelo platino. Una imagen tan bella para algo tan repugnante.

—¿Ben, dices? Qué tierno. —Brillaron sus dientes blancos, casi cegadores—. ¿Te disgusta haber perdido? Qué triste. Yo he sabido desde el principio que era mío.

A modo de respuesta, los dedos de Miranda se enroscaron en el cuello de él y lo estrechó protectora en su regazo.

—No sabes nada, bruja congelada.

Victoria rió. Tintineó el hielo en un vaso de cristal.

—Menuda lengua viperina. De haberte conocido en otras circunstancias, te habría transformado. —Su sonrisa se esfumó, dejó caer las mejillas—. No obstante, disfrutaré enormemente viéndolo devorarte.

El sonido de las botas de Leland en la piedra al situarse detrás de Miranda hizo que Victoria posara sus espeluznantes ojos plateados en él; su brillo se apagó.

—A ti, en cambio, te reservo para mí. —En su boca grande y fina se dibujó una sonrisa feroz—. Para que aprendas la lección.

—Leland —dijo Miranda, sin apartar los ojos de Victoria—, déjenos. Victoria y yo tenemos mucho de que hablar.

—Sí —coincidió Victoria—. Deja que las damas tengamos nuestro *tête-à-tête*. —Se relamió—. Iré a buscarte más tarde. Mi última comida no me ha llenado mucho.

Se apartó y la bilis le subió a la boca a Miranda al ver en el suelo los restos grises de un cuerpo sin vida abierto en canal.

—¡Cielo santo —exclamó Leland espantado—, es Rossberry!

—Sí —confesó Victoria—. Empezaba a estorbarme para llegar hasta mi Benji. Lo he dejado para el final para potenciar su temor. Debo decir que, si bien su

corazón me ha parecido duro y amargo, ha resultado de lo más interesante devorar su alma.

Miranda hundió los dedos en el cuello frío de Archer. ¿De cuánto tiempo dispondrían antes de que Archer se volviera así? ¿Estaría a punto de salir el sol? Parecía haber transcurrido una eternidad desde que habían iniciado su cansino viaje.

—Leland —no se atrevió a mirarlo—, váyase ya. Yo me encargo de esto.

Leland retrocedió un poco, recordando quizá la promesa que le había hecho, y Victoria rió de nuevo, dando palmas, encantada.

—Qué autoridad, Miranda. Me gustas.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Victoria enarcó sus cejas plateadas, pero se limitó a estirarse los pliegues del vestido plateado de satén. La prenda que había decidido llevar era de estilo imperio, popular durante la juventud de Benjamin. Tal vez lo hubiera escogido pensando en él. La idea le dejó un sabor amargo en la boca a Miranda.

—Ay, si no son más que celos femeninos lo que nos enfrenta —dijo la bruja con un leve suspiro—. Qué mezquino, ¿eh? —Su agradable sonrisa se torció—. Siempre ha sido mío. Se prometió a mí. Quizá lo olvidara por un tiempo —se encogió de hombros—, pero, al final, lo ha recordado. Ha venido por voluntad propia.

—Su voluntad no ha tenido nada que ver —espetó Miranda—. Has estado jugando con él todo este tiempo.

Victoria le dedicó una mirada de hastío, como la de una niña que quiere dulces y le echan un rapapolvo.

—¿Cómo iba a divertirme si no? Además, todos estaban en deuda conmigo. Los amaba a todos. Y ellos me adoraban. O lo hicieron, durante un tiempo. —La rabia le hizo fruncir la boca—. Luego me abandonaron y exiliaron a mi Benji, y lo perdí.

Su ira gélida caldeó el ambiente un instante y se desinfló con igual rapidez.

—Por eso debían pagar. Pero el momento tenía que ser el adecuado. Prefería matarlos cuando regresara Benji.

—Lo has hecho para acorralarlo —dijo Miranda—. Para volverlos a todos contra él y no dejarle ocasión de desenvolverse en sociedad.

—¡Exactamente! —Victoria aplaudió con una sonrisa—. Ay, qué satisfacción toparse con una mujer inteligente.

—Podrías haberme matado sin más —se descubrió diciendo. Quería luchar ya. Quería que Victoria la atacara para poder destrozar a esa bruja—. Al fin y al cabo, yo soy tu verdadera amenaza.

Victoria enarcó las cejas con delicadeza.

—Podría haberlo hecho —dijo con calma. Lo miró a él—. Pero los hombres

son como niños, ¿no? Si les quitas enseguida su juguete favorito, arman una pataleta. —Volvió a mirarla—. Eso es lo que eres tú. Un juguete. Uno que ha perdido su lustre.

Victoria dio un paso lento al interior de la cueva abierta y la luz del fuego destelló en su piel como los diamantes al sol.

—A propósito de juguetes, ¿te gustó el regalo que te dejé?

John Coachman. Una especie de rugido escapó de los labios de Miranda.

El triunfo brilló en los ojos de Victoria.

—Fue de lo más divertido. Qué joven tan robusto. Ay, y la cara de sorpresa que puso cuando lo abordé en el patio de los establos, con una máscara y tu manto, y le rogué que me hiciera el amor. Se resistió. Tuve que arrodillarme y darle placer.

Los dedos de Miranda se contrajeron sobre la piel de Archer. Al ver que no decía nada, Victoria frunció el ceño, molesta.

—El muchacho estaba enamorado de ti. ¿Lo sabías? Me lo susurró al oído antes de tomarme. —Curvó su boca grande—. Debo decir que era un gran amante, muy ordinario y contundente. Casi me dio pena hacerle daño. —Arrugó los rabillos de sus ojos gatunos; sus iris grises reflejaban como espejos, carentes de alma alguna. ¿Cómo podía haberlos comparado con los de Archer?—. Claro que él pensó que eras tú quien lo mataba. Lo vi, el dolor y el asombro en esos ojos grandes y mudos...

—¡Basta! —El grito retumbó en las frías paredes—. Te voy a matar. Por John Coachman, por Cheltenham. Y por Archer. Te enviaré al infierno por Archer.

—¡Qué seguridad! —exclamó Victoria con un repique de deleite en la voz—. Esta va a ser una noche de lo más divertido. —Alzó de pronto la cabeza, la miró, vil, a los ojos—. No es necesario que estés entera para que mi Benji pueda devorarte. Dime, ¿qué quieres que te arranque primero, un brazo, los ojos?

Despacio, Miranda apoyó la cabeza de Archer en el suelo. La falta de contacto con él rompió un vínculo muy hondo con su alma. «Ben.» No podía perderlo. Victoria la miró con sus ojos plateados, triunfante, reluciente. «Ella le ha hecho esto.» El calor empezó a girar en su interior como un torbellino.

Se puso en pie, el calor recorría su cuerpo como energía. «El fuego es tu don.» Se echó los picos de la capa sobre los hombros, dejando al descubierto la espada que llevaba colgada del cinto a la altura de las caderas. Poco a poco, rodeó la figura tendida de prono de Archer. Victoria la observó mientras se acercaba, con una sonrisa indulgente en sus labios pétreos. A Miranda se le anudaron las entrañas de terror. Hacía mucho que no usaba una espada. Y nunca, jamás, lo había hecho con intención de matar. El sudor le rodó por la espalda y le humedeció las palmas de las manos. Avanzó hasta que estuvieron a menos de veinte pasos en aquella cueva grande. Ignoró el latido furioso de su corazón, que le rogaba que huyera. «Sabes cómo usar ese don.» Separó los pies.

—Deberías salir corriendo —le dijo desenvainando la espada con un estrépito de metal y determinación. Alrededor, las antorchas llamearon como sintiendo su poder.

Victoria rió a carcajadas, pero sus ojos se clavaron en Miranda como pedacitos de cristal.

—Niña tonta. Podría matarte de un solo toque. Eres tú la que debería suplicar.

Un calor líquido y vibrante fluyó por el brazo de Miranda hasta la empuñadura de bronce de la antigua espada. «Arde.» Un fuego abrasador le corrió por la palma de la mano y transformó el arma en una tea.

La siniestra hoja negra chisporroteó en el aire frío.

«Ni dagas, ni espadas, ni balas pueden atravesar esta carne.» Sería una pelea muy breve. Lo había sabido desde que el anciano le había dicho a qué se enfrentaba. Un golpe de Victoria la mataría. Se le cortó la respiración, tenía el estómago revuelto. El fracaso estaba próximo. La capa le pesaba sobre los hombros, un estorbo seguro para cualquier espadachín. Le temblaba la mano, el dolor de retener el fuego y el calor en su interior era casi insoportable.

Dejó que Victoria lo viera todo, su vulnerabilidad y su lamentable fragilidad en comparación con la fortaleza y la velocidad de ella.

Agarró la empuñadura con más fuerza, para evitar que le resbalara de la mano.

—Ven a por mí, entonces, bruja.

Victoria gruñó y se lanzó a por ella, más rápida que el viento. Miranda se situó completamente a la izquierda y, al hacerlo, asestó un espadazo hacia abajo. La fuerza del golpe la hizo retroceder tambaleándose. Un grito desgarrador de rabia y dolor resonó por todo el pasillo. La estancia le dio vueltas y el corazón se le subió a la boca; el miedo le zumbaba en los oídos. En el suelo, un brazo, roto como un trozo de cristal. Lo miró atónita; sus botas aplastaban unos dedos de plata y la espada ardía candente en su mano temblorosa.

Al ver su extremidad amputada, a Victoria se le salían los ojos de las cuencas.

—¡Maldita fulana! ¡Te voy a hacer pedazos!

Victoria la atacó y una bruma de luz plateada cruzó su campo de visión. Lenta. El golpe le alcanzó el hombro con tanta fuerza que la lanzó por los aires. Se golpeó la cabeza y los hombros con el durísimo suelo y una espiral de polvo y luz de antorcha la cegaron. Rodó por la tierra, aferrada a la espada como a un salvavidas. «No falles.» Mareada y sin aliento, se puso en pie de un salto, buscando apoyo en la pared de roca.

Brotó de ella un grito al oír avanzar a Victoria. Se llevó la mano al cuello. Victoria estaba ya encima de ella, dispuesta a matarla. Se arrancó la capa y se

volvió de lado mientras Victoria apretaba con fuerza. Con un gruñido gutural, Miranda echó su capa por encima del cuerpo convulso de su rival. «¡Arde!»

Unas llamas blancas estallaron sobre Victoria, y esta chilló, consumida por la capa ardiendo que envolvía su cuerpo entero. «Arde.» Su brazo traslúcido tiraba de la capa pese a que su piel plateada se abría y se despegaba.

Miranda bramó y, sosteniendo la espada incandescente en alto sobre Victoria, se la clavó en el pecho. Se oyó un fuerte impacto carnoso y Miranda gruñó del dolor que le irradiaba por el brazo. Victoria se empujó, intentando zafarse, pero la espada obró su magia y se mantuvo firme.

La lana recia de la capa se rasgó del rostro de Victoria. Chillando de angustia, se escoró hacia Miranda. Los tacones de las botas de Miranda se clavaron en la tierra y los músculos de sus muslos se tensaron mientras retenía a Victoria con la fuerza de espada y llama. «Arde.» La espada se hundió más y crujieron los huesos de Victoria.

A Miranda le flojeaban ya las rodillas. La fuerza de aquel ser era demasiado. Los pies de Miranda empezaron a resbalar en el suelo. Victoria empujaba la espada, aguantando pese a la agonía. Sintió la piedra fría en la espalda cuando Victoria la acorraló contra la pared, acercándose. El calor de las llamas le tensó la piel de la cara e hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Un grito le abrasó la garganta cuando la garra abierta de Victoria, ennegrecida por el fuego, le arañó la cara. Unas uñas como cuchillos le rajaron la frente. El dolor y la sangre le inundaron el ojo, cegándola casi por completo. Los brazos de Miranda, debilitada, se bambolearon y en el rostro infernal de Victoria resplandeció el triunfo.

Entonces lo vio, justo detrás de las llamas que envolvían el cuerpo de Victoria. Un cuerpo plateado de belleza escultural tirado en el suelo. «Archer.» El fuego que Miranda llevaba dentro rugió desafiante. Su poder se propagó por sus extremidades, directo a la espada y al corazón de Victoria.

Su boca ennegrecida formó una gran O. La piel de Victoria empezó a chorrear plata, como pintura de una brocha o sangre de una herida. Debajo de la piel quemada, unos ojos azul claro la miraron horrorizados y el cuerpo duro envuelto en la capa se estremeció con violencia y, como un leño, se quemó de dentro afuera, se puso gris y se deshizo, esparciéndose a los pies de Miranda en gruesas brasas negras y naranjas.

Miranda siseó y se apartó de un salto de los restos. La empuñadura que asía cayó al suelo y se hizo añicos; la hoja había desaparecido, destruida con Victoria. Solo entonces se permitió respirar, jadeando de euforia y horror. Había vuelto a matar y la idea casi le hizo gritar.

—¿Lady Archer?

La tierna pregunta le dio un susto de muerte. Se volvió y vio a lord Leland,

a unos metros de distancia. Su rostro alargado estaba pálido, reflejo del horror que acababa de tener lugar, pero sus ojos estaba llenos de algo muy parecido al orgullo.

—¿Se encuentra bien? —inquirió, manteniendo la distancia, pero preocupado.

A Miranda le chorreaba sangre de la frente y le corría por la mejilla. Se llevó una mano a la cabeza e hizo una mueca de dolor. La piel de la palma de la mano estaba de un rojo furioso y llena de ampollas; los extraños símbolos de la empuñadura se le habían grabado a fuego en la carne. Dejó caer el brazo.

—Ya está hecho.

El cansancio hacía que le pesaran las extremidades como si las llevara atadas con cadenas. Leland la rondaba. Ella lo sobrepasó en dirección a Archer. Tan quieto. Su expresión era relajada; la curva de su boca era suave. Su hombre hermoso. Ojalá pudiera dejarlo marchar.

Las rodillas de Leland crujieron cuando se arrodilló a su lado.

—La espada se ha deshecho.

Un temor frío corrió como agua helada por sus venas.

—Sí. —Y no. No. Ya no podía perdonarle la vida, de ningún modo.

Leland se pasó la mano nudosa por el rostro, despeinándose el bigote cano.

—Debemos sacarla de aquí. —Leland miró a Archer y frunció el ceño—.

Archer no tardará en despertar.

Miranda le agarró a Leland la mano, de piel frágil como el lino viejo.

—Querido, ¿no lo entiende? —Se mordió el labio trémulo, sin compasión—.

Nunca he tenido intención de marcharme. Sin Archer, no tengo alma de todas formas. Prefiero que me la robe. Ese es su sitio... con él.

Él le apretó la mano.

—¡No! Se condenará. Y él también. —La saliva escapó de sus labios secos—.

Le di mi palabra, ¡y por Dios que pienso honrarla!

—¿Qué me importa la condenación? —Se le hizo un nudo en la garganta—.

Ni siquiera sé si creo...

—¿En Dios? —Leland le estrujó la mano—. ¿Con lo que ha visto esta noche?

¿Acaso no ve la justicia divina en acción? —Palideció—. Por favor, si usted no cree, preocúpese del alma que Archer intentaba proteger.

—Si hay vida después de la muerte, sin duda Archer y yo la hallaremos juntos. Ahora... —forzó una sonrisita— no me obligue a echarlo.

Él se estremeció, recordando visiblemente el fuego.

Y ella también. El corazón le dio un vuelco. «No todo el fuego destruye.» Miró al hombre al que amaba. La curva tierna de su cuello no revelaba signos de vida. Pronto. Pronto amanecería, y él despertaría. Y no sería más que un demonio sin alma.

«El fuego redimía a los inocentes y aniquilaba a los culpables.» La imagen

vívida de lo que le había hecho a Victoria se alzó imponente en su cabeza, y supo que sí creía. Contempló a su esposo. Lo salvaría. Se salvaría ella también. Con cuidado, lo levantó todo lo que pudo y se deslizó debajo de él, enroscándole las piernas en el torso. Cayó sobre su pecho la pesada cabeza de Ben.

—Déjenos solos —le dijo a Leland.

—Lady Archer...

—Váyase.

Observó a su esposo y el modo en que sus pestañas plateadas le hacían sombra en las mejillas. Dios, cómo ansiaba verlo sonreír y oír su voz sensual una vez más.

—Márchese —dijo al ver que Leland no se movía—, o arderá con nosotros.

Leland titubeó un instante, quizá más. Ella se hizo un ovillo sobre Archer.

—Tranquilo —le susurró al oído gélido—. Estoy contigo. Ahora no estás solo. —Sus lágrimas salpicaron la mejilla perfecta de Archer y rodaron a sus ojos cerrados. Miranda parpadeó con fuerza—. Ya nunca volverás a estar solo.

Los pasos pesados de Leland resonaron en el vacío y luego se hizo el silencio. Miranda rodeó con sus brazos la espalda ancha de su esposo.

—Nunca te lo he dicho, pero el día que me preguntaste por qué te seguía... ¿recuerdas?

Se limpió la nariz con la manga y después se aferró a él aún más.

—Me creía tan astuta intentando camelarte para que me contaras tus secretos, pero tú sabías lo que estaba haciendo. Me tenías calada. —Se le escapó una risita—. Hubo un momento en que... me miraste... nos miramos los dos y pensé... me dije... «Amo a este hombre...»

Un sollozo brotó de su garganta. Apretó la mejilla contra su codo. Sus labios no exhalaban aliento alguno.

—Daba igual que no te hubiera visto el rostro. Sabía... sabía que te amaría hasta el día de mi muerte. Pero tenía miedo. Y traté de quitármelo de la cabeza. Durante demasiado tiempo. Una estupidez por mi parte, ciertamente. Porque también yo te había estado esperando, Archer. Toda mi vida. —Un intenso gemido escapó de sus labios. Contuvo el resto, aferrada a Archer como a una boya en la tempestad.

Sintió su boca carnosa en la de ella, inmóvil pero tierna.

—Solo dolerá un rato —le susurró en ella—. Y luego seremos libres.

La luz de las antorchas titiló como los últimos rayos del sol en el cuerpo largo y plateado de Ben. Inspiró hondo y le abrió la boca con la suya. «Que nos juzguen.» Exhaló una ráfaga de calor que fluyó dentro de él. «Mi alma y la suya.»

Una vez más, brotó el fuego de su interior, envolviéndola, envolviéndolo a él. «Purifica.»

El dolor. La devoraba. El fuego y el dolor. Aguantó, pensando en la llama.

«Mi alma y la suya. Con todo lo que soy.»

Sus labios temblaron en los de Archer; el calor abrasador de la garganta era casi insoportable.

A lo lejos, oyó un siseo, como el chisporroteo de una sartén. Más calor. Abrió los ojos de pronto, cegada por el dolor. Unas lenguas de fuego de blanco azulado danzaban sobre ellos. Una extraña llama azul, casi fría de tan intensa. No podía más que mirarla indefensa; estaba completamente atrapada en ello. No había vuelta atrás. Ardió su camisa de lino. Los pedazos de lino carbonizado se alzaron en un remolino, prendidos en llamas.

Miranda forzó otra bocanada de fuego. «Purifica.»

Archer soltó un bramido y a punto estuvo de zafarse. Su cuerpo musculoso se agitó con violencia, corcoveando contra los muslos doloridos de ella. Se enroscó en él y ancló los tobillos a sus piernas, sujetándolo con fuerza. «Perdóname.»

Un fuego intenso los asaltó, deshaciéndole el moño a ella. Los mechones de pelo cobrizo se alzaron en el aire, azotándole la cara. Desde fuera de sí misma, oyó sus gritos lastimeros. Como los de Victoria. «Más.» Archer se revolvió en sus brazos, gruñendo, y abrió la boca para jadear. Eran presos de una vorágine; fuego y viento restregaban su piel. Pero no se quemaba. Eso lo veía, y no entendía por qué. El dolor era auténtico.

Archer se incorporó de pronto, tenso como un arco, escapando de sus brazos para volver a caer en ellos. Su piel suave se cubrió de sudor, luego empezó a supurar como una flor con el rocío de la mañana. Regueros de plata corrieron como mercurio por los abultamientos de sus músculos. Lenguas de fuego azules fueron lamiéndolo mientras él se retorció en brazos de Miranda, apretando mucho los ojos como para soportar el dolor. Algo próximo a la alegría acarició el corazón de Miranda al ver que su cuerpo expulsaba el veneno y dejaba al descubierto su piel dorada, pero entonces aquella repugnante sustancia plateada la impregnó a ella, y gritó.

Estallidos de blanco tiñeron su visión. Un dolor punzante le desgarró la piel cuando la plata pasó del cuerpo de él al suyo. Se acurrucó sobre él como una concha, aplastando sus pechos contra los omóplatos de Archer. Se sacudieron juntos hasta que un latigazo de calor y presión salió disparado del vientre de su esposo. Miranda cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el suelo. El calor abandonó la habitación con una sonora ráfaga de aire.

La oscuridad fluía y refluía en los confines de su visión.

«Ben.» Tomó una bocanada de aire e hizo un esfuerzo por incorporarse.

Archer estaba de nuevo tumbado de costado, con un brazo colgando flácido sobre su pecho ancho. Las sombras danzaban por su piel, dorada como la miel, mientras su brazo subía y bajaba al ritmo de su respiración. Del suelo que lo rodeaba se elevaba vapor, una neblina plateada que se disipó en el aire frío. De su

boca surgió un gruñido y se volvió boca arriba, dejando al descubierto espirales de vello negro por su pecho bien esculpido. «Ben.»

Se acercó a su lado, temblando tanto que casi no podía asirse a sus hombros. Calor. La piel de Archer lo irradiaba. Un cortísimo pelo negro le acarició suavemente los muslos desnudos cuando ladeó la cabeza hacia ella. Un intenso rubor coloreaba sus mejillas pronunciadas.

—Ben —graznó ella.

La expresión de tensión desapareció de su rostro, pero seguía sin despertar. Frenética, le besó la frente.

—Ben. Por favor. —Su pelo se derramó sobre ellos como un velo, amontonándose en el pecho y los hombros desnudos de él—. Te amo, Benjamin Archer —le susurró al oído—. Más que a mi vida.

Un escalofrío sacudió el cuerpo de él y sus ojos se abrieron de repente, ojos de un gris claro, enmarcados por largas pestañas. Se fijaron en ella y ella olvidó respirar.

—Miri...

Oscuridad. Y frío. Lo rodeaban, infinitas y ponderosas. Una tumba de hielo de la que no podía escapar. En lo más hondo de su ser, oyó sus propios gritos, aterrorizados, como los de un niño. «Pon fin a esto. Libérame.» El pánico se aferraba a su alma. Correría si pudiera. Unas manos suaves le cogían el cuello. Balsámicas. Quiso responder a las caricias. Inútil. No podía moverse. Las manos se esfumaron, lo dejaron solo.

Y entonces vino el dolor. Una lengua de fuego que le entró por la garganta. «Que Dios me asista.» Ante él estalló una nube de colores: rojo, blanco y naranja. Unas garras afiladas como cuchillas lo desollaban de dentro afuera. Combatió el calor y la angustia. No podría soportarlo. «Más no. Por favor.»

Luego, calidez. Se dejó caer con un suspiro. Una dulce calidez que fluía en él como en un sueño. Aroma a rosas. Cabellos sedosos que acariciaban su piel dolorida.

—Te amo, Benjamin Archer. —Música celestial al oído—. Más que a mi vida.

Amor. Miranda. «Miri.» Recorrió todo su cuerpo como una ola refrescante. Sus ojos se abrieron de golpe a la luz. Una nube intensa de pelo, y ojos verde uva refulgentes de lágrimas.

Ella gimoteó. Su amor. Su piel nacarada estaba manchada de rojo, sus ojos y su nariz hinchados y llorosos. Una cuchillada mancillaba una de sus finas cejas. Nunca la había visto más hermosa.

—Ben.

Los brazos esbeltos de ella se enroscaron a su cuello y él se inclinó hacia ella con un suspiro. Su turgente pecho desnudo se aplastó contra su hombro. ¿Miranda desnuda? Ella se acurrucó en él, y él sintió en su piel tierna el cálido satén de sus muslos.

Archer levantó el brazo para rodearla, y su cuerpo se movió muy lentamente, como entre espeso barro. El mundo que lo rodeaba era borroso, casi granulado, igual que en las fotografías.

—Ay, Dios, Ben. —Miri lloró más fuerte y su cuerpo delicado se estremeció contra el suyo.

—Estoy contigo. —Le ardía la garganta, en carne viva. ¿Dónde estaban? Paredes de tosca piedra. Tierra en el suelo. La memoria amenazó con engullirlo.

Una capa negra cayó con suavidad sobre los hombros de Miri. No se inmutó. Él alzó la vista. Su querido amigo estaba detrás de ella. Leland. Su rostro marchito por la edad. Sus ojos hundidos, llorosos.

—Hola, Arch. Me alegro de volver a verte.

De repente mareado, Archer apretó fuerte los ojos. No podía mirar a Leland sin pensar en sangre, huesos, Cheltenham... todos los demás. Los ojos de mercurio de Victoria clavándose en los suyos, sus labios fríos abriéndole la boca, el olor a muerte de su beso. «Sabía que volverías a mí, Archer.» «Ojalá ardas en el infierno, Victoria.» Una luz gris lo había llenado. Un frío glacial y definitivo. Se había transformado.

El pánico se apoderó de él con vehemencia. Se puso en pie como un resorte, haciendo tambalearse a Miri. Victoria. ¿Dónde estaba? Debía sacar a Miri de allí.

Miranda se enderezó y metió los brazos por las mangas de la capa, ajustándosela al cuerpo.

—Ella se ha ido.

Debió de haber dicho su nombre en alto. Volvió la cabeza hacia su esposa. Ella lo miraba con seriedad.

—Está destruida.

Imposible. Parpadeó perplejo, y entonces se vio... las piernas, largas y de piel dorada, recubiertas de vello negro. Se le entrecortó la respiración y miró más arriba. Su miembro rubicundo se hallaba pegado a su muslo y el saco oscuro de sus genitales anidaba entre vellos negros. «Cielo santo. Normal.» Volvía a ser él.

La mano cálida de Miri lo agarró por el hombro. Él se volvió bruscamente. Sus hermosos labios temblaban, sus impresionantes ojos verdes brillaban.

—Archer —dijo con un hilo de voz—. El maleficio ha terminado.

Se acercó y estrechó en sus brazos su cuerpo menudo. Enseguida, ella empezó a sollozar otra vez, sacudida por un llanto que revelaba la hondura de su angustia. Miranda pronunció su nombre como una súplica. Él enterró los dedos en la seda fría de su pelo. «Más que a mi vida.» La gratitud lo inundó como una bendición.

—Estoy contigo —le susurró él en el pelo perfumado de rosas. Juntos, a salvo. La estrechó aún más—. Te tengo.

Y no la soltaría jamás. En toda su vida.

Epílogo

La milagrosa recuperación de lord Benjamin Archer, quinto barón de Archer of Umberslade, se comentaría durante meses, si no años. Ciertamente muchas damas y caballeros no se lo explicaban. El hombre había permanecido oculto tras una máscara tanto tiempo como cualquiera era capaz de recordar para llegar de pronto al baile exclusivo de lord Leland y salir directamente a la pista de baile con su preciosa esposa, lady Miranda Archer.

Se había producido un silencio de asombro cuando los invitados habían caído en la cuenta de la identidad del hombre guapísimo que bailaba con lady Archer. Algunos especulaban, con malicia, que lord Archer nunca había estado desfigurado, que solo llevaba la máscara para llamar la atención, una treta lamentable, sin duda. Pero esa teoría pronto se juzgó absurda. Un hombre tan extraordinariamente guapo y deslumbrante como lord Archer jamás ocultaría un semblante así de forma voluntaria durante años. No. Su recuperación había sido de todo punto milagrosa. Y uno no podía por menos que sonreír ante su buena fortuna al verlo deslizarse con su esposa por toda la pista de baile como en un sueño. En ese instante, fueron muchas las damas de la aristocracia londinense que decidieron que la suya sería la primera invitación que lord y lady Archer recibirían a la mañana siguiente.

La pareja fue consciente, de forma abstracta, del revuelo que había causado, pero, en realidad, no les afectó.

—La gente nos mira —dijo Miranda sin poder ocultar la sonrisa de deleite.

Sus ojos grises no se apartaron de los de ella, solo se fruncieron sus rabillos.

—Es por lo guapo que soy. —Se la arrimó un poquitín más—. Se preguntan cómo me habrás camelado para que me case contigo.

Miranda rió, sin aliento mientras él la hacía girar con natural elegancia.

—Sin la menor duda. Sospecho que además les fastidia que me haya llevado al mejor bailarín de toda la sala. Sabía que serías endemoniadamente bueno bailando. —Intentó fingirse furiosa, pero fue en vano, porque seguía sonriendo.

Los labios tiernos de Archer acariciaron su oído mientras deslizaba la mano hasta la parte baja de la columna, instándola a acercarse más.

—Sí, vida mía, pero dos no bailan bien si uno no sabe. —Los pechos de ella rozaron el lino almidonado de la camisa de él, provocando así un leve murmullo de asombro en aquel salón atestado de gente—. Yo no bailaré tan bien si no te tuviera entre mis brazos.

Ella deslizó dos dedos de su mano enguantada más allá de la barrera de seda de las amplias solapas de su chaqueta —al infierno el decoro— y sonrió en

respuesta.

—Entonces me estaré quietecita —murmuró ella— para no avergonzarte.

Un buen plan, sí. Su felicidad resultó contagiosa e hizo que muchas parejas bailaran un poquito más pegadas de lo que permitía el decoro. Transcurrida la noche, todos los felicitaron. Todos menos uno, que se encontraba en un rincón apartado observando a la pareja con el corazón partido. Su sueño no se había hecho realidad y se preguntó si hallaría consuelo. Abatido, salió de allí, donde ya no había nada para él.

Agradecimientos

Si tienes suerte, te apoyan los mejores, esa clase de personas que solo con su talento te hacen parecer mejor. Yo me considero muy afortunada.

Primero y ante todo, gracias a las dos personas que me han ayudado a hacer mi sueño realidad: a mi agente, Kristin Nelson, por ser mitad animadora mitad lobezno y todo corazón; y a mi editor, Alex Logan, gracias a cuyo buen hacer y generosidad mi primera incursión en el mundo editorial ha sido un verdadero placer. Todo los días doy las gracias a mis estrellas de la suerte por teneros de mi lado.

Gracias a Lauren Plude, ayudante de redacción, por tu apoyo y tu entusiasmo contagioso; a Christine Foltzer por el impresionante diseño de la cubierta original; a la correctora, Lynn Cannon Menges; y a Amy Pierpont y todas las personas de gran talento que componen el equipo editorial de Forever/Grand Central Publishing.

Mi eterno agradecimiento a las mejores amigas y compañeras de escritura que una mujer puede esperar: Clair Greer, Jennifer Hendren, Susan J. Montgomery y Rachel Walsh, que, cogiéndome de la mano, me han apoyado y alentado día tras día, desde la idea original hasta la obra final. Me habéis ayudado más de lo que puedo expresar con palabras. Os quiero.

Muchas gracias a las «lectoras beta» Deniz Bevan, Rhianonn Morgan, Kait Nolan, Precie Schroyer y Carol Spradling.

Estoy inmensamente agradecida a Diana Gabaldon, que me inspiró para que escribiera y es más mentora mía de lo que sabrá jamás. A Jo Bourne, por resolver mis múltiples dudas de novata y por ser una de las mayores educadoras que he conocido en mi vida. A las maravillosas escritoras que pululan por el foro Books and Writers de Compuserve; no es posible encontrar una comunidad de autoras más cordial y atenta.

A los míos: a mis hermanas Karina y Liz, por soportar el parloteo interminable sobre novela y novelistas y por su apoyo constante; a mis amigas, Christine Child, Eileen Cruz Coleman, Kerry Sheridan y Amy Smith por lo mismo; a Jim y Christine Mollenauer, por vigilar a mis pequeños en incontables ocasiones para que yo pudiera escribir; y a los tres que llevo en el corazón (Juan, Maya y Alex), por entender que tuviera que encerrarme en el despacho, por ser mi inspiración, por hacer que todo esto merezca la pena.

Por último, gracias a vosotros, Hilde y Herb, mis padres, que me enseñasteis a amar la literatura, me disteis el don de la escritura, me disteis la vida.

«Soy tanto escritora de novela romántica como lectora aficionada al género. Una buena novela romántica siempre me deja sin aliento y ansiosa por vivir una aventura en mi propia piel. Puede que sea por la sangre irlandesa que corre por mis venas que, para mí, un poco de oscuridad, un toque de magia, el vislumbrar lo que podría esconderse detrás del velo de nuestra realidad suele dar aún más vida a la emoción que proporciona la romántica en sí misma. Por eso no puedo dejar de escribir novelas de romántica paranormal.»

Kristen Callihan

Amor en llamas, la primera novela de la estadounidense Kristen Callihan, es una versión de *La Bella y la Bestia* situada en los sombríos callejones del Londres victoriano e inspirada en un cuento de hadas noruego, país de origen de parte de su familia. Cuando se publicó en inglés en 2012, fue seleccionada como una de las mejores novelas románticas del año por *Library Journal* y *RT Book Reviews*.

Actualmente Callihan reside en Washington con su marido y sus dos hijos.

www.kristencallihan.com

Título original: *Firelight*

Primera edición: octubre de 2013

© 2012, Kristen Callihan

Publicado por acuerdo con Grand Central Publishing, Nueva York, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

© 2013, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Pilar de la Peña Minguell, por la traducción

Diseño de la cubierta: Manuel Esclapez / Random House Mondadori, S.A.

Fotografías de la cubierta: Retrato, © Karan Kapoor / Getty Images; calle, © Shutterstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-34372-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com